EL SEÑOR DEL TIEMPO 2 -EL PROSCRITO
LOUISE COOPER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1

-Te digo que no encontrarás mejores productos alimenticios en Shu, y ni siquiera en Perspectiva o en Han. -El vendedor puso un puñado de raíces rosadas y purpúreas ante las narices de la compradora y las sacudió casi amenazadoramente-. Y tengo cosas mejores que hacer en el mercado que perder el tiempo con una moza forastera que probablemente no tiene un gravín en el bolsillo. Así que, decídete pronto, ¡si no quieres que azuce a mi perro contra ti!

El sarnoso perro híbrido, torpemente tumbado debajo del desvencijado tenderete miró hoscamente a su dueño, y la muchacha a quien se había dirigido el vendedor le miró a su vez, fría e impávida. Tenía ya demasiada experiencia en el regateo para prestar atención a las amenazas y a los insultos; había juzgado la calidad de las frutas y verduras en venta y tomado su propia decisión sobre su precio. Metió una mano sucia en la bolsa colgada de su cinto y sacó una gastada moneda de cobre.

-He dicho un cuarto, y no daré más. Lo tomas o lo dejas.

Por un instante, el hombre la miró airadamente, resentido por sus modales, por el hecho de que ella no se dejase intimidar y, sobre todo, por la ignominia de tener que regatear con una mujer... y una mujer de baja estofa. Pero era evidente que ella no iba a ceder, y una venta era una venta... En invierno, el negocio era flojo, en el mejor de los casos.

Agarró bruscamente la moneda y arrojó las raíces en la bolsa de cáñamo que ella le tendía.

-Y la fruta -dijo la muchacha.

El hombre añadió de mala gana seis peras arrugadas a las verduras y después escupió en el suelo, a los pies de ella.

-¡Toma! ¡Y que los gatos se coman tu cadáver!

Rápida pero reflexivamente, la muchacha hizo delante de su propia cara una señal que tenía por objeto frustrar las maldiciones y prevenir contra el mal de ojo y, por un momento, la mirada de sus extraños ojos ambarinos hizo que el vendedor se sintiese claramente inquieto. Algo en ella le había irritado; a juzgar por su acento, era de la costa del Este, y los de aquella región no tenían fama de hechiceros..., pero, al hacer ella aquella señal, había sentido como si el veneno de sus propias palabras se volviese palpablemente contra él.

¡Maldita mujer! No era más que una campesina vestida con ropa vieja de hombre..., pero él tenía su moneda en el bolsillo y esto era lo que contaba. Sin embargo, la miró disimuladamente mientras se alejaba y su inquietud no se desvaneció hasta que se hubo mezclado con la muchedumbre y perdido de vista.

Cyllan Anassan se tragó su cólera mientras cruzaba la plaza del mercado para volver al puesto de su tío, al margen de los grupos de tenderetes. Ahora hubiese debido estar ya acostumbrada a la actitud de aquellos hombres, sobre todo aquí, en el más próspero Sur; esperaban que una muchacha de su edad y de humilde condición fuese tonta en el mejor de los casos, y cuando no conseguían engañarla con la hez de sus productos a precios exagerados, recurrían al insulto. Desde luego, Shu-Nhadek, capital de la provincia de Shu, era mejor que muchas ciudades que había visitado, pero el trato arrogante que le había dado el vendedor todavía le escocía. Y después de toda la discusión, se había marchado de allí con unos productos de mala calidad que tardarían el doble de lo normal en cocerse, para ser comestibles.

Le habría gustado detenerse en la parte mejor del mercado y elegir entre las suculentas verduras que allí se vendían (y, según se confesó, tener la secreta satisfacción de mezclarse con la flor y nata de los clanes que honraban con su visita aquellos tenderetes), pero desistió de ello al imaginar la cólera de su tío ante tanta prodigalidad. Si estaba sereno, sentiría Cyllan

la hebilla de su cinturón marcándole la espalda; si estaba borracho, la perseguiría probablemente a patadas desde un extremo al otro de la plaza.

Inconscientemente espoleada por esta idea, aceleró el paso, murmurando una disculpa al tropezar con un grupo de mujeres elegantemente vestidas que chismorreaban junto a un puesto de golosinas y vino, y tratando de apresurarse entre la multitud. Pero ahora que había dejado atrás la parte más barata y menos concurrida del mercado, darse prisa era imposible; había allí demasiada gente. Pero la tentación de holgazanear era irresistible; ésta era su primera visita a Shu-Nhadek y había tantas cosas que ver y que comprar... A su alrededor, la enorme plaza del mercado estaba llena de color y movimiento; a lo lejos, el revoltijo de tejados de los altos edificios y de paredes pintadas de colores pastel enmarcaba el cuadro, y todavía más lejos, si Cyllan estiraba el cuello para mirar los esbeltos mástiles de los barcos anclados en el puerto eran apenas visibles. Shu-Nhadek era el puerto de mar más grande y más antiguo de todo el país; al abrigo de la Bahía de las Ilusiones, de cara al Sur, y favorecido por las mansas corrientes de los Estrechos de la Isla de Verano, era durante todo el año un refugio perfecto tanto para los comerciantes como para los viajeros. La mayoría de las rutas importantes de ganado terminaban en la ciudad, y la proximidad de ésta a la Isla de Verano, residencia del Alto Margrave, le daba un prestigio que ninguna otra capital de provincia podía esperar igualar. Allí podía encontrarse gente de todas las condiciones imaginables: ricos mercaderes, artesanos, agricultores, conductores de ganado como la pandilla de su tío, Hermanas de Aeoris, con sus hábitos blancos, e incluso hombres y mujeres de la Isla de Verano, que se tomaban un respiro de las formalidades de la vida cortesana. Y en los dos días de mercado mensual, la población de la ciudad se quintuplicaba. Cyllan habría podido permanecer plantada allí, observando aquel bullicio desde el amanecer hasta el crepúsculo sin aburrirse en absoluto.

Pero al fin tuvo que detenerse en seco para dejar pasar a un mozo que conducía varios caballos de pura sangre del Sur. Mientras esperaba, Cyllan contempló con envidia los altos y elegantes animales (tan diferentes del rechoncho e irritable poni que había montado ella cuando viajaba con Kand Brialen y sus mozos) y brusca e inopinadamente, el calor y el bullicio y la vida exuberante del mercado despertaron en ella un recuerdo que durante meses había tratado de olvidar. Un recuerdo de otro lugar, de otra ocasión festiva..., y que hizo que el gran mercado de Shu-Nhadek pareciese de pronto un débil reflejo de aquél. Un espectáculo que probablemente no volvería a presenciar en su vida: las fiestas de la investidura del nuevo Sumo Iniciado, en el Castillo de la Península de la Estrella, en aquella punta del lejano Norte. Había sido a finales de verano, cuando incluso el clima del Norte era agradable, e imágenes de la ceremonia y su boato (el antiquísimo Castillo adornado con gallardetes y banderas, el largo desfile de la nobleza, las hogueras, la música, los bailes) cruzaron por su mente con la misma claridad que si las viese con sus propios ojos. Incluso había visto al Sumo Iniciado, Keridil Toln, joven, seguro, resplandeciente en su traje de ceremonia, cuando salió con su comitiva de las puertas del Castillo para dar la bendición de Aeoris a la enorme multitud.

Había sido una experiencia inolvidable..., pero el recuerdo que le había causado alegría y dolor durante los últimos meses nada tenía que ver con la gloria de las celebraciones. Era el recuerdo de un hombre; alto, de cabellos negros y piel blanca, con una mirada atormentada en sus ojos verdes; un hechicero y alto Adepto del Círculo. Se habían encontrado una vez antes de entonces, por casualidad y, contra toda probabilidad, él la había recordado. Ella estaba bebiendo un asqueroso brebaje que había comprado con su última moneda en un puesto de vinos; él había arrojado al suelo el contenido del vaso, dado un rapapolvo al vinatero y hecho que le sirviese vino de una cosecha de alta calidad. Desde entonces, había lamentado ella mil veces su propia cobardía, había deseado tener otra oportunidad..., pero ésta no se había presentado. Y más tarde, aquella misma noche, su sentido psíquico le había dicho que sus sueños no podían hacerse realidad, al conjurar una visión de él en sus habitaciones privadas y verle en compañía de una joven agraciada y noble, y había comprendido que él ya la había olvidado...

Los caballos habían salido ahora de la plaza y la multitud volvió a agruparse. Al pasar por delante de un puesto donde se vendían anticuados aderezos de metal y esmalte, Cyllan se detuvo, al llamar su atención algo medio oculto entre los montones de quincalla. Se acercó más, para verlo mejor, y después miró con expresión culpable al dueño del puesto, esperando que la echase de allí. Pero este vendedor sabía por experiencia que los buenos clientes se presentaban a menudo bajo los disfraces más inverosímiles y la invitó cortésmente a proseguir su examen. Cyllan, animada por este gesto, tomó el objeto que la había intrigado y lo levantó. Era un collar; una cadena de cobre finamente tallada y de la que pendían tres discos de cobre batido. En el del centro, que era el más grande, un hábil artesano había labrado, en una filigrana de plata y esmalte azul, un relámpago dividido en dos partes por un ojo.

Un relámpago..., símbolo de los Adeptos. Cyllan se mordió el labio, al despertar de nuevo el recuerdo, y se preguntó cuánto podría costar aquel collar. No se atrevería a regatear en un puesto de esta naturaleza y, además, no sabía nada del valor de los metales. Pero tenía un poco de dinero... muy poco: un par de gravines que había podido ahorrar durante meses. Y sería tan agradable poseer una sola cosa bella, un objeto que le recordase...

-Derret Morsyth es uno de los mejores artesanos de la provincia -dijo de pronto el dueño del puesto.

Cyllan se sobresaltó y después miró al hombre a la cara. Este se había plantado delante de ella, y no había hostilidad en sus ojos.

-Es... muy bello -dijo ella.

-Ciertamente. Derret sólo quiere trabajar con metales inferiores, y hay quien lo desprecia porque no hace incrustaciones de oro y piedras preciosas en sus piezas. Pero a mi modo de ver, puede haber tanta belleza en un pedazo de cobre o de estaño como en un montón de esmeraldas. Es la mano y la vista lo que cuenta, no los materiales.

Cyllan asintió enérgicamente con la cabeza, y el hombre señaló el collar.

-Pruébatelo.

-No. Yo... no podría...

El hombre se echó a reír.

-¡Todavía no sabes el precio, muchacha! Derret Morsyth no abusa, y yo tampoco. Pruébatelo; el cobre casi hace juego con tus lindos ojos.

Ella se ruborizó ante el desacostumbrado cumplido. Vacilando, levantó el collar hasta su garganta. El metal parecía fresco y pesado contra su piel; había algo sustancial en él.. Se volvió a medias y a punto estaba de decirle al vendedor que lo abrochase, cuando vio su propia imagen en un bruñido espejo de bronce, y lo que vio hizo que cesase al instante su afán.

Lindos ojos, había dicho el dueño del puesto... Pero, por todos los dioses, ¡ella no era bonita! Su cara era vulgar, demasiado estrecha y delgada; la boca, demasiado grande, y sus ojos ambarinos no eran hermosos, solamente eran peculiares. Sus cabellos, tan claros que casi parecían blancos, pendían en revueltos mechones sobre sus hombros; esa mañana se había esforzado, por comodidad, en sujetarlos en un moño sobre la nuca, pero ahora se habían desprendido la mitad de ellos y parecía un espantapájaros. Llevaba pantalones y jubón y una camisa vieja y sucia, todo ello heredado de uno de los conductores de ganado de su tío. Y sobre su pecho, pendía ahora el collar que tanto había codiciado. Había sido confeccionado para una dama, no para una muchacha pobre y, alrededor de su cuello, se había convertido en una grotesca parodia.

Desvió rápidamente la mirada de aquella horrible revelación y levantó una mano para detener al vendedor que estaba a punto de abrochar el cierre.

-No. Yo... lo siento, pero no puedo. Gracias, pero ya no quiero comprarlo.

El hombre se quedó perplejo.

-No es caro, muchacha. Y seguramente cualquier joven se merece...

Aquel intento de amable persuasión fue como una cuchillada para Cyllan, que sacudió violentamente la cabeza.

-¡No, por favor! Y además..., no tengo dinero. Ni siquiera medio gravín. Lamento haberte hecho perder el tiempo... Gracias.

Y antes de que él pudiese añadir palabra, se alejó casi corriendo de aquel puesto.

El desconcertado comerciante la siguió con la mirada hasta que una nueva voz le recordó el negocio.

-¿Rishak?

Sobreponiéndose, Rishak miró a su cliente y reconoció al hijo mayor del Margrave de la provincia de Shu.

-¡Oh, discúlpame, señor! No te había visto. Estaba pensando en aquella joven que va por allí. Muy rara, si me permites decirlo.

Drachea Rannak arqueó las cejas, con curiosidad.

-¿Rara?

Rishak resopló, irónicamente divertido.

-Primero muestra un gran interés por una de las piezas de Morsyth..., está a punto de comprarla, y entonces, de pronto, cambia de idea y echa a correr sin darme tiempo a decirle una palabra.

El joven sonrió.

-Dicen que el espíritu de contradicción es propio de la mujer.

-Eso dicen... Bueno, tal vez si yo estuviese casado las comprendería más. Y ahora, señor, ¿qué puedo mostrarte hoy?

-Estoy buscando un regalo para mi madre. Dentro de tres días será su cumpleaños, y quisiera algo especial... y un poco personal.

-¿Para la Señora Margravina? Bueno, ten la bondad de felicitarla respetuosamente de mi parte. Y creo que tengo precisamente aquí algo digno de su buen gusto. . .

Sólo cuando hubo dejado atrás los tenderetes de baratijas se detuvo Cyllan para recobrar aliento. Estaba furiosa consigo misma, tanto por su vanidad inicial como por su tonto comportamiento al darse cuenta de su error. ¿De qué le habría servido un collar? ¿Para lucirlo en la próxima ocasión social, tal vez en su próxima visita al Castillo de la Península de la Estrella? Casi se rió en voz alta. Más bien habría sido un estorbo cuando tratase de hacer comestibles aquellas verduras de tercera clase. O su tío lo habría encontrado y vendido, embolsándose el dinero...

El corazón le palpitaba todavía dolorosamente por la ignominia de la experiencia, y tuvo la ilógica convicción de que cuantos la rodeaban conocían su humillación y se burlaban de ella en secreto. Por fin se detuvo cerca de la puerta de una taberna de la plaza y, cediendo a un súbito impulso, para animarse, se abrió paso entre la multitud y pidió una jarra de cerveza de hierbas y una rebanada de pan con queso. El salón de la taberna estaba atestado; por consiguiente, buscó un sitio tranquilo en un banco del exterior y observó cómo pasaban los que iban o venían de comprar en el mercado, mientras comía y bebía lentamente.

Al cabo de un rato, una voz monótona que procedía de un puesto próximo a la taberna le llamó la atención. Su ocupante era un adivino y estaba regalando a su actual cliente con una larga historia de buena fortuna y de fama. Intrigada a pesar de su estado de ánimo, Cyllan se acercó más, hasta que pudo ver algo y observar el procedimiento... y su pulso se aceleró.

El adivino había arrojado seis piedras sobre la mesa y, por lo visto, estaba leyendo el futuro de su consultante en el dibujo que formaban aquellas. La geomancia era una de las más antiguas técnicas conocidas en la tierra del Este, que era la de Cyllan, y ésta miró rápidamente la cara del vidente, buscando la piel pálida y las facciones distintivas de los nativos de las Llanuras. Pero, fuera lo que fuese aquel hombre, no era un oriental. Y las piedras..., hubiese debido haber muchas, no solamente seis. Y arena sobre la que arrojarlas. Y el dibujo que formaban no era más que un galimatías sin sentido.

Cyllan bullía de cólera por dentro. El supuesto adivino no era más que un charlatán que negociaba con la superstición y con una facultad psíquica que sólo practicaban unos pocos en secreto. En las Grandes Llanuras del Este, cualquiera que tuviese dotes de vidente era ahora

poco más que un paria; ella misma había aprendido en su edad temprana a ocultar esta facultad a todos, salvo a la vieja que le había enseñado reservadamente a leer en las piedras, y ni siquiera su tío sabía algo de la preciosa colección de guijarros, desgastados y alisados por el mar, que guardaba en la bolsa colgada del cinto. Aprendiza de boyero, que era el más bajo de los oficios, nunca pregonaría su talento si sabía lo que era bueno para ella... Pero el talento de Cyllan era real, a diferencia de las burdas mentiras de ese truhán, que se aprovechaba de la mezcla de miedo y crédula fascinación de sus clientes.

Ella debería estar en una Residencia de la Hermandad. De pronto oyó estas palabras en su cabeza, tan claramente como si el alto y moreno Adepto estuviera plantado delante de ella y le repitiese aquellas palabras en voz alta. Él había reconocido su habilidad y le había hecho este cumplido. Debería haber sido admitida en aquella augusta comunidad de mujeres servidoras de los dioses, y su talento, fomentado y alimentado allí... Pero la Hermandad no podía perder el tiempo con gente como una campesina conductora de ganado. Ella no tenía dinero ni quien la protegiese..., y así, en vez de vestir el hábito blanco, se hallaba sentada en un banco de taberna, escuchando a un charlatán que prostituía las dotes de los videntes, y no tenía autoridad para intervenir.

El adivino puso fin a su monólogo y su cliente se levantó para marcharse, con el rostro colorado y dándole efusivamente las gracias. Cyllan vio que una moneda de cinco gravines cambiaba de manos y se sintió asqueada; pero si el falso adivino percibió algo de su cólera, no dio muestras de haberse enterado. Estaba contando las ganancias de la tarde, cuando un joven esbelto y de cabellos castaños se detuvo delante del puesto. La mirada del recién llegado pasó del adivino a Cyllan y se detuvo un momento, como si la reconociese; después, mirando disimuladamente por encima del hombro, se sentó en la silla vacía delante de aquél.

El charlatán hizo grandes aspavientos de bienvenida a su visitante; hasta el punto de que Cyllan se dio cuenta de que debía de ser hijo predilecto de un clan local muy distinguido... y rico. Pero, fuera cual fuese su posición, estaba claro que no era menos crédulo o supersticioso que cualquier campesino. Sus modales, su manera de inclinarse atentamente hacia adelante, sus preguntas en voz baja, todo esto demostraba un afán ingenuo que el adivino no perdió tiempo en explotar. Cyllan observó las seis piedras y los signos y pases sin sentido que hizo sobre ellas el falso adivino, antes de empezar su monólogo.

-Veo que tendrás mucha suerte, joven señor. Ciertamente, mucha suerte, pues te casarás dentro de este año. Una boda por amor, si me permites decirlo; con una dama de sin par belleza entre sus iguales; tendréis muchos hijos hermosos. Y veo también... -Aquí hizo una pausa teatral, como esperando que la inspiración divina tocase su lengua, mientras el joven miraba fijamente las piedras-. ¡Sí! Un alto cargo, joven señor; mucho poder y renombre. Te veo plantado en un gran salón, un salón resplandeciente, administrando justicia. Tendrás una vida larga, señor; una vida buena y feliz.

El joven tenía los ojos encendidos. Jadeante, entusiasmado por el dictamen del charlatán, murmuró una pregunta que Cyllan no pudo captar, y ésta, de pronto, al observarle, ajustó inconscientemente su visión de manera que los dos personajes sentados a aquella mesa cubierta con un tapete quedaron desenfocados. Había descubierto que, en raras ocasiones, podía hacer pequeñas predicciones o averiguar el carácter o los antecedentes de un desconocido, sin necesidad de valerse de las piedras. Era un don esporádico, imprevisible la mayoría de las veces; pero ahora sintió que su instinto psíquico era seguro... Cerrando los ojos, se concentró lo más que pudo, y empezó a formarse una vaga impresión mental que fue cada vez más clara, hasta que al fin, satisfecha, volvió a abrir los ojos.

El adivino había terminado y el joven se levantó para marcharse. Unas monedas cambiaron de manos; el joven dio las gracias y recibió a cambio respetuosas reverencias; después, el vidente se escabulló detrás de la cortina y se perdió de vista.

El joven iba a pasar por delante del banco de Cyllan, y ella decidió de pronto que no podía guardar silencio. Poco bien podía hacerle, pero su sentido de la justicia se rebeló contra la idea de que aquella trapacería no fuese descubierta. Al llegar el joven a su nivel, se levantó.

-Discúlpame, señor. . .

Él se sobresaltó, se volvió y frunció el entrecejo, claramente molesto de que una desconocida de la clase baja le interpelase tan directamente. No queriendo que pudiese pensar que quería importunarle, Cyllan habló rápidamente y en voz baja.

-El adivino es un charlatán, señor. Pensé que debías saberlo.

Él estaba ahora sorprendido. Una cara fresca y suave, pensó; Él no había pasado nunca apuros, nunca le había faltado nada... y probablemente esto explicaba su ingenuidad ante los halagos del vidente. Ahora, recobrando el dominio de sí mismo, se acercó más al lugar donde ella estaba.

-¿Un charlatán? -Su sonrisa era débilmente protectora-. ¿Por qué estás tan segura?

Evidentemente, sospechaba que tenía algún motivo personal para tratar de desacreditar a aquel hombre. Cyllan aguantó impávida su mirada.

-Yo nací y me crié en las Grandes Llanuras del Este -dijo-. Leer las piedras es allí un antiguo arte... y, por eso puedo descubrir a un impostor cuando le veo.

El joven cruzó las manos y miró reflexivamente un anillo muy valioso que llevaba en un dedo.

-Es forastero en Shu-Nhadek, como al parecer lo eres tú, y, sin embargo ha adivinado muchas cosas sobre mi posición. ¿No habla esto mucho en su favor?

Cyllan decidió apostar a que su destello de clarividencia había sido acertado, y sonrió.

-Un vidente no necesita ser muy hábil, señor, para reconocer en ti al hijo y heredero del Margrave de la provincia de Shu.

Había estado en lo cierto... El joven arqueó las cejas y la miró con nuevo interés.

-¿Eres tú vidente?

-Lectora de piedras, y de poco talento –dijo Cyllan, haciendo caso omiso del insulto, sin duda involuntario, que implicaba la sorpresa de él-. No practico mi habilidad, ni trato de sacar provecho de ella; no pretendo quitarle los clientes a ese hombre, pero me indigna ver cómo los embaucadores explotan a sus víctimas inocentes.

La idea de que él era una de esas víctimas inocentes no pareció gustar al hijo del Margrave y, por un instante, se preguntó Cyllan si había sido demasiado audaz y le había ofendido. Pero, después de una breve vacilación, él asintió con la cabeza.

-Entonces, estoy en deuda contigo. ¡Haré que ese charlatán sea expulsado hoy mismo de la provincia! -De pronto entrecerró los párpados y estudió más de cerca la cara de ella-. Y si eres lo que dices, me interesaría ver si puedes hacerlo mejor que él.

Quería que leyese las piedras para él, y Cyllan se alarmó. Su tío, que, como la mayoría de sus semejantes, era sumamente supersticioso y consideraba las facultades psíquicas como de competencia exclusiva de unos pocos privilegiados (y oficialmente aprobados), la mataría si descubriese que había estado empleando su don. Y leer para el hijo del Margrave... no podía hacerlo, no se atrevía a hacerlo.

-Lo siento -dijo en tono confuso-, pero no puedo.

-¿No puedes? -El joven se irritó de pronto-. ¿Qué quieres decir con eso de que no puedes? Dices que eres una vidente. ¡Yo te pido que lo demuestres!

-Quiero decir, señor, que no me atrevo. -No tenía más solución que ser sincera-. Trabajo con mi tío, y desaprueba estas Cosas. Si llegase a enterarse...

-¿Cómo se llama tu tío?

-Es... -Miró la cara del joven y tragó saliva-. Kand Brialen. Boyero.

-¿Un boyero que no explota un negocio provechoso que tiene ante las narices? ¡Me cuesta creerlo!

-¡Por favor! -le suplicó ansiosamente Cyllan-. Si él llegase a saberlo...

-¡Por todos los dioses! Tengo cosas mejores en que emplear mi tiempo que en irles con chismes a los campesinos -replicó, malhumorado, el joven-. Si no quieres leer para mí, no lo hagas. Pero recordaré el nombre. Kand Brialen... ¡Lo recordaré!

Y antes de que Cyllan pudiese añadir palabra, giró sobre sus talones y se alejó.

Poco a poco, Cyllan se sentó de nuevo. Le palpitaba con fuerza el corazón y lamentó su imprudencia al entrometerse en el caso. Ahora, si se le antojaba, el hijo del Margrave podía encontrar algún pretexto para buscar a su tío y, si tanto le había ofendido su negativa, decir lo suficiente sobre su encuentro para que tuviese que pagarlo caro. No estaba acostumbrado a que se frustrasen sus deseos; evidentemente, era un joven mal criado y podía mostrarse rencoroso. Y si...

Cortó de pronto el hilo de sus pensamientos y suspiró. Hiciera lo que hiciese el hijo del Margrave, ella no podía impedirlo. Había sobrevivido a la furia de Kand Brialen antes de ahora, podría sobrevivir una vez más. Lo mejor que podía hacer era terminar su cerveza y disponerse a capear el temporal.

El mozo de la taberna salió para recoger su jarra y le preguntó si quería más. Cyllan sacudió la cabeza y se levantó de mala gana del banco, encaminándose hacia un lado de la plaza del mercado donde empezaba a menguar la concurrencia. Aquí, en vez de puestos y tenderetes, había corrales con techos de paja, donde manadas de animales de ojos cansinos mugían y se lamentaban y esperaban su destino. Kand Brialen y sus boyeros habían levantado sus tiendas a un lado del corral más grande y, durante todo el día, el negocio había estado animado; tenían un centenar de reses, traídas desde Han, para vender, así como cuatro buenos caballos de labor que Kand había comprado a bajo precio en Perspectiva, después de un largo regateo. Y con la primavera y la época de la reproducción a la vuelta de la esquina, estaban obteniendo buenos precios.

Cyllan había aprendido hacía tiempo a no pensar demasiado a menudo en su propio futuro con Kand Brialen y sus boyeros. Cuatro años atrás, cuando su madre, que era hermana de Kand, y su padre habían desaparecido con su barca de pesca en el Estrecho de los Bajíos Blancos, su tío se había hecho cargo de ella, pero, desde el primer momento, no se había esforzado en disimular lo mucho que le disgustaba esto. A su modo de ver, Cyllan era una carga no deseada; decía que las mujeres no le servían para nada, salvo alguna ramera ocasional cuando le apetecía, y había dejado bien claro que, si su sobrina huérfana esperaba que la mantuviese, tendría que pagárselo trabajando tan duro como cualquier hombre de su pandilla. Y por esto, desde hacía cuatro años, Cyllan vestía como un boyero, trabajaba como un boyero y hacía, además, todos los trabajos de mujer que le ordenaban. Cierto que también había viajado mucho y visto mucho mundo; algo inaudito en una muchacha de las Llanuras del Este. Pero era una vida que le daba muy pocas esperanzas para el futuro.

En su tierra (aunque cada temporada se le hacía más difícil pensar que existiese un lugar que pudiera llamar su tierra), sin duda se habría casado con el segundo o tercer hijo de otra familia de pescadores, en una alianza pragmática de clan. Difícilmente habría podido considerarse un gran logro, pero habría sido sin duda mejor que esta dura existencia nómada. Tal como estaban las cosas, su futuro se le aparecía siempre igual, hasta el infinito: trabajo, viajes, dormir cuando tuviera oportunidad de hacerlo, hasta que los vientos del Norte y el sol del Sur la marchitasen prematuramente.

Sacudió esta triste idea de su cabeza al ver la fornida figura de su tío moviéndose entre las hileras de caballos atados con ronzal cerca de los corrales. Le acompañaba un hombre de edad madura, alto y ligeramente encorvado, que, a juzgar por su abrigo ribeteado de piel y por la obsequiosidad de Kand, debía de ser un posible cliente rico. Cyllan trató de pasar inadvertida al dirigirse a la tienda, ansiosa de no molestar a su tío mientras estaba negociando. Y casi había llegado cuando alguien habló, en voz baja pero alegre, detrás de ella.

-¡Ah..., conque estás aquí!

Se volvió, sobresaltada, y se encontró cara a cara con el hijo del Margrave. El joven sonreía, con aire de complicidad, y señaló en dirección a los dos hombres.

-Kand Brialen: recordé el nombre. Y cuando vi que tenía buen ganado para vender, insistí en que mi padre lo viese personalmente.

Conque aquel hombre era el Margrave de Shu... De pronto, Cyllan se dio cuenta de que su asombro debía de ser demasiado evidente y desvió apresuradamente la mirada.

-Tú y yo -dijo el hijo del Margrave- hemos dejado algo por terminar. Y creo que mi padre y tu tío tardarán mucho tiempo en hacer sus tratos, por lo que tu secreto estará a salvo. ¡Ven conmigo!

Por lo visto no era persona que admitiese discusiones, y por esto se abstuvo Cyllan de protestar cuando él la asió del brazo y la condujo rápidamente lejos de los corrales. Entraron en una calle estrecha que iba de la plaza del mercado al puerto, y el joven señaló una casa descuidada sobre cuya puerta se veía una enseña con una embarcación blanca toscamente pintada y un mar rabiosamente azul.

-La taberna de la Barca Blanca -dijo él, penetrando en la oscuridad del interior-. Suelen frecuentarla marineros y mercaderes, por lo que no es probable que nos vea alguien que me conozca.

Cyllan hizo caso omiso del velado insulto (a fin de cuentas, él se estaba rebajando al aparecer en público en su compañía) y trató de valorar la primera impresión que le había causado su acompañante. Cuando le había pedido que leyese sus piedras para él, había advertido una mirada casi febril en sus ojos, y su determinación de salirse con la suya decía mucho más sobre su personalidad que lo que habría podido expresarse con palabras. Había conocido a otros de esta clase; los que, interesados por el ocultismo, desafiaban los convencionalismos que prohibían esta materia a todo el mundo, salvo al Círculo y a la Hermandad de Aeoris, y a menudo aquel interés rayaba en obsesión. Cyllan había reconocido inmediatamente este rasgo en el hijo del Margrave, y sabía que debía andarse con cautela; si se descuidaba, podía encontrarse en dificultades.

Pero, por lo demás, el joven parecía bastante corriente. Tenía la buena presencia típica de los nativos de la provincia de Shu: abundantes cabellos castaños, ensortijados sobre su cabeza y cortos según el estilo ahora de moda en el Sur; piel fina, con un matiz oliváceo que disimulaba una tendencia a la rubicundez, y ojos negros y expresivos, con pestañas notablemente largas. Era muy alto para ser del Sur, y aunque probablemente engordaría con los años, todavía no daba señales de ello.

Ahora arrastró una silla de debajo de una mesa vacía en el rincón de la taberna y chascó los dedos para llamar al mozo. Cyllan se sentó en silencio en la silla opuesta y esperó, mientras él pedía vino para los dos y una tajada de buey y pan moreno para él. No preguntó a Cyllan si tenía hambre. Llegaron el vino y la comida, que fueron dejados bruscamente sobre la mesa; antes de irse, el mozo dirigió una mirada fulminante al distinguido cliente.

-Ahora -dijo el hijo del Margrave-, vayamos al grano. Dime cómo te llamas.

-Cyllan Anassan. Aprendiza de boyero, de Cabo Kennet, en las Grandes Llanuras del Este –dijo ella, presentándose de la manera formal acostumbrada, colocando la palma de la mano sobre la mesa.

Él apoyó la suya sobre la de ella, pero muy brevemente.

-Drachea Rannak. Heredero del Margrave de la provincia de Shu, de Shu-Nhadek. -Y echándose atrás, añadió-. Y ahora dime, Cyllan Anassan, ¿qué te ha llevado al oficio de boyero, que es la ocupación más inverosímil para una mujer?

El relato de ella fue breve y triste; empleó en él las mínimas palabras posibles, y el joven la miró con curioso interés.

-Y sin embargo, ¿eres vidente? Yo habría pensado que la Hermandad hubiese debido interesarte más que conducir ganado.

Ella sonrió débilmente. En el mundo de él, bastaba que una niña dijese que quería ingresar en la Hermandad de Aeoris, para que se cumpliese su deseo, y Cyllan dudó de que él pudiese considerar el asunto de otra manera.

-Digamos que no tuve... oportunidad -respondió-. Además, dudo de que las Hermanas me reconocieran como vidente.

Drachea empujó con disgusto la rebanada de pan moreno sobre el plato.

-Tal vez sí, pero hubieses debido intentarlo. -Levantó la mirada-. En realidad, de no ser por mi posición en Shu, tal vez habría pensado en seguir el mismo camino y presentarme como candidato al Círculo.

-¿Al Círculo...?

Su reacción había sido inmediata, y entrecerró los ojos. Drachea se encogió de hombros.

-Desde luego, en mi situación, esto es imposible, a menos que renunciara a mis derechos en favor de mi hermano menor, y esto traería muchas complicaciones. -Hizo una pausa y prosiguió-. Por lo visto has viajado muchísimo. ¿Has estado alguna vez en la Península de la Estrella?

Cyllan empezaba a comprender lo que había detrás de la fascinación del joven por las materias arcanas.

-Sí -dijo-. Estuvimos el verano pasado, cuando el nuevo Sumo Iniciado recibió su investidura.

-¿Estuviste allí? -Drachea se inclinó hacia adelante, olvidada de pronto su condescendencia-. ¿Y viste a Keridil Toln en persona?

-Sólo desde lejos. Salió del Castillo para hablar y dar la bendición de Aeoris a la multitud.

-¡Dioses! -Drachea bebió un largo trago de vino, sin darse cuenta de lo que hacía-. ¡Y pensar que me perdí aquel gran acontecimiento! Desde luego, mis padres hicieron el viaje, pero yo estaba enfermo con fiebre y tuve que quedarme en casa. -Se lamió los labios-. Entonces lo viste todo... ¿Y cruzaste el puente que conduce al Castillo?

-Sí..., por poco tiempo.

-¡Aeoris! -Drachea hizo una señal sobre su corazón, para mostrar que su exclamación no había querido ser irrespetuosa para el más grande de los dioses-. ¡Debió de ser una experiencia inolvidable! ¿Y qué me dices de los Iniciados? Sin duda viste a algunos de ellos..., aunque me imagino que no conociste a ninguno, ¿verdad?

Las sospechas de Cyllan habían sido por fin confirmadas. La única ambición ardiente de Drachea era ingresar en las filas del Círculo, para satisfacer su afán de saber la verdad que había detrás de los secretos que le obsesionaban. Y comprendió, también, por qué estaba tan empeñado en que le leyese su futuro. Quería creer que su ambición se vería cumplida, y sus palabras de vidente serían suficientes para avivar el fuego que ardía en su interior.

-¡Cyllan! -Ella se sobresaltó cuando él le agarró un brazo y lo sacudió-. ¡Escúchame! Te he preguntado si conociste a algún Iniciado.

Una inquietante yuxtaposición de imágenes pasó por la mente de Cyllan al responder a su mirada. La cara de Drachea, joven, franca, consciente de su propia importancia; y otra cara, macilenta, reservada, y unos ojos que delataban conocimientos y emociones mucho más profundos de lo que correspondía a la edad física.

Dijo, con voz ronca:

-Hace algún tiempo conocí a un hombre... un Adepto de alto grado.

-Entonces, ¿no se recluyen los Adeptos dentro de sí mismos? Había oído decir..., ¡bah!, pero los rumores crecen como hierbajos. Tengo que ir allá a verlo con mis ojos. Ya lo habría hecho, ¡pero se necesita tanto tiempo para ello! -Cerró los puños en su frustración, pero su expresión cambió bruscamente-. ¿Volviste a la Península después de aquellas fiestas?

-No. Pasamos un mes en la Provincia Vacía y, desde entonces, hemos estado caminando rumbo hacia el Sur.

-Entonces, no debes saber lo que hay de verdad en los nuevos rumores que corren.

-¿Nuevos rumores? -Cyllan se puso alerta-. No me he enterado.

-No... Me extrañaría que los hubieras oído. Empezaron en la Tierra Alta del Este y en Chuan, y ahora se están extendiendo también por aquí. Nadie parece conocer los hechos, pero dicen -y Drachea hizo una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras- que algo anda mal en el Castillo. Hace algún tiempo que no se han recibido noticias de nadie de allí, y no se sabe que nadie haya visitado el Castillo desde la última conjunción lunar.

A Cyllan se le hizo un nudo en la boca del estómago. No podía explicar a qué era debido, ni dar un nombre a esa sensación; era como si en lo más profundo de ella despertase un sentido animal que estaba dormido. Conteniéndose, dijo:

-No me he enterado. ¿Qué decís vosotros que puede andar mal?

-Aquí está la cuestión: nadie lo sabe. En la Tierra Alta del Oeste, se habló recientemente de un peligroso malhechor aprehendido en la Residencia de la Hermandad que hay allí, y se dice que esto tiene relación con los sucesos del Castillo, pero, aparte de esto, todo son especulaciones. Parece que los Iniciados han decidido aislarse completamente del resto del mundo, pero nadie sabe por qué. -Cruzó las manos y las miró frunciendo el entrecejo-. He estado buscando claves y presagios, pero no encuentro nada que tenga sentido. Lo único extraño que ha ocurrido aquí ha sido un número desacostumbrado de Warps.

Cyllan se estremeció involuntariamente al oír la palabra Warp. Todos los hombres, mujeres y niños del país sentían un miedo justificado a las misteriosas tormentas sobrenaturales que llegaban aullando del Norte a intervalos imprevisibles. Nadie se atrevía a enfrentarse al aire libre con el cielo pulsátil y las estridentes voces demoníacas de un Warp; los pocos locos o valientes que lo habían hecho habían desaparecido sin dejar rastro. Ni siquiera los eruditos más sabios sabían de dónde venían los Warps ni qué los impulsaba; según la leyenda, eran el último legado que las fuerzas del Caos dejaron cuando los seguidores de Aeoris destruyeron a los Ancianos y restablecieron el imperio del Orden.

Pero fuera cual fuese el poder que había detrás de los Warps (y era algo en lo que la gente sensata prefería no pensar), Drachea tenía razón al decir que la incidencia de los Warps había aumentado últimamente. Sólo hacía cinco años que, al cruzar las fértiles llanuras que separaban Shu de Perspectiva, había oído la pandilla de Kand Brialen el sonido más temido en todo el mundo: el débil pero estridente aullido que, viniendo del Norte, anunciaba que se acercaba la tormenta. Cyllan aún veía en sus pesadillas aquella desesperada carrera hasta el refugio más próximo contra las tormentas, uno de los largos y estrechos cobertizos que habían sido construidos para seguridad de los viajeros a lo largo de las principales rutas ganaderas; y recordaba con pavor el interminable tormento sufrido en el interior del precario refugio, mientras yacía con la cara enterrada en su abrigo, tapándose los oídos para no escuchar el estruendoso caos, ni el mugido de las aterrorizadas reses a su alrededor. Había sido su tercera experiencia de esta clase desde que habían salido de la Provincia Vacía...

Incluso la tranquila actitud de Drachea se había alterado con el tema. Dándose cuenta de que la atmósfera se estaba haciendo incómoda, señaló la jarra que estaba entre los dos sobre la mesa.

-No has tocado el vino.

-¡Oh...! Sí, gracias.

Cyllan no se estaba concentrando; había rechazado el horrible recuerdo, pero seguía inquieta. Su instinto animal la aguijoneaba de nuevo...

-En cuanto a ese misterio del Castillo –siguió diciendo Drachea-, creo que los Iniciados tienen sus propias razones, que no conviene investigar. Aunque, si al leer las piedras vieras un presagio que pudiese decirnos algo...

La miró, esperanzado, y ella sacudió enérgicamente la cabeza.

-¡No! No me atrevería, no me atrevería a intentar ver claro en esas cosas. Leeré para ti, Drachea, pero no iré más lejos.

Él se encogió de hombros, con gesto descuidado.

-Está bien. No perdamos más tiempo. ¡Muéstrame lo que no pudo mostrarme el charlatán!

Cyllan hurgó en la bolsa que llevaba colgada del cinto y sacó un puñado de piedrecitas pulidas y de diferentes formas. Teóricamente, necesitaba arena para arrojar sobre ella los guijarros, pero otras veces había trabajado sin ella y sin duda podría volver a hacerlo ahora.

Drachea se inclinó hacia adelante, mirando fijamente las piedras, como tratando de adivinar algo sin la ayuda de ella. Y súbitamente, al tenerlas en la palma de la mano para

arrojarlas, Cyllan se detuvo. Algo estaba murmurando con insistencia en su mente, un aviso, tan claro como si hubiese sido pronunciado en voz alta junto a su oído.

Pasara lo que pasase, ¡no debía leer las piedras para Drachea Rannak!

-¿Qué pasa? -oyó que decía la voz impaciente de Drachea, y se sobresaltó violentamente y se le quedó mirando como si fuera la primera vez que le veía-. Vamos, Cyllan, ¡O eres una adivina o no lo eres! Si me has hecho perder el tiempo...

-¡No ha sido ésta mi intención! -Se puso de pie, vacilando-. Pero no puedo leer para ti, Drachea... ¡No puedo!

Él se levantó también, súbitamente irritado.

-En nombre de los siete infiernos, ¿por qué?

-¡Porque no me atrevo! ¡Oh dioses, no puedo explicarlo! Es un presentimiento, un miedo... -Y de pronto brotaron las palabras de sus labios sin que pudiese evitarlo-. ¡Porque sé en el fondo de mi ser que algo terrible va a ocurrirte!

Él se quedó pasmado. Lentamente, se sentó de nuevo. Estaba muy pálido.

-Tú... ¿sabes...?

Ella asintió con la cabeza.

-Por favor, no me preguntes nada más. Tenía que haberme callado... Sin duda estoy equivocada;

no tengo talento y...

-No. -Ella se estaba apartando de la mesa y, súbitamente, él alargó una mano y le agarró el brazo, causándole dolor-. ¡Siéntate! Si se está tramando algo, ¡por todos los dioses que vas a decírmelo!

Un par de parroquianos de la taberna les estaban mirando ahora, sonriendo divertidos, sin duda interpretando a su manera la discusión. No queriendo llamar más la atención, Cyllan se sentó de mala gana.

-Ahora, ¡dime! -ordenó Drachea.

Las piedras eran como ascuas en la mano de ella. Reflexivamente, las dejó caer y se desparramaron sobre la mesa, formando un dibujo claro y desconcertante. Drachea las miró fijamente y frunció el entrecejo.

-¿Qué significa eso?

También Cyllan estaba mirando las piedras, y le palpitaba el corazón. No conocía aquel dibujo y, sin embargo, parecía hablarle, llamarla. Sintió un débil hormigueo en la nuca y se estremeció.

-No... no lo sé -empezó a decir, y después lanzó una exclamación ahogada, porque una imagen había cruzado por su mente, con tanta rapidez que apenas pudo captarla.

Una estrella de siete puntas, irradiando colores indescriptibles...

-¡No! -se oyó decir a sí misma, con vehemencia-. ¡No puedo hacerlo! ¡No quiero!

-¡Maldita sea! ¡Lo harás! -replicó Drachea furioso-. ¡No voy a dejar que una campesina forastera me tome el pelo! Dime lo que ves en esas piedras, ¡o te llevaré ante mi padre por tratar de embrujarme!

La amenaza era bastante seria. Cyllan miró las piedras una vez más y, de pronto, el dibujo cristalizó en su mente. Ahora sabía, con infalible instinto, lo que significaba, y la insistencia de Drachea no iba a poder convencerla.

Bruscamente, recogió las piedras, las metió en la bolsa, y se puso de pie de nuevo.

-Puedes hacer lo que creas adecuado -dijo serenamente, y se volvió para marcharse.

-¡Cyllan! -le gritó Drachea. Ella siguió su camino. Oyó el roce de madera sobre piedra y las pisadas de él a su espalda. La alcanzó cuando iba a llegar a la puerta-. ¿Qué estás haciendo, Cyllan? ¡No voy a tolerarlo! Me prometiste leer las piedras para mí, y...

-¡Déjame!

Se retorció para librarse de la mano que trataba de agarrarla del brazo y hacerla volver, pero al dirigirse a la entrada de la taberna chocó con un marinero mercante, alto y corpulento, que entraba apresuradamente con tres compañeros.

-¡Mira por dónde vas! -le gritó el hombre, empujándola a un lado. Cyllan murmuró una disculpa y siguió adelante, seguida de Drachea, pero el marinero les gritó-. ¡Eh... vosotros dos! En nombre de todos los diablos de las tinieblas, ¿adónde vais?

Ellos le miraron, sin comprender, y el hombre señaló con el pulgar hacia la puerta, por la que entraban apresuradamente más personas.

-¿No tenéis una pizca de juicio entre los dos? ¡Se acerca un Warp! Toda la ciudad está alborotada. Un día de mercado, ¡y un hijo de perra de Warp decide caer sobre nosotros! Como si las tormentas de los Estrechos de la Isla de Verano no fuesen bastante. . .

Se dirigió furioso al mostrador y pidió a gritos una copa.

La cara de Cyllan adquirió una palidez grisácea. Al oír que el marinero mencionaba el Warp, sintió como si se le helase el estómago. Un miedo terrible se había apoderado de su razón y aumentaba a cada momento. En la taberna estaba segura, pero no se sentía segura. Y si había interpretado bien el presagio de las piedras...

Mientras tanto, Drachea se había acercado a la puerta y estaba mirando al exterior. Corría gente por todas partes, buscando un refugio; en algún lugar, un niño gemía de espanto. Más allá de los apretujados tejados de las casas de la estrecha calle, el cielo no era más que una franja brillante, pero el brillo estaba ya menguando, empañado por las amenazadoras sombras que se extendían sobre el azul. Y por encima del ruido de los pies que corrían y de las voces que gritaban, se oyó un aullido estridente, misterioso, como un coro de almas condenadas al infierno.

-¡Dioses! -Drachea contempló el cielo cambiante con morbosa fascinación-. ¡Mira, Cyllan! ¡Mira eso!

Olvidada la disputa, Cyllan temió ahora por su seguridad.

-No hagas eso, Drachea -suplicó-. ¡Entra! ¡Es peligroso!

-Todavía no lo es. Tenemos unos minutos antes de que caiga sobre nosotros. Mira... -Y entonces, en un instante, cambió su expresión, y su voz con ella, elevándose al impulso de un incrédulo horror-. ¡Oh, por Aeoris, mira eso!

La había agarrado y tirado de ella hasta delante de la puerta. Fuera, la calle estaba desierta y se estaban cerrando de golpe los postigos de todas las ventanas. Drachea señalaba a lo largo del callejón, en la dirección del puerto de Shu-Nhadek, y la mano le temblaba violentamente.

-¡Mira!

Cyllan miró y un terror ciego nubló toda su razón. Al final de la calle, una figura solitaria se erguía como una estatua. Una prenda parecida a una mortaja envolvía su cuerpo, pero la cara cruel y de delicadas facciones se veía con bastante claridad, y un halo de cabellos rubios desprendía una luz brillante. Una aureola oscura centelleaba a su alrededor, y el personaje levantó una mano de largos dedos, invitándola a acercarse.

Ella había visto antes de ahora esta imagen de pesadilla... Cyllan trató de echarse atrás, de huir de aquella figura hipnótica y de su mano autoritaria, pero no podía moverse. Su voluntad se estaba debilitando; estaba dominada por el insensato deseo de cruzar la puerta, salir a la calle y obedecer a la llamada. Oyó que Drachea murmuraba junto a ella: ¿Qué es?, con la voz de un niño aterrorizado, y ella sacudió la cabeza, incapaz de encontrar una respuesta.

La figura repitió su ademán, y fue como si unas cuerdas invisibles tirasen de sus miembros. Luchó contra esa fuerza con toda su energía, pero su pie izquierdo se deslizó hacia adelante, impulsándola.

-¿Qué estás haciendo, Cyllan? -le gritó Drachea-. ¡Vuelve!

Ella no podía volver atrás. La llamada era demasiado fuerte, más poderosa que su miedo y su sentido de autoconservación. Y del corazón de la siniestra aparición brotó una luz irreal que cobró vida y aumentó, convirtiéndose en una estrella cegadora que lo borró todo, salvo aquella mano que llamaba lentamente.

-¡Cyllan!

La voz de Drachea se desgarró en un grito de protesta cuando ella se desprendió bruscamente de su mano y salió de la taberna. Sin pararse a pensar, él salió corriendo tras ella; y entonces la reluciente aparición se desvaneció.

Cyllan lanzó un aullido bestial, que resonó en toda la callejuela, y se detuvo en seco, de manera que Drachea chocó contra ella. Él la sacudió como si fuese una muñeca de trapo, gritando para hacerse entender.

-¡Cyllan, el Warp! ¡Está llegando! En nombre de todo lo que es santo, ¡muévete!

Mientras gritaba las últimas palabras, la obligó a volverse, dispuesto a llevarla a rastras, si era necesario, al refugio de la taberna, antes de que fuese demasiado tarde. Se volvió y...

La pared de oscuridad les dio de lleno al barrer la calle con la rapidez y la furia de un maremoto. Drachea oyó la voz del Warp elevándose en un estruendoso crescendo de triunfo, y vio un torbellino de formas retorcidas que se le echaban encima, venidas de ninguna parte. Por un instante, sintió que Cyllan le agarraba una mano; después, un martillazo de agonía pareció romper todos los huesos de su cuerpo, y con él llegó un abrasador olvido.

CAPITULO 2

La impresión de que estaba tragando algo que le quemaba la garganta y los pulmones hizo que Cyllan recobrase violentamente el conocimiento. Trató de gritar, pero no pudo hacerlo, porque aquella cosa llenaba de nuevo su boca y su nariz. Durante un momento de pesadilla, creyó que estaba muerta, sumergida en un infierno verde y negro que rugía en sus oídos y en el que su cuerpo giraba y se retorcía sin remedio... pero entonces comprendió, al recobrar su sentido. ¡Se estaba ahogando!

Dejándose llevar por un furioso instinto de conservación, dobló y estiró el cuerpo y dio unas brazadas en la dirección de la que venía una luz débil. Si hubiese elegido mal, habría muerto a los pocos minutos; pero, segundos más tarde, su cabeza emergió del agua y se elevó sobre la cresta de una ola oscura, escupiendo el agua que había tragado y llenando de aire sus pulmones.

Estaba en el mar... ¡y era de noche! Este hecho era tan absurdo que nubló momentáneamente su razón mientras braceaba, luchando por mantenerse a flote. Sobre su cabeza, el cielo era una enorme bóveda oscura teñida de un verde nacarado, y a su alrededor, olas incansables se hinchaban amenazadoramente, monstruosas siluetas que la zarandeaban y arrastraban a la fuerza. No había tierra, ni lunas... ni Warp.

Aturdida y confusa, no vio la ola grande hasta que ésta le cayó encima y la sumergió de nuevo. Pataleando, subió otra vez a la superficie. ¡Tenía que convencerse de que podía sobrevivir, o se ahogaría como una rata en un cubo de agua! Pero, ¿cómo podía sobrevivir? No había costa, ni dirección... De alguna manera, había sido lanzada a través del Warp, arrojada a esta inverosímil pesadilla.

Y entonces oyó un grito. Era débil, pero no lejano, como si alguien la llamase desde un puerto seguro invisible. Cyllan se volvió nadando en la dirección de la que procedía el sonido y dando gracias por el agua salada que la hacía flotar. Un momento más tarde, le vio.

Estaba agarrado a un trozo de madera y casi sumergido por las olas que le azotaban implacablemente. ¡Drachea! Cyllan recordó los últimos segundos antes de que el Warp cayese sobre ellos: él había tratado de meterla en la taberna; habían sido arrastrados juntos...

-¡Drachea!

Su voz era débil y él no la oía. Ahorrando fuerzas para nadar, braceó hacia él, ayudada por una ola que se elevó a contracorriente y casi la lanzó a su lado. Le agarró por debajo de los brazos, sujetándole contra los tirones del mar, y él, instantáneamente, tuvo pánico y empezó a debatirse.

-¡Drachea! -le gritó ella al oído-. ¡Soy Cyllan! Estamos vivos, ¡estamos vivos!

Él no la oyó, sino que continuó retorciéndose y golpeándola con las manos. Ella tenía que detenerle, o se ahogarían los dos. Alargando un brazo, asió el madero al que había estado él agarrado. Estaba empapado en agua, pero era lo bastante pequeño para que pudiese levantarlo y golpear torpemente con él la cabeza del joven. Este perdió el conocimiento y Cyllan le sostuvo, con la poca fuerza que le quedaba, cuando empezó a hundirse bajo las olas.

Volviéndose sobre la espalda, empezó a patalear y arrastrar el bulto inerte de Drachea. El agua la sostenía, pero no podría mantener por mucho tiempo aquel esfuerzo. Como todos los moradores de la costa del Este, Cyllan había aprendido en su infancia a nadar como un pez, pero su fuerza se estaba agotando de prisa; el agua era fría como el hielo y entumecía sus manos y sus pies, y con esta nueva carga sólo podía avanzar lenta y dolorosamente.

¿Y si no encontraba tierra ?, murmuró una vocecilla en su cabeza. ¿ Qué pasaría entonces ?

Drachea y ella se ahogarían, tan seguro como que mañana saldría el sol. Cyllan tendría mayores probabilidades de salvación si le soltaba y reservaba toda su energía para ella misma; pero no podía hacerlo. Sería como un asesinato; no podía abandonarle ahora.

Agarró con más fuerza su desvalida carga y siguió luchando contra las olas que, caprichosamente, parecían cambiar a cada momento de dirección, como si una docena de corrientes diferentes se disputasen la supremacía. El rugido del mar machacaba constantemente sus oídos, aumentando su fatiga; el agua helada parecía tirar de ella con más fuerza cada vez que agitaba los pies, y sus miembros iban perdiendo lentamente la sensibilidad a medida que el frío iba penetrando hasta la médula de los huesos. Y pronto el constante balanceo, acentuado por sus intentos de nadar rítmicamente, se hizo peligrosamente hipnótico. Extrañas imágenes de sueño pasaban por su mente, hasta que creyó ver la proa de una barca surgiendo de la oscuridad en su dirección. Levantó un brazo y gritó; entonces su boca y su nariz se llenaron de picante agua salada al sumergirse. Instantáneamente, la impresión la sacó de aquel sueño, pero lo único que pudo hacer fue arrastrar de nuevo el peso muerto de Drachea hasta la superficie. Aspiró aire, sollozando de terror y alivio en igual medida, y cuando se aclaró su vista, se dio cuenta de que no había ninguna barca, ni nadie que fuese a salvarles; solamente la ilusión engañosa de una mente agotada.

Se estaba debilitando. El espejismo casi la había matado, y otro error como éste podía ser fatal.

Y las olas no tenían todavía crestas blancas que indicasen la proximidad de tierra; el vasto e implacable océano se extendía hasta el infinito a su alrededor y, de pronto, vio mentalmente una terrible imagen de ella misma y de Drachea oscilando como diminutos e insignificantes pecios sobre una gigantesca extensión de nada. Desterró esta idea, sabiendo que, si dejaba que se apoderara de ella, la privaría de toda voluntad de supervivencia. Pero esta voluntad no podía sostenerla durante mucho más tiempo.

Sin previo aviso, una enorme ola negra producida por una fuerte contracorriente la golpeó de lado, y esta vez no pudo recobrar el impulso. El cuerpo de Drachea tiraba de ella hacia abajo, y sus miembros estaban casi completamente entumecidos. En un instante de terrible claridad, Cyllan se enfrentó con el conocimiento de que estaba vencida. Lo había intentado, pero ya no le quedaban fuerzas, e incluso sin su carga, ya no podía salvarse. El mar hambriento había triunfado, tal como una parte de su cerebro le había dicho que había de ocurrir. Iba a morir...

Y entonces, en un rincón oscuro de su mente, surgió el recuerdo de los fanaani...

La probabilidad era tan remota que casi abandonó la idea. Sería mejor, seguramente sería mejor, entregarse a lo inevitable y dejar que las frías profundidades se apoderasen ahora de ella, en vez de prolongar su agonía con una esperanza que no podía verse cumplida. Pero todavía permanecía un eco de su deseo de sobrevivir, lo suficiente para hacer que sus menguados sentidos emprendiesen un último y desesperado intento de salvar la vida. Se esforzó en enfocar la mente, en hacer acopio de voluntad, por débil que ésta fuese.

Ayudadme... El mudo ruego telepático surgió de lo más hondo de su ser. En nombre de todos los dioses, ayudadme. . .

El mar se agitó a su alrededor, burlándose con voz tonante de su desesperación. Si su ruego no era escuchado, moriría al cabo de unos minutos...

Ayudadme..., por favor, ayudadme...

De pronto lo sintió; el primer débil indicio de otra presencia en su mente, alguien que sentía curiosidad por conocer la naturaleza de la extraña criatura que luchaba contra el agua con su inconsciente carga. Cyllan redobló sus esfuerzos para llamar, y la presencia se hizo más viva, más próxima.

Cuando oyó los primeros sones agridulces de la canción de los fanaani, casi gritó de alegría. Las notas argentinas resonaban contra el rugido del mar, elevándose y bajando, llamándola, y un momento más tarde sintió que algo resbaladizo y vivo rozaba sus piernas.

El primero se alzó a su lado, con su cara de nariz roma, como de gato, a sólo unas pulgadas de la suya. Los límpidos ojos castaños miraron tristemente los de ella, y el fanaan, mayor que ella, de piel abigarrada y casi fosforescente en la oscuridad, torció el corto bigote y sopló, echándole a la cara su aliento de pez. Entonces apareció otro, y ella sintió que un tercero se alzaba debajo del agua, cargando con el peso de Drachea y sosteniéndole.

Cyllan se tendió sobre un costado en el agua y se agarró al hombro musculoso del mamífero marino que tenía al lado. El fanaan levantó la cabeza y llamó con voz suave y gemebunda, y la segunda criatura se movió de manera que entre los dos la sostuvieron, levantándola sobre las grandes olas. Cyllan vio que Drachea era transportado de igual manera por otros dos fanaani, y su mente agotada les dio muda y fervientemente las gracias. Su último y desesperado ruego había sido escuchado; aquellos extraños, raros y telepáticos seres habían respondido a su llamada y, a su enigmática manera, habían decidido ayudarla. Habían venido, sólo los dioses sabían de dónde, para ayudar a un ser extraño que estaba en peligro, y Cyllan nunca podría pagar la deuda que había contraído con ellos.

El primer fanaan llamó de nuevo, y todos se le unieron en la estremecedora y bella canción.

El agotamiento venció a Cyllan mientras aquellas criaturas avanzaban nadando, y el cántico fantástico de sus salvadores se mezcló con extraños sueños marinos cuando ella se sumió en una bienhechora inconsciencia.

Se despertó y se encontró yaciendo boca abajo en una playa de guijarros. El mundo volvía a estar en calma; a su espalda, el mar seguía latiendo y zumbando incesantemente, pero el balanceo del frío oleaje se había aplacado. La habían traído a tierra... y los fanaani se habían marchado.

Cyllan se incorporó lentamente hasta quedar arrodillada sobre los duros guijarros. Sus cabellos y su ropa chorreaban agua, y sus miembros temblaban involuntariamente de frío. Todavía era de noche; una blanca niebla marina se infiltraba en la oscuridad y convertía en fantasmas las melladas rocas que la rodeaban. A su espalda, la playa descendía hasta la ruidosa rompiente, sembrada de desechos que el mar había rechazado. Delante de ella...

Delante de ella se alzaba hacia el cielo una negra pared de granito, que no reflejaba ninguna luz. La playa se extendía a ambos lados, sin ofrecer ningún refugio, y cuando levantó la vista y se esforzó por enfocarla, sólo vio el acantilado que se elevaba hasta más allá de los límites de la visión. Los fanaani la habían traído a tierra, pero a una tierra dura y cruel que en nada se parecía a las que conocía ella.

El ruido de las piedras le advirtió que algo se movía cerca de ella, y Cyllan se volvió, asustada. A pocos pasos de distancia, Drachea Rannak estaba sentado con la espalda apoyada en la roca. La estaba mirando, pero sus ojos eran vidriosos, y Cyllan se dio cuenta de que no la reconocía. La impresión..., el terror había sido demasiado para él..., pero al menos estaba también vivo.

Luchando contra el dolor producido por el frío, Cyllan se arrastró hacia él.

-Drachea... Drachea, estamos vivos...

Él siguió mirándola fijamente, inerte como una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos.

-Vivos... -repitió.

-Sí, ¡vivos! Los fanaani nos salvaron; les llamé y vinieron y... -Sacudió la cabeza y tosió-. Estamos vivos.

Durante un momento, todo quedó en silencio, salvo el incesante ruido del mar. Después dijo Drachea, torpemente:

-¿Dónde?

-No lo sé... -Estaba segura de que Drachea tenía nublada la razón. Era incapaz de enfrentarse con la realidad del peligro y algo dentro de él se había roto, y sólo pudo esperar que recobrase su inteligencia antes de que el frío les venciese a los dos. Sobreponiéndose a la

angustia, añadió con mayor vehemencia-: Pero, dondequiera que estemos, Drachea, ¡nos hemos salvado! Hemos sobrevivido y... ¿no es esto lo que importa?

-¡Quién sabe! -Drachea esbozó una extraña y torcida sonrisa sin pizca de humor-. Tal vez estamos muertos y esto es el más allá. Una playa de guijarros, una noche interminable, un acantilado por el que no podemos trepar. ¡Diablos, Cyllan! ¿No es esto lo que viste en tus piedras? ¿No lo es?

Se inclinó súbitamente hacia adelante y la agarró de los hombros, sacudiéndola con violencia. Por un instante pensó ella que iba a tratar de estrangularla; pero entonces él aflojó su presa y se volvió, apretando la cara contra la pared de roca y acurrucándose como un niño asustado y desafiador.

-Vete -dijo con voz confusa-. De no haber sido por ti, estaría seguro en mi casa de Shu-Nhadek. ¡Vete y déjame en paz!

De no haber sido por mi, ¡estarías muerto!, pensó Cyllan, furiosa, pero después rechazó esta idea como indigna y poco caritativa. Tal vez él tenía razón: de no haber sido por ella, esa pesadilla no habría ocurrido nunca.

Entonces recordó por primera vez la aparición que se había manifestado antes de que el Warp cayese sobre ellos en Shu-Nhadek. La mano, el ademán llamándola... Sintió un fuerte escalofrío. Había sido mucho más que un presagio. Y las piedras... Instintivamente llevó una mano a la bolsa del cinto y encontró allí el bulto familiar de los guijarros. No las había perdido..., aunque empezaba a preguntarse si eran una maldición más que un bien.

Drachea estaba todavía escondiendo la cara y Cyllan se dio cuenta de que, si tenían que escapar de aquella playa infernal, debería llevar ella la iniciativa. El peligro y las privaciones eran conceptos ignorados por el hijo del Margrave de Shu; ella estaba más preparada para salvarse, si es que había salvación posible. Se volvió y miró hacia el mar. Parecía que la niebla se había espesado en los pocos minutos transcurridos desde su brusco despertar; más allá de donde rompían las olas en el borde de la playa, no podía ver nada. Tembló, pero ya no era de frío. ¿Qué había detrás de aquella niebla? ¿Una tierra familiar, conocida, o quizá... nada? No podía haber otro lugar en el mundo tan desolado, tan desierto, tan sin esperanza...

Ninguno, le dijo una muda voz interior, salvo uno...

Pero no era posible... Cyllan se puso trabajosamente en pie, mientras la sospecha se iba convirtiendo en certidumbre, y estiró el cuello para mirar el imponente acantilado. El vértigo hizo que se sintiese mareada; lo combatió resueltamente y trató de ver la cima de la pared rocosa, retrocediendo en la playa hasta que el agua del mar le llegó a las rodillas.

La monstruosa mole de granito tenia un final. Veía un punto en que la roca quedaba bruscamente cortada y, desde su posición, la perspectiva de la playa había cambiado lo bastante para que se diera cuenta de que el acantilado era en realidad un peñasco que se elevaba en el océano circundante.

Su pulso se aceleró. Si sus sospechas eran acertadas, debería ver el estrecho arco del puente que conectaba este solitario pináculo de piedra con la tierra firme. Aguzando la mirada para penetrar la espesa niebla, Cyllan observó...

Nada. La niebla era demasiado densa, o ella se había equivocado y el incitante sentido de familiaridad que la asaltaba era una ilusión engañosa.

Pero, fuera cual fuese la verdad, tenía que haber una manera de escalar aquella amenazadora pared. Permanecer en esta playa sería darse por vencida, y después de haber sobrevivido a pesar de todo, darse por vencida era algo que Cyllan no podía considerar. Tenia que haber una manera y tal vez cuando la luz del día viniese en su ayuda podría encontrarla.

Todavía insegura de sí misma, pero un poco más animada, volvió al lugar donde yacía Drachea. Parecía haberse dormido, o estar de nuevo inconsciente, y su piel era inquietantemente fría al tacto.

Cyllan se volvió y empezó a buscar a su alrededor algo que pudiese dar calor hasta el amanecer. Algas... Olían muy mal y estaban tan mojadas como ellos, pero al menos podían protegerles de lo peor del frío de la noche de invierno. Consciente de que sus miembros se

estaban agarrotando por la fatiga y el frío, empezó a recoger grandes brazadas de algas en los lugares donde las había arrojado el mar, y pronto tuvo un montón de fibras de un verde pardusco que extendió sobre el cuerpo inmóvil de Drachea. Finalmente, se tendió boca arriba, acurrucándose junto a él de manera que no se desperdiciase el calor que les quedaba y, después de tender sobre ella misma algunas algas, cerró los ojos.

Cyllan se despertó de un sueño poblado de odiosas pesadillas, con la impresión de que algo andaba mal. La manta de algas había resultado bastante eficaz y ya no sentía tanto frío en los huesos; pero, cuando trató de moverse, su cuerpo estaba tan rígido y dolorido que apenas la obedecía. Y algo andaba mal...

Levantó la cabeza, contemplando la oscuridad verde-gris. La niebla flotaba todavía como una cortina impenetrable a pocos pasos de distancia, y el sonido del mar parecía más lejano, amortiguado por aquella densa niebla. La marea había bajado, dejando una franja más extensa de guijarros que brillaba débilmente hasta el borde de la niebla, lo cual quería decir que debía de haber dormido varias horas. Pero ni siquiera en el corazón del invierno eran eternas las noches. El sol hubiese debido levantarse ya..., pero no había el menor indicio de la aurora.

Cyllan tuvo un alarmante presentimiento. No había un lugar en el mundo donde no saliese el sol, y sin embargo, la noche se cernía aún sobre la playa. Todo estaba demasiado tranquilo, demasiado callado, como si más allá de la niebla no hubiese más que el vacío...

Temblando, se volvió hacia Drachea, que yacía a su lado, y le sacudió.

-¡Drachea! ¡Despierta!

Él se movió de mala gana y, por el juramento que lanzó, Cyllan comprendió que creía estar en su cama de Shu-Nhadek, riñendo a una doncella por molestarle. Le sacudió de nuevo.

-¡Drachea!

Este abrió los ojos y empezó, lentamente, a comprender.

-¡Cyllan! -murmuró, al sentir los guijarros mojados bajo su cuerpo-. ¿Dónde estamos?

-¡Ojalá lo supiera!

-¿Qué?

-Dejemos esto. -No podía gastar energía en discusiones-. Escúchame. He explorado el terreno lo mejor que he podido y parece que estamos en una isla. No he podido observar ninguna comunicación con el continente; por lo tanto, tenemos que encontrar la manera de subir al acantilado.

Haciendo un esfuerzo, Drachea se sentó para aclarar sus ideas, a pesar del cansancio, y empujó a un lado las malolientes algas que le cubrían. Cuando respondió, lo hizo con voz malhumorada:

-¡Todavía es noche cerrada! ¡No vamos a morirnos en el tiempo que media entre ahora y el amanecer! Y cuando salga el sol, ¡nos encontrarán! Tiene que haber gente buscándome; mis padres habrán dado la voz de alarma. ¿Por qué habría de gastar mis fuerzas escalando un tres veces maldito peñasco sin objeto alguno?

Cyllan apretó los labios, irritada. Por lo visto, Drachea no tenía la menor idea del peligro en que se hallaban; acostumbrado a ver cumplidos todos sus deseos, presumía ciegamente que su rescate era inminente. Y tal vez habría sido así, si hubiesen estado todavía cerca de Shu. Pero Cyllan sabía que no era así...

Trató de hacerle comprender.

-Escúchame, Drachea. La marea ha bajado, lo cual quiere decir que llevamos aquí tiempo de sobra para que haya salido el sol, y sin embargo no lo ha hecho.

Él frunció el entrecejo.

-¿Qué quieres decir?

-No lo sé; salvo que aquí ocurre algo terrible. Y otra cosa: no estamos en la Provincia de Shu, ni cerca de ella.

Él quiso protestar.

-Pero...

-¡Escúchame! No me preguntes cómo lo sé, ¡pero lo sé! Puedo sentirlo, Drachea, ¡con toda seguridad! -Hizo una pausa, tragando saliva para recobrar el aliento-. Si no queremos pudrirnos y morir en esta playa, ¡debemos encontrar la manera de subir a la cima!

Drachea la miró fijamente, reacio a reconocer la verdad de sus palabras. Después dijo, con irritación:

-Tengo hambre.

Cyllan le habría estrangulado. Caprichosamente se negaba a enfrentarse con la realidad, y aunque en parte le compadecía (a fin de cuentas, nunca se había encontrado en tales apuros en su vida), en parte sentía solamente la repugnancia de la frustración.

Sabiendo que no podían perder más tiempo, se levantó y recorrió el pie del acantilado, aplicando las palmas de las manos al duro granito, como tratando de adivinar por dónde podía empezar a escalar. La suerte y la resolución les habían traído hasta aquí y, a menos que los dioses quisieran abandonarles ahora, tenía que haber una salida. Detrás de ella, Drachea se quejó de dolor y rigidez, y Cyllan perdió los estribos.

-Entonces muévete, ¡maldito seas! ¡Ayúdame! No puedo hacerlo todo yo sola, ¡y esperas que cargue contigo como si fuese tu sirvienta!

Drachea la miró con irritada consternación y Cyllan sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, al tiempo que el miedo que llevaba dentro amenazaba con salir a la superficie. Las retuvo furiosamente e intentó reponerse. No podía perder su autodominio; flaquear ahora significaría el desastre.

-Dondequiera que estemos -dijo, apretando los dientes para que no castañeteasen-, la provincia de Shu está a un mundo de distancia. Y no tenemos comida ni cobijo. Si nos quedamos aquí, moriremos de frío o de hambre o de ambas cosas. -Miró reflexivamente la imponente pared del acantilado-. Tenemos que encontrar la manera de subir.

Drachea cruzó los brazos y los apretó contra su cuerpo, temblando.

-Si no sabes dónde estamos, ¿cómo puedes estar tan segura de que no vendrán a salvarnos? -arguyó, malhumorado.

-No puedo estar segura. Pero no voy a estarme sentada aquí esperando, hasta que esté demasiado débil para buscar una alternativa. -Cyllan había empezado a alejarse de él, pero ahora se detuvo y miró atrás-. Voy a buscar un camino. Lo que hagas tú es cosa tuya.

Él le lanzó una mirada fulminante, venenosa, y se volvió de espaldas. Pero Cyllan sólo había dado dos pasos más cuando le oyó suspirar y lanzar una imprecación en voz baja. Después, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta, Drachea caminó rígidamente sobre los rechinantes guijarros para reunirse con ella.

Fue Drachea quien encontró por fin los gastados escalones, tallados hacía innumerables generaciones en la roca vertical y que ascendían serpenteando en la noche. Siglos de erosión los habían desgastado hasta la lisura traidora del cristal y la pendiente era espantosa; pero Cyllan creyó que, con un poco de buena suerte de su parte, podrían escalar la roca sin contratiempos.

-Tendrá que ser más fácil cuanto más subamos -dijo a Drachea, rezando en silencio por no equivocarse-. Donde no puede alcanzar el mar, tiene que haber menos erosión y pasaremos con más seguridad.

Él miró, dudoso, los escalones tallados.

-No puedo imaginarme quién pudo hacer esto, ni por qué. Y nadie los habrá empleado desde hace generaciones.

-Pero han sido empleados, y esto es lo que cuenta. Si otros pudieron subir por ellos, ¡también podremos nosotros! Y esto significa... -Miró hacia arriba el enorme peñasco que parecía abalanzarse sobre ellos en la noche-. Significa que tiene que haber algo en la cima. Un refugio, Drachea...

Él asintió con la cabeza, temeroso pero tratando de disimularlo. Habían concertado una tregua un poco insegura, sometiendo sus diferencias a la mutua necesidad de sobrevivir. Drachea señaló los gastados escalones.

-Pasa tú primero. Es más probable que yo pueda agarrarte si te caes.

Esta muestra de galantería, aunque agradable, pronto descubrió Cyllan que estaba fuera de lugar. Drachea tenía una cabeza bastante firme para las alturas, pero al subir los traidores escalones se puso de manifiesto que las fuerzas le estaban abandonando rápidamente. La impresión, la fatiga y el hambre se dejaban sentir, y Cyllan, que estaba en mucho mejores condiciones físicas, tenía que detenerse con frecuencia para no dejarle demasiado atrás. Para ella, la escalada era difícil pero no imposible; había corrido riesgos parecidos en el pasado, escalando los vertiginosos cantiles de la costa de la Tierra Alta del Oeste, con la esperanza de ver a los esquivos fanaani, pero con Drachea siguiéndola con tanta dificultad, contuvo su instinto de subir más de prisa para alcanzar la cima de la terrible escalera antes de que flaqueasen su voluntad o su energía.

Esta, pensó, era la parte más intimidante de la escalada. Ahora debían de estar al menos a seiscientos pies sobre el nivel del mar y, sin embargo, no había señales de la cima del enorme acantilado. Cuando se atrevió una vez a mirar hacia arriba, solamente pudo ver la interminable pared de granito elevándose más allá de los límites de su visión, sin ofrecerle un respiro.

Y cuando llegasen por fin, si llegaban, a la cumbre, ¿qué pasaría? Al continuar la ascensión, Cyllan había percibido con claridad cómo la semilla del miedo germinaba en su interior. Era el mismo instinto animal que la había asaltado en la taberna de Shu, pero mucho más fuerte. Algo les esperaba en la cima del acantilado... y tenía miedo de descubrir lo que era.

Pero no había alternativa. A cientos de pies debajo de ellos se extendía una playa desierta que no ofrecía la menor esperanza de salvación, e incluso una incógnita temible era una perspectiva mejor que aquello. Debían seguir adelante y enfrentarse con lo que fuese.

Un acceso de tos debajo de ella la detuvo entonces y, al mirar cuidadosamente atrás, vio que Drachea estaba doblado por la mitad, agarrado a un precario saliente. Cyllan retrocedió prudentemente un paso o dos y alargó un brazo para asirle la mano y ayudarle a salvar un trecho en que los escalones de granito se habían derrumbado. Él se mordió el labio, conteniendo el aliento hasta que estuvo con ella, y poco a poco, fatigosamente, continuaron subiendo.

En definitiva, la escalada se convirtió en una obsesionante pesadilla para Cyllan. Cada escalón que subía era un tormento para los doloridos músculos y cada pulgada de avance, un pequeño triunfo por sí solo. Habría podido estar trepando durante toda su vida, seguida por Drachea, arriba y arriba, sin llegar nunca a ver el final. A veces casi se reía en voz alta ante la extraña naturaleza de todo aquello: la roca siempre igual, el cielo siempre igual, el aullido fúnebre y siempre igual del viento que le helaba las manos y amenazaba con arrancar los ateridos dedos de las manos y los pies de sus inseguros agarraderos. ¿Cuánto tiempo llevaban subiendo? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días? El cielo no les daba ninguna indicación; la noche se cernía todavía sobre ellos sin que ninguna de las dos lunas trazase su arco para marcar el paso del tiempo. Si esto era una locura, no se parecía en nada a cuanto ella había imaginado antes de ahora...

-¡Aeoris!

El juramento salió de sus labios antes de que pudiese retenerlo, cuando el acantilado terminó bruscamente y pudo dejarse caer en el blando y tierno césped. Pero tuvo tiempo de registrar en su cerebro la impresionante imagen que tenía delante, antes de recordar a Drachea y volverse y alargar los brazos para ayudarle a subir los últimos escalones. Ambos yacieron jadeando en el suelo; el mundo parecía girar vertiginosamente a su alrededor mientras trataban de cobrar aliento, y Cyllan creyó que oía a Drachea murmurar entre sus resecos labios lo que parecía ser una ferviente acción de gracias. Al fin, cuando tuvo fuerza suficiente, asió a Drachea de un brazo y señaló algo, incapaz de hablar.

A menos de cien pasos de distancia, se elevaba el Castillo, como si hubiese salido de la roca viva. Más negro que todo lo que Cyllan podía imaginar, se alzaba imponente en la noche,

dominado por cuatro torres titánicas que apuntaban al cielo como dedos acusadores, y parecía absorber la poca luz que llegaba hasta él, tragándola, engulléndola y desmenuzándola. Por encima de las recortadas almenas, un resplandor carmesí teñía el aire, como si una gran hoguera ardiera a fuego lento, pero constantemente, dentro del recinto del Castillo. Y aunque la monstruosa estructura parecía totalmente cambiada, Cyllan la reconoció...

Drachea hundió reflexivamente las manos en el césped.

-¿Qué es... ese lugar? -murmuró.

Cyllan sintió que su pulso latía en su garganta hasta casi sofocarla, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar.

-Dijiste que te gustaría visitar la fortaleza del Círculo - murmuró con voz ronca -. Tu deseo ha sido cumplido, Drachea. ¡Ese es el Castillo de la Península de la Estrella!

Drachea no replicó. Estaba mirando fijamente el Castillo, incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo. Al fin consiguió articular unas palabras.

-No me imaginaba..., ninguna de las historias que había oído decía... ¡que podía ser como eso!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cyllan, y su miedo se multiplicó.

-No lo es -murmuró-. O al menos... no era así cuando yo lo vi. Algo malo ha pasado...

-Los rumores... -empezó a decir Drachea.

-Sí... Pero si los Iniciados se han recluido ahí, ¿cómo hemos podido cruzar la barrera?

Drachea se puso en pie tambaleándose. Seguía mirando fijamente el Castillo, como si temiera desmayarse si miraba un momento a otra parte.

-Debemos averiguarlo -dijo.

Ella no quería acercarse... De pronto se había sentido terriblemente espantada. Pero el argumento de Drachea no admitía discusión. Si cruzaban el puente, no hallarían más que las montañas norteñas durante leguas. Dos cuerpos agotados y hambrientos no podían esperar sobrevivir en invierno al cruzar el puerto de montaña. Y aunque miró al lugar donde hubiese debido estar el puente, Cyllan no pudo verlo. Solamente la niebla, suspendida como una cortina, como para marcar una barrera infranqueable entre el mundo real y este mundo de pesadilla y de ilusión.

Se puso de pie, turbada por este pensamiento, y se acercó a Drachea. Él la miró y trató de sonreír.

-O seguimos adelante, o nos quedamos aquí -dijo-. ¿ Qué hacemos ?

-Adelante...

La palabra había brotado de sus labios casi sin que ella pudiera darse cuenta.

Poco a poco, echaron a andar hacia el Castillo, que parecía salir a su encuentro. Aquí incluso el viento había cesado y el silencio era fantástico. Al acercarse a la maciza entrada, Cyllan se dio cuenta de que no había señales de vida en el Castillo. Las grandes puertas estaban cerradas, y la mate radiación carmesí que brotaba de dentro permanecía siempre igual. El lugar parecía abandonado...

¿Y cómo, se preguntó de nuevo, habían podido cruzar la barrera que mantenía aislado el Castillo? ¿Cómo habían podido pasar a través del Laberinto ?

-Drachea... -Le agarró de un brazo y tiró de él, bruscamente atacada por una terrible duda-. Drachea, algo espantosamente malo ha ocurrido aquí...

Era una débil repetición de su miedo anterior, pero no había podido encontrar una manera más clara de expresar sus temores. En cambio, Drachea no quería dejarse intimidar. Se desprendió irritado de ella y empezó a caminar más de prisa, casi corriendo al bajar la última pendiente del prado que conducía a la entrada del Castillo. Cyllan le siguió y le alcanzó cuando él empujaba inútilmente las enormes puertas.

-¡Están cerradas! -Drachea se volvió en redondo, apoyando la espalda contra la puerta y empujando desalentado; pero fue inútil-. ¡Maldita sea! ¡No he pasado tantas fatigas para verme ahora frustrado!

-¡Drachea, no! -protestó Cyllan.

Pero era demasiado tarde. Él se había vuelto de nuevo de cara a la entrada y golpeaba furiosamente con los puños la madera de la puerta, gritando con furor casi histérico:

-¡Abrid! ¡Abrid, malditos! ¡Dejadnos entrar!

De momento, nada ocurrió. Después, para asombro de Drachea y de Cyllan, la maciza puerta rechinó. Se oyó un chasquido sordo, un ruido que resonó en el vacío... y lentamente, muy lentamente, las enormes hojas de madera se abrieron hacia dentro, en silencio y con gran suavidad, derramando una lúgubre radiación roja de sangre que manchó el césped.

-¡Dioses!

Drachea se echó atrás, contemplando con una mezcla de pasmo y pesar la vista que había revelado la puerta al abrirse. Ante ellos, enmarcado por un arco negro y opaco, estaba el patio del Castillo, y ambos contemplaron la escena con inquieto asombro.

El gran patio estaba vacío y silencioso como una tumba. En el centro, reflejando aquella desolación, se alzaba una fuente arruinada y seca, con sus estatuas talladas mirándoles de soslayo, con una sonrisa helada. Aquella luz carmesí de pesadilla que había brillado sobre las negras murallas era aquí mucho más intensa, pero parecía no brotar de parte alguna; simplemente, existía sin un origen visible, y cuando Cyllan miró inquieta a Drachea, vio que aquella luz teñía de sangre su piel.

Muy bajito, Drachea silbó entre los dientes apretados, y Cyllan se estremeció.

-Parece... muerto. Vacío. Como si no hubiese aquí alma viviente...

-Sí... -Drachea avanzó prudentemente, pasando bajo el silencioso arco negro hasta entrar en el patio, con Cyllan pisándoles los talones. Respiró hondo-. ¿No puede haber ninguna duda? ¿Es éste el Castillo...?

-¡Oh, sí! No cabe la menor duda.

Él asintió con la cabeza.

-Entonces, los Iniciados tienen que estar aquí. Y sea cual fuere su propósito al aislarse del resto del mundo, ¡seguramente no pueden negarse a darnos asilo!

Empezó a cruzar ansiosamente el patio desierto, pero no antes de que Cyllan percibiera en sus ojos un destello de expectación casi febril. Drachea había olvidado el Warp, el mar, la triste playa al pie del promontorio del Castillo... Lo único que le importaba ahora era que el destino le había traído a la fortaleza del Círculo. El porqué y el cómo importaban poco: la antigua y obsesiva ambición de formar parte de aquella venerada y selecta minoría había eclipsado todas las demás consideraciones.

Se había adelantado ya a Cyllan, dirigiéndose al tramo de escalones anchos y bajos que conducía a una doble puerta abierta. Ella aceleró el paso, temerosa de quedarse sola en aquel lúgubre e inquietante lugar, y le alcanzó cuando empezaba a subir la escalinata.

-Drachea, ¡espera, por favor! -le suplicó-. No podemos entrar ahí; puede haber razones...

Él la interrumpió, rechazando sus dudas con impaciencia :

-¿Qué prefieres? ¿Que nos quedemos en el patio hasta que alguien nos descubra? No seas tonta, ¡no hay nada que temer!

Si que lo hay, protestó una voz interior. Cyllan no podía librarse de aquel presentimiento; antes al contrario, se intensificaba por instantes, y tuvo que dominar el impulso de dar media vuelta y echar a correr hacia la puerta y la aparente seguridad de la cima del acantilado. Miró rápidamente por encima del hombro y, con una sensación de impotencia, se dio cuenta de que cualquier intento de fuga no serviría de nada.

Fuera lo que fuese, la fuerza callada y secreta que había abierto la puerta para franquearles la entrada la había cerrado de nuevo. Estaban atrapados, como moscas en una telaraña...

Cyllan se sintió mareada. No quería aventurarse a entrar en el Castillo, pero Drachea se negaba a escucharla. Estaba resuelto a seguir investigando, tanto si ella quería como si no; podía seguirle o permanecer donde estaba, sin más compañía que las muertas y sonrientes gárgolas de la fuente...

Volviéndose de nuevo, vio que Drachea había cruzado ya el umbral de la puerta y estaba plantado en un pasillo. La luz carmesí penetraba incluso hasta allí, como un lejano fuego infernal, y su resplandor hacía que pareciese inhumano. Drachea miró hacia atrás y gritó:

-¿Vienes? ¿O tendré que buscar solo a los Iniciados?

Cyllan no respondió, pero se apresuró a reunirse con él, palpitándole el corazón y pensando que elegía el menor de los males tangibles. Lentamente, se adentraron en el Castillo, y sus pisadas resonaron misteriosamente en el profundo silencio. Nada se movía, nadie salía a darles la bienvenida o a reprenderles... y entonces Drachea se detuvo ante otra pesada puerta que estaba parcialmente abierta.

-Un salón, o algo parecido...

Tocó la puerta y ésta se abrió fácilmente a un vasto salón de elevado techo. Había largas y pulidas mesas en toda la gran estancia y, en el fondo, veíase un enorme hogar vacío, con sus útiles de cobre bruñido resplandeciendo con un rojo de sangre bajo la extraña luz. Sobre la maciza campana había una galería con balaustres, casi invisible en la sombra y con pesadas cortinas colgando a ambos lados. El lugar estaba tan vacío y muerto como el patio.

-Aquí debe de ser donde comen los Adeptos -dijo Drachea en voz baja, y Cyllan adivinó lo que estaba pensando.

-Pero no hay nadie.

Un sonido, tan débil que podía ser fruto de la imaginación, flotó en los límites de lo perceptible y se extinguió. Era una risa lejana de mujer... Drachea palideció.

-¿Has oído...?

-Sí, lo he oído. ¡Pero aquí no hay nadie!

-Tiene que haber alguien... ¿El Castillo de la Península de la Estrella, abandonado y vacío? ¡No es posible!

Cyllan sacudió la cabeza, tratando de acallar la vocecilla obsesionante que le preguntaba ahora: ¿Crees en fantasmas...? Las pisadas de Drachea parecieron descaradamente fuertes cuando se acercó a la mesa más próxima y apoyó las manos en ella.

-Esto es bastante real -dijo a media voz-. A menos que esté soñando o muerto, yo...

Calló al oír el inconfundible ruido de unas pisadas en la galería.

Por un momento observaron paralizados la oscura galería que se encontraba sobre la vacía chimenea. Las cortinas no se movieron y al extinguirse el débil ruido, no hubo ya más señales de vida. Pero el rostro de Drachea asumió de pronto una expresión de triunfo.

-¿Lo ves? –murmuró- No estamos solos, ¡y no estoy soñando! Los Iniciados están aquí, ¡y se han dado cuenta de nuestra presencia! -Se irguió, llevándose la palma de una mano al hombro opuesto en ceremoniosa actitud, y gritó- : ¡Te saludo! ¡Soy Drachea Rannak, heredero del Margrave de la provincia de Shu! ¡Ten la bondad de manifestarte!

Le respondió el silencio. No más pisadas; ningún movimiento. Cyllan sintió un hormigueo en su piel y se acercó a Drachea. El joven tenía el entrecejo fruncido, y carraspeó, perplejo.

-He dicho que tengas la bondad de salir. Estamos mojados y agotados, y pedimos la hospitalidad debida al cansado viajero. ¡Maldita sea! ¿Es éste el Castillo de la Península de la Estrella o...?

-¡Drachea! -le interrumpió Cyllan, agarrándose a él.

ÉI lo vio un momento después de que los más rápidos sentidos de ella hubiesen discernido el primer movimiento. Una sombra, que se desprendió de la más densa oscuridad de la galería, avanzó rápidamente hasta la cima de la escalera que descendía en espiral al comedor, y empezó a bajar.

Drachea retrocedió, perdida su arrogancia delante de aquella manifestación. Aquella persona (pues era ahora perceptiblemente humana) acabó de bajar y se detuvo al pie de la escalera. Cyllan advirtió, con espanto, su frío e impasible escrutinio, pero el recién llegado estaba todavía demasiado envuelto en sombras para que fuesen visibles sus facciones. Pero fuera quien o lo que fuese, su aspecto produjo en ella la inquieta impresión de algo conocido.

Una mano blanca y delgada se agitó con impaciencia en la oscuridad que envolvía a la aparición, y algo negro se movió y ondeó. Cyllan se dio cuenta de que el personaje llevaba una capa oscura y de alto cuello que barría el suelo a sus pies. Entonces, una voz con un acento que la hizo estremecer dijo bruscamente:

-¿Cómo, en nombre de los Siete Infiernos, habéis podido cruzar la barrera?

Drachea se echó atrás, impresionado por el tono amenazador del personaje. Pero Cyllan permaneció como petrificada por un recuerdo que volvía a su mente, un recuerdo que había estado luchando por borrar de su memoria. Abrió mucho los ojos mientras aquel hombre alto y oscuro se acercaba y, por primera vez, el resplandor carmesí le alcanzó, iluminando sus facciones.

Había cambiado... ¡Por los dioses, cómo había cambiado! La carne de su cara era cadavérica, la estructura ósea, dura y esquelética. Pero los revueltos cabellos negros que caían en cascada sobre sus hombros eran los mismos, y los ojos verdes de negras pestañas tenían aún la misma intensidad misteriosa, aunque ahora brillaban con una inteligencia cruel que ella no podía comprender. Parecía un demonio encarnado más que un hombre viviente..., pero ella le había conocido. Y el momentáneo destello de reconocimiento que brilló en la expresión de él confirmó su certidumbre.

-Tarod... -dijo Cyllan con voz insegura.

CAPITULO 3

Tarod contempló fijamente a las dos andrajosas criaturas plantadas delante de él, los primeros seres humanos que veía en... Cortó el hilo de su pensamiento, ligeramente divertido por el hecho de que una parte de su mente insistiese todavía en pensar en términos de tiempo. Y esa muchacha... La recordó al ver sus cabellos claros y sus extraños ojos ambarinos, y un nombre acudió a su memoria. La había olvidado, pero, de una manera inverosímil, ella estaba ahora en el Castillo, donde nadie, salvo él mismo, había caminado desde el día en que Keridil Toln había intentado afanosamente destruirle.

Esto le había pillado desprevenido, pero ahora estaba recobrando su aplomo, aunque le costaba un considerable esfuerzo en vista de lo que había sucedido. Ningún ser humano podía ser capaz de cruzar la barrera que mantenía al Castillo inmovilizado en un limbo fuera del Tiempo. Su propio poder, grande como era, no podía penetrar la amorfa envoltura sin dimensiones pero espantosamente real, de tiempo y espacio, que le había atrapado aquí en su último y desesperado esfuerzo por salvar su vida y su alma; y fuera cual fuese su talento psíquico, Cyllan no era una verdadera hechicera. Sin embargo, estaba aquí, tan real como él...

Dio un paso adelante; su movimiento implicaba una amenaza que hizo que Drachea retrocediese, y su mirada fría se posó sucesivamente en los dos.

-¿Cómo rompisteis la barrera? -preguntó de nuevo-. ¿Cómo llegasteis al Castillo?

Drachea, socavada su confianza, tragó saliva y trató de hacer una ceremoniosa reverencia.

-Señor, soy Drachea Rannak, heredero del Margrave de la provincia de Shu -dijo, empleando su rango como un arma defensiva-. Hemos sido víctimas de un extraño accidente que...

-¡No me interesan tu nombre, tu título ni tus circunstancias! -gruñó Tarod-. Responde a mi pregunta. ¿Cómo llegasteis aquí?

Pasmado por el hecho de que alguien, fuera cual fuese su rango, se atreviese a tratar con tan manifiesto desdén al hijo de un Margrave, Drachea abrió la boca para replicar con furia. Pero antes de que pudiese hablar, Cyllan dijo rápidamente:

-Vinimos del mar.

Tarod se volvió y la miró fijamente, y ella le aguantó la mirada sin pestañear. Le tenía miedo, le asombraban los impresionantes cambios que parecía haber sufrido, y sabía que irritarle podía ser peligroso; pero no daría un paso atrás. Y bruscamente, parte de aquel brillo peculiar se extinguió en los ojos de Tarod.

-¿Del mar? -repitió con una curiosidad ahora más amable.

Cyllan asintió con la cabeza.

-Fue el Warp... Estábamos en Shu-Nhadek...

Vaciló, dándose cuenta de que la historia debería parecer imposible incluso a un Iniciado, y antes de que pudiese continuar, Tarod la sorprendió alargando una mano y tocando un mechón de sus cabellos. Lo estrujó entre sus dedos; estaba rígido y pegajoso a causa de la sal y las hebras no querían separarse.

-Apenas te has secado.

Una pizca de caridad se estaba abriendo paso entre la mezcla de sorpresa, recelo y atisbos de una inquieta comprensión. Un Warp... Su propia y terrible experiencia que, cuando era niño, le había traído al amparo del Castillo, volvió bruscamente a su memoria. También él había sobrevivido a un Warp, para encontrarse con que le había transportado a lo largo de

medio mundo. Era posible, seguramente era posible, que si los Warps podían trascender el espacio, pudieran también trascender el tiempo.

De pronto preguntó:

-¿En qué estación estamos?

-¿Estación...? -Cyllan se quedó perpleja-. Pues..., casi en primavera. Empezará dentro de quince días.

No era todavía pleno invierno cuando se habían producido los cambios... ¿Habían pasado años, o simplemente semanas, más allá de la barrera del tiempo? Tarod no pudo especular sobre ello, pues Drachea habló bruscamente:

-¡Debo protestar, señor! Llegamos aquí sin culpa por nuestra parte; estamos agotados. ¡Ha sido una suerte que estemos vivos! Solicitamos la simple cortesía debida a quien está en dificultades, ¡y tú pareces considerar más importante saber en qué estación estamos! Seguramente el tiempo que reina más allá de estas paredes es más que suficiente para...

Se interrumpió cuando Tarod le miró con desdeñosa hostilidad. Fuera lo que fuese, Iniciado o no, aquel hombre estaba loco; no podía haber otra explicación, y la idea de lo que podía hacer un Adepto loco era para espantar a cualquiera. Drachea tragó saliva y prosiguió, tratando de parecer tranquilo, pero desagradablemente consciente del temblor de su voz:

-No he querido ofenderte, pero si el Sumo Iniciado quisiera concederme una entrevista...

La sonrisa de Tarod fue ligeramente irónica.

-Temo que esto es imposible. El Sumo Iniciado no está aquí.

-Entonces, hablaré con el que esté encargado... -insistió Drachea.

Tarod había cobrado inmediatamente antipatía al orgulloso joven, y la perspectiva de tratar de explicarle la verdad no le gustaba en absoluto. Incluso Cyllan, con su percepción más amplia, encontraría que los hechos eran difíciles de aceptar.

-No hay nadie encargado, como tú dices -respondió a Drachea-. Y éste no es momento de dar explicaciones. Ambos habéis sufrido un penoso accidente, y vuestras necesidades no han sido atendidas, según te has dignado indicar. Antes de considerar otras cosas, deberíais tomar un baño y descansar.

-Bueno... -Drachea se ablandó-. ¡Te quedaré muy agradecido por esto! Si hay algún criado libre...

Tarod sacudió la cabeza.

-Ahora no hay ningún criado. Temo que tendréis que conformaros con lo que puedo ofreceros. -Y viendo que el joven seguía sin comprender, añadió- : No hay nadie más en el Castillo.

Drachea se quedó pasmado.

-Pero...

-Pronto tendrás la respuesta que buscas –dijo Tarod en un tono que no admitía réplica. Esperó a que Drachea se apaciguase y después señaló hacia el fondo del salón-. Los servicios del Castillo están por aquí. Seguidme.

Cyllan trató de captar su mirada mientras él les conducía a través de la estancia, pero no lo consiguió. Caminó al lado de Drachea, con la cabeza dándole vueltas. Dado que sólo había tenido con él dos breves encuentros, no podía decir que conociese bien al Adepto de negros cabellos, pero una intuición infalible le decía que había cambiado en muchos más aspectos de lo que indicaba su mera apariencia física, por no hablar de los cambios que visiblemente se habían producido en el Castillo.

¿Dónde estaban los Iniciados del Circulo? ¿Qué le había sucedido a esta comunidad? Las preguntas se acumulaban en su cerebro y ni siquiera los más exaltados esfuerzos de su imaginación le daban respuestas que tuviesen sentido. Miró a Drachea, vio su tensa y turbada expresión y, disimuladamente, le estrechó una mano. Era algo que nunca se habría atrevido a hacer en circunstancias normales, pero éstas estaban muy lejos de la normalidad. Drachea, más que mostrarse ofendido, pareció alegrarse de aquel pequeño contacto y apretó los dedos de ella en un intento de tranquilizarla.

Tarod les condujo a lo largo de pasillos en silencio, donde resonaban huecas sus pisadas. El ala norte del Castillo estaba principalmente dedicada a habitaciones tanto privadas como comunitarias, pero no había la menor señal de vida en ellas ni en los corredores. Ninguna voz sonaba en el aire tranquilo, nadie salía de una puerta para ir a algún quehacer. Todo el castillo estaba envuelto en misterio, espantosamente muerto.

Al fin llegaron a una empinada escalera que descendía a los sótanos del Castillo. Un pálido resplandor surgía del fondo, y de pronto salieron a una amplia galería que daba sobre un conjunto de estanques artificiales. Habían sido construidos cubículos en bien de la intimidad, y toda la cámara estaba débilmente iluminada por los suaves reflejos del agua.

Tarod se volvió a ellos y sonrió ligeramente.

-Confieso que esto no es tan refinado como los baños de la provincia de Shu, pero encontraréis que el agua es tibia y refrescante. Cuando hayáis terminado, ¡estaré en el comedor!

Drachea miró rápidamente a Cyllan, saludó brevemente a Tarod con la cabeza y se dirigió deprisa a uno de los cubículos más lejanos, como ansioso por distanciarse lo más posible de su anfitrión.

Cyllan contempló la superficie cristalina del agua, ahora demasiado consciente de lo agotada que estaba después de lo ocurrido. La idea de estar limpia, de poder dormir sobre algo que no fuese guijarros ni granito, hizo que quisiera pellizcarse para estar segura de que no era un sueño. Iba a quitarse la mojada y sucia ropa, pero no lo hizo al darse cuenta de que Tarod no se había movido, sino que estaba todavía a su lado.

Se volvió poco a poco de cara a él. Ahora Drachea no podía oírles y había cien preguntas que ella deseaba hacer. Pero le faltó valor, pues aunque el alto Adepto la estaba observando, tuvo la desconcertante impresión de que los pensamientos de él estaban a una distancia inconmensurable. Se estremeció y ese movimiento llamó la atención de Tarod, que pareció volver a la realidad.

-Discúlpame, Cyllan -dijo-. Te estoy entreteniendo.

-Recuerdas mi nombre...

Estaba sorprendida e irracionalmente satisfecha; era la primera vez que él se había dirigido personalmente a ella.

Tarod sonrió.

-La memoria no me falla todavía. Y tú... tú me reconociste. Eso me halagó.

Ella se sonrojó, percibiendo la ironía y no queriendo adivinar su motivo.

-Perdóname.

-¿Perdonarte? ¿Por qué?

-Por entremeternos en algo que no es de nuestra incumbencia. Me doy cuenta de que no somos bien venidos aquí, de que nuestra llegada ha sido... inoportuna. No queremos molestarte más tiempo de lo necesario.

-Tu amigo Drachea no sería tan cortés.

Ella le miró rápidamente, casi con enojo.

-No es mi amigo.

-El hijo de un Margrave no se relaciona por gusto con una conductora de ganado, ¿verdad? -Vio que la cara de ella se nublaba y comprendió, con cierta sorpresa que se había sentido herida por sus palabras. Él había querido dirigir su pulla contra Drachea, y para quitar hierro a su observación, añadió- Entonces debe de ser aún más tonto de lo que parece.

Esto mitigó la ofensa, pero Cyllan se mantuvo todavía a la defensiva.

-Nos iremos en cuanto podamos -dijo-. Cuando hayamos descansado.

-¡Ah! En cuanto a eso... -Tarod suspiró-. No puedo explicártelo del todo, Cyllan; no aquí y ahora. -Torció brevemente la boca, como si sus propias palabras le hubiesen recordado alguna broma particular y no demasiado agradable-. Pero hay un hecho que mi conciencia me obliga a revelarte. -¿Mi conciencia? Casi había olvidado lo que era la conciencia...- Ahora que habéis venido aquí -si-

Librodot

guió diciendo-, no podéis marcharos.

Ella le miró fijamente, sin comprender.

-¿No podemos? Pero...

-Quiero decir que no es posible. En realidad, estáis atrapados aquí, y ni siquiera yo tengo poder para cambiar las cosas. Lo siento.

Las últimas palabras habían sido escalofriantes, y Cyllan sintió el frío en su interior, como si el presentimiento animal que había tenido antes renaciera una vez más. Algo malo..., tan terriblemente malo que escapaba a su comprensión...

Haciendo acopio de valor, habló con lenta deliberación.

-Tarod, si lo que dices es verdad, tiene que haber ocurrido aquí algo terrible. -La intuición hizo que sintiese un hormigueo en la nuca, y supo que, como le había ocurrido en raras ocasiones, su instinto la estaba guiando con seguridad-. Y algo te ha ocurrido a ti -declaró.

Tarod comprendió que quería decir mucho más de lo que estaba diciendo. Por un instante, hubo tal veneno en su mirada que ella retrocedió. Después se dominó y sacudió la cabeza.

-No te conviene ser tan perspicaz, muchacha. Pero si eres prudente, no harás más presunciones. Sean cuales fueren las respuestas que creas haber encontrado, ¡son mucho menos que la verdad!

Se volvió bruscamente y, con ese movimiento, una barrera invisible pero tangible pareció levantarse entre ellos.

-Encontrarás ropa en un estante al final de la galería -dijo fríamente-. Ponte lo que te parezca.

Ella trató de llamar a Tarod, que se alejaba, pero las palabras murieron en su boca. Las pisadas de él resonaron en el techo del sótano, y lo último que vio fue una sombra negra que más tarde se confundió con la oscuridad de la escalera.

No comprendía nada. Por unos breves instantes, la máscara impasible se había relajado un poco; después él se había retirado deliberada y casi despectivamente, apartándose de Cyllan como si fuese indigna de que reparase en ella.

Tal vez lo era... Poco a poco, Cyllan se despojó de la camisa y del pantalón que la sal había endurecido y se sentó en el borde de la galería dejando que sus piernas oscilasen en el agua. Esta era sorprendentemente caliente, produciendo un fuerte escozor en sus contusos y lastimados pies, y se dejó caer suavemente en el tranquilo estanque hasta quedar sumergida hasta los hombros. Su propia cara, contraída y pálida, la miró desde la superficie que parecía un espejo, y ni una sola onda se formó para romper la calma.

Tenía que olvidar, lo mejor que pudiese, la confusión y el miedo que estaban tratando de devorarla. Estaba demasiado cansada para pensar con coherencia; la rareza de Tarod y el misterio que envolvía el Castillo eran demasiado para su agotada mente. Ansiaba dormir, ansiaba la relativa cordura de un nuevo día. Entonces, y solamente entonces, podría empezar a comprender la situación en que se hallaba y tratar de encontrar respuesta a sus preguntas.

El agua fue como un bálsamo para sus doloridos músculos. Cyllan respiró hondo y se sumergió bajo la lisa superficie, dejando que el calor de la piscina se filtrase en su carne y en sus huesos para darle su propia forma de alivio.

Estaba yaciendo no en el duro suelo que le era familiar, sino en una cama. Tenía la cabeza hundida en las almohadas, de una suavidad que nunca había experimentado... Cyllan emergió de un sueño profundo, y al principio pensó que debía de haber estado entregada a uno de los dolorosos e imposibles sueños de una vida mejor que a menudo la asaltaban en su tienda. Después, gradualmente, fue recobrando la memoria...

Había encontrado el perchero donde estaban los albornoces al salir de la piscina, y se había reunido con Drachea, que la estaba esperando, envuelto en un albornoz parecido pero demasiado grande para él. Tenía una mirada atormentada y trató de lanzar un alud de preguntas, protestas y argumentos; pero la fatiga había podido más que ellos y habían guardado silencio.

Subir la escalera les había parecido más difícil que escalar el acantilado. Drachea había flaqueado en dos ocasiones y tal vez se habría derrumbado y quedado dormido donde estaba; pero Cyllan le había agarrado y apremiado para que siguiese adelante. También ella se sentía mareada y febril de agotamiento, y su percepción se hundía en un miasma de pesadilla, en una nublada conciencia. Ahora recordaba vagamente que había visto de nuevo a Tarod (tan confusa estaba que le parecía que había tomado el aspecto de un vago y agorero espíritu en vez del de un hombre viviente) y que le había pedido que la dejase dormir. Una mano había tocado su frente, no sabía si la de Tarod o la de Drachea, y recordaba confusamente más escaleras, un largo pasillo, una puerta que pareció abrirse sin que ninguna mano la tocara y una habitación de alto techo adornada con oscuros tapices.

Había sentido que una superficie se hundía debajo de ella y, después, un dulce olvido sustituyó a su conciencia.

Pero ahora había desaparecido el cansancio y, cuando abrió sus ojos ambarinos, se puso instantáneamente alerta. La cama en la que yacía ocupaba un ángulo de la habitación, y la misteriosa luz del patio, filtrándose por la ventana abierta daba un brillo tenue, rojo de sangre, a los muebles sombríos. Aquella habitación triste y extraña puso a Cyllan en guardia a pesar de la comodidad física que sentía y, además, su instinto le dijo que no estaba sola...

Cautelosamente, volvió la cabeza; después, lanzó un suspiro de alivio al ver a Drachea medio oculto en la sombra, sentado en el antepecho de la ventana.

-¿Cyllan...? -Se levantó y se acercó a ella con paso vacilante, y ella vio que había cambiado el albornoz por una camisa, una chaqueta y un pantalón que no eran los suyos-. He estado esperando a que te despertases.

Ella se incorporó, sacudiendo los últimos restos del sueño, y miró rápidamente a su alrededor temerosa de que otras presencias estuviesen en silencio e invisibles en el dormitorio. Sus sentidos no descubrieron nada alarmante...

-Mira -dijo Drachea, dejando caer un bulto sobre la cama-. Encontré un arca con toda clase de prendas de vestir. Te he traído éstas.

-Gracias...

Asombrada de la despreocupación con que Drachea había cometido lo que, a fin de cuentas, podía ser un hurto, no por ello dejó de sacudir la ropa y palpar el material. Lana... y lana muy fina por cierto, muy distinta de las toscas telas a que estaba acostumbrada. Sin embargo eran prendas de hombre...

Rechazó una ligera y tonta impresión de ofensa y miró de nuevo a Drachea.

-¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? -preguntó, sin saber de cierto por qué sentía la necesidad de hablar en voz baja.

Drachea frunció el entrecejo.

-Igual podrías preguntarlo al Alto Margrave. Apenas puedo recordar nada desde que salí de aquel maldito baño. Me desperté hace un rato y vine a buscarte. Como no te movías, esperé. – Miró por encima del hombro la ventana y las pesadas cortinas y se estremeció-. Y sólo los dioses saben el tiempo que llevo sentado ahí. Debemos haber dormido varias horas, pero..., ahora acabo de mirar al exterior y no se ve el menor destello de luz en el cielo. Igual que antes; ni señales de la aurora. Es como si todo el mundo presente se hubiese detenido.

Cyllan miró de nuevo hacia la ventana. Aquel peculiar e infernal resplandor carmesí seguía reluciendo detrás del cristal, pero no había el más pálido atisbo de luz diurna que viniese a sustituirlo.

Drachea tembló y tomó una de las mantas de la cama de Cyllan. La habitación no estaba fría, pero sentía la necesidad de remediar un frío interior que se estaba apoderando de él.

-Y en cuanto a nuestro anfitrión, o como quiera llamarse... -De pronto alzó la voz-. Tú le reconociste, ¿verdad? Y él sabía tu nombre. ¿Quién es?

Su tono era casi acusador y Cyllan se preguntó si Drachea, en algún oscuro rincón de su imaginación, sospechaba que estaba comprometida en alguna complicada intriga de la que él era la víctima.

-Se llama Tarod -dijo-. Es el Iniciado al que conocí... la otra vez que estuve aquí.

-Un Iniciado... ¿Cuál es su categoría?

-No lo sé; apenas le conozco, Drachea. Lo único que recuerdo es que es un alto Adepto; creo que de séptimo grado.

Drachea se quedó pasmado.

-¡Es el grado más alto! -Recordó, apenado, su intento de tratar desdeñosamente al Adepto, y el recuerdo le produjo un sudor frío. Si la mitad de lo que había oído decir del Círculo era verdad, aquel hombre habría podido destruirle con sólo una mirada-. Pero, ¿dónde está el resto del Círculo? -preguntó-. ¿Todos los otros habitantes del Castillo?

-¡Lo sé tanto como tú! Por los dioses, Drachea, lo único que sé, que siento, es que ocurre algo terrible. Lo sentí cuando llegamos; traté de decírtelo, pero estabas tan empeñado en entrar en el Castillo...

-¿Y qué habrías preferido hacer? ¿Quedarte sentada en el promontorio como una mendiga importuna, y esperar a que el viento te despellejase? Maldita seas, sí... -Y Drachea se contuvo, dándose cuenta de que se había abalanzado sobre ella como si fuese a pegarle, llevado de su frustración-. Perdona -dijo, haciendo un esfuerzo-. No debemos pelearnos. Esto sólo empeoraría las cosas. –Se sentó en el borde de la cama-. Además, las circunstancias no son como para alarmarnos. Estamos a salvo del mar, tenemos un buen cobijo y hemos descansado. Seguro que el hecho de que el Castillo haya sido abandonado tiene una explicación, y el pueblo más cercano no puede estar muy lejos. Desde allí, podremos enviar un mensajero a Shu-Nhadek... -La sonrisa que había aparecido en su semblante se extinguió de pronto al ver la expresión afligida de Cyllan-. ¿Qué te pasa?-preguntó-. ¿Qué sucede?

-Tarod me dijo...

No pudo terminar. La sospecha se pintó en los ojos de Drachea, que tuvo después una premonición.

-¿Qué te dijo?

No podía ocultarle la verdad. Si no se lo decía ahora, pronto se lo diría Tarod.

-No podemos salir del Castillo - dijo a media voz.

-¿Qué ?

Temerosa de que esta vez no pudiese dominar él su genio, Cyllan prosiguió rápidamente:

-Por favor, Drachea, no me pidas que te lo explique, porque no puedo hacerlo. Sólo sé lo que me dijo Tarod, que es imposible que salgamos de aquí. Dijo... que estamos atrapados.

El silencio pendió en la habitación como un cuchillo afilado, hasta que Drachea estalló:

-¡Maldito sea! -Se puso en pie de un salto y paseó de un lado a otro como un gato enjaulado-. ¡Esto es insensato! El Castillo de la Estrella, la fortaleza del Círculo, Vacío; un Adepto que dice que estamos prisioneros aquí... ¡Es insensato!

Cyllan estaba a punto de llorar; un estado que había sido muy raro en el transcurso de su dura vida. Podía comprender el furor de Drachea, pero el instinto que la había guiado hasta ahora con tanta claridad le decía que no había fuerza capaz de alterar su destino. Y aunque no comprendía en absoluto la verdad que se ocultaba detrás de la fría revelación de Tarod, no había dudado un solo instante de que ésta era cierta.

Drachea se detuvo al fin y apretó las manos contra la puerta. Respiraba con fuerza, tratando de dominar su cólera.

-¿Dónde está él? -dijo, apretando los dientes-. Adepto o no, tiene que aclararme esto, ¡ahora mismo! No puede tratar de esta manera al heredero de un Margrave. Deben de estar buscándome, ¡y mis padres estar n locos de angustia! ¡Él no puede hacer esto!

Golpeó desesperadamente la maciza puerta con los puños y, habiendo desfogado un poco su ira, se volvió y miró duramente a Cyllan.

-Puedes venir conmigo o quedarte, ¡pero voy a buscar a tu amigo Iniciado y a recordarle su responsabilidad!

Cyllan sintió un profundo desaliento. Drachea reaccionaba como un niño frustrado, y ella se estremeció al pensar en el conflicto que podía provocar en su actual estado de ánimo. Pero,

al recordar la frialdad distante de Tarod, se dijo que, a pesar de su petulancia, el hijo del Margrave era su único aliado seguro.

Saltó de la cama, tomó la ropa que le había traído Drachea y empezó a vestirse rápidamente.

Encontrar a Tarod resultó menos fácil de lo que había imaginado Drachea. Recorrió los vacíos y resonantes corredores del Castillo, abriendo puertas y gritando en su frustración; pero no oyó pasos que le respondiesen, ni vio movimiento alguno. Cyllan le alcanzó y le siguió, tratando de hacer caso omiso del enorme peso que sentía en el estómago. Su inquietud aumentaba por momentos, debatiéndose entre el deseo de que Tarod se presentara antes de que Drachea acabase de perder el poco dominio que tenía sobre sí mismo, y el temor por lo que podía ocurrir cuando los dos hombres se encontrasen cara a cara.

Y al fin se encontraron, delante de la puerta de doble hoja que daba a la ancha escalera que conducía al patio. Cyllan miró fijamente el muerto escenario que tenían delante, los imponentes muros negros teñidos por aquel tétrico e irreal resplandor carmesí que penetraba en todas partes..., y entonces un ligero movimiento en el borde de su campo visual la puso sobre aviso.

La figura de Tarod salió de una puerta situada al pie de la Torre Norte del Castillo. Cyllan, instintivamente, miró hacia la cima de la gigantesca torre que se elevaba en el cielo nocturno, e inmediatamente tuvo que combatir un súbito ataque de vértigo. Allí, en lo más alto de la torre, brillaba una luz débil en una pequeña ventana...

-¡Adepto Tarod! -La voz de Drachea, hizo que Cyllan saliese de su ensimismamiento y volviese la cabeza para verle bajar la escalera, contoneándose, y cerrar el paso a Tarod-. ¡Te estaba buscando!

Tarod se detuvo y miró indiferente al joven.

-¿De veras? -dijo.

Esta vez, la cólera de Drachea fue más fuerte que su pavor. Se detuvo a tres peldaños del pie de la escalera, de manera que los ojos de los dos estuvieron al mismo nivel, y dijo, furioso:

-Sí, ¡de veras! ¡Y creo que ya es hora de que me des una explicación! Acaban de decirme que estoy aquí prisionero, ¡y necesito saber qué quisiste decir con tal impertinencia!

Tarod miró brevemente a Cyllan, que se sonrojó. Después cruzó los brazos y miró a Drachea como si fuese un ser de una especie desconocida.

-He dicho a Cyllan la pura verdad -dijo con fría indiferencia-. Habéis venido aquí sin ser invitados y sin que yo haya intervenido para nada; si ahora tenéis que quedaros nada puedo hacer para impedirlo. Cree que lo lamento tanto como tú.

Drachea estaba muy lejos de darse por satisfecho.

-¡Esto es absurdo! Debo recordarte que no soy un campesino cuya ausencia pase inadvertida. Mi clan me estará buscando, se pondrá a la milicia sobre aviso. Te advierto que, si no me encuentran, ¡las consecuencias serán graves!

Tarod se pellizcó la nariz y suspiró irritado.

-Está bien. Si quieres marcharte, si crees que puedes hacerlo, vete. No soy tu carcelero y las puertas no están cerradas.

Drachea iba a replicar airadamente, pero se detuvo, perplejo. Miró a Cyllan y frunció el entrecejo.

-¿Qué dices tú? -preguntó, señalando hacia la puerta del Castillo.

-No, Drachea. Es inútil.

Sacudió la cabeza, sabiendo instintivamente lo que iba a ocurrir; sabiendo, también, que nada conseguiría si trataba de convencer a Drachea. Tenía que descubrirlo él.

Él le dirigió una mirada furiosa y empezó a cruzar el patio. Cyllan esperó que Tarod se volviese a ella, dijese algo que destruyese la muralla de hielo que parecía haberse levantado entre los dos; pero él no se movió. Drachea llegó a la puerta y la empujó; ésta giró fácilmente sobre los grandes y engrasados goznes. Salió...

Y se detuvo. Incluso desde la distancia a que se hallaba pudo Cyllan percibir el miedo terrible que sintió Drachea al mirar más allá del Castillo y ver... nada.

Ella pudo verlo también cuando la gran puerta se abrió sin ruido. No era nieve, ni siquiera oscuridad, sino un vacío, un vacío tan absoluto que sintió vértigo con sólo mirarlo. Drachea lanzó un grito inarticulado y se echó atrás. Al soltar la puerta, ésta volvió a cerrarse automáticamente con un sordo ruido que sobresaltó a Cyllan.

El heredero del Margrave volvió despacio al sitio donde ellos esperaban. Su cara estaba muy pálida y las manos le temblaban como si tuviese fiebre. Al fin se detuvo, a cierta distancia de Tarod.

-¿Qué es eso ? -preguntó roncamente, y sus labios estaban grises.

Tarod sonrió maliciosamente.

-¿No tenías ganas de salir a averiguarlo?

-¡Maldito seas! ¡Allá fuera no hay nada! ¡Es como... es como la oscuridad de todos los Siete Infiernos! Ni siquiera se ve el promontorio. Cyllan -dijo, volviéndose a ella-. Cuando llegamos aquí, ¡había un mundo más allá del Castillo! La playa, la roca..., no eran una ilusión, ¿verdad?

-No...

Sin embargo, había habido aquella niebla, y la terrible impresión de que el mundo real estaba en alguna parte, lejos de su alcance...

Drachea se volvió de nuevo a Tarod y dijo, en tono casi suplicante:

-¿Qué significa esto?

Tarod, impertérrito, le miró fríamente.

-Ya te he dicho que no podéis salir del Castillo. ¿Me crees ahora?

-Sí...

-¿Y crees que no puedo cambiar las cosas?

-Yo... -Drachea vaciló y después dijo-: ¡Pero tú eres un alto Adepto del Círculo!

Tarod entornó los párpados.

-Lo era.

-¿Lo eras? Entonces, ¿has perdido tu poder?

Estas palabras eran un desafío provocado por el miedo. Tarod no respondió, pero movió ligeramente la mano izquierda. Cyllan sólo pudo ver durante un instante algo en su dedo índice, antes de que su silueta se volviese confusa con un aura oscura que parecía brotar de su interior, absorbiendo incluso aquella fantástica luz roja. El aire se volvió terriblemente frío al levantar Tarod la mano, mostrando la palma a Drachea.

Cyllan nunca sabría lo que vio Drachea y prefirió no imaginárselo. Pero él observaba fijamente, con ojos desorbitados y con la boca abierta en un rictus de puro terror. Trató de hablar, pero sólo pudo emitir un gemido atormentado; después cayó de rodillas sobre los escalones, se dobló y arqueó con un miedo ciego e impotente.

-Levántate -dijo Tarod con voz dura, y el aura oscura se desvaneció.

Cyllan miró fijamente al alto Adepto, horrorizada, horrorizada por su inhumana acción... y por la magnitud del poder que había conjurado con tanta facilidad. Ahora, solamente quedaba en los ojos verdes de Tarod un reflejo de algo maligno..., pero ella no lo olvidaría fácilmente.

Drachea se puso en pie tambaleándose y volvió la cabeza.

-¡Maldito seas...!

Tarod le interrumpió, hablando suavemente.

-Como has visto, tengo poder, Drachea, pero incluso mis facultades son insuficientes para romper la barrera y dejaros en libertad. ¿Empiezas ahora a comprender?

Drachea sólo pudo asentir con la cabeza, y Tarod le correspondió con una inclinación de la suya.

-Muy bien. Entonces tendrás tu explicación. -Se volvió para mirar a Cyllan-. Necesitará ayuda para llegar al comedor. Y tal vez puedas hacerle comprender que no tengo deseos de perjudicarle. Pero tenía que hacerle una demostración.

¿Estaba tratando de justificarse?, se preguntó Cyllan. Si lamentaba su comportamiento con Drachea, su voz no daba señales de ello. Cyllan se pasó la lengua por los secos labios, asintió con la cabeza y trató de asir el brazo de Drachea. Este la apartó irritado, le volvió la espalda y caminó con rígida dignidad hacia la puerta de doble hoja.

Las remotas y vagas sombras del gran comedor del Castillo empezaban a ser desagradablemente familiares para Cyllan. Al entrar, tuvo que reprimir un estremecimiento instintivo al ver las largas mesas vacías, la hueca chimenea, las pesadas cortinas que pendían sin que una ráfaga de aire las moviese. El Castillo parecía burlarse de la vida que había antes en él.

Tarod se acercó a la chimenea, mientras Drachea se detenía en una de las mesas, mirando fijamente la madera y pareciendo que descubría, en su fibra, algo que absorbía su interés. Su cara conservaba el color gris enfermizo producido por la desagradable demostración de Tarod en el patio, y en sus ojos centelleaba la ira. Cyllan se dio cuenta de que la impresión de aquella experiencia había calado muy hondo y se preguntó cuánto más podría aguantar Drachea. Ya había sufrido mucho y cualquier tensión ulterior podría hacerle cruzar la línea que separa la cordura de la locura.

La voz de Tarod interrumpió sus pensamientos.

-Siéntate Drachea. Tu orgullo es encomiable, pero ahora parece inútil. -Sus miradas se encontraron, chocaron, y entonces añadió Tarod-: Tal vez mi demostración fue precipitada... En tal caso, te pido disculpas.

Drachea le miró con mudo furor antes de sentarse bruscamente en un banco. Cyllan estuvo a punto de preguntar lisa y llanamente a Tarod por qué había resuelto demostrar su poder con tan cruel desprecio de las consecuencias; pero no tuvo valor para hacerlo. El respeto y la admiración que él le había inspirado al principio habían sido gravemente quebrantados por el incidente del patio; ahora se veía obligada a revisar las impresiones de los dos primeros encuentros, que parecían muy remotos. Se sentó en silencio al lado de Drachea. Bajo la mirada firme e impasible de Tarod, tuvo la inquietante sensación de que él y ellos eran adversarios que se enfrentaban en un campo de batalla.

Tarod les miraba, todavía reacio a hablar. Necesitaba saber los detalles del inexplicable torcimiento del Destino que les había hecho cruzar la barrera entre el Tiempo y el no-Tiempo, con la esperanza de que esto pudiese proporcionarle la clave que tan desesperadamente necesitaba para resolver su propio problema. Pero, para ello, tenía que explicarles la verdad de este problema. O al menos, la parte de la verdad necesaria para sus fines...

Todo dependía de una cuestión de confianza. Tarod había aprendido, por amarga experiencia, que confiar incluso en aquellos que declaraban profesarle una fiel amistad era un juego peligroso y destructor. Y si Cyllan y Drachea llegaban a descubrir todos los hechos ocultos de su historia, poco podría esperar, aparte de su enemistad. La semilla había sido ya sembrada: su airada reacción al desafío de Drachea en el patio no había sido más que un catalizador que había activado las ya inestables emociones del joven, pero había despertado un miedo que se estaba convirtiendo rápidamente en odio profundo. La opinión de Drachea importaba poco a Tarod, pero sería prudente no enemistarse más con él.

Cyllan era harina de otro costal. Sus pensamientos eran un libro cerrado para él; sin embargo, sus sentimientos para con ella eran más benévolos. Cyllan tenía una rara fuerza interior que él podía reconocer y apreciar..., pero incluso ella, si conocía toda la verdad, difícilmente se convertiría en una fiel aliada. Y chocando con la indiferencia con que consideraba la opinión o el destino final de ella, estaba una resistencia a dar cualquier paso que pudiese perjudicarla. La antigua deuda, que Tarod no había pagado, parecía despertar un sentido de honor y de conciencia que casi había olvidado, y esta sensación era incómodamente extraña.

Creyó que el camino más seguro era transigir, contarles la parte de verdad que necesitaban saber para poderles ser útil, pero omitiendo la historia completa. Sería bastante fácil, pues no

era probable que incluso el arrogante y joven heredero del Margrave se atreviese a interrogarle sobre los asuntos del Círculo.

Habló tan bruscamente que Drachea se sobresaltó.

-Os prometí una explicación y yo no falto a mi palabra. Pero primero debo saber cómo llegasteis al Castillo.

-¿Debes? -repitió Drachea-. Creo que no estás en condiciones de exigirnos nada. Cuando pienso en el trato desconsiderado que hemos recibido desde que... -y se interrumpió cuando Cyllan, que había visto un fuerte destello de irritación en los ojos de Tarod, pisó con fuerza el empeine de su pie.

-Drachea, creo que debemos contar primero nuestra historia a Tarod -dijo, esperando que no fuese tan tonto como para dar rienda suelta a su mal genio-. En fin de cuentas, somos aquí unos intrusos.

Tarod la miró, visiblemente divertido.

-Aprecio tu consideración, Cyllan, pero no es una cuestión de cortesía -dijo-. Algún accidente os trajo al Castillo, y queréis marcharos. Como os he dicho, creo que esto es imposible, pero tal vez vuestro relato pueda demostrar que estoy equivocado. -Miró de nuevo a Drachea-. ¿Satisface esto al heredero del Margrave?

Drachea se encogió de hombros con irritación.

-Muy bien; esto parece bastante razonable. Y si Cyllan está tan ansiosa de complacerte, puede hablar en nombre de los dos.

Cyllan miró a Tarod, el cual asintió con la cabeza para alentarla. Así, empezó a contar lo del Warp y lo que siguió después con todos los detalles que pudo recordar. Pero al tratar de describir la aparición que habían visto delante de la taberna de La Barca Blanca, vaciló, y Tarod frunció el entrecejo.

-¿Una figura humana? ¿La reconociste?

-Yo... -le miró, con ojos confusos-. Creí que sí pero... ahora no lo sé, y no puedo recordarlo. Es como si, por alguna razón, se hubiese borrado de mi memoria.

Miró a Drachea, para que la ayudase, pero él sacudió la cabeza.

Tarod, frustrado, le hizo ademán de que continuara y escuchó atentamente su explicación de cómo habían sobrevivido al Warp y se habían encontrado en medio del mar norteño, donde el día se había convertido en noche.

-Pensé que ambos nos ahogaríamos antes de poder llegar a tierra -dijo Cyllan- y por eso llamé a los fanaani para que nos ayudasen. –Tragó saliva-. Si no me hubiesen respondido, habríamos muerto allí.

Miró de nuevo a Tarod y éste comprendió que estaba recordando un día de verano en la Tierra Alta del Oeste, cuando ella le había conducido a un peligroso acantilado para mostrarle donde podía encontrar la Raíz de la Rompiente. Entonces habían visto a los fanaani, oído su agridulce canto... Él borró el recuerdo de su mente; ya no le interesaba.

-Prosigue tu relato -dijo.

Ella se mordió el labio y, sin más muestras de emoción, refirió el resto de la historia hasta el momento en que Drachea y ella habían alcanzado al fin la cima del promontorio y se habían encontrado delante del Castillo de la Península de la Estrella.

-No hay más que contar -dijo al fin-. Entramos en el Castillo y pensamos que no había nadie... hasta que te encontramos.

Tarod no dijo nada. Parecía perdido en sus pensamientos, hasta que Drachea no pudo aguantar más aquel silencio. Se retorció sobre el banco y descargó un puñetazo en la mesa.

-El Castillo de la Península de la Estrella, ¡abandonado! -dijo furiosamente-. Sin el Círculo, sin el Sumo Iniciado..., con sólo un Adepto que nos dice que el mundo exterior está fuera de nuestro alcance, y no da a nuestras preguntas una respuesta que tenga sentido. Una noche al parecer eterna, sin nada que anuncie la aurora... ¡Es insensato! - Se levantó. Estas primeras palabras parecieron abrir las compuertas de su locuacidad-. No estoy soñando -prosiguió, con voz cada vez más viva-, y no estoy, muerto, pues mi corazón sigue latiendo, ¡y ni siquiera los

Siete Infiernos pueden ser como este lugar! Además -dijo señalando a Cyllan-, ella te conocía..., te reconoció. Tú vives; por consiguiente, también nosotros debemos de estar vivos.

-Oh, sí; yo vivo. -Tarod miró su mano izquierda-. En cierto modo.

Drachea se puso tieso.

-¿Qué quieres decir con eso de en cierto modo?

-Quiero decir que estoy tan vivo como puede estarlo cualquiera en un mundo donde no existe el Tiempo.

Drachea, que había estado paseando arriba y abajo junto a la mesa, se detuvo en seco.

-¿Qué?

Tarod señaló hacia una de las altas ventanas.

-Como has observado inteligentemente, no ha amanecido. Ni amanecerá. Dime una cosa. ¿Tienes hambre?

Perplejo por la pregunta, al parecer irrelevante, Drachea sacudió la cabeza con irritación.

-¡No, maldita sea! Tengo cosas más importantes en qué pensar que...

-¿Cuándo comiste por última vez? -le interrumpió Tarod.

Drachea comprendió súbitamente el significado de la pregunta y su semblante palideció.

-En Shu-Nhadek...

-Y sin embargo, no tienes hambre. El hambre necesita tiempo para producirse, y aquí el Tiempo no existe. Ni horas, ni días que sucedan a la noche..., nada.

Muy lentamente, como si dudase de su capacidad de coordinar los movimientos, Drachea se sentó. Ahora tenía el rostro ceniciento y sólo encontró su voz con gran dificultad.

-¿Me estás diciendo... diciendo seriamente... que el Tiempo ha dejado de existir?

-En este Castillo, sí. Estamos en el limbo. El mundo exterior continúa, pero aquí... -Se encogió de hombros-. Tú mismo lo has visto.

-Pero... ¿cómo ocurrió?

Drachea se debatía entre la incredulidad y una terrible fascinación por un misterio que no podía comprender. Después de su arrebato inicial, se había repuesto y sólo un débil temblor en la voz delataba su emoción.

Tarod estudió de nuevo su mano izquierda.

-El Tiempo fue desterrado.

-¿Desterrado? ¿Quieres decir que alguien..., pero ¿quién, en nombre de los dioses? ¿Quién pudo hacer una cosa semejante?

-Yo.

Se hizo un silencio. Drachea, desorbitados los ojos, trataba de asimilar la idea de un poder tan gigantesco que podía detener el Tiempo, y el concepto de que un hombre solo, por muy hábil que fuera, pudiese tenerlo. Tarod le observaba, impasible por fuera pero aprensivo por dentro, esperando a ver cómo reaccionaba el otro, hasta que la tensión fue rota por Cyllan.

-¿Por qué, Tarod? -dijo simplemente.

Este se volvió para mirarla y tuvo la desconcertante impresión de que, contrariamente a lo que había previsto, ella estaba dispuesta a creerle. De pronto se echó a reír, fríamente.

-Aceptas la palabra de un Iniciado para algo que a cualquier ciudadano sensato le parecería imposible -dijo-. ¿Tiene realmente tanta influencia el Círculo? -Cyllan se ruborizó y la risa de él se convirtió en sonrisa desprovista de humor-. No he querido ofenderte. Pero no esperaba una credulidad tan absoluta.

Drachea volvió a sentarse al lado de Cyllan. Su mirada no se apartaba de la cara de Tarod y su expresión era una extraña mezcla de incertidumbre, cautela y curiosidad. Cuando habló, su voz era más firme que antes.

-Digamos, Adepto Tarod, que aceptamos la verdad de tu historia... hasta ahora. Y yo no pretendo saber la capacidad del Círculo, y tal vez un Iniciado puede tener un poder capaz de detener el Tiempo. Pero no has contestado la pregunta de Cyllan. Además, si pudiste desterrar el Tiempo, fuera cual fuese tu propósito, ¿por qué no lo traes de nuevo?

Tarod suspiró.

-Hay una piedra, una gema -dijo pausadamente-. Yo la empleaba para conseguir la fuerza necesaria para mi trabajo. Cuando el Tiempo dejó de existir, perdí la piedra... y, sin ella, no puedo alterar esta difícil situación.

-¿Dónde está ahora la piedra? -preguntó Cyllan.

-En otra parte del Castillo, en una cámara donde debido a ciertas anomalías producidas por el cambio aquí experimentado, ya no puedo entrar.

Drachea había estado retorciéndose nerviosamente los dedos. Sin levantar la cabeza, dijo:

-Este... trabajo que dices, ¿era cosa del Círculo?

Tarod vaciló brevemente y después respondió:

-Sí.

-Entonces, ¿dónde están ahora tus compañeros Iniciados?

-Que yo sepa, no están en vuestro mundo ni en la dimensión muerta donde mora este Castillo –le dijo Tarod.

Si Drachea interpretaba mal lo que oía, él no iba a corregirle.

El joven asintió con la cabeza.

-Entonces, esta... circunstancia... ¿es resultado de una obra del Círculo que salió mal?

Tarod resistió la tentación de sonreír ante la inconsciente ironía de Drachea.

-Lo es.

-Entonces parece que, mal que nos pese, compartimos ahora tu apurada situación. Y a menos que puedas recuperar la gema de que hablaste, no tenemos esperanza de liberarnos.

Tarod inclinó la cabeza, pero sus ojos no expresaron nada.

-Sin embargo, si nosotros hemos conseguido, aunque sin proponérnoslo, romper la barrera, de ello se desprende que el proceso puede invertirse -insistió Drachea.

-No puedo negarlo. Pero, hasta ahora, mis esfuerzos no han dado resultado. -Tarod esbozó una débil y fría sonrisa-. Desde luego, es posible que tu habilidad pueda triunfar donde fracasó la mía.

El sarcasmo de Tarod dio en el blanco y Drachea le dirigió una furiosa mirada.

-No me atrevería a sugerir tal cosa, Adepto. Pero pienso que haríamos bien en procurar al menos resolver este enigma, ¡si la única alternativa es esperar sin hacer nada por toda la eternidad!

Tarod vio la intención que se ocultaba detrás de las palabras de Drachea y que confirmaba su creencia de que el joven resultaría molesto. Disimulando su irritación, dijo con indiferencia:

-Tal vez.

-Ciertamente, vale la pena investigar un poco más.

-Claro que sí. -Tarod se levantó-. Entonces, tal vez preferirás estudiar el problema con calma. -Sonrió débilmente-. En fin de cuentas, no tenemos un Tiempo que nos apremie.

-No...

La máscara de confianza de Drachea se desprendió de su rostro, y el joven miró inquieto a su alrededor en el comedor vacío.

-Y ahora, si me perdonáis... -Tarod miró a Cyllan y, después, desvió la mirada-. Creo que, de momento, tenemos muy poco más que decirnos.

Drachea podía haberlo discutido, pero Cyllan le dirigió una mirada de aviso y él se sometió, poniendo al mal tiempo buena cara.

-Vamos, Cyllan. Ya hemos abusado del tiempo del Adepto... -Se interrumpió-. Ha sido un lapsus..., es difícil prescindir de los viejos conceptos. -Se inclinó, no con demasiada cortesía-. Nos despedimos de ti.

Tarod les observó mientras se alejaban y, cuando se hubieron perdido de vista, hizo un ligero e impaciente ademán. Las puertas del salón se cerraron sin ruido, y se dejó caer en el banco más próximo.

Los esfuerzos de Drachea para disimular habían sido torpes, de aficionado; pero su actitud estaba bastante clara. Se habían despertado las sospechas del joven, y esto podía resultar

irritante. Poco podía hacer para trastornar los planes de Tarod, por embrionarios que fuesen, pero su intromisión no dejaba de representar una complicación enojosa.

Tarod suspiró, consciente de que no valía la pena emprender acción alguna en estas circunstancias. Si Drachea se ponía demasiado pesado, ajustarle las cuentas podría ser una agradable aunque breve diversión.

Se levantó y cruzó el comedor. Las puertas se abrieron una vez más para dejarle pasar, y se dirigió a la entrada principal. No vio a Cyllan ni a Drachea, que sin duda se dirigían a una de las habitaciones vacías del Castillo para conferenciar. Tarod rió por lo bajo y el ruido de su risa resonó de un modo peculiar, como si otra voz lo hubiese producido. Entonces salió, bajó la escalinata del patio y se encaminó a la Torre del Norte.

CAPITULO 4

Drachea entró en el dormitorio de Cyllan y esperó a que ésta cerrase la puerta. Al seguirle ella dentro de la habitación, le dijo:

-¿Y bien?

Cyllan reconoció el desafío en sus ojos y en su voz y se volvió de espaldas, debatiéndose entre sentimientos conflictivos. Su instinto le advertía que no debía confiar en Tarod sin más ni más; sin embargo, Drachea y ella eran aliados poco seguros en el mejor de los casos, y la actitud de él hizo que se pusiera, contra toda lógica, a la defensiva.

-No lo sé -dijo.

-¿No lo sabes? -La voz de Drachea tenía un tono de incrédulo desprecio-. ¿Vas a decirme que estás dispuesta a aceptar la palabra de ese... de ese tirano?

Cyllan le miró con irritación.

-¡No he dicho tal cosa! Pero tampoco voy a condenarle sin saber algo más.

-Entonces eres más tonta de lo que creía.

Le dirigió una mirada fulminante, en la que ella vio la manifestación del abismo que les separaba. El hecho de que ella no quisiera aceptar su juicio como superior al suyo le enfureció, y empezó a andar de un lado a otro por la estancia, con todos los músculos en tensión.

-Primero me ataca injustificadamente y sin que le provoque. ¿Es éste el comportamiento propio de un Adepto? Y después nos cuenta una historia de algún rito del Círculo que dio mal resultado. ¡El cuento más inverosímil que escuché jamás! Nos está mintiendo, ¡estoy seguro de ello!

Cyllan se acercó a la ventana y contempló el patio sombrío y silencioso.

-Hay un hecho que no podemos olvidar, Drachea -dijo en tono cortante-. Estamos atrapados aquí. Pienses lo que pienses de Tarod, no puedes negar que en esto ha dicho la verdad.

-¡Ah, no! -replicó furiosamente Drachea-. Por lo que sabemos podría tener sus propias razones para retenernos como prisioneros. El hijo de un Margrave podría ser un buen rehén, si su secuestrador tuviese motivos suficientes para...

Cyllan giró en redondo.

-¿Un rehén? -repitió, asombrada por lo absurdo de la idea-. ¿Qué necesidad podría tener un alto Adepto de un rehén?

-¡Maldita sea! ¿Cómo puedo saberlo? –gritó Drachea-. ¡Tiene tanto sentido como todo lo que sucede aquí! Y además -añadió con expresión burlona-, sólo tengo su palabra... y la tuya... de que es un Adepto.

-Esto es ridículo...

-¿De veras? ¿O estás tan orgullosa de tu presunta camaradería con tan distinguido personaje que no quieres oír una palabra contra él?

Cyllan se mordió la lengua para no replicar furiosamente, al darse cuenta, con pesar, de que Drachea había dado en el blanco. Ella era parcial; antiguos recuerdos influían todavía en ella. Y esto podía ser un precedente peligroso...

-Piénsalo bien -dijo obsesivamente Drachea, reanudando su paseo-. El Castillo de la Península de la Estrella atrapado en una dimensión inverosímil, más allá del alcance del Tiempo. Está bien, acepto lo que antes dijiste; hasta aquí, tal vez podamos creerlo. El Círculo desaparecido..., muerto, perdido en un limbo; no lo sabemos. Y un hombre que permanece aquí y que insinúa, insinúa, fíjate bien, pues ha tenido buen cuidado en no confesar nada claramente y ha dejado que sacase yo mis propias conclusiones, que todo ha sido resultado de

algún terrible accidente y que no tiene poder para reparar el daño. ¿Y espera que le creamos? -Lanzó un bufido-. ¡Antes me fiaría de una serpiente!

El sentido de justicia de Cyllan se rebeló contra esta rotunda condena, pero se mordió la lengua nuevamente.

-Entonces, ¿cuál crees tú que es la verdad? -preguntó.

Drachea sacudió la cabeza.

-Solamente Aeoris conoce la respuesta. –Hizo reflexivamente la señal del Dios Blanco como muestra de respeto y prosiguió-: ¿Recuerdas lo que te dije sobre los rumores que circulaban en Shu? No se tenía noticia del Castillo y se hablaba de disturbios o peligros en la Tierra Alta del Oeste. Esta es la raíz de todos aquellos rumores, ¡tiene que serlo! Algo maligno se está tramando, lo siento, y siento también que todo es obra de Tarod.

Aunque algo en lo más hondo de ella se rebelaba, Cyllan no podía honradamente discutir con él. Demasiado de lo que decía parecía acertado y alarmante, y también ella sentía flotar la amenaza de algo oscuro y maligno que invadía el Castillo. Pero si algún negro objetivo se ocultaba detrás de las acciones de Tarod, no podía ni remotamente imaginarse lo que este objetivo podía ser.

Involuntariamente siguió con la mirada las viejas prendas de vestir tiradas sobre el antepecho de la ventana. La bolsa que contenía sus preciosas piedras estaba entre ellas, y era posible que, incluso aquí, su antigua habilidad le permitiese descubrir alguna clave del misterio. Pero inmediatamente, una voz interior le dijo con vehemencia: ¡No! No podía hacerlo: un miedo primitivo é irresistible se interponía en su camino. Le faltaba valor, temía lo que pudiese ver...

Drachea, sin darse cuenta de su problema, miraba enfurruñado por la ventana y dijo de pronto:

-Habló de una joya...

Cyllan levantó la mirada.

-¿Una joya? Sí, ahora lo recuerdo.

-Algo que concentró la fuerza que detuvo el Tiempo -dijo él-. Y la perdió, o al menos no puede alcanzarla, dondequiera que esté. Y la necesita.

Ella rió sin ganas.

-¡También la necesitamos nosotros, Drachea, si hemos de salir de este lugar!

-¿Sí? -Encogió los hombros como un pájaro de mal agüero-. ¿O no será esto, también, una mentira? No sabemos lo que es esta piedra ni lo que se puede hacer con ella. Si la recupera, con o sin nuestra ayuda, ¿quién puede decir cuáles serán las consecuencias? ¿El regreso del Tiempo y, con él, la libertad, o algo diferente, algo demasiado espantoso para imaginarlo? -Se enfrentó a ella, con ojos febriles-. ¿Estás tú dispuesta a correr el riesgo? Porque yo, ¡no lo estoy!

Ella no le respondió, y él cruzó la estancia, apartándola de su camino.

-¡Maldito sea! -dijo, furiosamente-. Si piensa que voy a quedarme mansamente sentado, esperando lo que quiera hacer con mi destino, ¡se equivoca! El Castillo puede haber sido abandonado, pero sus ocupantes no pueden haber desaparecido sin dejar rastro. -Señaló su propia ropa tomada de prestado-. Tiene que haber claves: documentos, archivos, saben los dioses qué más. Y yo los encontraré. Que Aeoris me ayude y encontraré la solución de este misterio... ¡Y frustraré los planes de Tarod! -Giró en redondo-. Bueno, ¿vienes conmigo o prefieres ignorar la realidad y quedarte aquí?

Su mirada expresaba la actitud medio compasiva y medio desdeñosa de un ciudadano de alto rango hacia una hija del arroyo.

El orgullo de Cyllan se rebeló contra su arrogancia.

-No -respondió en tono cortante-. Prefiero ignorar la realidad, ¡como dices tú!

-Haz lo que te parezca.

Drachea se dirigió a la puerta y la abrió. Se volvió a mirarla desde el umbral, pero ella había vuelto la cabeza, y salió al pasillo, dejando que la puerta se cerrase de golpe a su espalda.

Cuando Drachea se hubo marchado, Cyllan cerró con fuerza los ojos para dominar la ola de amargo resentimiento que amenazaba con sofocar todas sus demás ideas. Los modales de Drachea para con ella eran un insulto, y tenía que confesar que también esto le dolía. La camaradería, el sentido del luchar en el mismo bando, que habría podido desear en aquellos momentos de agobio, no existían; Drachea y ella, en cambio, parecían estar constantemente a la greña. La actitud de Drachea había herido su orgullo en lo más hondo, y este orgullo hacía que quisiera desquitarse de alguna manera, mostrarle que era más que un ser ignorante e inútil.

Abrió los ojos y miró la bolsa de las piedras. Las claves que Drachea confiaba en encontrar eran probablemente más fáciles de descubrir a través de las dotes de una vidente que gracias a una exploración física al azar..., si ella tenía valor para intentarlo.

Oscuros temores nublaban su cerebro, arguyendo violentamente contra la idea; pero esta vez, Cyllan los dominó con firmeza. Nunca había sido cobarde; no tenía que vencer el obstáculo del terror supersticioso que afligía a la gente ordinaria. ¿De qué había de tener miedo? Apretando resueltamente los puños, se acercó al antepecho de la ventana.

La vieja ropa estaba pegajosa a causa de la sal, y la bolsa de cuero, rígida y crujiente. Cyllan sacudió las piedras en la palma de su mano y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Sintió en su nuca un hormigueo familiar, señal segura de que sus sentidos psíquicos estaban despertando, y la impresión fue tan rápida que se quedó estupefacta. Fue como si algún poder externo tirase de ella como de una marioneta. Cerró los ojos y una oscuridad nubló al instante su visión interior, una negrura densa que le dijo que su conciencia dejaba paso a algo mucho más profundo. Los guijarros quemaban sus manos como cristales de hielo. Enfocó la oscuridad, se concentró, rechazando la ola de un miedo enfermizo...

El repiqueteo débil pero duro de las piedras cayendo al suelo rompió el silencio, y Cyllan se echó atrás lanzando una exclamación ahogada. El arranque psíquico había sido muy rápido, y su fuerza la dejó pasmada. Le pareció que la habitación se hacía más profunda, retrocedía momentáneamente, cuando abrió los ojos; después su visión se aclaró, y miró el dibujo que habían formado las piedras.

La más grande de todas estaba en el centro exacto de la figura. A su alrededor, las otras se extendían en espiral para formar siete brazos desiguales. Aquella figura era familiar, terriblemente familiar, y sin embargo no podía situarla, no podía recordar...

-Cyllan.

Gritó impresionada y casi se mordió la lengua al oír una voz extraña y argentina que pronunciaba su nombre en el vacío. Y en el mismo instante, tuvo una terrible premonición, la horrible certidumbre de que había algo detrás de ella, en la habitación, observándola...

Tenía la garganta tan contraída que apenas podía respirar. Y los contornos de la habitación estaban cambiando, perdiendo su solidez, creciendo de un modo extraño y espantoso... Unos colores raros centellearon en los bordes de su percepción, y sintió un frío que llenaba el aire y penetraba hasta sus huesos... Furiosamente, luchando contra la amenaza de un terror ciego, obligó a sus músculos a obedecerla y volvió la cabeza.

La habitación estaba vacía. Demasiado vacía..., como si el mundo real hubiese dejado de existir, dejándola extraviada en una media dimensión de engaño y fantasmagoría. Y a pesar de lo que le decían sus ojos, todavía podía sentir la presencia de otra inteligencia en la estancia. La estaba observando, burlándose de su incapacidad de ver..., y Cyllan sintió la fría y afilada hoja del cuchillo del mal...

Un solo y súbito estampido, tan fuerte que superaba las facultades del oído, resonó en el interior de su cabeza. Entre una niebla de dolor, vio que empezaba a ondularse la puerta de su habitación, alabeándose en formas imposibles. Apareció un aura a su alrededor como un halo de pesadilla, y chillones colores se agitaron furiosamente, casi cegándola. Algo se estaba

acercando; lo sentía..., algo que podía aplastarla y matarla, como un niño distraído podía aplastar un insecto con el pie.

Sin otro aviso, la puerta se desintegró y apareció en su lugar una luz negra. Cyllan luchó desesperadamente contra el terror de lo que sabía que tenía que ser una espantosa y poderosa alucinación, pero la razón no podía combatir la imagen de la figura no del todo humana que se estaba formando en el corazón de aquella luz, ni la larga y delgada mano que se tendió lentamente, autoritariamente, hacia ella.

Cyllan gritó, y supo que ningún sonido había brotado de sus labios. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron en un rictus y un solo y fuerte espasmo la sacudió de los pies a la cabeza antes de derrumbarse, inconsciente, entre las piedras desparramadas en el suelo.

A Drachea le palpitaba el corazón con molesta rapidez, mientras descendía por la amplia escalera principal del Castillo. Estaba excitado por la perspectiva que veía abrirse ante él, satisfecho de haber resuelto emprender una acción positiva, en vez de esperar pasivamente los acontecimientos; y sin embargo, aquella satisfacción estaba fuertemente entrelazada con una aprensión que iba en aumento a medida que se alejaba de la segura habitación de Cyllan.

Al llegar al pie de la escalera, vaciló y miró recelosamente a su alrededor para asegurarse de que no había señales de Tarod. Más allá de la puerta entreabierta, el patio parecía sombrío y hostil, con el fulgor rojo de sangre intensificado por la negrura contrastante de las paredes y de las losas del suelo, y el valor de Drachea empezó a flaquear. Hubiese querido, aunque por nada del mundo lo habría confesado, que le acompañara Cyllan. Él había recibido su negativa con indiferencia, diciéndose que no necesitaba ayuda, pero ahora, en el deprimente silencio, el Castillo parecía amenazador, como un enemigo que esperase solamente el momento oportuno para atacarle.

También, y por encima de todo, estaba ansioso por evitar otro encuentro con Tarod. Sus bravatas no podían ocultar el miedo fundamental que sentía del Adepto, y se imaginaba que Tarod no vería con buenos ojos su intento de descubrir los secretos del Castillo. El recuerdo de lo que había sucedido en el patio le hizo vacilar momentáneamente; pero, con este sentimiento, renació su cólera, y cuando pasó el acceso de terror, se sintió mejor, animado por la ira que empezaba a germinar en un deseo de venganza. Si Cyllan prefería esconderse en aquella mohosa habitación, ¡allá ella! Él encontraría las respuestas que necesitaba y le mostraría que un hijo de Margrave no requería la ayuda de una campesina conductora de ganado.

Salió al exterior y contempló la Torre del Norte, que se recortaba contra el cielo uniforme de estaño. Ya no se veía luz en una de las ventanas más altas, pero Drachea sospechó que Tarod estaba en aquella habitación. Así era mejor; él se dirigía a otra parte y la idea de que era improbable que el Adepto se cruzase en su camino reforzó su confianza.

A la derecha de la escalinata que conducía al patio había una columnata, con una puerta en su extremo. Drachea pensó que era extraño que existiese otra entrada en el Castillo tan cerca de la puerta principal... Esto parecía indicar algún propósito ulterior.

Con otra rápida mirada hacia la torre, bajó corriendo los peldaños y se dirigió a aquella puerta. Esta se abrió fácilmente cuando levantó la aldaba, y esto contrarió a Drachea: si condujese a algún lugar importante, ¿no habría sido cerrada con más cuidado? Presumiendo que aquello no sería más que un almacén o algo parecido, atisbó hacia el interior y vio un largo y estrecho pasillo que descendía en pendiente hacia lo que debían ser las entrañas del Castillo. Durante la primera veintena de pasos, el resplandor carmesí llegó hasta allí, iluminando viejas manchas de humedad... Después el pasillo quedó enteramente a oscuras.

La idea de aventurarse en aquella negrura bastó, al principio, para socavar la resolución de Drachea. Si Cyllan hubiese estado con él...

No, se dijo. No la necesitaba. Sus ojos se acostumbrarían pronto a la oscuridad, y si, como sospechaba, este pasadizo le acercaba a alguno de los secretos del Castillo, pronto podría contar a Cyllan una historia que le abriría los ojos a la verdad.

Respirando hondo (¡qué desagradable era el olor a moho que flotaba en el aire!) cruzó la puerta, cuidando de dejarla abierta de par en par a su espalda. El suelo del pasadizo era bastante regular y al avanzar, su visión empezó a acomodarse gradualmente a la oscuridad, hasta que pudo distinguir los vagos contornos de las paredes que tenía delante. Estas parecían prolongarse indefinidamente y siempre hacia abajo... Vaciló y después apretó el paso, luchando contra su inquietud.

El suave ruido de sus pisadas llegó a hacerse casi hipnótico a medida que avanzaba a lo largo del pasillo. De vez en cuando, algún fenómeno acústico casi le convencía de que oía otras pisadas detrás de él, ligeramente desacompasadas con las suyas. En una ocasión se detuvo en seco; creyó oír que los pasos ilusorios se paraban detrás de él, y el sudor brotó de su frente y de su cuello. Pero cuando se volvió, allí no había nada...

Imaginaciones. La mente hacía toda clase de jugarretas en circunstancias como ésta. Aquí no podía haber fantasmas... Drachea siguió andando, resistiendo la tentación de silbar para darse valor, y de pronto el pasillo terminó al pie de un tramo de escalones. Se detuvo, tanteando cautelosamente el primer peldaño, y de nuevo miró por encima del hombro. Nada...

La escalera era empinada y Drachea tuvo la impresión de que se estaba acercando a su meta. Pero en ese momento sintió una oleada de excitación al ver que, delante de él, la escalera terminaba en otra puerta.

Estaba abierta, como si alguien hubiese pasado descuidadamente por ella momentos antes, y más allá, una pálida luz iluminaba débilmente un gran salón abovedado. Drachea cruzó rápidamente la puerta y, al entrar en el sótano, tropezó con algo que había en el suelo y cayó cuan largo era. Maldijo en voz alta y su voz resonó con fuerza aumentando su impresión, y al sentarse aturdido en el duro suelo de piedra vio lo que le había hecho caer.

Libros. Cientos de ellos, desparramados sobre las losas. Dondequiera que mirase, dondequiera que pusiese las manos, había volúmenes y manuscritos y rollos de pergamino, algunos enteros, otros rasgados y hechos trizas. Y al débil resplandor que iluminaba la estancia, pudo ver estantes adosados a las paredes, muchos de ellos rotos, pero algunos conteniendo todavía libros en equilibrio inestable que parecía que iban a resbalar y caer a la menor provocación. Era como si algún erudito se hubiese vuelto loco en su propia biblioteca...

Desde luego, ¡era la biblioteca del Castillo! Y esta revelación hizo que Drachea olvidase inmediatamente su primitiva intención, pasmado por el hecho sorprendente de que, por pura casualidad, hubiese tropezado literalmente con el más grande depósito de conocimientos arcanos del mundo. Alargó una mano y tomó el libro caído que tenía más cerca, estremeciéndose cuando varias hojas se soltaron y cayeron revoloteando al suelo. Todos los secretos del Círculo, su ciencia, sus prácticas, estaban al alcance de su mirada sin nadie que lo prohibiese... ¡Era más de lo que nunca se habría atrevido a soñar!

Drachea abrió el libro al azar y empezó a estudiarlo. La escritura era muy apretada y difícil de leer bajo aquella luz tan débil, pero descifró lo suficiente para que su pulso se acelerase. Ritos de iniciación; todas las fórmulas estaban allí; las oraciones, los conjuros... Tomó otro volumen al azar y volvió febrilmente las páginas. Este era más antiguo, todavía más difícil de leer... Lo dejó a un lado y tomó uno de los rollos. Era de pergamino y la tinta estaba tan descolorida que calculó que había sido escrito hacía siglos, antes de que se inventase el procedimiento de emplear pasta de madera para hacer un material más fino que sustituyese la piel animal. Casi devotamente, Drachea lo apartó con el primer volumen y después se levantó, mirando enloquecido a su alrededor.

Podía pasar allí toda una vida. Podía estudiar año tras año hasta que sus cabellos se volviesen grises, sin saciar su sed de conocimientos ocultos. Sintió envidia de los Iniciados que habían tenido libre acceso a este increíble lugar, y entonces se rehizo, casi burlándose de su propio absurdo. Él tenía ahora libre acceso a la biblioteca, ¡no había un Círculo que pudiese cerrarle el camino! Solamente había un hombre, y por muy alto que pudiese ser un Adepto, había maneras de burlarle. Aunque Tarod usara la biblioteca para sus propios fines, no echaría en falta unos pocos volúmenes entre aquel caos. Y en el refugio de una de las

habitaciones superiores del Castillo, Drachea podría absorber a su antojo este fabuloso conocimiento.

Había olvidado a Cyllan; había olvidado su peligrosa situación. Empezó a buscar entre los libros, recogiendo aquellos que le parecían más prometedores, hasta que tuvo todos los que podía llevar. Se irguió, rojo el semblante por el esfuerzo y la excitación pero se quedó helado al oír un ruido de pisadas fuera del sótano.

Varios de los libros se le cayeron al suelo y el ruido que produjeron hizo que sintiese un sudor frío. Las pisadas venían de la escalera, lentas, acompasadas, resonando débilmente. Tarod, ¡tenía que ser él! Su sensación de triunfo se desvaneció ante la idea de lo que podría hacerle el Adepto si descubría su presencia aquí, y miró frenéticamente a su alrededor, buscando un lugar donde esconderse. Al principio pareció que nada podía esperar, pero después vio una puerta, baja e insignificante, medio oculta en un hueco entre dos hileras de estantes. Olvidándose de los libros, corrió hacia ella... y al alcanzarla, las pisadas se extinguieron en el silencio.

Drachea se detuvo, sintiendo que se le ponía la piel de gallina. Las pisadas humanas no se extinguían simplemente de esta manera. Alguien se había estado acercando, había llegado casi al pie de la escalera...., ¡no podía haberse desvanecido!

Con ojos desorbitados, miró hacia la escalera, apenas visible más allá de la entrada de la biblioteca. Ninguna sombra se movía y el silencio era absoluto. El miedo empezó a convertirse en pánico, y Drachea retrocedió involuntariamente hasta que chocó con la pequeña puerta. Esta se abrió de golpe, haciendo que el joven lanzara un grito y la cruzase tambaleándose.

Ahora se hallaba en un largo y estrecho pasadizo que descendía en fuerte pendiente delante de él. La débil luz que iluminaba todo el sótano era aquí más intensa, como si su origen estuviese en alguna parte de este corredor, y un violento estremecimiento sacudió a Drachea, un temor desmesurado que no podía definir, pero que eclipsaba cualquier otra sensación.

Algo acechaba en el extremo invisible del pasadizo. Lo sentía, era una presencia palpable... y se acercaba lentamente en su dirección. Un sonido suave, como el eco de una risa no del todo humana,

pareció resonar en su cabeza y Drachea retrocedió, consciente de que la bilis subía a su garganta y esforzándose en tragarla de nuevo. No podía ver nada, pero sabía que estaba allí... Una presencia, una presencia monstruosamente maligna...

Sintió que un debilísimo aliento rozaba su cara, y perdió todo dominio sobre sí mismo. Lo que pudiese esperarle en la escalera no sería nada en comparación con el horror desconocido que se escondía detrás de esa puerta, y corrió como un animal perseguido, lanzándose a través del sótano y de la puerta en arco. Ya en la escalera, cayó, se puso dificultosamente en pie, siguió subiendo, mientras un pánico ciego superaba a todo lo demás. Nada le cerró el camino, nadie surgió de pronto de las sombras para enfrentarse con él, y al fin salió al patio relativamente iluminado, derrumbándose con una fuerza que le despellejó las rodillas y las manos.

Drachea rodó y se levantó tambaleándose, y se apoyó en una de las columnas para sostenerse mientras luchaba por recobrar el aliento. El patio vacío parecía más desolado y amenazador que nunca; sombras más allá del alcance del rojo resplandor parecían, a su imaginación exaltada, tomar formas vagas y amenazadoras. Se estremeció, cerrando los ojos contra aquellas imágenes importunas, y se esforzó en llenar de aire sus pulmones. Su pulso se hizo más lento y, al cabo de un rato, abrió de nuevo los ojos, recobrando algo de su aplomo.

Había sido un estúpido. No había nadie en la escalera del sótano, y nada en el pasillo al que daba la puerta pequeña. Se había dejado llevar por la imaginación, y una ilusión le había aterrorizado... Miró por encima del hombro hacia la puerta por la que acababa de salir. La idea de volver allí no le apetecía a pesar del señuelo de los libros, y haciendo un irritado ademán en dirección a la puerta, echó a andar hacia la entrada principal del Castillo. Volver junto a Cyllan sin nada que explicar sería confesar su fracaso y, por consiguiente, rebajarse...,

algo contra lo que se rebelaba violentamente. No volvería a la biblioteca, todavía (y acalló una vocecilla interior que le decía que tenía miedo de volver solo a ella). El Castillo debía contener otras muchas revelaciones; tenía que haber otros lugares, indudablemente mejores, donde buscar las respuestas que necesitaba.

Con una rápida y furtiva mirada a su alrededor, para asegurarse de que estaba solo, Drachea caminó apresuradamente a lo largo de uno de los, al parecer, interminables corredores del Castillo.

Fue pura y fortuita coincidencia lo que llevó a Drachea a la serie de habitaciones de la planta baja del ala norte y central. Había llegado a ellas por un camino indirecto, dando vueltas y revueltas en el laberinto de pasillos que se extendían por todo el Castillo, y se sentía cansado, frustrado y descorazonado cuando llegó a la puerta claveteada y de pulida superficie. Pero en cuanto hubo corrido el pestillo y mirado en el interior, comprendió que había encontrado algo que era más que otra habitación vacía.

En la estancia destacaba una mesa grande, con un sillón tallado y acolchado detrás de ella. Un montón de papeles había sido limpiamente colocado sobre la mesa, como esperando una atención inminente. Un tintero y varias plumas estaban al lado de ellos. Y la mirada de Drachea descubrió algo más. Un sello, medio oculto detrás del tintero...

Cerró la puerta sin ruido y se acercó a la mesa. Al alargar la mano hacia el sello, vaciló, asaltado de pronto por la impresión de que estaba entrando en un terreno absolutamente prohibido. Si este salón era lo que él creía, el mero hecho de tocar aquel sello sería una especie de blasfemia. Sin embargo, tenía que saber...

Con la boca seca, hizo acopio de valor y agarró el sello. El emblema reflejó el resplandor carmesí, y el joven vio que era un doble círculo cortado por un relámpago.

El sello del Sumo Iniciado... Respetuosamente, y con cierto temor, volvió a dejarlo en su sitio y miró a su alrededor, sintiéndose de pronto atemorizado. Este debía de ser, o haber sido, el despacho de Keridil Toln... Se estremeció. Nunca había visto al Sumo Iniciado, pero su fantasma parecía cernerse sobre la estancia, observando desde el limbo inimaginable en que moraba ahora.

Drachea se volvió despacio, captando todos los detalles de la sombría habitación. Todo estaba perfectamente ordenado, como si Keridil Toln hubiese salido por última vez de su despacho con alguna premonición de lo que iba a suceder. El frío que flotaba en el aire era más que físico... Volvió bruscamente la espalda a la amplia chimenea, que por alguna razón inexplicable lo ponía doblemente nervioso, y se acercó de nuevo a la mesa. Había tres cajones poco profundos debajo de la pulida superficie, en uno de los lados de la mesa, y Drachea los abrió sucesivamente. Si existían relatos de sucesos recientes, seguramente estarían guardados ahí...

Los dos primeros cajones sólo contenían papeles referentes a asuntos ordinarios, principalmente listas de diezmos, y de poco interés. El tercero se resistió al principio y Drachea pensó que estaría cerrado con llave, hasta que se abrió bruscamente y con tanta fuerza que se desprendió de su soporte y desparramó su contenido sobre el suelo.

Drachea tomó uno de los papeles al azar y su corazón dejó un momento de latir al llamarle la atención una palabra, un nombre: Tarod.

Se acercó casi corriendo a la ventana y sostuvo el papel junto al cristal para aprovechar la poca luz que allí había. Ahora vio que aquel papel era un documento oficial, firmado y sellado por el Sumo Iniciado y suscrito también por seis ancianos del Consejo de Adeptos, en calidad de testigos.

Era una orden de ejecución.

Drachea se tapó la boca con una mano, sintiendo vértigo, con una mezcla de excitación y horror, mientras en su cabeza sonaban los primeros ecos de la verdad. Sus sospechas habían sido acertadas...

Guardó el documento debajo de su chaqueta y empezó a recoger febrilmente los otros papeles desparramados. Al fin encontró lo que había esperado y por lo que había rezado: un

informe, escrito con la misma cuidadosa caligrafía de la orden de ejecución y reservado exclusivamente para conocimiento de los Consejeros más antiguos. Adherida a él había una carta abierta, en la que reconoció el sello de la Hermandad de Aeoris, entrelazado con el símbolo del pez de la provincia de la Tierra Alta del Oeste.

La Tierra Alta del Oeste, donde habían empezado los rumores alarmantes... Se sentó en el sillón de madera tallada, sin preocuparse ya de que perteneciera al Sumo Iniciado o al propio Aeoris. Leer era difícil en la penumbra, pero ya no confiaba en que sus piernas le sostuviesen. Silenciosamente, ávidamente, leyó primero la carta. La Señora Kael Amion... era por lo visto superiora de la Residencia de la Tierra Alta del Oeste, y la misiva que había enviado a Keridil Toln era de máxima urgencia y se refería a un Iniciado y a una de sus novicias. Sí, la cosa empezaba a tener sentido..., pero necesitaba más, mucho más.

La mano de Drachea temblaba al tomar el informe. Lo leyó en su integridad, con sólo el ocasional susurro de una hoja al ser vuelta rompiendo el lúgubre silencio de la habitación. Cuando hubo terminado, se levantó y, con una lentitud que indicaba que no tenía un dominio absoluto sobre sus miembros, ocultó cuidadosamente los papeles debajo de la chaqueta, con el primer documento. Su rostro estaba ceniciento cuando se volvió para mirar de nuevo la chimenea y el suelo embaldosado delante del hogar. Una fascinación morbosa le impulsaba a acercarse más, a estudiar aquella parte del suelo en busca de señales que demostraran que lo que había leído era cierto; pero no podía hacerlo. Y las palabras del Sumo Iniciado parecían demasiado frías y sinceras para que quedase la menor sombra de duda.

Tenía que mostrar a Cyllan lo que había encontrado. Tenía que demostrarle que había estado en lo cierto, en realidad, más de lo que se había atrevido a soñar. Y sobre todo, necesitaba compartir con alguien la carga de su miedo.

Drachea volvió a colocar en su sitio el cajón que había caído, puso el sello de manera que quedase igual que antes junto a las plumas y el tintero sobre la mesa del Sumo Iniciado. Cerró la puerta del despacho sin ruido al salir e hizo la señal de Aeoris sobre su corazón antes de volverse y correr hacia la escalera principal.

CAPITULO 5

Los agudos sentidos de Tarod se alertaron a la primera sospecha de algo adverso que se filtró en su mente. Era como si una débil ráfaga de viento hubiese turbado un día absolutamente tranquilo, presagiando un cambio; y le inquietaba a un nivel más profundo de lo que estaba dispuesto a confesar.

Se levantó del desvencijado sillón de cuero donde estaba sentado y se acercó en silencio a la ventana que daba al patio desde la vertiginosa cima de la torre. Nada se movía allí, y el cielo que parecía cernerse peligrosamente cerca de la ventana, seguía estando vacío y muerto. Pero, en algún lugar del Castillo, algo no marchaba como era debido...

Le sorprendió una súbita y viva sensación en la mano izquierda; una sensación antaño familiar pero que casi había olvidado. Miró sus dedos, el aro que había sostenido antaño su piedra-alma, y después cerró reflexivamente la mano. Era insensible al miedo, pero fuera lo que fuese lo que había venido a perturbar la quietud mortal del Castillo, habría infundido pánico a cualquier hombre mortal.

Detrás de él, sobre una mesita, entre un montón de libros y manuscritos que había tomado distraídamente de la biblioteca, había una palmatoria con una vela parcialmente consumida. Tarod pasó su mano izquierda sobre ella, y una llama pálida, de un verde nacarado, cobró vida. Sin apartar los dedos de la llama, hizo que ésta se estirase hacia arriba y hacia fuera, respondiendo a su orden mental hasta que formó un halo perfecto aunque enfermizo. La luz se reflejó en su cara, haciendo resaltar sombras macilentas, y sus ojos se entornaron al contemplar el fuego elemental y buscar, más allá de sí mismo, el origen de la perturbación.

Lo encontró, y de nuevo se sintió confuso. Con un solo y rápido ademán, apagó el fuego verde y, cuando la habitación quedó sumida de nuevo en la oscuridad, Tarod se dirigió a la puerta. Una fuerza peculiar lo impulsaba a salir de la torre, donde transcurría la mayor parte de su existencia, y a buscar fuera de ella la raíz del extraño e inesperado cambio. Cruzó la estancia, indiferente al revoltijo de artefactos que la hacían caótica y que nunca se tomaba el trabajo de ordenar. Su propia comodidad le importaba tan poco como todo lo demás; pero algo desafiaba ahora aquella indiferencia y despertaba su curiosidad.

Más allá de la puerta, una negra escalera de caracol descendía y se sumía en la oscuridad teñida de rojo. La puerta se cerró sin ruido detrás de él, aparentemente por su propia voluntad; entonces, la oscura forma de Tarod se desvaneció y se mezcló con las sombras, dejando solamente un breve recuerdo de su imagen.

Cyllan no había atrancado la puerta. La mano de Tarod no encontró resistencia en el tirador, y la abrió despacio y suavemente. De momento, pensó que la habitación estaba vacía; entonces la vio... y un viejo recuerdo muerto renació en su interior, rompiendo momentáneamente su defensa.

Cyllan yacía en el suelo, con la cabeza torcida en un extraño ángulo y un brazo torcido también hacia fuera. Parecía una muñeca rota, y a la imagen que ofrecía se sobrepuso inmediatamente otra en la mente de Tarod, la de otra mujer. La de Themila Gan Lin, que había sido desde su infancia amiga querida y consejera, yaciendo en el suelo de la Cámara del Consejo, desangrándose por la herida producida por la espada de Rhiman Han...

Había sido un puro accidente, un momento de acalorada confusión que había terminado en tragedia. Themila no había tenido un solo enemigo en el mundo; la menuda y vieja historiadora había sido como una segunda madre para muchos de los jóvenes Iniciados y especialmente para Tarod, cuando había llegado, anónimo y herido, al Castillo. Pero había

muerto... y con su muerte se había desencadenado una furiosa secuencia de acontecimientos. La posición encogida y quebrantada de Cyllan recordaba la de Themila moribunda, y Tarod se impresionó al darse cuenta de que aquel recuerdo hacía renacer todo el dolor de aquella pérdida, como si, muy lejos, su humanidad perdida estuviese luchando por recobrarse.

Cruzó la habitación, sin fijarse en las piedras que resbalaban y se desperdigaban bajo sus pies, y se arrodilló al lado de la joven. Estaba viva y no había señales visibles de lesión; pero tampoco había nada que explicase la causa de su estado. Tarod pensó inmediatamente en Drachea, pero en seguida rechazó la idea, sintiendo que había allí algo que Drachea no hubiese podido comprender y mucho menos provocar. La atmósfera de la habitación había cambiado sutilmente, estaba cargada..., como si hubiese actuado alguna fuerza independiente de la suya propia y cuyo origen no podía siquiera sospechar.

Pero la fuerza motivadora era lo menos urgente. Tarod levantó a Cyllan, sorprendido de lo poco que pesaba, y la llevó a la cama, depositándola cuidadosamente en ella. Cyllan se movió, murmuró algo ininteligible y quedó de nuevo inmóvil, y él se echó atrás y se quedó mirándola. Algo se había agitado brevemente dentro de él, evocado por la yuxtaposición de Cyllan y Themila en sus pensamientos, y ahora, aunque trataba de rechazarlo como carente de sentido, otra parte más antigua de su propio ser se lo impedía. Hasta ahora, nunca le habían inquietado los fantasmas del pasado; el pasado se perdía y nunca podía recobrarse. La manera en que había frustrado a Keridil y al Círculo había sido el origen de esta convicción, al hacer de él un ser sin alma e inmortal... Sin embargo, algo se agitaba, y no podía sofocarlo.

Cediendo a un impulso, se sentó en el borde de la cama y apartó los revueltos cabellos de la cara de Cyllan. Ella reaccionó con un temblor de los labios y un parpadeo espasmódico. Alargó una mano ciegamente y Tarod la asió, ofreciéndole un punto en el que apoyarse para regresar a la conciencia.

-¿Drachea...?

Su voz era débil y vacilante.

-No soy Drachea.

Ella abrió los ojos de repente y lanzó una blasfemia, una blasfemia de vaquero que Tarod no había oído pronunciar nunca en el Castillo. Cyllan se apartó de él, como un animal acorralado, y él le soltó la mano, y la expresión de su semblante se endureció en una débil sonrisa carente de todo humor.

-Veo que tus peripecias no te han sentado mal.

-Yo... lo siento. No pretendí...

Cerró de nuevo los ojos, terriblemente confusa. Había estado tratando de leer las piedras; había venido algo, algo desde fuera, y se había asustado tanto... Inquieta, haciendo un gran esfuerzo, volvió a mirar a Tarod con ojos temerosos. También a él le tenía miedo, pero al menos era una presencia física, un ancla a la que agarrarse en el borde de la pesadilla.

-Estaba tratando de leer las piedras...

Tenía que encontrar una salida a su vago terror, pero su lengua sólo pudo hacer una sencilla declaración.

Tarod le preguntó, más amablemente:

-¿Y qué viste?

-Algo entró por la puerta... -murmuró ella.

Él esperó, pero ella no le dio más explicaciones, y las pocas palabras que había pronunciado le inquietaron. Algo entró por la puerta... O Cyllan había sufrido una alucinación o había atraído sin querer una fuerza que no hubiese debido existir en el Castillo, a menos que él mismo la hubiese conjurado deliberadamente. ¿Otra presencia, desconocida? No, era imposible...

La voz de Cyllan interrumpió bruscamente sus pensamientos.

-Pensé -dijo, lenta y deliberadamente- que eras tú el responsable.

Los ojos de Tarod brillaron, irritados.

-¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que divertirme asustando a mujeres indefensas? ¡Gracias por el cumplido!

Cyllan no estaba segura del terreno que pisaba, pero ahora que aquel recuerdo de pesadilla cedió el paso a la razón, sólo pudo encontrar esta respuesta :

-Entonces, ¿quién fue el responsable? ¿Drachea? ¡Lo dudo!

Su resuelto ataque divirtió a Tarod. Ella no le tenía miedo y, por alguna razón inexplicable, esto le gustó. Se echó a reír y Cyllan se volvió de espaldas.

-Búrlate de mí, si esto te divierte -dijo-, pero aquí no he visto más poder que el tuyo. ¡Y no parece preocuparte mucho tu manera de emplearlo!

Tarod suspiró, y su momentáneo regocijo dejó paso a la irritación.

-Puedes creer lo que quieras -replicó fríamente-. No me interesa la opinión que tengas de mí, y te aseguro que nada tuve que ver con lo que te ha sucedido. Si tuviese algo que ganar con... -Se interrumpió, súbitamente furioso al darse cuenta de lo que estaba diciendo-. ¡Maldición! ¿Por qué tendría que justificarme a tus ojos? Si prefieres seguir sufriendo e ignorar la verdad, ¡allá tú!

Cyllan no replicó, sino que se dio la vuelta y escondió la cara en la almohada, con mudo resentimiento. Tarod, furioso, alargó una mano y la agarró de un brazo.

-Mírame, Cyllan. -Ella se resistió y él le sujetó la barbilla, obligándola a mirarle-. ¡He dicho que me mires!

Entonces ella le miró, irritada y dolida y desafiadora al mismo tiempo, y él le dijo, suave y maliciosamente:

-No te alces contra mí. No me gustaría hacerte daño, pero que prosperes o perezcas carece de importancia para mí.

Levantó la mano libre, doblando los dedos en un ademán casual, gracioso, pero que heló la sangre a Cyllan, y bruscamente la dejó caer de nuevo. Sería muy sencillo inspirarle un terror en comparación con el cual su alucinación sería insignificante, pero ¿de qué habría servido? Pudo percibir ahora el miedo de ella, aunque Cyllan hacía todo lo posible por disimularlo, y de pronto, sintió asco de sí mismo. Ella carecía de importancia; la idea de malgastar energía por su causa era demasiado mezquina para contemplarla, y sin embargo, había estado a punto de pegarle, como reaccionando a alguna ofensa personal.

La soltó y ella se echó rápidamente atrás, acurrucándose contra la pared. Tarod se levantó, irritado, pero antes de que cualquiera de los dos pudiese hablar se abrió la puerta del dormitorio y entró Drachea.

-¡Cyllan! Mira lo que... -y se interrumpió, abriendo mucho los ojos al ver a Tarod.

Tarod le hizo una ligera reverencia, poniendo todo su desprecio en este ademán aparentemente despreocupado.

-Heredero del Margrave, ¡espero que tus exploraciones hayan sido fructíferas!

Su mirada se fijó en el grueso libro que llevaba Drachea en las manos y, después, se trasladó, divertida, al rostro del joven. Drachea palideció y Tarod cruzó la habitación para quitarle el volumen y estudiar la cubierta.

-Muy divertido. -Volvió un par de hojas y, después, le devolvió amablemente el libro-. Si te cuesta entenderlo, estoy a tu disposición.

Dos manchas lívidas aparecieron en las mejillas de Drachea, que se dispuso a replicar, enojado; pero un breve movimiento de la mano de Tarod produjo una fuerza que le obligó a retroceder tambaleándose. Su espina dorsal chocó dolorosamente contra la pared y, cuando hubo recobrado el aliento y el equilibrio, el Adepto había desaparecido.

Drachea miró sin decir nada la puerta que todavía retemblaba, y después, con violento movimiento, giró en redondo y arrojó furiosamente el libro contra la pared. La antigua encuadernación se partió por la mitad y las hojas se desparramaron por el suelo.

-¡Maldito sea! En nombre de todos los infiernos, ¿qué ha venido a hacer aquí?

La pregunta no podía ser más insolente. Tarod había humillado a Drachea en presencia de Cyllan, y éste la empleaba ahora como chivo expiatorio de su cólera. Comprendiendo la acusación subyacente, Cyllan respondió, airada:

-No sé lo que él quería..., ¡no he tenido tiempo de preguntárselo! Algo ocurrió mientras tú estabas ausente, algo que...

Él la interrumpió, sin prestar atención a lo que iba a decirle.

-¡Dejemos eso! Tengo cosas más importantes de que hablar. -Hurgó debajo de su chaqueta y sacó el fajo de papeles que había encontrado en el despacho del Sumo Iniciado-. Tarod puede burlarse de un libro de la biblioteca del Castillo, pero si supiese que yo tengo esto, ¡no estaría tan tranquilo! Mira, ¡mira esto! -Le arrojó los papeles, con ademán de desafío-. Ya sé la verdad sobre tu amigo Adepto, Cyllan. Adelante, ¡léelo tú misma!

Cyllan no hizo ningún movimiento para tomar los papeles. Las secuelas de su impresión, junto con el hecho de que Drachea no mostrase ningún interés por lo que le había ocurrido, y la tensión provocada por su escaramuza con Tarod, le habían irritado los nervios, y se limitó a mirar a Drachea echando chispas por los ojos.

-Por todo lo que es sagrado -dijo él-, ¡éste no es momento de andarse con chiquilladas! Estos documentos son vitales. En nombre de Aeoris, ¿quieres leerlos de una vez?

Cyllan apretó los labios y dijo, secamente:

-¿Y dónde crees que aprendí a leer?

Él la miró, perplejo.

-¿Quieres decir... que no fuiste a la escuela?

-No. No sé escribir ni leer. ¿Tanto te sorprende? Mi clan no me envió a ningún maestro... ¡Estaba demasiado ocupada aprendiendo a destripar pescados y a conducir ganado!

Se sentía molesta, aborreciéndose por tener que confesar su ignorancia. Drachea siguió mirándola, con una expresión que podía ser de desdén o de compasión; ella no sabía de qué era. Entonces hizo un brusco movimiento para poner fin a la discusión.

-Bueno, ¿qué importa esto? Si no sabes leer yo te leeré los documentos, ¡pero tienes que escuchar! -La agarró de un brazo y la obligó a cruzar con él la habitación-. Tienes que saber lo que ocurrió realmente aquí..., lo que hizo Tarod, ¡y lo que él es!

El tono apremiante de su voz hizo que Cyllan olvidase su resentimiento. Si él había descubierto algo vital, no podía haber disputas y tensiones entre ellos, y cuando él se sentó en la cama, ella lo hizo a su lado, mirando los papeles por encima de su hombro.

-Esto -dijo Drachea, mostrando lo que ella pensó que era una carta- fue escrito por la Señora Kael Amion, superiora de la Residencia de la Hermandad en la Tierra Alta del Oeste, y creo que nadie puede poner en duda sus palabras. Escucha; dice así:

Mi querido Keridil, he puesto esta carta en manos de mi colega, la Hermana Erminet Rowald. Tu informe me impresionó terriblemente y sólo puedo dar gracias a Aeoris que, en Su sabiduría, frustró los planes del fugitivo Tarod, que fue aprehendido en mi Residencia la noche pasada. La Novicia Sashka Veyyil, cuyas circunstancias te son desde luego conocidas, tuvo el valor moral de darse cuenta de cuál era su deber, y gracias a su rápida acción, podemos poner a este hombre bajo tu custodia. Es triste para el Círculo y para la Hermandad el día en que se descubren males como éste, pero, guiados por la Luz y la Ley, saldremos triunfantes. La caridad me obliga a rezar por el alma del condenado; por consiguiente, te agradecería que me comunicases la fecha de la ejecución de Tarod...

Cyllan le interrumpió, en voz baja y con incredulidad:

-¿Ejecución?...

Drachea lanzó una risa seca.

-¡Oh, sí! Y hay más, mucho más. -Dejó la carta a un lado y tomó otro documento-. Aquí está, ¡de puño y letra de Keridil Toln! Es el informe del Sumo Iniciado sobre el juicio y la condena a muerte de nuestro amigo Tarod.

Cyllan miró, pasmada, los papeles. La escritura no significaba nada para ella, y se lamentó de su incapacidad. Algo en su interior le decía que Drachea tenía que estar equivocado, que el Círculo no podía haber tenido nunca motivos para condenar a uno de los suyos...

-Pero Tarod es un alto Adepto -dijo, con inquietud-. Esto sabemos que es verdad.

-Puede ser un Adepto. Pero, ¿qué hombre puede llevar su alma en una piedra preciosa?

-¿Qué?

-Es la pura verdad. Tarod no es un mortal como los demás; nunca lo ha sido. El Sumo Iniciado descubrió su verdadera identidad. -Drachea hizo una pausa para dar un efecto dramático a sus palabras y añadió-: ¡Tarod no es humano!

Cyllan sintió un escalofrío en lo más hondo de su ser, como por efecto de una premonición inexplicable e indescifrable.

-Entonces ¿qué es?

Drachea miró a su alrededor, como pensando que una presencia maligna les estaba observando. Las sombras estaban inmóviles y silenciosas y, antes de que el valor le abandonase, murmuró:

-Caos.

Esta palabra se clavó como un cuchillo en el sistema nervioso de Cyllan, que hizo instintivamente la señal de Aeoris delante de su cara. Todo su instinto se rebelaba contra aquel concepto: era imposible. Y Tarod, uno de los propios servidores de Aeoris...

-El Caos está muerto... -Apenas reconoció su voz-. No... no puede ser verdad, Drachea. ¡No puede ser verdad!

-Cuando era pequeño -dijo Drachea-, oí una vez a un Adepto hablar en una fiesta del Primer Día de Verano. Nos exhortó a tener siempre fe en la causa por la que vinieron los dioses a este mundo y entablaron la última gran batalla contra los Ancianos. Nos advirtió que debíamos estar siempre alerta, por si volvía algún día el Caos. Y ahora, yo diría que su exhortación estaba bien fundada.

-¡Pero el propio Aeoris desterró el Caos! -protestó Cyllan-. Sugerir que los poderes de las tinieblas pueden desafiar a los dioses... -Se estremeció-. Parece una blasfemia.

-Entonces, ¿llamas embustero al Sumo Iniciado? -replicó Drachea. Y viendo que Cyllan abría mucho los ojos, prosiguió- : Keridil Toln lo supo. Descubrió lo que era en realidad Tarod y se empeñó en destruirlo. -De nuevo miró alrededor de la estancia y añadió- : Parece que no lo consiguió.

Cyllan se levantó y se acercó a la ventana, y contempló la inquietante vista, que se había hecho familiar, de la noche iluminada por aquel resplandor infernal. Sin proponérselo, dirigió la mirada a la Torre del Norte. Ninguna luz ardía allí, y miró a otra parte.

Caos. No podía creerlo. Tiempo atrás, en el acantilado de la Tierra Alta del Oeste, había conocido a un hombre, no a un demonio. Y sin embargo, recordaba su terror cuando se había despertado en esta habitación y se había encontrado con que Tarod le había asido la mano. Había declarado que no sabía nada de las pesadillas de ella; pero ahora, sus dudas se estaban convirtiendo en temerosa certidumbre de que sólo él podía haber sido responsable de aquéllas. Una parte ilógica de su mente quería otorgar a Tarod el beneficio de la duda; pero sabía que si lo hacía, se pondría ella misma y pondría a Drachea en un peligro inimaginable. No podía arriesgarse.

Volviéndose hacia la cama, dijo pausadamente:

-Léeme los papeles, Drachea. Por favor. Quiero... quiero saber todo lo que dicen.

Y así, con ella sentada en silencio a su lado, leyó Drachea el detallado informe del Sumo Iniciado. El relato empezó a formar una imagen espantosamente coherente: Tarod a punto de morir por una sobredosis de narcótico elaborado con Raíz de la Rompiente; la muerte del Sumo Iniciado, Jehrek Benamen Toln; el encuentro con Yandros, Señor del Caos, y la revelación de que en la gema del anillo de Tarod se encontraba una esencia vital creada por los poderes caóticos... y había mucho más, al empezar los conflictos entre Tarod y el Sumo

Iniciado. Pero el documento planteaba su propio misterio, al terminar con la simple declaración de Keridil Toln (sin expresar la fecha) de que el ser llamado Tarod morirá esta noche.

Cuando Drachea terminó la lectura, se hizo un silencio absoluto. Cyllan siguió con el dedo el sello de cera aplicado al pie de la orden de ejecución; él se lo había leído, y su fría sencillez era, en cierto modo, la más terrible condena. Palpó el contorno del símbolo del Sumo Iniciado, el doble círculo partido por un rayo, y dijo al fin, a media voz:

-Pero no murió...

Drachea le dirigió una mirada imposible de interpretar.

-No... Frustró sus planes. Deteniendo el Tiempo. ¡Dioses! -La idea le hizo temblar, pero se rehizo y consiguió esbozar una sonrisa-. Pero fue una falsa victoria, ¿no? Él mismo se vio metido en la trampa, y ahora no puede escapar.

Cyllan cruzó inquieta los brazos y dijo:

-A menos que pueda recuperar la piedra de que habló y emplearla para poner de nuevo en marcha el Tiempo.

-¡Sí, y ahora conocemos la verdadera naturaleza de aquella gema! Un alma nacida del Caos..., algo impensable. -Se levantó y empezó a pasear por la habitación-. Imagínate las consecuencias que podría tener la recuperación de aquella piedra. Sin ella, es bastante poderoso, y me ha dado pruebas de ello. El Círculo fracasó una vez en su empeño de aniquilarle... ¿Te imaginas de qué sería capaz, si volviese a poseer la piedra?

Cyllan se lo imaginaba, y rechazó la idea. Pero no podía aludir a otra consideración que la inquietaba y para la cual no podía hallar respuesta alguna. Dijo, vacilando:

-Y sin embargo, sin la piedra, estamos tan atrapados como Tarod. No podemos marcharnos de aquí, y ni siquiera él tiene poder para liberarnos.

-Si quisiera hacerlo... -dijo lúgubremente Drachea.

Cyllan sonrió con ironía al recordar lo que le había dicho Tarod.

-¿Por qué no habría de querer? Nosotros no le interesamos, no le servimos de nada.

-¿Ah, no?

Ella frunció el entrecejo.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que tal vez podríamos triunfar donde él fracasó y recobrar aquella gema. Hay algo, algún poder que le impide apoderarse de ella. Pero si nosotros no estamos atados por el mismo poder, tenemos para Tarod un valor inestimable.

-Drachea hizo una pausa, reflexionando-. Nosotros cruzamos la barrera que separa el Castillo del resto del mundo. No sabemos cómo ocurrió y él tampoco lo sabe; ya viste lo mucho que le impresionó nuestra llegada. Si podemos alcanzar aquella piedra, se valdrá de nosotros para que lo hagamos. Y entonces... -Dejó la frase sin terminar.

Cyllan miró de nuevo hacia la luz roja de más allá de la ventana. La idea de lo que podía ocurrir si la piedra volvía a estar en poder de Tarod era terrible; sin embargo, sin ella, no había esperanza de escapar. Una eternidad, vivida en un mundo encerrado por cuatro murallas negras, acompañada solamente de Drachea y de un hombre que no era mortal, sino que debía su origen a algo que escapaba a su comprensión..., sin cambiar jamás, sin envejecer jamás, privado incluso de la liberación de la muerte. De pronto sonrió débilmente para sí. ¿Era esta perspectiva mucho peor que la vida que había llevado? Al menos, aquí no había penalidades, ni tenía que trabajar continuamente. Aquí no le faltaba nada. Salvo, tal vez...

Drachea interrumpió bruscamente el hilo de sus pensamientos.

-Hay una manera -dijo-, sólo una manera de escapar de este lugar sin hacerle el juego a Tarod. Debemos encontrar la piedra y utilizarla nosotros.

Cyllan se volvió y le miró fijamente.

-¿Encontrarla y emplearla? -repitió, con incredulidad-. Drachea, ¡esto no es un juego de niños! Si lo que dicen esos papeles es verdad, ¡la gema es una cosa del Caos! ¿Somos tú o yo tan grandes adeptos que nos atreveríamos a utilizarla aunque pudiésemos?

-Al menos podemos probar -insistió tercamente Drachea-. ¿Tienes tú un plan mejor? No, ¡ya veo que no! Mira... -Se acercó a la cama y recogió los documentos desparramados-. El Sumo Iniciado habla de una cámara llamada Salón de Mármol. Parece ser el sancta santórum del Círculo, el lugar donde se realizaban los ritos más sagrados y se guardaban los más sagrados artefactos. -Sonrió-. Recordarás que Tarod se mostró muy misterioso en lo tocante al paradero de la gema. Yo creo que, si podemos encontrar el Salón de Mármol, encontraremos también aquella piedra.

-Un lugar en el que, por alguna razón, Tarod no puede entrar... -murmuró Cyllan.

La teoría de Drachea parecía plausible.

-O no quiere entrar. Es posible que sea lo único que le da miedo, y esto sólo podría redundar en beneficio nuestro. -Drachea estaba ahora hojeando los papeles -. Tendría que haber aquí algún indicio, algo que permitiese localizar el Salón de Mármol... ¡Pero no, no hay nada!

Arrojó los papeles a un lado, desanimado.

-Encontraste esto -dijo Cyllan, señalando las hojas desparramadas-. Tiene que haber, seguramente, otros documentos, algo que pueda ayudarnos.

-Sí..., en el estudio del Sumo Iniciado o, mejor aún, en la biblioteca. -Los ojos de Drachea se iluminaron de pronto-. ¡Por los dioses, Cyllan! La biblioteca... es un tesoro de conocimientos, ¡alberga la ciencia arcana de muchos siglos! La encontré por casualidad, y pensar que está allí, abierta para mí siempre que me apetezca... -Se interrumpió al ver que la expresión de ella no había cambiado-. Bueno..., desde luego, para ti no significa gran cosa.

-Cierto -dijo ella, con cierta acritud.

Él tuvo el buen sentido de ruborizarse.

-Naturalmente, estoy mucho más preocupado por nuestra triste situación y la manera de resolverla..., pero apostaría cualquier cosa a que la biblioteca puede proporcionarnos lo que necesitamos para empezar nuestra búsqueda. Tiene que haber relatos históricos que expliquen la disposición del Castillo.

Recordó su anterior visita a la biblioteca, y este recuerdo le inquietó. Aunque por nada del mundo habría confesado que tenía miedo, estaba resuelto a no volver solo allí.

Cyllan miró el libro roto sobre el suelo.

-Tarod está enterado de tu primera visita a la biblioteca -le recordó-. Debemos tener cuidado en no darle más motivos de sospecha.

Drachea sonrió con condescendencia.

-Lo que ignora no puede inquietarle. No te preocupes por Tarod. No es tan invencible como parece creer y, dentro de poco, ¡pretendo demostrárselo!

Las dos figuras que caminaban por el patio quedaban casi ocultas por la espesa sombra de la pared del Castillo, pero incluso el menor movimiento en aquella quietud sombría era bastante para llamar la atención. Tarod estaba detrás de la ventana de su habitación a oscuras en la cima de la torre, inexpresivo el semblante, mientras observaba cómo se deslizaban precavidamente a lo largo de la columnata y en dirección a la puerta del sótano. Drachea marchaba el primero y se detenía cada pocos pasos para hacer una señal imponiendo silencio. Probablemente quería mostrar a Cyllan los tesoros que había descubierto en la biblioteca, y parecía lógico prever que, desde allí, acabarían por descubrir la entrada del Salón de Mármol. Tarod no había querido especular sobre si serían o no capaces de entrar en el Salón; la fuerza que retenía al Castillo en el limbo había, de alguna manera,

desviado a aquella cámara peculiar de una sincronización perfecta, y él mismo tenía la entrada vedada, con tanta seguridad como si el Salón no hubiese existido. Pero Cyllan y Drachea habían cruzado una barrera..., por lo que era posible que pudiesen triunfar donde él había fracasado.

¿Y si lo hacían? Tarod no sabía lo que encontrarían, pero de una cosa estaba seguro: el Salón de Mármol tenía la clave crucial de su esperanza de liberación. Era la única puerta para volver a los terribles planos astrales a través de los cuales había viajado para encontrar y detener el Péndulo del Tiempo y también era el lugar donde la piedra del Caos, su propia alma, estaba atrapada.

Miró de nuevo a través de la ventana y vio que las dos lejanas figuras habían desaparecido, dejando entreabierta la puerta del sótano. Por un breve instante, le asaltó un sentimiento desacostumbrado y sin embargo remotamente familiar; una sensación de anticipación mezclada con un amorfo indicio de miedo. Una sensación muy humana..., se dijo, sonriendo para sus adentros. La imaginación debía de estar gastándole una broma; los sentimientos humanos estaban en el pasado que había enterrado para siempre. O al menos, él lo había creído así...

Tarod se apartó súbitamente de la ventana, disgustado por el giro inesperado que habían tomado sus pensamientos. Desde que había salido de la habitación de Cyllan, incapaz de resistir la tentación de aplastar a Drachea como habría aplastado a un insecto molesto, no había podido apartar de su mente aquel encuentro. Tenía poco más en que pensar, pero no estaba acostumbrado a ser inquietado por semejantes ideas. Los viejos recuerdos que habían despertado en él al encontrar a Cyllan yaciendo desmayada en el suelo se negaban a abandonar su mente, y a ellos se sumaban, complicándolos, extrañas y azarosas impresiones que centelleaban contra su voluntad en su cerebro. Lo poco que pesaba la muchacha cuando la había levantado; la aspereza de su piel cuando le había asido la mano para reanimarla; incluso la manera en que había jurado ella, como un curtido marinero, al despertar y encontrarle a su lado. Aunque le tenía miedo, no había querido dejarse intimidar, y su valor había pulsado una cuerda en algún lugar del interior de él. Entonces se había preguntado si a pesar de la indiferencia que declaraba sentir, podía confiar en ella... pero había rechazado bruscamente esta idea al recordar otra muchacha, otra joven en la que había puesto su confianza.

Sashka Veyyil había sido todo lo que no era Cyllan: hermosa, educada, segura de su posición en el mundo. Él había pensado que el suyo era un amor idílico, hasta que ella le había traicionado vilmente para salvaguardar aquella posición e incluso mejorarla. Sashka languidecía ahora en el limbo con los moradores del Castillo; el amor que Tarod había sentido por la joven se había convertido en un desprecio total, y la idea de la terrible situación en que ella se encontraba le producía una satisfacción malévola. Pero, contra toda lógica, la presencia de Cyllan en el Castillo había resucitado aquellos viejos tiempos, despertado algo que no hubiese debido existir.

De pronto se sintió irritado, contra él mismo y contra la mujer. La preocupación que había sentido cuando la había encontrado inconsciente había quedado reducida a cenizas, y era así como debía continuar. Para él, Cyllan no era más que un instrumento que, si la fortuna le favorecía, podría emplear para sus propios fines, y, si ella sufría en el proceso, esto carecía de importancia. Poner su fe en ella habría sido una locura; observaría y esperaría, comprobaría el valor que tenía para él y la emplearía. Aparte de esto, ella no era nada.

Tomando un libro que había leído ya dos veces, Tarod se sentó, haciendo oídos sordos a una voz débil y lejana que le acusaba de querer engañarse. Estas flaquezas humanas eran cosa del pasado. Y el pasado estaba muerto.

Cyllan contempló asombrada los miles de libros y manuscritos desperdigados por el suelo del sótano o alineados en los estantes. Al dar un paso hacia delante, tropezó con un enorme volumen encuadernado en negro y se apartó rápidamente a un lado, temerosa de estropear alguno de los preciosos libros.

Drachea no tenía tantos escrúpulos. Ahora que tenía una compañera para darle valor, había olvidado su primera e inquietante experiencia aquí y revolvía los libros, separando los que parecían prometedores. Cyllan le observaba, consciente de su propia insuficiencia: salvo para encontrar algún sentido a un mapa, no podía representar ningún papel en la búsqueda de claves. Desanimada, se dirigió al fondo del sótano, donde la luz parecía ser un poco más

intensa..., y se detuvo al advertir una puerta pequeña y baja en el fondo de un hueco de la pared, y que sólo era visible desde muy cerca. La tocó, impulsada por la curiosidad, y la puerta se movió, al principio con dificultad y después de par en par al aflojarse los goznes.

-Drachea...

Él respondió con un gruñido de rechazo, pero ella insistió.

-Drachea, ¡mira! Hay otro pasillo...

Él levantó la cabeza y miró a su alrededor; después se quedó inmóvil. Había reconocido aquella puerta; era la misma que había descubierto involuntariamente en su momento de pánico, aquí a solas, y no le gustaba recordar aquel incidente.

-Sin duda no tiene importancia -dijo con fingida indiferencia.

-Yo creo que sí...

Cyllan frunció el entrecejo. El estrecho y débilmente iluminado corredor que descendía en fuerte inclinación la intrigaba; la intuición le decía que allí había más de lo que veían los ojos, y dio unos pasos en el pasillo. La luz aumentó; todavía era débil, pero se hacía inconfundiblemente más intensa, como si su fuente oculta estuviese en el extremo del corredor. Cyllan quería seguir explorando.

-Drachea, creo que deberíamos investigar. Tal vez estoy equivocada, pero... creo que deberíamos hacerlo.

Oyó que Drachea maldecía en voz baja, con impaciencia; después sonaron sus pisadas en las losas y se reunió con ella.

-Mira -dijo quedamente ella, señalando-. La luz...

El joven comprendió lo que ella quería decir y esto despertó su curiosidad. A fin de cuentas, aquí no había nada que temer: ni monstruos al acecho, ni demonios, ni fantasmas, salvo aquellos que quisiera crear su propia mente.

-Muy bien -dijo, apartándola a un lado y poniéndose en cabeza-. Si te empeñas, ¡veremos adónde conduce esto!

Echó a andar, de prisa y sin esperar a que ella le alcanzase. Cyllan corrió tras él y, entonces, casi incapaz de detenerse en la brusca pendiente, estuvo a punto de chocar con Drachea, que se había detenido en seco, lanzando una exclamación de sorpresa.

Se hallaban ante una puerta de metal, pero era un metal que ninguno de los dos había visto antes. Tenía un brillo apagado, como de plata vieja y oxidada; sin embargo daba bastante luz para iluminar el pasillo y filtrarse en el sótano. Una iluminación peculiar y sin origen conocido... Algo en ella hizo que a Cyllan se le erizasen los cabellos, y su mano se detuvo a medio camino, sin atreverse a tocar la puerta.

Drachea había olvidado su escepticismo y contempló la puerta con nuevo interés.

-El Salón de Mármol... -dijo, hablando a medias consigo mismo.

Cyllan le miró.

-¿Crees que puede serlo?

-No lo sé. Pero parece posible..., incluso probable.

Lamiéndose los resecos labios, alargó una mano y dio a la puerta un empujón de prueba. Sintió un hormigueo en los dedos, que se transmitió a la mano y al brazo, y la puerta no se movió.

Drachea retiró la mano y la sacudió.

-Sea lo que fuere lo que hay detrás, debe ser importante. Esta puerta está cerrada o bien mágicamente protegida.

-Hay una cerradura -dijo Cyllan, señalando una pequeña ranura en un lado de la plateada superficie.

-Sí... -Drachea se agachó y miró entornando los ojos, pero teniendo buen cuidado de no volver a tocar la puerta. Después sacudió la cabeza y se levantó-. No se ve nada. -El resentimiento y la frustración se dejaron sentir en su voz-. Pero es el Salón de Mármol. ¡Lo siento en mis huesos!

Ella no respondió, pero siguió mirando la puerta. Sintió en su espina dorsal aquel cosquilleo que conocía tan bien; como si algo que estaba junto a los bordes de su conciencia psíquica estuviese despertando y asomándose a la superficie. Su visión se deformó momentáneamente de manera que vio la puerta de plata como desde una gran distancia; la ilusión pasó rápidamente, pero cuando sus sentidos recobraron la normalidad, pensó..., no, se imaginó, se dijo a sí misma, que sentía una presencia al otro lado. Algo que vivía, que sentía que ellos estaban allí, que esperaba y observaba...

Tal vez tuvo Drachea alguna impresión parecida, pues retrocedió súbitamente y palideció.

-La llave -dijo-. Tiene que haber una llave.

-Tú registraste el estudio del Sumo Iniciado -le recordó Cvllan-. ¿No había nada allí que pudieses pasar por alto?

-No lo sé..., es posible. Aunque sospecho que es más probable que, si esta puerta conduce al lugar que nosotros pensamos, la llave esté en posesión de Tarod. -Sonrió débilmente-. En fin de cuentas, si tú estuvieras en su lugar, ¿no tomarías esta precaución para que no fuese descubierto tu secreto?

Esto era lógico y, si Drachea estaba en lo cierto, la idea de intentar hacerse con la llave no le parecía muy alentadora a Cyllan. Sin embargo, quería abrir aquella puerta y ver lo que había detrás. Algo en este misterio la atraía, y, no tenía nada que ver con la enigmática joya. Algo la estaba llamando, citándola, y el deseo de responder a la cita adquiría proporciones desmesuradas.

Alarmada por la fuerza de sus propios sentimientos, se apartó de la puerta y creyó oír, tan débilmente que podía ser una ilusión, un suspiro surgido de ninguna parte y que se perdió a lo largo del pasillo. Miró hacia atrás, no vio nada y, entonces, se dio cuenta de que Drachea estaba tan inquieto como ella.

-Deberíamos irnos -dijo a media voz.

Él asintió con la cabeza, tratando de disimular su alivio.

-Volveremos. Encontraremos la llave, de alguna manera, y volveremos.

Le asió la mano al volverse y echar a andar de regreso a la biblioteca, Cyllan no sabía si para tranquilizarla a ella o para tranquilizarse él mismo. Al llegar al salón abovedado, Drachea cerró cuidadosamente la pequeña puerta detrás de ellos y, después, recogió los libros que había elegido.

-No sé si Tarod viene aquí alguna vez, pero no me gustaría encontrarme cara a cara con él. –Su sonrisa era forzada-. Será prudente que no nos entretengamos demasiado.

Cyllan no sabía lo que había sentido él detrás de la puerta de plata y dudaba de que se lo dijese. Ella no dijo nada; solamente miró una vez atrás, reflexivamente, mientras salían de la biblioteca y empezaban a subir la escalera.

CAPITULO 6

Gant Ambaril Rannak trataba de dominar su impaciencia y su irritación, pero era una batalla perdida. Se levantó y miró a través de la larga ventana del salón, sin que su mente registrara la vista de los jardines que ya empezaban a florecer. Estaba demasiado perturbado por el sonido de los sollozos ahogados de su esposa. Era el día de su cumpleaños, y, tendrían que haberlo celebrado. En vez de esto, estaban sumidos en una pesadilla de la que parecía imposible despertar: el misterio de la desaparición de su hijo mayor.

Si por lo menos hubieran recibido alguna noticia... El heredero de un Margraviato no se desvanecía, simplemente, sin dejar rastro. Alguien tenía que haber visto a Drachea saliendo de la plaza del mercado con aquella maldita vaquera y, sin embargo, aunque había empleado todos sus recursos, que no eran pocos, Gant no había podido encontrar un solo testigo de lo que le había sucedido a su hijo. Al principio, había considerado la posibilidad de que el Warp que se había desencadenado aquel día sobre Shu-Nhadek se los hubiese llevado a los dos; pero conocía a su hijo, y su hijo no era tan imbécil como para dejarse sorprender de una manera tan espantosa.

Desde luego, se había formulado la teoría de que el jefe de los boyeros estaba detrás de todo el asunto: había utilizado a la muchacha para atraer a Drachea y le retenía para obtener algún rescate. Estos crímenes no eran raros y, con el aumento de la delincuencia en el último año, había bastantes rufianes que considerarían que el riesgo valía la pena. En los primeros accesos de furia y de angustia, Gant había hecho encarcelar al boyero y le había interrogado despiadadamente, pero pronto se puso de manifiesto que Kand Brialen no sabía nada del suceso. Su horror había sido dolorosamente genuino y, aunque éste se debiese más al miedo de perder un rico cliente que a la preocupación por la suerte de su sobrina, Gant se había visto obligado, muy a su pesar, a desechará sus sospechas.

Y así, frenético por tener noticias y frustrado a cada paso, Gant había empleado todos sus considerables recursos en lo que había sido, hasta ahora, una búsqueda totalmente inútil. La milicia provincial bajo su mando no había descubierto nada; las videntes de la Hermandad habían ejercitado sus dotes sin el menor resultado... y ahora parecía que incluso su última esperanza iba a fallarle.

Se volvió hacia el lugar donde un hombre corpulento, con la insignia de oro de los Iniciados sobre el hombro, conferenciaba en voz baja con la Señora Silve Bradow, superiora de la más importante Residencia de la Hermandad en la provincia. Por pura casualidad, Hestor Tay Armeth, Adepto de cuarto grado del Círculo, se hallaba en la Residencia cuando llegó el mensajero de Gant para pedir ayuda a la Hermandad, y Silve Bradow, que había sido nombrada recientemente para su cargo y nunca había tenido que intervenir personalmente en un problema de esta importancia, había solicitado inmediatamente el consejo de Hestor.

Pero ahora parecía que el representante del Círculo no tenía poder para ayudarles. Lejos de ofrecer la solución que Gant y su familia ansiaban, Hestor se había andado hasta el momento con rodeos. El Margrave sospechaba que, detrás de su actitud ambigua, había algo más que lo que saltaba a la vista, pero no podía sonsacarle, y su paciencia, debilitada por la preocupación que roía todas las fibras de su ser, se estaba agotando.

Giró sobre sus talones y carraspeó con fuerza para llamar la atención de los otros. La Margravina sorbió y se enjugó los ojos, y miró a su marido con llorosa esperanza.

-Adepto -dijo Gant, en un tono cortés, pero no exento de acritud-, me perdonarás que te hable francamente, pero este asunto se hace más urgente a cada minuto que pasa. Mi hijo y heredero ha desaparecido, y todos los esfuerzos para encontrarle han sido vanos. Acudo al Círculo en busca de ayuda, como sin duda tiene derecho a hacer cualquiera en tales

circunstancias, ¡y parece que nada puedes decirme! Te haré una simple pregunta: ¿puedes ayudarme, o no?

Hestor y la Señora Silve cambiaron una mirada y, después, la Superiora cruzó las manos y miró al suelo alfombrado mientras Hestor respondía:

-Margrave, lo único que te he dicho es que no puedo prometerte nada. Existen complicaciones que... Gant le interrumpió:

-Por lo que veo, Señor, la única complicación es la naturaleza misteriosa de la desaparición de mi hijo. Seguramente, en este caso hay razones suficientes para informar al Sumo Iniciado de lo que ocurre. - Se pasó la lengua por los labios -. Conozco a Keridil Toln, como conocí a su padre Jehrek, y estoy seguro de que él desearía estar informado y ofrecerme la ayuda del Círculo. –Gant hizo una pausa, preguntándose si Hestor reaccionaría a la amenaza implícita en sus amables palabras; después, al ver que el hombre se mostraba impasible, añadió-: Desde luego, si prefieres tomar la responsabilidad sobre tus hombros...

El Adepto sonrió reservadamente y sin entusiasmo.

-No quisiera mostrarme presuntuoso, Margrave. Naturalmente, me aseguraré de que el mensaje llegue al Castillo; pero estas cosas requieren tiempo, y el tiempo puede no estar de nuestra parte.

Gant encogió tristemente los hombros.

-Sin embargo, parece ser nuestra única esperanza, ya que todo lo demás ha fracasado. –Miró a su esposa-. He oído decir que se están realizando experimentos para emplear aves de rapiña como mensajeros en casos de emergencia. Si pudiéramos usar este método, la noticia llegaría al Sumo Iniciado mucho antes de lo que tardaría en llevarla un buen jinete.

-He oído algo de esto -dijo precavidamente Hestor-. Los halconeros de la Provincia Vacía han estado empleando aves, y el procedimiento está siendo también ensayado en Huiste. Pero en cuanto a su eficacia...

-¡Maldita sea! ¿Acaso no vale la pena intentarlo? -bufó Gant, y después, haciendo un esfuerzo, dominó su mal genio-. Discúlpame, pero seguramente comprender s mis sentimientos. La Margravina está loca de preocupación y de dolor, y si el Círculo no puede ayudarnos, ¡nada podremos ya hacer!

De momento, Hestor desvió la mirada; después pareció recobrar su aplomo y la fijó de nuevo en la del Margrave.

-Desde luego, Margrave, tienes razón, y te pido disculpas si he parecido vacilar o mostrarme reacio. No puedo saber cómo te ayudará el Círculo..., pero haré lo que esté en mi mano. Te lo aseguro.

Gant gruñó.

-Entonces, ¿informarás al Sumo Iniciado?

-Con toda la rapidez posible.

La Margravina suspiró débilmente y su marido cruzó la estancia para darle unas palmadas en el hombro con rígido afecto.

-Bueno, querida, ya has oído lo que ha dicho el Adepto. Podemos contar con la ayuda del Círculo. Si algún poder en el mundo puede devolvernos a Drachea, es el del Círculo. -Miró de nuevo a Hestor-. Aunque la celebración no será tan alegre como en ocasiones anteriores, dadas las circunstancias, hoy daremos una pequeña cena en familia para celebrar el cumpleaños de la Margravina. Será para mí un honor si la Señora y tú queréis acompañarnos.

Hestor se inclinó ligeramente.

-Gracias, Margrave, pero creo que descuidaría mi deber si no pusiese en marcha la investigación del Círculo sin la menor dilación. He prometido acompañar a la Señora Silve a su Residencia y después emprenderé el camino hacia el Norte.

En su fuero interno, Gant se sintió aliviado por la negativa. La cena de cumpleaños sería ya bastante triste sin que la presencia de extraños violentara todavía más la situación. Llamó a un criado para que trajese los caballos de los visitantes delante de la casa, y se despidió formalmente de ellos en la puerta. Les observó alejarse en dirección al camino, frunciendo los

párpados contra el sol declinante y deseando poder identificar la nueva sensación de inquietud que se agitaba dentro de él. Algo iba mal. Las seguridades que le había dado el Adepto las había obtenido con demasiada facilidad, y había tenido la firme impresión de que los dos le ocultaban algo. No sabía si esto afectaba directamente a su hijo, pero el instinto le decía que era un mal presagio.

Los caballos y sus jinetes se perdieron de vista y una nube cubrió la cara del sol, proyectando una sombra triste sobre el suelo. Gant aflojó las manos, que había mantenido inconscientemente rígidas, dio media vuelta y, encorvado como un viejo, volvió a entrar en la casa.

-Ojalá no me hubiese visto obligado a mentirle. -Hestor retuvo su caballo para dejar pasar a una carreta por el estrecho camino-. Sienta un mal precedente.

La Señora Silve sacudió la cabeza.

-No tenías elección, Hestor. -El raro defecto de pronunciación de algunas palabras era una peculiaridad que tenía desde la infancia-. A fin de cuentas, no podíamos decirle la verdad.

El Adepto suspiró entre los dientes apretados.

-¿Qué podía hacer, si no? ¿Enviar a la Península de la Estrella un mensaje que no podrá ser entregado? Compadezco al Margrave, lamento lo que le ocurre, pues yo también tengo hijos, pero hay asuntos urgentes que requieren mi atención más que la desaparición de un joven irresponsable que probablemente está viviendo con alguna ramera a menos de medio día de viaje de aquí.

Silve entrecerró los ojos.

-Este sentimiento no te honra, Hestor.

-No... no; lo siento; fue una idea impertinente. Atribúyelo a mi preocupación... No puedo dejar de pensar en mi propia familia que quedó en el Castillo y de preguntarme qué habrá sido de ella..., qué habrá sido de todos ellos.

-¿Todavía no has recibido noticias? –preguntó ella.

El Adepto sacudió la cabeza.

-Nada, y cada día que pasa aumenta mi temor de que algo terrible ha sucedido. He estado reflexionando sobre esto una y otra vez y no puedo encontrar una respuesta que tenga sentido. Si Keridil hubiera tenido intención de aislar el Castillo del mundo, nosotros lo habríamos sabido. Aun en el caso de que no pudiese revelar su propósito, nos habría dado algún aviso. Pero esto... -y de nuevo sacudió con impotencia la cabeza.

-Los rumores circulan rápidamente -dijo Silve, en tono sombrío-. Al principio las especulaciones sólo se hacían en las provincias del Norte, pero ahora se han extendido a todas partes. No pasará mucho tiempo antes de que lleguen a oídos del Margrave.

-Y mientras tanto, nosotros permanecemos sentados sin poder hacer nada y esperando saber algo de los que volvieron a la Península. -Hestor se estremeció-. Te confieso que en parte tengo miedo de oír las noticias que nos traigan.

Cabalgaron en silencio durante unos minutos, antes de que Silve dijese tímidamente:

-¿Tienes alguna teoría personal, Hestor, sobre lo que pueda haber ocurrido en el Castillo?

El Adepto no respondió en seguida y ella se preguntó si no habría oído la pregunta. Pero cuando iba a repetirla, él dijo súbitamente:

-No, Señora, no tengo ninguna. O al menos... ninguna que me atreva a considerar.

Ella asintió con la cabeza e hizo la señal de Aeoris sobre el pecho.

-Debemos rezar para que Aeoris nos guíe.

-¿Nos guíe? -repitió Hestor-. No estoy seguro, Señora, no estoy seguro. Tal vez sería mejor que rezásemos a Aeoris para que nos libere.

Cyllan yacía en la ancha cama de su habitación, combatiendo el cansancio que estaba tratando de romper sus defensas. En este lugar sin tiempo, conceptos tales como el hambre y la sed y el cansancio eran, según sabía, ilusorios; pero los sucesos estaban desgastando su energía y habría deseado poder cerrar simplemente los ojos y descansar con un sueño tranquilo y sin pesadillas.

Pero la verdad era que tenía miedo de dormir. Pensamientos inquietantes y no deseados se acumulaban en su mente, y por mucho que lo intentase, no podía desterrarlos de ella. A su regreso de la biblioteca, Drachea había corrido a su propia habitación con su preciosa carga de libros; ella había deseado que se quedase, pero él, o no había comprendido sus insinuaciones o había preferido hacer caso omiso de ellas, y la había dejado sola.

Cyllan no quería estar a solas con sus pensamientos. Necesitaba una distracción para impedir que se apoderaran de ella y la sujetasen dolorosamente con sus garras; se sentía indefensa contra ellos y pensaba, desesperadamente, que incluso la compañía de Tarod habría sido preferible a esta soledad.

Tarod... Dio media vuelta y se sentó en la cama, irritada y un poco asustada por el hecho de que el hilo de su pensamiento la hubiese conducido inexorablemente al punto de partida. Desde que se había despertado y encontrado a Tarod a su lado, no había tenido oportunidad de analizar sus pensamientos y sentimientos; pero ahora éstos requerían su atención. Había acusado a Tarod de provocar aquel horrible fenómeno psíquico que la había atacado en su habitación; él lo había negado sarcásticamente y, aunque sin buenas razones, Cyllan descubrió que le creía.

¿O era una víctima no del todo involuntaria de una propia y engañosa ilusión? Drachea la había acusado de parcialidad, y ella era lo bastante sincera para confesar que habría sido una trampa en la que hubiera podido caer fácilmente. Durante muchos meses, se había ido convenciendo de que su camino y el de Tarod no volverían a encontrarse nunca; sus dos breves encuentros habían sido coincidencias insignificantes, y esperar algo más, como reconocía que había esperado, era una estupidez infantil. Pero ahora se habían cruzado en circunstancias que sus más locas pesadillas no habrían podido nunca imaginar; y todos los antiguos recuerdos chocaban dolorosamente con la triste realidad del presente. La frialdad de Tarod, su ocasional malevolencia, el poder que podía ejercer la horrorizaba... Y entonces había llegado la revelación de Drachea.

Todavía no podía creerlo. Incluso habiendo visto el testimonio del Sumo Iniciado, la idea de que Tarod no era un hombre sino un miembro del Caos era demasiado terrible para hacerle frente. Los antiguos y oscuros poderes del mal no eran más que un recuerdo ancestral para Cyllan; pero el recuerdo estaba profundamente arraigado, y en alguna parte, innumerables generaciones atrás, estaban los fantasmas de los predecesores de su clan que habían muerto luchando contra las fuerzas monstruosas de los Ancianos. Había aprendido y creído, como todos aprendían y creían, que el Caos estaba muerto. Y ahora se enfrentaba con alguien que, en el mundo del propio Sumo Iniciado, era encarnación de aquel mal, surgido del infierno de un pasado remoto.

Y lo peor era que hubo un tiempo en que ella había creído que podía amarle...

El único hecho que había tratado desesperadamente de evitar, eludiéndolo a cada paso, aparecía súbita, fría y espantosamente claro en su mente y esta idea hacía que se sintiese interiormente helada. Si las acusaciones eran ciertas, había caído bajo el hechizo de un poder diabólico, algo tan monstruoso que casi escapaba a toda comprensión. Si las acusaciones eran ciertas...

Cyllan se dijo que no debía permitir que su mente siguiese por este camino. Flaquear ahora, y dudar, era emprender la senda de la condenación. Tenia que creer, o estaría perdida.

La aflicción y la confusión la roían como un cáncer, y su inquietud era un tormento constante. Se levantó y empezó a pasear por la habitación, sin saber lo que quería, lo que sentía, lo que podía hacer. Confiar en Drachea sólo empeoraría las cosas; su interés por el bien de ella, cada vez estaba más claro, se debía solamente a que estaba ligado al suyo propio, sin más atenuante que un débil pero protector sentido de humanidad. Pensó, amargamente, que de no haber sido por la terrible situación que les había unido a la fuerza, la habría considerado indigna de su atención. La arrogancia de Tarod tenía al menos algún fundamento independiente de la cuna...

Súbitamente furiosa consigo misma, por hacer tales comparaciones, giró en redondo, apretando los puños en desesperada frustración. No podía permanecer en esta habitación, como una flor frágil esperando ser rescatada por su galán; la idea, al aplicarla a sí misma, le dio ganas de reír. Drachea podía estudiar sus libros como solución a su problema; ella necesitaba un procedimiento más directo y más activo. E inmediatamente pensó en el sótano y en la misteriosa puerta de plata.

Aquel lugar le daba escalofríos, y sin embargo también la fascinaba. Hasta aquel momento, la prudencia le había hecho resistir la tentación de volver, pero el señuelo seguía estando allí. Como si algo la llamase; algo que estaba detrás de aquella puerta, esperando...

Se estremeció. Otras veces había sido tentada por sentimientos parecidos, y no quería que se repitiesen las experiencias que aquellos traían consigo. Pero tenía que hacer algo... y su frustración era lo bastante intensa para dominar su miedo.

Súbitamente resuelta, Cyllan salió de su habitación al sombrío pasillo. La puerta de la habitación de Drachea estaba cerrada y, al pasar por delante de ella, se detuvo a escuchar; pero no oyó nada. Silenciosa como un gato, se dirigió apresuradamente a la escalera.

Extrañamente, no sintió en absoluto el nerviosismo que había previsto, al descender el largo tramo de escalera de la biblioteca del sótano. Más bien tenía la impresión de volver a un lugar que le era propio; un inexplicable sentimiento de derecho que la desconcertaba. La biblioteca estaba a oscuras, y la pequeña puerta, tal como la habían dejado. La empujó cautelosamente y entró en el inclinado pasadizo. Sus pies descalzos no hacían el menor ruido y lo único que rompía el absoluto silencio era el suave susurro de su propia respiración.

La puerta de plata la esperaba, pero su resplandor parecía haberse mitigado en cierto modo. Cyllan no sabía por qué había venido a plantarse ante ella una vez más; estaba cerrada, no podía entrar en la cámara que había detrás... Sin embargo le había parecido que era lo adecuado, lo único que podía hacer. Y ahora, su instinto actuaba de nuevo, apremiándola a tocar, a probar, a atreverse...

Recordando la impresión que había recibido Drachea, se sentía reacia a tocar aquella peculiar superficie metálica; pero sabía que no podía quedarse allí mirando. Poco a poco, alargó una mano... No hubo ninguna descarga. La palma de la mano se apoyó en la puerta y sintió que estaba caliente, firme, pero casi viva. Respiró hondo, ejerció una ligera presión, empujó...

Echó la cabeza atrás en un movimiento reflejo, al aparecérsele un instantáneo y cegador destello. Una estrella, una estrella de siete puntas, que desapareció con la misma impresionante rapidez con que había aparecido, y Cyllan contempló con asombro cómo empezaba a abrirse la puerta de plata, lentamente y sin ruido.

Allí había luz, una fantástica niebla resplandeciente, que cambiaba y rielaba y engañaba a la vista. A través de ella, creyó Cyllan que podía ver esbeltas columnas que se alzaban hacia un techo invisible, pero también ellas parecían moverse y cambiar a cada oscilación de la luz. Era como si hubiese abierto la puerta de un mundo fabuloso, de un lugar extraño y milagroso, de una belleza impresionante. Y se mordió con fuerza el labio para sofocar una emoción irracional. Lentamente, sin saber si debía atreverse a avanzar o si su presencia mancillaría aquella silenciosa perfección, dio un paso adelante, después otro, hasta que la niebla la envolvió y su luz jugó sobre su piel, transformándola en moradora de su extraña dimensión.

El Salón de Mármol... ¡No podía ser otra cosa! Cyllan avanzó, pasmada, contemplando asombrada la vasta cámara que parecía no tener límites, los fascinantes dibujos del mosaico del suelo, que dijeras hecho con piedras preciosas. Era una obra maestra, superior a cuanto ella hubiese podido imaginar. Seguramente, se dijo, ¡seguramente no podía haber sido creada por manos humanas!

Estaba tan absorta en la inconcebible belleza del mágico lugar que olvidó todo lo demás, hasta que, a través de las centelleantes cortinas de luz, vio algo que chocaba con la serenidad del Salón. Se alzaba negro, anguloso y feo en medio de la niebla y, al acercarse más, vio que era un gran bloque de madera, aproximadamente de la longitud y anchura de un cuerpo

humano, que le llegaba a la cintura y parecía un tosco altar. Mellado, rayado, evidentemente muy antiguo, estaba cruelmente fuera de lugar entre tanta belleza, y algo en él hizo que Cyllan se echase atrás. Parecía oler a podredumbre y a muerte y a desesperación, y ella dio un gran rodeo al pasar no queriendo acercarse demasiado para que su aura no la tocase también.

Y fue al cambiar de dirección para evitar el negro bloque que se encontró cara a cara con las estatuas.

-¡Aeoris!

El juramento brotó de su boca antes de que pudiese evitarlo, y Cyllan hizo la Señal sobre su corazón para disculparse de aquella irreverencia. Abrió mucho los ojos, casi incapaz de captar la visión que tenía delante.

Había siete estatuas, figuras imponentes que surgían de la niebla como de una pesadilla. Tenían forma de hombres, pero de hombres gigantescos, y la engañosa luz que jugaba y cambiaba sobre ellas producía una tremenda ilusión de movimiento. En el momento menos pensado, podían apearse de sus pedestales de piedra y avanzar, como gigantes, hacia ella.

Pero era una ilusión... No eran más que estatuas. Y sin embargo, aunque no podía verlas claramente, Cyllan sintió un fuerte escalofrío al reconocerlas. Siete estatuas..., siete dioses... Este era, pues, el lugar más sagrado del Castillo, el templo que el Círculo había dedicado a Aeoris...

Aun temiendo cometer un sacrilegio si se atrevía a mirar más de cerca tan santas obras de arte, Cyllan fue incapaz de resistir la tentación de acercarse a las estatuas. En todo el país, había visto muchas celebraciones religiosas, se había inclinado ante muchas imágenes de los Dioses Blancos; pero nunca, hasta ahora, había tenido el privilegio de contemplar la cara de Aeoris en un lugar tan sublime. Se aproximó a las enormes figuras, mirando a través de la niebla como una niña pasmada, para ver las facciones talladas de los siete dioses.

Su desilusión fue grande al ver que las estatuas no tenían cara. Las facciones de cada una de ellas habían sido concienzuda y sistemáticamente destruidas hasta que no había quedado el menor detalle de las mismas, y la vista de semejante profanación impresionó profundamente a Cyllan. Pero las estatuas eran increíblemente antiguas; la piedra negra estaba gastada y estropeada por los estragos de innumerables siglos, y comprendió de pronto que este sacrilegio podía haberse perpetrado antes de que los primeros Iniciados hiciesen del Castillo su fortaleza. Asombrada por su descubrimiento, miró de nuevo las imponentes figuras...

Y se echó atrás, lanzando un grito de espanto.

Poco a poco, superponiéndose a la arruinada piedra, se estaban formando caras, que se completaban mientras ella observaba.

Aquellas caras la miraron impasibles, serenas e inmortales. Pero era una serenidad que estaba impregnada de malevolencia; las facciones, aunque hermosas como sólo podían serlo las de los dioses, eran duras y crueles, y los ojos, fríos como el hielo, soberbios y llenos de maldad. ¡No eran las caras de Aeoris y sus santos hermanos! Eran la antítesis de la Luz, portadoras de oscuridad y de males... ¡y ella las conocía!

El corazón de Cyllan palpitó furiosamente en su pecho al contemplar la estatua más próxima, y recordó el momento en Shu-Nhadek, justo antes de que el Warp cayera con estruendo sobre la ciudad y arrastrase a Drachea y a ella, en que había contemplado con fascinado horror la lúgubre y feroz figura que la llamaba como una Némesis desde la calle, recortándose contra un cielo de locura. Aquella cara..., ¡nunca podría olvidar aquella cara!

Aturdida por la impresión, pero incapaz de volver la cabeza, miró la segunda figura, que se alzaba al lado de la primera. Y lo que vio hizo que se llevase un puño a la boca para no gritar. Si la primera cara le había sido familiar, la segunda lo era infinitamente más... y, en un terrible instante, confirmó todo lo que había revelado el testimonio del Sumo Iniciado y borró toda posible duda.

Cyllan se volvió, casi perdiendo el equilibrio en su prisa, y corrió hacia la puerta de plata, ahora apenas visible a través de la niebla centelleante. Llegó a ella, la cruzó y subió corriendo desalentada el empinado pasillo que conducía a la biblioteca. La puerta se cerró de golpe a su

espalda; Cyllan no vaciló, pero tropezó con los libros desparramados al dirigirse a la escalera...

Una forma negra se movió en la penumbra, materializándose al salir de las sombras. Unas manos vigorosas la asieron de las muñecas, haciéndola girar en redondo, y Cyllan se encontró cara a cara con Tarod.

-¡No!

Más que una palabra fue un grito desesperado y, con la fuerza del pánico, Cyllan se soltó y corrió hacia la puerta. Casi había llegado a ella cuando ésta se cerró de golpe y la joven chocó con tremendo ímpetu contra la rígida madera. Tarod la sujetó cuando retrocedía, aturdida, y Cyllan comprendió que no podía escapar. Dándole vueltas la cabeza después del fuerte golpe, no pudo ofrecer ya resistencia a Tarod cuando éste la obligó a enfrentarse con él. Sujeta ahora de espaldas contra la puerta, lo único que pudo hacer fue volver la cabeza a un lado, rígidos todos los músculos de su cuerpo.

-No me toques -silbó entre los dientes apretados.

Él no respondió, pero tampoco aflojó su presa. Cyllan cerró los ojos, sin saber lo que él le haría y consciente de que era impotente para luchar contra él. Sintió una oleada de miedo y de odio, pero estaba indefensa.

-Cyllan... -La voz de Tarod era suave pero amenazadora-. Vas a responderme y a decirme la verdad. ¿Dónde has estado?

Ella se mordió el labio hasta hacer brotar una gota de sangre y sacudió violentamente la cabeza. Esperaba que él la golpease, pero no lo hizo. Aunque aumentó la presión de sus dedos, se limitó a decir, casi amablemente:

-Dímelo, Cyllan.

Sorprendida por el tono de la voz, ella le miró, y vio la dureza del hierro en sus ojos verdes. No necesitaba dañarla físicamente. Si quería podía destruir la cordura de su mente con sólo chascar los dedos, y ambos lo sabían. Quiso forzar su lengua, sabiendo que estaba vencida pero luchando por no mostrar debilidad.

-Yo... -pudo decir al fin-. Al final del pasillo..., la puerta de plata...

-¿La del Salón de Mármol?

-Sí...

-¿Y después?

Los ojos verdes seguían fijos en los de ella, y Cyllan no se atrevió a mentir.

-Pensé que la puerta estaba cerrada, pero... se abrió.

Tarod se pasó lentamente la lengua por el labio inferior.

-Sí -dijo a media voz, casi hablando consigo mismo-, me lo había imaginado...

Para sorpresa de Cyllan, le soltó los brazos y se volvió, cruzando despacio el sótano en dirección al hueco de la pared del fondo. Sin dejar de observarle, la joven alargó una mano hacia el pestillo de la puerta detrás de ella. Si podía abrirla sin ruido, tal vez...

-La puerta no se abrirá -dijo Tarod, sin mirarla-. Permanecer cerrada hasta que yo la abra.

Cyllan tenía las mejillas coloradas de vergüenza por su propia ingenuidad cuando él se volvió de nuevo de cara a ella. Por un largo instante, la miró con frío interés; después dijo:

-¿Por qué temes contestar a mis preguntas?

-No tengo miedo.

Pero no podía mirarle; el recuerdo de la cara tallada de la estatua era demasiado fuerte.

-Sí que lo tienes. ¿Por qué? ¿Temes una represalia? -Sonrió aunque su sonrisa no era amable-. Podría hacerte daño si quisiera, o tal vez si me hicieses enfadar. Pero preferiría que no fuese así.

La absoluta certidumbre de que él podía hacer exactamente lo que quisiera con ella destruyó el dominio de Cyllan sobre sí misma. Sabía lo que era él; sabía que no tenía nada que perder, y algo despertó en su interior que le imbuyó una indiferencia fatalista. Si estaba condenada, dejaría que la condena fuese total; al menos podría conservar el poco orgullo que le quedaba.

Con voz súbitamente más firme, replicó en tono desafiador:

-¿De veras? ¡Lo dudo! -Dio un paso hacia él-. ¿Por qué no me destruyes, Tarod? No soy nada para ti, ¡no valgo nada! -Se llevó una mano al cuello de la camisa que llevaba y, de un solo y violento movimiento, la desgarró, dejando al descubierto su cuello y los blancos y pequeños senos -. ¿No es así cómo hay que preparar un sacrificio? A ti no te importa nada la vida humana... ¡Mátame!

Tarod no se movió. La fría expresión de su semblante dio paso a otra sonrisa, pero esta vez había un poco de calor en ella.

-Eres muy valerosa, Cyllan -dijo pausadamente-. Pero tu valor es superfluo. No pretendo hacerte daño; sería inútil y no lo deseo. Tal vez la vida humana me importa más de lo que crees. –Se acercó a ella y permaneció rígido al apoyar ligeramente una mano en el pecho de ella a través del desgarrón de la camisa-. Sólo te pido una cosa: que me digas lo que encontraste en el Salón de Mármol.

Su contacto era frío, pero físico, humano... Cyllan se sintió de pronto confusa, al chocar impresiones antagónicas en su cabeza. Temía su cólera, si él descubría lo que había visto; pero el miedo de lo que podía hacerle si guardaba silencio fue más fuerte que su temor, y murmuró:

-Las estatuas.. .

-Ah... las estatuas. -Tarod asintió con la cabeza-. Sí. ¿Y qué más?

-Había un bloque de madera..., un gran bloque negro. Yo... Era una cosa repelente.

Su miedo estaba ahora menguado; él parecía indiferente al hecho de que hubiese visto aquellos monstruos esculpidos, y aunque su nula reacción la desconcertaba, se sentía aliviada por ello. Tuvo la osadía de mirarle y vio que tenía entornados los ojos y dura la expresión, como si la mención del bloque hubiese reanimado algún oscuro pensamiento.

-Repelente -repitió reflexivamente él-. Me sorprende un poco la palabra que has elegido, pero... es bastante adecuada. ¿Había algo más?

-No -dijo ella-. Nada.

Hubo una pausa.

-¿Estás segura?

Ella recordó la piedra y la teoría de Drachea de que estaba oculta en algún lugar del Salón de Mármol. No había visto señales de ella...

Asintió con la cabeza.

-Sí, estoy segura.

Tarod le levantó la cara, la estudió atentamente y después pareció más relajado.

-Muy bien; veo que me has dicho la verdad.

Por alguna razón que Cyllan no podía adivinar, él pareció alegrarse de aquello, aunque le habría sido bastante fácil arrancarle la respuesta si le hubiese mentido.

Permaneció inmóvil un momento más y después apartó la mano del pecho de ella, la llevó a la tela rasgada de la camisa y, delicadamente, la cubrió de nuevo con ella.

-Tápate -dijo-. Y no quiero que vuelvas a hablar de sacrificios. Vuelve junto a Drachea y dile lo que has descubierto.

Ella frunció el entrecejo.

-¿Que se lo diga a él? Pero...

Tarod se echó a reír; una risa ronca que contrastó vivamente con sus anteriores modales.

-Bueno, puedes decírselo o no, según prefieras. ¡A mí me da lo mismo! Drachea puede divertirse con sus juegos infantiles, pero no es ninguna amenaza. Si lo fuera, ya no estaría vivo.

Sus palabras eran bastante casuales, pero su significado estaba demasiado claro. Cyllan no respondió; simplemente, asintió con la cabeza y se volvió. Esta vez la puerta se abrió al tocarla; detrás de ella, el largo tramo de escalera conducía al patio.

-Volveremos a vernos -dijo pausadamente Tarod al poner ella el pie en el primer escalón.

Cyllan no supo si estas palabras implicaban o no una amenaza, pero no quiso especular sobre ello.

Cuando Cyllan se hubo marchado, Tarod se quedó mirando los libros desparramados alrededor de sus pies. Estaba seguro de que Drachea había irrumpido en la biblioteca por segunda vez, pero no sabía ni le importaba lo que el joven hubiese podido encontrar en su búsqueda. Incluso los ritos más importantes servían de poco en manos de un aficionado; Drachea carecía de importancia, y Tarod tenía otras cosas en que pensar.

Se encaminó a la estrecha puerta del hueco de la pared y la abrió sin ruido. La luz relativamente brillante del pasillo cayó sobre él, dando un matiz cadavérico a su ya pálido semblante, y aunque estuvo tentado de seguir una vez más el camino que conducía al Salón de Mármol, resistió la tentación. Nada podía ganar con ello: el Salón estaría, como siempre, cerrado para él.

Sin embargo, Cyllan había podido entrar...

Era lo que Tarod había sospechado, y era también, en cierto sentido, una esperanza cumplida. En alguna parte de aquel lugar (en el plano físico o en otro, esto no lo sabía) estaba la única joya que era la clave de todo; y, como había previsto, ahora sabía que podía emplear a Cyllan para encontrarla y devolvérsela. Sin embargo, este conocimiento sólo le producía una satisfacción que no era tal. Con la piedra, volvería a ser como le había hecho el Destino: un ser cuyo origen no estaba con la humanidad, sino con el Caos. Recobraría los antiguos poderes; ningún hombre podría levantarse contra él, y si quería, podría abandonar toda pretensión de mortalidad y elevarse de nuevo a las alturas que antaño, en forma inmortal, había gobernado.

Desde el momento en que había cruzado la última barrera astral para detener el Péndulo del Tiempo, nunca había puesto en duda aquel deseo. Había sido en él como un rescoldo que sólo esperaba la oportunidad de inflamarse. Pero ahora le parecía lejano e irreal. La meta, de pronto tan próxima, había perdido su significado.

Recordó que una vez había renunciado a la piedra del Caos con toda la pasión de que, entonces, había sido capaz. Se había jurado destruirla, aunque significase su propia destrucción, y cuando el Círculo se había vuelto contra él, había luchado contra el Círculo, subordinando su lealtad como Iniciado a la más importante fidelidad que debía a Aeoris y a los Dioses Blancos. Desde que había perdido la piedra, y su humanidad con ella, había olvidado aquel desesperado juramento, pero ahora le hostigaba, cuando, en buena lógica, debiera estar muerto y enterrado.

Por primera vez, desde que había derrotado definitivamente al Círculo, Tarod empezaba a poner en tela de juicio tanto a sí mismo como a las motivaciones que le impulsaban. Creía que había perdido su humanidad..., pero emociones humanas de un pasado remoto y, según creía, inalcanzables, le estaban llamando de nuevo. Los recuerdos gritaban en su mente, donde había dominado la fría inteligencia; le embargaba una sensación que reconocía como de dolor. Era como si se hubiese abierto una ventana que le permitía contemplar, mirando hacia atrás, un mundo brillante y antaño muy querido que ya no podía alcanzar, y por primera vez, estos recuerdos le dolieron.

Cerró de nuevo la puerta, turbado y sin saber si lo que sentía era irritación o pesar. Por un momento, cuando ella se había erguido desafiadora ante él y le había retado a matarla, había querido confiar a Cyllan toda la verdad; pero el viejo y arraigado cinismo le detuvo al recordar a Sashka, que había abusado de su confianza para sus propios fines. Cyllan no era Sashka; en comparación con ésta, la vaquera era transparente como un niño, y aunque pretendiese engañarle no constituiría ninguna amenaza; sin embargo, un profundo deseo de no cometer dos veces el mismo error había sujetado su lengua. Esto y la certidumbre de que, si ella llegaba a comprender su verdadera naturaleza, se volvería contra él con tanta seguridad y con la misma violencia con que lo había hecho el Círculo. Aunque se negaba a explorar sus razones, no quería tener a Cyllan como enemiga.

Tarod no estaba acostumbrado a la indecisión, pero ahora andaba a la deriva. Le impulsaban sentimientos que anteriormente no habían existido; su camino ya no parecía claro. Por primera vez dudaba de su propia motivación... y esta duda daba origen a los débiles y primeros indicios del miedo.

Cerró sin ruido la puerta del pasillo, y con ella todo lo que había detrás, salvo un débil resplandor de la luz del Salón de Mármol, que se filtraba por debajo de la vieja tabla de madera. Con un esfuerzo borró de su mente todas las tristes ideas; era una técnica que dominaba y había empleado en muchas ocasiones. Su cara era una máscara, impasible e inexpresiva, como tallada en piedra, pero sus ojos verdes mostraban inquietud cuando salió de la biblioteca.

CAPITULO 7

-¡Es la prueba definitiva! -Drachea agarró a Cyllan de los hombros y, muy excitado, empezó a dar vueltas con ella por la habitación-. ¡Es la prueba que necesitábamos, Cyllan! Por los dioses... ¡Pensar que nos la daría el Salón de Mármol! La piedra tiene que estar allí..., ¡tiene que estar!

Cyllan se desprendió de sus manos, inquieta por el entusiasmo de él.

-No veo que sea motivo de júbilo -dijo-. ¡Es la prueba de que nos enfrentamos con un poder contra el que no podremos combatir!

Drachea rechazó sus dudas con un confiado ademán.

-Tarod no es invencible. Según el testimonio del Sumo Iniciado, sin aquella joya no puede llamar a las fuerzas del Caos en su ayuda. Y si nosotros podemos encontrar la piedra y devolverla al Círculo...

Cyllan lanzó una risa breve y seca, desprovista de humor.

-¿Y cómo lo haremos? -preguntó-. ¿Cómo podremos poner de nuevo en marcha el Tiempo?

Drachea sonrió.

-No es tan imposible como te imaginas. He estado estudiando los libros que traje de la biblioteca, y en ellos figuran todos los ritos del Círculo con increíble detalle. Estoy convencido de que encontraré la respuesta en uno de los volúmenes. –Sus ojos se iluminaron con un celo fanático-. Piensa, Cyllan, ¡piensa lo que pasaría si pudiésemos resucitar el Círculo y poner en sus manos al causante de estos males!

Cyllan sabía que el empleo del plural no significaba nada; en su imaginación, Drachea se veía como el único salvador del Círculo, y sin duda pensaba recibir todo honor y toda gloria como resultado de ello. Era tonto, pensó, si creía que realizar esa hazaña sería cosa fácil; sin embargo, rebosaba confianza, convencido ya de su triunfo.

-Debes saber -dijo él, serenándose un poco al ver que ella no parecía compartir su entusiasmo- que, en uno de los libros, he descubierto el rito que sin duda pretendía utilizar el Círculo para destruir a Tarod. -Cyllan se volvió y él siguió diciendo-. El altar que viste es un artefacto muy antiguo, raras veces empleado. Es un tajo de ejecución.

Cyllan sintió un nudo en el estómago y comprendió por qué tenía un aura tan espantosa aquel pedazo de madera negra. Sin proponérselo, pensó en lo que debía parecer un hombre tendido sobre aquella mellada superficie, esperando el golpe final del cuchillo o de la espada... o algo peor..., y se estremeció.

-Sí; no es una ceremonia agradable -dijo Drachea, en un tono de disimulada satisfacción que ella encontró repelente-. Y sólo se realiza en circunstancias extremas. Indudablemente, cuando Tarod esté de nuevo en manos del Círculo, celebrarán el rito que no pudieron entonces realizar.

Cyllan no pudo contenerse; las palabras brotaron de su boca sin ella darse cuenta, y su voz era colérica.

-¿Y encuentras agradable esa perspectiva?

-Y tú, ¿no? -Drachea frunció el entrecejo-. No tenemos que habérnoslas con un hombre. ¡Es un ciudadano del Caos! ¡Maldición! ¿Preferirías ver a semejante monstruo campando por sus respetos en el mundo?

Preferiría no ver a nadie morir de un modo tan bárbaro, pensó Cyllan, pero se mordió la lengua. La incomodaba el hecho de que un impulso interior la hubiese hecho salir en defensa de Tarod, pero se dijo que era solamente la crueldad de Drachea lo que le había ofendido. Sin

Librodot

embargo, la idea del destino de Tarod si Drachea triunfaba..., no, si Drachea y ella triunfaban, pues su causa era la misma..., la estremecía hasta la médula.

Si Drachea se dio cuenta de sus dudas, las pasó por alto, demasiado absorto en sus propios planes para prestar atención a todo lo demás.

-Debemos volver al Salón de Mármol -dijo resueltamente- y encontrar aquella joya. Y será mejor que no retrasemos lo que hemos de hacer. –Se levantó de nuevo, cruzando los brazos-. Todavía tengo en mi poder los papeles del Sumo Iniciado. Si Tarod lo descubriese, no quiero ni pensar cuál sería su reacción. Creo que lo más prudente es devolverlos con la mayor rapidez posible. -Miró hacia la puerta-. Aunque saben los dioses que me sentiría mucho más tranquilo si pudiese tener algún arma antes de volver a rondar por este edificio.

-Tiene que haber armas en el Castillo -dijo Cyllan, aunque dudaba en su fuero interno de que una espada pudiese servir de mucho contra los peligros que les acechaban-. En el festival de Investidura se celebraron torneos, asaltos de esgrima. Yo no vi ninguno de ellos, pero me los relataron. Y Tarod solía llevar un cuchillo...

Drachea le dirigió una extraña mirada, débilmente teñida de recelo, pero solamente dijo:

-Muy bien. Entonces debes encontrar las armas. Mira en las caballerizas del Castillo. En Shu-Nhadek, la milicia guardaba las armas cerca de los caballos, lo cual es bastante sensato. Tráeme una espada, ligera pero bien equilibrada. –Hizo una pausa-. Es decir, si sabes distinguir una buena espada.

Cyllan entrecerró los ojos. Probablemente, Drachea sólo había ceñido una espada dos o tres veces en su vida, y aun para fines ceremoniales. Ella había tenido una vez un cuchillo; un arma cruel de hoja curva y mango de hueso. Lo había empleado para rajar la cara de uno de los mozos de su tío, que había pensado que podía aprovechar el sopor de su amo borracho para violar a su sobrina y escapar con tres buenos caballos, y los alaridos del hombre habían despertado a todo el campamento. Kand Brialen había despedido al presunto ladrón con un brazo y tres costillas rotas, una por cada caballo como dijo ferozmente él, y había recompensado la vigilancia de Cyllan dándole un cuarto de gravín y vendiendo su cuchillo en el primer pueblo por el que pasaron.

-Puedo distinguirla bastante bien, Drachea -dijo-. Y tomaré una daga para mí, si la encuentro.

Él se sorprendió un poco por el tono de su voz, pero lo disimuló rápidamente encogiéndose de hombros.

-No perdamos tiempo. Yo llevaré los papeles al sitio donde deben estar y volveremos a encontrarnos aquí cuando hayamos hecho nuestro trabajo.

Drachea no quería confesarse que sentía miedo al recorrer el largo pasillo que conducía a las habitaciones del Sumo Iniciado, pero los fuertes latidos de su corazón desmentían su arrogancia. Con las revelaciones de Keridil Toln, y también las de Cyllan, frescas en su mente, la idea de que podía encontrarse con Tarod llevando encima los documentos acusadores a punto estuvo de hacerle volver corriendo al refugio de su habitación. Ahora lamentaba no haber encargado a Cyllan esta tarea e ido él en busca de armas; pero era demasiado tarde para lamentaciones. Y seguramente, se dijo, tratando de reforzar su valor menguante, las probabilidades de encontrarse con el Adepto en la inmensidad del Castillo eran muy escasas.

La decisión de Drachea de realizar personalmente esta tarea se debía en parte al hecho de que cada vez desconfiaba más de Cyllan. Al principio había considerado la evidente desavenencia entre ellos simplemente como consecuencia natural de sus distintas categorías: a fin de cuentas, Cyllan era tan inferior a él que, en circunstancias más afortunadas, no se habría relacionado con ella en absoluto. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Cyllan había conocido con anterioridad al siniestro dueño del Castillo; parecía reacia a condenarle por lo que era, ya que, en un par de ocasiones, Drachea la había puesto deliberadamente a prueba y ella había saltado en defensa de Tarod como un perro guardián. Cuando se produjese el conflicto, como

no podía dejar de suceder, se preguntó si estaría tan ciega a la verdad como para no tener el sentido común de combatir por la justicia.

Sin embargo, Cyllan era un factor de poca importancia. En último extremo, podía prescindir de ella y no lamentaría particularmente su pérdida.

Drachea consideraba ahora que, si había estado en deuda con ella, esta deuda había sido sobradamente pagada. ¿Acaso no la había ayudado, guiado e instruido en todo desde su impremeditada llegada aquí? Si sus planes, que todavía eran embrionarios, daban resultado, ¡ella tendría que darse cuenta de su superioridad!

Casi había llegado al final del pasillo, y la inquietud dio paso a una sensación de alivio cuando se le apareció la puerta del Sumo Iniciado. Una vez devueltos los documentos, Tarod nunca descubriría que habían sido sustraídos y leídos; y cualquier ventaja, por trivial que fuese, era valiosa.

Levantó el pestillo de la puerta...

-Bueno, amigo mío, tus excursiones son cada vez más atrevidas.

Drachea giró en redondo, y abrió la boca horrorizado al ver a Tarod plantado detrás de él.

El alto Adepto avanzó sonriendo, aunque la sonrisa no engañó a Drachea. En los ojos verdes de Tarod había un brillo maligno, y Drachea comprendió que su estado de ánimo era muy peligroso.

-Esta ambición no te favorece, Drachea -siguió diciendo Tarod, con voz suave-. Revela el deseo de calzarte los zapatos de un muerto antes de que se realice el entierro.

-Yo iba... Solamente pretendía...

Drachea se esforzaba en encontrar una respuesta que pudiese parecer plausible, y Tarod observaba sus esfuerzos con helada indiferencia. No sabía qué le había impulsado a buscar al joven con el único propósito de atormentarle; era una persecución vana e inútil que ni siquiera su antipatía por Drachea podía justificar. Pero había estado meditando, y de la reflexión había pasado a la cólera, y la cólera necesitaba desfogarse. Drachea había tenido la mala suerte de encontrarse a su alcance y Tarod no tenía escrúpulos en emplearlo como chivo expiatorio.

Pero el malhumor de Tarod quedó casualmente justificado cuando vio el fajo de papeles que Drachea estaba tratando torpemente de ocultar. El primero de ellos llevaba el sello del Sumo Iniciado...

El fuego latente en la mente de Tarod empezó a llamear como una hoguera, y el Adepto tendió la mano izquierda.

-Creo -dijo- que harás bien en mostrarme lo que llevas ahí.

Drachea sacudió desesperadamente la cabeza.

-No es nada -respondió esforzándose en no tartamudear.

-Entonces, permitirás que yo lo vea.

La voz de Tarod era implacable.

Drachea trató de resistirse, mientras aquellos ojos verdes y fríos se fijaban en los suyos, pero no pudo desviar la mirada. Espasmódicamente y contra su voluntad, levantó la mano y la tendió, y Tarod tomó los documentos.

Le bastó una mirada para confirmar sus sospechas. Drachea lo sabia... y sin duda también Cyllan había visto esos papeles. No era de extrañar que, con el testimonio de Keridil fresco en su mente, se asustara tanto cuando él la había encontrado en el sótano...

Miró de nuevo a Drachea; el heredero del Margrave estaba temblando como si tuviese fiebre, y el terror culpable que traslucían sus ojos, el desprecio que provocaba su actitud, repugnaron a Tarod.

-Así pues -dijo suavemente-, te consideras con derecho a hurtar más de lo que puedes encontrar en la biblioteca.

Pálido como la cera, Drachea tragó saliva y farfulló débilmente:

-Cyllan los descubrió, no yo... Yo... no los leí; le dije que no eran de mi incumbencia...

Su voz se extinguió al ver la expresión de Tarod.

-Eres un embustero.

Y, encolerizado por la desvergonzada perfidia de Drachea, sintió que algo estallaba en su interior. Sus ojos reflejaron su desprecio; arrojó los papeles a un lado, levantó la mano izquierda, hizo un solo ademán.

Algo con la fuerza de la cosh de un caballo levantó a Drachea de sus pies y lo hizo chocar contra la puerta del Sumo Iniciado, que se abrió de golpe. Derrumbado en el umbral, Drachea, presa del pánico, trató de levantarse y echar a correr; pero entonces vio la mirada de Tarod. Todos los músculos de su cuerpo se quedaron rígidos. No podía moverse, no podía respirar; su mente luchaba contra la inexorable voluntad que la retenía, pero era impotente.

Tarod sonrió, y su sonrisa hizo que Drachea quisiera gritar. El lúgubre semblante estaba cambiando; los ojos se entrecerraban, ardiendo con una luz inhumana; los negros cabellos eran como una sombra totalmente oscura. En un instante de terrible revelación, vio Drachea lo que Cyllan había visto en la cara tallada de la estatua: la malevolencia, el conocimiento, el poder absoluto, que se ocultaban detrás de la máscara. Emitió un sonido gutural, inarticulado, suplicante. La sonrisa de Tarod se acentuó y los dedos de su mano se doblaron como trazando un símbolo invisible.

El lazo que esclavizaba a Drachea se rompió, y éste aulló como un animal herido, con los ojos desorbitados y las manos buscando a tientas algún asidero en el suelo. Tarod, al verlo, reconoció la pesadilla y soltó una carcajada. La última vez que Drachea se había cruzado con él, sólo le había mostrado un breve atisbo de los horrores que podía conjurar si le apetecía. Ahora, el castigo era implacable.

-No... No...

Era la única palabra que Drachea podía articular con las confusas y suplicantes incoherencias que acudían en tropel a su garganta. Se arrastraba sobre las manos y las rodillas, como un ratón mortalmente herido que tratase de huir de un gato hambriento, y Tarod le seguía lentamente, tranquilamente, manteniendo las engañosas ilusiones y manipulándolas de manera que el terror de Drachea era cada vez más fuerte, empujándole hasta el borde de la locura. No sentía verdadero odio contra Drachea, su desprecio era demasiado grande para ello, y lo que hacía no le daba satisfacción. Pero algo le había impulsado; un furor que no podía contener. Una emoción que le superaba.

Drachea estaba sollozando, acurrucado en posición fetal en el pasillo y tratando al parecer de clavar las uñas en la pared, como si tras ella hubiese algún refugio. La ira de Tarod había alcanzado su punto culminante y estaba desapareciendo con la misma rapidez con que había surgido. Miró al desgraciado encogido a sus pies. Sería muy fácil matarle. Un solo movimiento, y habría terminado... Pero parecía inútil. Era mejor que Drachea siguiese viviendo, y recordase...

Dio un paso atrás. La última vez que había perdido el dominio de sí mismo, un hombre había muerto, y de muerte cruel; pero aquello, como tantas cosas que le atormentaban, pertenecía al pasado. Ahora no tenía las mismas motivaciones.

¿O acaso si? La idea le disgustó y, cuando miró de nuevo a Drachea, sintió algo parecido al remordimiento. Giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo en dirección a la puerta principal. Pudo oír detrás de él unos sollozos enloquecidos y suplicantes que se iban apagando al aumentar la distancia, y este ruido dejó un sabor amargo en su boca.

Dos espadas y una ligera daga de hoja fina era cuanto Cyllan había podido encontrar, pero de todos modos estaba satisfecha del producto de su rapiña. La teoría de que podía haber un arsenal junto a las caballerizas del Castillo había resultado equivocada y, después de una búsqueda inútil, había empezado a inspeccionar las habitaciones individuales del gran edificio y encontrado lo que necesitaba. La experiencia de registrar aquellas cámaras había sido horripilante; le había parecido una profanación buscar entre los objetos personales de hombres y mujeres cuyas vidas habían sido bruscamente suspendidas y que ahora languidecían en un mundo inimaginable, si era que existían todavía; y había tenido que hacer acopio de voluntad para iniciar la búsqueda. Eran muchos los artefactos que contaban su propia conmovedora historia: una chaqueta desgarrada, con una aguja de costura enhebrada prendida en ella; dos

copas de vino vacías junto a una cama revuelta; un fajo de papeles con sencillos dibujos trazados por una mano infantil. Todo ello había sido un elocuente recordatorio de que el Castillo había vivido y respirado y resonado con los ruidos de sus moradores humanos.

Cyllan había ignorado, aunque con dificultad, las prendas de vestir que había encontrado en algunas habitaciones. Trajes y capas de ricas telas, graciosos y elegantes zapatos que sabía que podrían ser de su medida, joyas... entre las que habría podido elegir casi sin parar, si hubiese sido capaz de acallar su conciencia y hurtarlas. Pero, en vez de esto, las había dejado de mala gana a un lado, y dejado sus fantasías con ellas, y se había concentrado en su tarea inmediata.

Afortunadamente, su búsqueda la había llevado al piso superior de aquella ala del Castillo, donde sabía que era menos probable que se encontrase con Tarod. Se había equivocado dos veces al volver a su habitación, pero el laberinto de pasillos le era cada vez más familiar y corría poco peligro de perderse en él. Estaba cruzando el ancho rellano en que terminaba la escalera principal, cuando sus oídos atentos captaron un débil sonido, y se quedó helada. Alguien se estaba muriendo, en la escalera...

Conteniendo el aliento, avanzó despacio, manteniéndose pegada a la pared. El ruido pareció haber cesado, y no vio ninguna sombra que delatase que alguien se estaba acercando. Más confiada, cruzó el rellano para mirar por encima de la baranda...

Dejó caer las espadas y la daga, que chocaron contra el suelo con gran estrépito. Bajó corriendo la escalera hasta encontrar una figura tendida en el suelo en mitad de aquélla.

Drachea no estaba del todo inconsciente, pero las últimas fuerzas que le habían permitido llegar arrastrándose, pulgada a pulgada, desde la puerta del Sumo Iniciado hasta aquel lugar, se habían agotado. Sus manos agarraban débilmente el borde del próximo peldaño; tenía las uñas rotas y ensangrentadas, como si hubiese tratado de abrirse paso a través de una pared de piedra, y fuertes estremecimientos sacudían su cuerpo.

-¡Drachea!

Cyllan trató de ayudarle a incorporarse, pero él no pudo hacerlo. Horrorizada, le dio la vuelta. Tenía los ojos firmemente cerrados, pálido el semblante, y parecía, increíblemente, estar tratando de reír, aunque ningún sonido brotaba de sus exangües labios.

Dulce Aeoris, ¿qué le había ocurrido? No podía quedarse tumbado allí, ¡tenía que llevarle a una cama! Cyllan se agachó, pasó las manos por debajo de los brazos de Drachea y tiró con toda su fuerza. Él gimió, pero estaba demasiado débil para oponer resistencia, y Cyllan, haciendo un gran esfuerzo, consiguió arrastrar su peso muerto hasta la cima de la escalera. Encorvada y jadeando, miró a lo largo del pasillo. La habitación de él era la que estaba más cerca... Respirando hondo, levantó de nuevo a Drachea, rezando para que no estuviese físicamente lesionado, y le arrastró hacia la puerta sin demasiadas contemplaciones, con lo cual no hizo más que empeorar las cosas.

Cuando llegó a la habitación, Drachea había perdido el conocimiento, lo cual era una suerte para él. Pero los músculos de Cyllan protestaron cuando les obligó a hacer un último esfuerzo para subirle a la cama. Le colocó en la posición más cómoda posible y después le observó de cerca para ver si podía encontrar alguna clave de lo que había sucedido.

Por fortuna no había señales visibles de lesión, y aunque Cyllan no era curandera y sabía que fácilmente podía pasar por alto algún síntoma grave.

Tampoco podía imaginarse lo que había pasado... pero una terrible sospecha se abría paso en su mente.

Se irguió, tratando de mitigar el miedo que se había apoderado de ella. Fuera cual fuese la verdad, algo había que hacer por Drachea, o éste podía morir. Y el único a quien podía dirigirse era posiblemente el único responsable de que Drachea se hallase en este estado.

Le miró de nuevo y supo que no tenía más remedio que pedir ayuda a Tarod. Lo peor que éste podía hacer, y que seguramente haría era negarse...

Rápidamente, antes de que pudiese abandonarla el valor, salió corriendo de la habitación, a lo largo del pasillo y hacia la escalera. Las espadas y la daga estaban todavía donde habían

caído; vaciló y después agarró el puñal y lo introdujo en su cinto. No podía ocultarlo, pero le daba un poco de confianza. Después bajó a toda prisa la larga escalera y, se dirigió a la puerta principal del Castillo.

Cuando Cyllan llegó al pie de la gigantesca Torre del Norte, la vista de la negra escalera de caracol que ascendía en una oscuridad total casi quebrantó su resolución. Había visto una pálida luz en la estrecha ventana de la cima y sabía que Tarod tenía que estar allí, pero la idea de subir por aquella escalera interminable, a través de una oscuridad tan intensa que era casi tangible, era espantosa.

Pero se armó de valor; tenía que hacerlo. Drachea necesitaba ayuda, y ella era su única aliada.

¿Y si Tarod se negaba a ayudarla? Había pensado casi exclusivamente en esto mientras cruzaba el patio, pero, entre sus dudas y su confusión, brillaba una chispa de esperanza. A pesar de lo que sabía, a pesar del terror que había sentido en su último encuentro, creía haber reconocido al fin, en la biblioteca, una sombra de lo que era Tarod cuando le había conocido, y se aferraba furiosamente a esa imagen. Él la había tratado amablemente, desmintiendo a los que le habían condenado, y pensó que, si podía volver a tocarle la misma fibra, él la ayudaría ahora.

¿O se estaba portando de nuevo como una tonta? Todavía le parecía estar oyendo la voz de Drachea condenándola por su credulidad, y la esperanza dio paso a la incertidumbre. Si se equivocaba...

Cobró aliento e irguió los hombros. Si estaba equivocada, sólo había una manera de saberlo. Tenia que intentarlo.

Prescindiendo resueltamente de las dolorosas palpitaciones de su corazón, puso el pie en el primer peldaño.

Parecía que la negra espiral no terminaría nunca, Cyllan había subido y subido, tratando de no flaquear pero teniendo que detenerse de vez en cuando para dar un descanso a sus doloridos músculos y recobrar el aliento. Las paradas se hicieron más frecuentes; le ardían las piernas, y el prolongado esfuerzo en aquella terrible e inmutable oscuridad adquirió proporciones de pesadilla. No podía volver atrás; no sabía cuántos escalones había dejado tras de sí, pero podían ser miles; la idea de renunciar ahora y volver a enfrentarse con la oscuridad era más de lo que podía soportar. Y sin embargo, a pesar de que rezaba para llegar a su meta, la escalera seguía subiendo y subiendo, sin descanso.

Resbaló y se tambaleó, cayendo de rodillas sobre la fría piedra negra y sollozando de agotamiento. No podía quedar mucho trecho; a menos que se hubiese extraviado en otra dimensión, que hubiese sido víctima de una broma pesada, la escalera tenía que terminar en alguna parte... Se levantó, apoyó las manos en la pared implacable y ordenó a sus miembros que la obedecieran. Ahora no podía vacilar...

E inesperadamente, Cyllan se encontró con que el séptimo escalón que subió, ahora era el último.

La sorpresa la sacó de su hipnótico estado, y se apoyó en la pared, teniendo que emplear toda la fuerza que le quedaba para impedir que las piernas se doblasen bajo su peso. Estaba en un oscuro rellano circular y, en la penumbra, sólo pudo distinguir los vagos contornos de tres puertas. Todas estaban herméticamente cerradas, y la ya débil confianza de Cyllan flaqueó todavía más. Si se había equivocado y Tarod no estaba allí... o si se negaba a ayudarla. . .

Rechazó estos pensamientos y se acercó tambaleándose a la puerta más cercana. Pero antes de que pudiese llamar, se abrió la más lejana, brotó de ella una luz fría y apareció la silueta de un alto personaje en el umbral.

-¡Cyllan! -La voz de Tarod era suave, débilmente curiosa-. ¿Qué te trae por aquí?

Ella respiró hondo, pero apenas podía hablar; había pagado el precio de la subida y estaba agotada.

-Drachea... -murmuró, medio atontada-. Está enfermo... he venido..., he venido a buscar ayuda...

De pronto se tambaleó, y Tarod se acercó a ella y la tomó de un brazo.

-¡Al diablo con Drachea! ¡Creo que eres tú la que necesita ayuda! Vamos, entra.

Cyllan se apoyó en él, incapaz de sostenerse, y él la condujo amablemente a través de la puerta. La luz, aunque débil, cegó a Cyllan después de la terrible oscuridad de la escalera. Aunque deslumbrada creyó vislumbrar una habitación pequeña y atestada, y Tarod la llevó hasta un diván y ella, agradecida, dejó que sus piernas se doblasen hasta que se encontró medio sentada y medio tendida entre los almohadones. Poco a poco su visión se fue adaptando y fue recobrando el aliento, hasta que pudo mirar a Tarod, que estaba sentado observándola.

-¿Te has recobrado? -preguntó él.

-Sí..., sí, bastante. -Sus miradas se cruzaron-. Gracias.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

-Conque Drachea no se encuentra bien, y tú has subido a esta gran altura para buscarme. Eres muy fiel, Cyllan. Espero que el joven heredero del Margrave sepa apreciar tu amistad.

Su tono la irritó.

-Cualquiera habría hecho lo mismo -dijo.

-Lo dudo. ¿Cuál es su mal?

Ella sacudió la cabeza.

-No lo sé... Le encontré tumbado en la escalera principal. Estaba casi inconsciente y... ¡en un estado terrible! No sé lo que le llevó a esta condición, pero estaba... Sus manos, sus ojos...

Se esforzaba en encontrar la manera de explicárselo, pero se interrumpió al ver la expresión del semblante de Tarod. No mostraba sorpresa, ni siquiera interés, y una débil y maliciosa sonrisa torcía las comisuras de sus labios.

Él vio que le estaba observando, vio que empezaba a comprender, y dijo llanamente:

-Drachea tiene la costumbre de meterse en dificultades. Y si es lo bastante imbécil para robar lo que no le pertenece, debería pensar en las consecuencias.

La inquietante sospecha se convirtió de pronto en dolorosa certidumbre en la mente de Cyllan. Tarod había sorprendido a Drachea cuando éste trataba de devolver los documentos comprometedores al estudio del Sumo Iniciado... Poco a poco, se puso de pie.

-Tú... -Tenía un nudo en la garganta-. Tú le hiciste eso.

Tarod la miró fríamente.

-Sí. Yo se lo hice.

Ella lo sabía ya; sin embargo, oír que Tarod confesaba la verdad con tanta indiferencia, era aún más impresionante. Todas sus dudas y su confusión se borraron de pronto de su mente, y sólo sintió asco.

-¡Dioses! -Escupió la palabra-. ¡Eres un monstruo!

Tarod suspiró.

-Ciertamente. Un monstruo cruel, que hace voluntariamente estragos en las mentes y los cuerpos de víctimas inocentes. -Tenía un brillo acerado en los ojos-. ¡No comprendes nada!

-Sí que comprendo -replicó ella, con voz temblorosa-. ¡Comprendo demasiado bien lo que eres! Contarme tu hazaña sin el menor remordimiento; reaccionar como si no significase nada, enorgullecerte de ella...

-¿Enorgullecerme? -Se puso de pie con tanta rapidez que ella se echó instintivamente atrás -. Muy bien; completaré el retrato que has hecho de mí, ¡ya que me conoces tanto! No tengo conciencia, no tengo moral; soy lo que ves en tu propia mente, Cyllan. Me gusta atormentar a los otros por el placer que obtengo de ello, ¡es por lo único que vivo! -Se dominó y añadió, con controlada furia-. ¿Estás satisfecha?

La estaba desafiando, incitándola a plantarle cara, y un sentimiento de rebeldía hizo que Cyllan no diese su brazo a torcer.

-¡Sí! -le replicó furiosa-. Estoy satisfecha, Tarod, porque esto me demuestra que Drachea tenía razón y yo estaba equivocada. Tú eres el mal, ¡y sé de dónde procede tu maldad!

Y, desafiadoramente, hizo la Señal de Aeoris delante de su cara.

Librodot

Drachea se lo había dicho... Con la rapidez de un gato, Tarod levantó una mano y le agarró la muñeca. Su propia cólera iba en aumento, con tanta rapidez que apenas podía dominarla. Ella lo sabía... y le había condenado, como habían hecho los otros, sin reflexionar, como él sabía que haría. De pronto, otra cara suplantó a la de Cyllan en su mente; una cara noble, hermosa, de ojos límpidos que ocultaban el corazón calculador y egocéntrico que había detrás de ellos. Quería herir el alma que disimulaba aquella cara, tomarse la venganza a que tenía derecho desde hacía tiempo...

Su visión se aclaró y ahora vio las finas facciones y los grandes ojos ambarinos de Cyllan. La belleza había desaparecido, pero no el orgullo. Cyllan tenía también bastante orgullo, pero era de una clase diferente... y tenía el valor de echarle en cara lo que sabía, en vez de herirle por la espalda.

Ella estaba inmóvil, vigilante y alerta, dispuesta a liberarse a la menor oportunidad. Pero Tarod no se la daba. La presa sobre su muñeca se apretó hasta que el dolor se manifestó en el semblante de Cyllan, pero ésta no dijo nada. Él podía haberle roto el brazo; podía haberla matado con sólo chascar los dedos...

-Crees que me conoces -murmuró furiosamente él-, pero te equivocas, Cyllan. ¡Te equivocas!

Ella se retorció tratando de liberarse; él la retuvo sin esfuerzo, pero tuvo que combatir una oleada de pura y cruda emoción que estaba surgiendo en su interior.

-¡No me equivoco! -El dolor se reflejaba en la voz de Cyllan, y ésta respiraba con fuerza -. ¡Sé quién eres!

-¿Lo sabes?

-¡Sí! He visto los documentos, Tarod. Drachea me los leyó, ¡y ahora sé por qué te vengaste con tanta crueldad! ¡Eres un miembro del Caos!

Un miembro del Caos... Sus palabras dieron en el blanco, y el dique que aguantaba la marea se rompió. Tarod sonrió de nuevo y, esta vez, su sonrisa hizo que Cyllan se estremeciese de horror. Había ido demasiado lejos..., él la mataría, y una parálisis de miedo agarrotó sus músculos al prever el golpe final, fatal.

Pero no lo descargó. En vez de esto, Tarod se echó a reír como si se tratase de una broma.

-El Caos -dijo suavemente-. No, Cyllan; esta vez no te equivocas. -La atrajo hacia sí, hasta que el cuerpo de ella quedó apretado contra el suyo y pudo sentir los rápidos latidos de su corazón-. Pero andas... desencaminada.

Levantando la mano libre, apartó los pálidos cabellos de la cara de ella. Gotas de sudor brotaban de su frente, y ahora pudo advertir que estaba temblando. Había ira en su mente; quería golpear, vengarse, y sin embargo, había más, mucho más, detrás de aquel impulso.

-No soy un demonio... -dijo, en tono ligeramente amenazador-. Soy bastante humano.

Y antes de que Cyllan pudiese apartarse, inclinó la cara sobre la de ella y la besó. Fue un beso violento, tomado, no pedido; y ella se resistió con una fuerza que le sorprendió, retorciéndose en su abrazo y arañándole. Era ágil y flexible como un gato y su furiosa determinación pulsó otra cuerda en Tarod. Él la besó de nuevo, esta vez más sensualmente. Las nuevas sensaciones que le invadían le daban vértigo; la venganza fue eclipsada por algo más fuerte y más apremiante, y dejó completamente de pensar en Sashka.

Cyllan se desprendió desalentada, y sus miradas se cruzaron brevemente. Los ojos ambarinos de ella echaban chispas. De pronto, con una rapidez que casi pilló a Tarod desprevenido, Cyllan sacó la daga del cinto y la levantó trazando un arco en el aire.

Con un movimiento reflejo, Tarod le hizo perder el equilibrio al descargar ella el golpe, y la hoja centelleó a una pulgada de su hombro. Con la mano izquierda agarró la muñeca derecha de Cyllan y la retorció hasta que ella ahogó un grito involuntario; después apretó una vez con el pulgar y el cuchillo se desprendió de su mano.

Cyllan le miró furiosa, jadeando. Podía tener miedo, pero no se dejaba amilanar; Tarod comprendió que, a la menor provocación, lucharía contra él como un animal salvaje, y esta constatación le provocó una nueva descarga de adrenalina.

Librodot

-Sabes manejar un cuchillo -dijo, entrecortadas sus palabras por los sofocantes latidos del corazón-. Pero yo hace más tiempo que tengo que luchar... ¡y sé defenderme! -Sonrió, mostrando los dientes-. ¿Puedes darme algo mejor, Cyllan?

Ella sacudió enérgicamente la cabeza.

-¡No!

Los ojos verdes que se fijaban en los suyos parecieron inflamarse de pronto, y Cyllan sintió que su voluntad flaqueaba ante la mirada implacable de Tarod. Trató de resistir, pero se estaba debilitando; una voz interior le recordó que no luchaba con un mortal ordinario, y el miedo surgió de nuevo pero mezclado con lo que era un eco de antiguos sentimientos que creía que había desterrado para siempre, un deseo abrumador...

-Cyllan... -La voz de Tarod era sibilante, persuasiva; anulaba sus defensas-. ¿No tengo calor? ¿No tengo vida?

Ella trató de negarlo, pero no pudo articular las palabras. Las manos de él sobre su piel eran reales, físicas, y una necesidad largo tiempo dormida dentro de ella respondió con una fuerza que no podía combatir. Jadeó cuando los dientes de él rozaron su hombro, y la camisa, ya desgarrada, dejó al descubierto su blanca piel.

-Tarod... no. Por favor, no...

La protesta quedó interrumpida cuando Cyllan se tambaleó hacia atrás bajo una suave pero irresistible presión. Tropezó con el diván, cayó; sintió el peso y la fuerza del cuerpo de Tarod sobre el suyo. Esta vez, cuando él la besó, no pudo dejar de responderle. El terror daba paso al deseo, y ya no podía seguir luchando contra él; ya no quería luchar contra él.

Tarod levantó la cabeza. La luz salvaje de sus ojos fue de pronto mitigada por una expresión que Cyllan no se atrevió a tratar de interpretar, y él sacudió la cabeza, apartando un mechón de cabellos negros de su cara. El gesto era tan humano que ella se sintió de nuevo confusa: dijera lo que dijese el Círculo, fuera lo que fuese lo que había hecho él, seguramente no era un demonio...

-Eres valiente -dijo suavemente-. Y eres honrada..., luchas con nobleza. Podría vencerte fácilmente, Cyllan, y nada podrías contra mi deseo..., pero no lo haré. Todavía conservo algún sentido del honor... y tú no quieres rechazarme, ¿verdad? -Sus manos, ligeras y frescas sobre su piel, apartaban las molestas prendas -. ¿ Vas a hacerlo ?

El cuerpo de Cyllan le respondía, contra su voluntad, atormentándola con un deseo doloroso y largo tiempo reprimido que hacía que tuviese ganas de llorar y de gritar, de apartarle y sin embargo retenerle al mismo tiempo. Un gemido brotó de su garganta, y sus labios articularon involuntariamente una sola palabra.

-No...

Gritó al sentir la famélica violencia de él al poseerla, pero Tarod le impuso silencio besándola de nuevo y haciendo que cediese a pesar de ella misma. Y después de la primera resistencia, hubo placer al mismo tiempo que dolor; un fiero y tembloroso alivio cuando ella le rodeó con sus brazos desnudos, echada hacia atrás la cabeza y mordiéndose el labio inferior hasta hacerlo sangrar. Volvió a luchar otra vez contra él; pero él la tranquilizó y ella volvió a doblegarse debajo de él.

Por fin, saciado su deseo, Tarod recorrió con las manos, lenta y suavemente, el cuerpo de Cyllan, siguiendo la ligera curva de sus senos. Ella yacía, quieta, en sus brazos y con los ojos fuertemente cerrados, como si tratase de negar la verdad. Las lágrimas que se había negado tercamente a verter brillaron ahora en sus oscuras pestañas, y un sentimiento que podía ser de arrepentimiento despertó en Tarod.

Pronunció su nombre, y Cyllan abrió los ojos, expresando una mezcla de incertidumbre y acusación y vergüenza. Él quería decir más, pero no pudo hacerlo. En vez de esto, levantó una mano e hizo un ademán sobre ella.

Cyllan cerró de nuevo los ojos y su respiración se calmó con el ritmo ligero y regular propio del sueño. Él no quería recriminaciones, no ahora...

Librodot

Cuando el cuerpo de ella se relajó y comprendió Tarod que se había sumido en la inconsciencia, la atrajo hacia sí y la besó ligeramente en una pálida mejilla. Después la soltó de mala gana, se levantó y cruzó la habitación hasta la estrecha ventana, reprimiendo los pensamientos que amenazaban con apoderarse de él y romper las barreras que había levantado contra sus ataques.

CAPITULO 8

Cyllan despertó y sintió el contorno desigual del diván en que yacía y la tosca textura de algo que parecía una piel de animal y cubría su piel desnuda. Sentía un fuerte dolor en todo el cuerpo y en la boca..., y al darse cuenta de que no había sido un sueño... su estómago se contrajo.

Aprensivamente, abrió los ojos.

Apenas había luz en la habitación, pero pudo ver en la penumbra a Tarod sentado en una silla. Se había vestido y una gruesa capa negra envolvía sus hombros como para resguardarle del frío. El alto cuello de ésta ocultaba sus facciones, pero Cyllan pensó que estaba mirando por la ventana.

Sus miembros empezaron a temblar al advertir, como una puñalada, todas las implicaciones de lo que había sucedido. Poco a poco, cautelosamente, se incorporó con intención de buscar la arrugada ropa tirada entre los escombros del suelo...

Tarod volvió la cabeza y ella se quedó petrificada. Mezcladas emociones se atropellaron en su mente cuando sus miradas se cruzaron; entonces vio frialdad en los ojos verdes de Tarod, y sus reacciones se fundieron en una fría oleada de amarga vergüenza. La pasión de Tarod se había extinguido, como si no hubiese existido nunca; las barreras entre ellos se habían levantado de nuevo, y la cara de él parecía de piedra. Se había dejado seducir como una imbécil... y lo único que había ganado era su desprecio.

Sintió repugnancia de sí misma y, con ella, asco al recordar lo que era él. Pero todavía tenía un vestigio de orgullo y éste acudió en su ayuda. Echando la cabeza hacia atrás, apartó la manta que la cubría -era de piel, una piel muy rica, pero apenas lo advirtió- y se levantó. Tarod se levantó también y Cyllan dio un paso atrás.

-No, Tarod. -Su voz era dura-. ¡No te acerques a mí!

ÉI vaciló y después señaló el suelo con un ademán que ella interpretó como de indiferencia.

-Como quieras. Pero necesitarás tu ropa.

-Ahora importa poco, ¿verdad? -Irguió los delgados hombros, enfrentándose desafiadoramente a él -. Me has visto, me has tocado, has tomado de mí lo que querías. ¿Qué tengo que ocultarte?

Advirtió, furiosa que su voz temblaba con mal reprimida emoción, y supo que estaba a punto de perder el control.

Tarod dijo tranquilamente:

-No tomé nada que tú no estuvieses dispuesta a dar.

-¡Ohh...! -Se volvió, odiándole porque había dicho la verdad-. ¡Maldito seas! Vine a pedirte ayuda, y tú... tú...

No pudo decir más, su voz se quebró y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no romper a llorar. El llanto se dijo furiosamente, era para los niños; ella había aprendido hacía tiempo a reprimir esa emoción y no permitiría que pudiese ahora más que ella; especialmente en presencia de una criatura como Tarod. Se cubrió la cara con las manos, luchando contra aquella reacción con todo su vigor.

Tarod se quitó la capa y la puso sobre los hombros de ella. Cyllan no protestó, pero no quería enfrentarse a él y sacudió violentamente la cabeza cuando trató de hacer que se volviese. Él observó reflexivamente mientras ella luchaba por dominarse. Conocedor de sus orígenes, no había esperado que fuese virgen, y la constatación de que ningún hombre había yacido con ella antes que él le había desconcertado. Sin embargo, ella había querido entregarse y por mucho que pudiese lamentarlo ahora, nada podía cambiar aquel hecho.

Cyllan se calmó al fin y echó impetuosamente atrás los cabellos que le cubrían los ojos. Se apartó de Tarod y, deliberadamente, se quitó la capa y la dejó caer a un lado. Era difícil tomar su ropa rasgada y vestirse con dignidad, y él volvió a la ventana y miró hacia el patio para no confundirla más. Ella se cubrió los senos con la destrozada camisa y vaciló, mirándole. Su cara era una máscara inescrutable, tenía los ojos entrecerrados y reflexivos, y cualquier intención que tuviese Cyllan de acercarse a él se desvaneció en el acto. Miró el cuchillo que él le había arrancado de la mano...

-Llévatelo, si ha de servirte de algo -dijo Tarod.

Ella le miró furiosa, dejó que la daga se quedase donde había caído y, volviéndose, se dirigió a la puerta. Antes de tocar el pestillo, se detuvo.

-¿Se abrirá? -preguntó fríamente-. ¿O estás pensando en algún otro truco?

Tarod suspiró, y la puerta se abrió sin ruido antes de que Cyllan la tocase. Esta no hizo caso de la irracional punzada de dolor que sintió al ver que la dejaba marcharse con tanta facilidad, y salió al oscuro rellano. Después se volvió y miró hacia atrás.

Tarod todavía la observaba.

-Hay un largo camino hasta el patio -dijo-. Yo podría facilitarte el descenso.

Cyllan escupió deliberadamente al suelo.

-¡No quiero nada de ti! -replicó airadamente.

Y desapareció, engullida su pálida figura por la oscuridad de la escalera.

Oyó el resonante chasquido de la puerta que se cerró de golpe tras ella. Y aquel ruido la espoleó hasta el punto de hacerla bajar la escalera con peligrosa rapidez, deseosa solamente de alejarse y, sin que le importase caer y romperse el cuello. De pronto, las paredes se alabearon a ambos lados; los peldaños parecieron ceder bajo sus pies y hundirse en un vertiginoso vacío, y Cyllan gritó involuntariamente cuando la oscuridad se convirtió en un brillo blanco y cegador. Solamente duró un segundo... y se encontró tambaleándose contra la piedra dura y mirando, asombrada, a través de la puerta abierta del pie de la torre.

Salió, vacilando, al patio del Castillo. ¡Maldito Tarod...! Había tenido que decir la última palabra, y lamentó no poder tomar de nuevo aquella daga y clavársela y descuartizarle...

Pero había tenido su oportunidad, y había fracasado. Y lo que él había tomado de ella, se lo había dado por su propia voluntad.

Cerró los ojos para alejar el recuerdo y se apretó las sienes con los puños en un inútil esfuerzo para acallar la voz interior que la acusaba de ser hipócrita además de tonta. Tarod había despertado en ella una necesidad animal fundamental; lo había sabido desde su primer encuentro en el acantilado de la Tierra Alta del Oeste, y aunque había tratado desde entonces de negarla y reprimirla, nunca había dejado realmente de existir. Aquel eco del pasado había demostrado al fin ser lo bastante fuerte para hacerle olvidar el horror de la verdadera naturaleza de Tarod, y había ido a él, se había entregado a él, como una niña enamorada.

Ahora quería matarle. Por muy imbécil que hubiese sido, él la había manipulado y había abusado de ella. Si destruyéndole podía librarse de culpa y dejar de atormentarse y censurarse, se dijo, no tendría ningún remordimiento. Drachea había sabido desde el principio lo peligroso que era Tarod; le había avisado...

Drachea. Cyllan volvió sobresaltada a la realidad, y se dio cuenta, con frío temor, de que se había olvidado completamente de él en el torbellino de todo lo que había sucedido. Le había fallado, y él debía estar todavía en la cama, mortalmente enfermo, tal vez agonizando...

Echó a correr hacia la puerta principal del Castillo y subió de dos en dos los bajos escalones. Si Drachea muriera... No, ¡no pienses eso! Él tenia que vivir; le necesitaba, necesitaba su determinación ahora más que nunca, para contener su terrible confusión y para ayudarla a mantener la fría cólera que se esforzaba en alimentar. Juntos podrían derrotar a Tarod; debían derrotarle, lograr que se hiciese justicia... Él era el mal, una criatura del Caos. ¡Tenía que ser destruido! Cyllan repitió la silenciosa letanía en su cabeza mientras subía corriendo la ancha escalera de los dormitorios del Castillo. Con el corazón palpitante, se dirigió a la puerta de la habitación de Drachea, la empujó y entro.

Librodot

Drachea estaba sentado en la cama. Una de las espadas que ella había dejado caer en el rellano yacía a sus pies; la otra la sostenía él con su mano derecha, mientras movía la izquierda lentamente, casi de una manera hipnótica, a lo largo de la hoja, limpiándola con una de sus prendas desechadas y mojadas por el mar.

Cyllan sintió que su corazón saltaba aliviado, y corrió hacia el joven.

-¡Drachea! ¡Oh, te has recobrado! Demos gracias a Aeoris. Pensaba que...

Él se puso de pie de un salto, blandiendo la espada en un furioso movimiento defensivo. Después, el terror de su semblante dio paso a una expresión primero de alivio al reconocerla y, a continuación, de ira, y gritó:

-Por todos los Siete Infiernos, ¿dónde has estado?

Cyllan le miró fijamente, asombrada y apenada. La cara de Drachea estaba pálida como la cera y una luz obsesiva y enfermiza brillaba en sus ojos. La mano que sostenía la espada tembló al decir él de nuevo:

-Te he preguntado dónde has estado. Tenías que haberte quedado aquí. Me desperté y tuve miedo y necesitaba ayuda, ¡y tú te habías ido! Me has abandonado...

-¿Abandonarte? -La acusación le cortó el aliento, y su satisfacción por verle curado se extinguió-. Yo te encontré, Drachea; te encontré en la escalera, inconsciente, y te traje aquí, a lugar seguro.

-Y entonces dejaste que me despertase a solas...

-¡Tenía miedo de que murieses! -le dijo furiosamente Cyllan-. ¡Busqué una manera de ayudarte!

La mirada de Drachea se fijó en ella con una mezcla de desprecio y de recelo; después su boca se torció, imitando una sonrisa.

-Ayudarme... ¿Y qué virtudes tienes tú para remediar lo que él hizo a mi mente?

-¿Tarod...? -preguntó ella, sintiendo que se le encogía el estómago.

-¡Sí, Tarod! - Drachea se volvió y se apartó de ella -. Mientras tú estabas tranquilamente en otra parte, él... me atacó. Yo no le provoqué, pero él se volvió contra mí y... -Se llevó una mano a la boca, mordiéndose los nudillos-. ¡Dioses! Esas pesadillas..., él las hizo salir de ninguna parte. Las envió contra mí, y yo... yo no podía defenderme. No contra aquella... escoria. -Aspiró profundamente-. Pero me las pagará. ¡Le aniquilaré!

Cyllan cruzó la estancia y se plantó detrás de él, y alargó vacilante una mano. Se estaba esforzando en recobrar los sentimientos que la habían impulsado a correr en busca de Drachea, el sentido de camaradería, de hacer los dos juntos una guerra santa; pero se le escapaban. El arrebato de Drachea había roto el hechizo; al volverse contra ella en vez de darle la bienvenida, su certidumbre y su confianza habían recibido un duro golpe.

Pero no podía culparle, se dijo. Sabía de lo que Tarod era capaz y conocía las flaquezas de Drachea. Su experiencia debía de haber sido mucho peor que la de ella; suficiente para quebrar la voluntad más templada. Tenía que ayudarle, reforzar su resolución con la suya propia... Era la única esperanza para los dos.

Apoyó los dedos en su brazo; él la apartó.

-¡No quiero tu compasión!

Su tono era irritadamente hostil.

Cyllan se mordió la lengua para no replicar; se armó de paciencia.

-No te compadezco, Drachea. Te ofrezco mi ayuda contra Tarod. - Sonrió amargamente -. Valga lo que valga.

Drachea miró a Cyllan por encima del hombro, y había una mezcla de recelo y resentimiento en su mirada.

-Sí... -dijo-. Yo no sé lo que vale tu fidelidad, ¿eh? Ya no sé nada... ¿Cómo he de saber que puedo confiar en ti? -Se volvió súbitamente-. Dices que fuiste a buscar ayuda... ¿Cómo puedo saber si es verdad? ¿Dónde está la ayuda? ¿Qué has hecho por mí?

Cyllan lanzó una ronca carcajada y se tapó la boca con la mano.

Librodot

-¿Que qué he hecho por ti? -repitió-. Si supieses, Drachea..., si supieses lo que traté de hacer, lo que ocurrió... -Se sobrepuso y en sus ojos centellearon toda la ira y la vergüenza del recuerdo-. Pero fracasé. Tarod... no quiso ayudarme.

-¿Acudiste a él? -Drachea se quedó boquiabierto y, por un instante, Cyllan pensó que iba a lanzarse contra ella en un acceso de furor. Después silbó entre dientes -. ¡Zorra traidora! ¡Con que ahora conspiras a mi espalda con el mismo demonio que estuvo a punto de matarme!

Pasmada por tan absurda injusticia, Cyllan replicó, sin pararse a considerar sus palabras.

-¿Cómo te atreves a decir tal cosa? ¡Dioses!, cuando pienso en lo que he tenido que pasar por tu causa... ¡Tú no eres el único que ha sufrido en manos de Tarod!

Los labios de Drachea se torcieron en una dolorosa mueca.

-¿Sufrido? ¡Tú no sabes lo que significa esta palabra! Mientras estabas contándole bonitas historias al demonio de tu amigo, yo estaba impotente aquí, ¡a las puertas de la muerte! ¡Traidora!

Cyllan le miró durante un largo, larguísimo momento, pálido el semblante como la cera y rígidos todos los músculos. Entonces se llevó una mano al cuello y abrió la rasgada camisa, de modo que los senos quedaron al descubierto.

-Mírame, Drachea -dijo, con voz amenazadoramente firme-. Mírame bien, y verás lo que me ha hecho Tarod. Tal vez no ha querido atacar mi mente, no directamente..., ¡pero sí mi cuerpo!

Drachea fijó la irritada mirada en la blanca piel. Había en ella moraduras, marcas de dedos, una lívida media luna donde él había hincado los dientes en un arranque de pasión... Se acercó más, muy despacio..., y entonces levantó una mano y le golpeó la cara con todas sus fuerzas.

Desapercibida para semejante ataque, Cyllan cayó al suelo y, antes de que pudiese levantarse, Drachea le lanzó una patada, como a un perro que hubiese molestado a su amo.

-¡Zorra! -rugió histéricamente-. ¡Engendro del infierno, embustera y puerca puta!

Aturdida, ni siquiera pudo protestar antes de que él le lanzase otra patada. Pero esta vez tuvo la presencia de ánimo suficiente para rodar fuera de su alcance, y Drachea agarró la espada y la blandió sobre su cabeza. Tenía los ojos desorbitados, y Cyllan comprendió, sin la menor sombra de duda que había perdido la razón. Impulsado hasta el borde de la locura por la magia de Tarod, buscaba un enemigo para su venganza, y ningún poder en el mundo podía hacerle escuchar o comprender.

Ella se hizo una bola contra la pared, incapaz de escapar, intimidada por la voz enloquecida de Drachea que preguntaba furiosamente:

-¿Cuántas veces te has ido con él a la cama, ramera? ¿Cuánto tiempo hace que te confabulas con él contra mí? ¡Serpiente!

Mientras gritaba la última palabra, levantó salvajemente el brazo y la hoja de la espada se estrelló en el suelo a sólo unas pulgadas de la cabeza de Cyllan, con un estruendo de metal.

-¡Drachea!

Cyllan gritó su nombre, tratando de mitigar su insensato furor, pero sabiendo que no tenía posibilidad de conmoverle. Él había recobrado su equilibrio y ahora sostenía la espada con ambas manos, balanceándose. La punta de la hoja osciló ante ella, con movimiento hipnotizador, y Cyllan trató de echarse más atrás, pero la pared se lo impidió.

-¡Serpiente! -chilló Drachea, con voz ronca-. ¡Demonio! ¡Has estado confabulada con él desde el primer momento! Me tendiste una trampa, me engañaste para hacerme caer en esta pesadilla..., ¡maldita seas! ¡Te mataré, monstruo de rostro pálido!

Levantó los brazos, y la luz carmesí que se filtraba por la ventana pareció teñir de sangre la hoja de la espada. Con los ojos desorbitados por la certidumbre de su muerte inminente, Cyllan se echó frenéticamente a un lado al descender la espada. El aliento brotó ruidosamente de sus pulmones mientras caía al suelo; después irguió el cuerpo e hizo un convulsivo movimiento para agarrar la puerta. Esta estaba entornada, y su impulso la abrió de par en par. Salió rodando, e intentó ponerse de pie antes de que Drachea consiguiese alcanzarla. Oyó un rugido, como de toro embravecido, vio la espada sibilante como un colmillo gigantesco, y la

luz que resplandecía a lo largo de su hoja, trató de escabullirse... y sintió un dolor terrible en las costillas cuando la punta de la espada se hundió en la carne.

Lanzó un grito bestial que sofocó el aullido de triunfo de Drachea. Al extraer éste la espada, sintió de nuevo un terrible dolor y se llevó la mano al costado, sabiendo que debía manar sangre y tratando de detener la hemorragia, pero impulsada sobre todo por la voluntad ciega de escapar. Sintió, más que vio, a Drachea que se arrojaba de nuevo encima de ella, y Cyllan, rodando sobre la espalda, golpeó furiosamente con ambos pies. Por pura casualidad, dio en el blanco; oyó un gruñido y un golpe sordo y no se detuvo a comprobar el efecto de su ataque, sino que se puso de pie y echó a correr.

Ante ella estaba la escalera, oscilando ante sus ojos nublados por el dolor y el espanto. Sabía que corría en zigzag, perdiendo su ventaja, pero no podía hacerlo en línea recta. Sangre caliente y pegajosa caía sobre su mano al compás de los latidos de su corazón, y trató de reír a carcajadas. No podía morir; aquí no existía el Tiempo; no podía morir desangrada sin la ayuda del Tiempo...

La lucidez volvió a su mente y se dio cuenta de que estaba apoyada en la barandilla de la escalera, riendo como una loca. Un débil tictac resonó en el suelo a sus pies. Lo producía la sangre que brotaba de la herida infligida por Drachea y que iba menguando su fuerza...

-¡Zorra del demonio!

Oyó aquel grito enloquecido detrás de ella, acompañado de pisadas presurosas, y la impresión la trajo de nuevo a la realidad. Se lanzó hacia adelante y estuvo a punto de caer de cabeza por la escalera. Se salvó al poder agarrarse a la barandilla; después, medio tambaleándose y medio arrastrándose, llegó a la puerta de doble hoja que daba al patio. Drachea corría detrás de ella y reducía la distancia; podía oír su voz gritando que se detuviese, y estos gritos la espolearon. Parte de su mente, que parecía observar entre la niebla desde lejos, le decía que la huida era inútil, que con ella no haría más que prolongar lo inevitable. La pérdida de sangre pondría fin a su carrera. Y entonces él caería sobre ella dispuesto a matarla...

Cyllan desterró esa idea y, obstinadamente, siguió su carrera vacilante. La puerta se abrió ante ella y, al salir corriendo, tropezó y rodó por la escalinata hasta el patio. Al ponerse dolorosamente en pie, vio manchas rojas en las losas detrás de ella, dejando un rastro que incluso un niño podía seguir, y en medio de su desesperación, vislumbró un rayo de esperanza.

Tarod..., si pudiese llegar hasta Tarod...

Ahogó furiosamente esta voz interior. Tarod, no, nunca... No podía, no quería saber nada de él...

Un chasquido le hizo comprender que Drachea había llegado a la puerta, y le oyó reír, seguro de su triunfo. Ciegamente, se lanzó tambaleándose hacia la fuente, aferrándose a la insensata idea de que podría romper algún trozo de la delicada tracería de piedra y emplearlo como arma contra él. Chocó contra la taza de la fuente y el dolor la dejó sin aliento, y se derrumbó agarrándose a un pez impasible tallado en piedra, al caer. Las veloces pisadas se oían más cerca, resonando en sus oídos;

entonces, Cyllan se retorció y golpeó con un brazo que se estaba debilitando cada vez más, mientras escupía un torrente de insultos y maldiciones de vaquero a la cara de su perseguidor, pero sabiendo que estaba perdida.

Una luz blanca brilló delante de los cerrados párpados y unas manos la agarraron. Gritó desafiadora, tratando de soltarse...

-¡Cyllan!

Él iba a matarla, y luchó con las pocas fuerzas que le quedaban, tratando de dar patadas, de morder, de luchar hasta el fin.

-¡Cyllan!

No era la voz de Drachea... Abrió los ojos, sorprendida, y su cuerpo se puso rígido.

Librodot

La niebla gris nublaba todavía su visión, pero pudo ver a través de ella los cabellos negros como el ala de un cuervo, las duras facciones, los ojos verdes. Unos dedos fríos tocaron su cara ardiente, y oyó que Tarod decía con una voz que parecía llegar de muy lejos:

-Tranquilízate. Estás a salvo... Él no puede alcanzarte, no puede tocarte. Conmigo estás a salvo, Cyllan...

Ella trató de hablar, pero se quedó sin respiración al aumentar terriblemente su dolor. Su mano agarró convulsivamente los cabellos de él; él la sujetó con fuerza, y su voz fue ahora más amable de lo que ella había creído posible.

-Tranquilízate, Cyllan. Ya no podrá hacerte más daño. Duerme... Yo te curaré. Ahora duerme...

Sus palabras eran como un bálsamo, y Cyllan se aferró a ellas. Tarod seguía sujetándole la mano, y sintió que su dolor se estaba mitigando y que sus sentidos se apaciguaban en un cálido reflujo, hasta que una tranquila oscuridad lo envolvió todo.

-Drachea... ¡No!

Las palabras brotaron confusas de los labios de Cyllan. Había estado soñando y, en su sueño, Drachea se había vuelto contra ella; tenía una cara diabólica y blandía una espada que brillaba como plata fundida sobre un fondo rojo de sangre. Se retorció convulsivamente y oyó el suave ruido de un almohadón al caer al suelo. Entonces una mano poderosa le sujetó un hombro, empujándola hacia atrás y obligándola, delicada pero firmemente, a estarse quieta. Al darse cuenta de que no estaba sola con su pesadilla se calmó, y sintió que sus músculos se relajaban poco a poco.

-Cyllan. El sueño se ha acabado. No tienes nada que temer.

Despierta a medias, había esperado oír la voz de Drachea, y el tono inesperado pero familiar de aquellas palabras hizo que abriese los ojos, con súbita alarma.

Estaba en la habitación de la cima de la torre, yaciendo en el largo diván. Tarod estaba sentado a su lado y le acariciaba delicadamente la frente con una mano. Cyllan levantó la suya y le agarró los dedos en un mudo ademán de gratitud que hizo que una débil sonrisa se pintase en los labios de Tarod; después, todavía confusa, trató de articular unas palabras.

-Pensaba que era... -Entonces recordó y respiró con fuerza-. ¡Oh, dioses! Drachea...

-Drachea intentó matarte -le dijo Tarod, y la suavidad de su tono fue contrarrestada por la cólera fría que expresaban sus ojos-. Fue una suerte que yo te encontrara antes de que pudiese terminar lo que había empezado.

Ahora recobró del todo la memoria y empezó a sentirse mareada.

-Entonces, aquella luz... -murmuró-. Eras tú...

Miró su propio cuerpo. Ya no sentía dolor (sólo ahora se daba cuenta de ello) y no había el menor rastro de sangre. La herida que le había infligido Drachea se había cerrado como si nunca hubiese existido. Levantó rápidamente la mirada y la fijó de nuevo en la de Tarod, sin comprender, y él dijo en voz baja pero irónica:

-Sí, es más de lo que habría podido hacer ningún curandero. Hay ocasiones en que un poder como el mío tiene sus ventajas.

Cyllan tragó saliva.

-Gracias...

Tarod iba a rechazar instintivamente su agradecimiento, pero se contuvo. Esa reacción podría ser fácilmente mal interpretada, y estaba ansioso de no confundirla. Alargó una mano hacia una mesa que había a su espalda, tomó una copa y se la ofreció.

-Bebe esto -dijo y sonrió de nuevo, esta vez con un matiz de humor-. No te vigorizará, puesto que aquí la comida y la bebida son irrelevantes, pero te calentará. Y me imagino que no has probado un buen vino desde la investidura del Sumo Iniciado.

Le estaba recordando su segundo encuentro, cuando él la había defendido contra el vinatero truhán, y asomaron lágrimas a los ojos de Cyllan. Esta pestañeó para contenerlas, furiosa consigo misma por mostrarse conmovida, y tomó la copa. Mientras sorbía el vino, sus ojos ambarinos miraron por encima del borde, con incertidumbre, a Tarod, y al fin preguntó:

-¿Por qué me salvaste?

-¿Por qué?

Pareció sorprendido por la pregunta y ella asintió con la cabeza.

-No me debes nada. Cuando... nos separamos... pensé...

-¿Que éramos enemigos? -dijo Tarod, terminando la frase-. No, Cyllan. No siento enemistad por ti; en realidad... -Se interrumpió y, por un instante, la incertidumbre se pintó en sus ojos verdes; pero pudo dominarse y sacudió la cabeza-. Puedes juzgarme como te parezca adecuado. Viste los documentos del Sumo Iniciado y mucho de lo que se dice en ellos corresponde a la verdad, tal como Keridil la veía. -Entornó los ojos-. No puedo negar lo que soy y, si me miras como a un enemigo, no puedo esperar nada mejor. Pero, demonio o no, te salvé la vida porque quería... protegerte. -Encogió los hombros-. Tal vez esto te parezca una palabra vana. Si es así, puedes interpretarla como te plazca.

Demonio o no... Cyllan percibió ironía en su voz y sintió un nudo en la garganta, producido por una emoción que no se atrevía a permitir que se apoderase de ella. Fuera lo que fuese en realidad, Tarod no era un demonio. Este término era más adecuado para Drachea, que se había vuelto contra ella, la había condenado sin previo juicio y se había erigido en juez y verdugo.

Cyllan había resuelto no llorar nunca, y menos en presencia de Tarod, pero tuvo la terrible impresión de que estaba a punto de perder su aplomo y echarse a llorar. Su aliado la había traicionado; su enemigo la había salvado la vida, y los viejos sentimientos, que había hecho todo lo posible para sofocar desde su llegada al Castillo, estaban saliendo de nuevo a la superficie.

Su mano empezó a temblar y Tarod tomó la copa de ella. La dejó sobre la mesa y después asió de nuevo los dedos de Cvllan, pero esta vez con mucha suavidad.

-¿Por qué trató Drachea de matarte? -preguntó.

Ella se mordió el labio. No quería pensar en lo que había ocurrido, pero tenía que enfrentarse con ello... y tenía que decir la verdad. Al menos le debía esto a Tarod.

-Él... descubrió que yo había estado aquí -dijo, en voz tan baja que las palabras eran apenas audibles-. Estaba... me estaba regañando porque no me halló a su lado cuando empezó a recobrarse de... -se interrumpió, tragó saliva y prosiguió, haciendo un esfuerzo- de lo que le había sucedido. A mí me irritó su injusta actitud y le dije... le dije... -y esta vez no pudo terminar.

Él empezó a comprender.

-Entonces, sacó la conclusión de que eras... digamos ¿una víctima complaciente?

Ella asintió con la cabeza. El recuerdo de la cara contraída de Drachea, de su injusticia, de su crueldad, asomó del rincón oscuro de la mente donde había tratado de encerrarlo y, con él, surgió una cólera ardiente y amarga. Incapaz de sofocarla, dijo, atragantándose con las palabras:

-Me llamó ramera y serpiente y...

Y de pronto, el dique que se había esforzado en mantener firme se rompió. Cyllan se cubrió la cara con ambas manos y estalló en lágrimas: la emoción contenida había destruido el dominio que tenía de sí misma. Sintió que los brazos de Tarod la rodeaban y se apretó contra él, ocultando el rostro en los revueltos cabellos negros. Él no dijo nada, solamente la retuvo, y el alivio de poder llorar sin miedo de rechazo o de desprecio fue como un bálsamo para Cyllan.

Finalmente, la tormenta de llanto amainó. Tarod no hizo nada por soltarla y, en definitiva, fue ella quien se desprendió de sus brazos, poniéndose dificultosamente de pie y caminando hacia la ventana. Se enjugó la cara con ambas manos, dejando tiznajos en las mejillas, y dijo en tono confuso:

-Disculpa.

-No tienes que disculparte de nada. He conocido a muchos Adeptos que habrían llorado con menos motivo.

Ella sacudió la cabeza.

-No; no me refiero solamente a esto.

Quería mirarle, leer la expresión de sus ojos, pero no se atrevía a hacerlo por miedo de lo que podría ver. Respiró hondo, consciente de que debía decir lo que sentía, ahora o nunca. Si había juzgado mal a Tarod, su error la heriría profundamente. Pero sentía que nada tenía ya que perder, y la emoción le dictaba lo que la razón había sido en definitiva incapaz de reprimir.

-Fui muy injusta contigo -dijo a media voz-. Creía que eras un enemigo, indigno de confianza, y me alié con Drachea porque creía pensaba que creía en la causa que defendía él. Él quiere destruirte. Y yo pensaba que tenía razón. -Se echó a reír y se le quebró la voz-. Digo que soy vidente y no pude ver la verdad que tenía ante los ojos. O al menos... no quería reconocerla. Pensaba que Drachea era más inteligente que yo.

-¿Y ahora? -preguntó suavemente Tarod, al ver que ella no decía más.

-Ahora... no lo sé. Drachea cree que soy una campesina imbécil y tal vez esté en lo cierto. Pero sólo puedo juzgar por lo que veo, no por lo que me dicen.

Las palabras fluían ahora rápidamente y, con ellas, un miedo creciente que parecía roerle el alma. Se lo estaba jugando todo; si perdía, no se lo perdonaría nunca. Pero el instinto, y la emoción, le decían que confiara en el juego y creyese que, en el peor de los casos, Tarod la comprendería.

-Ojalá yo hubiera escuchado mi voz interior -dijo-. Porque... no creo que seas el demonio que dicen que eres. Y no quiero ser tu enemiga.

Entonces se hizo un largo silencio. Después, Cyllan oyó el débil ruido que hizo Tarod al moverse y pensó que se había plantado detrás de ella, aunque no se atrevió a volverse para verlo.

-Has leído la declaración del Sumo Iniciado -dijo él.

-No, no la he leído. Me la leyó Drachea. -Sonrió, pero sin pretender que él viese su sonrisa-. No sé leer.

La voz de él no mostró sorpresa, ni diversión, ni compasión. Se limitó a decir lisa y llanamente:

-No puedo negar la verdad contenida en aquel documento, Cyllan. Podría rebatir la interpretación, pero los hechos son bastante reales.

Ella se encogió de hombros.

-¿No te repugna esto?

-No. Si aquellos papeles describiesen a un desconocido, tal vez le condenaría, porque no sabría nada de él: pero no describen al hombre que conocí en la Tierra Alta del Oeste, ni al Adepto que me recordó en el festival..., ni al hombre que me ha salvado la vida. -Suspiró-. Pensaba que te tenía miedo. Pero... creo que más bien tenía miedo de mis propios sentimientos.

Tarod sintió como si algo le atenazase los pulmones y la garganta. La silueta de Cyllan se recortaba contra el melancólico fulgor de más allá de la ventana; solamente un débil resplandor rojo de sangre teñía sus rubios cabellos, y él quería acercarse a ella, tocarla, abrazarla. Su vacilante confesión le había pasmado; sin embargo, sabía que sus palabras habían brotado del corazón, aun a riesgo de provocar su burla o su desprecio. Había confiado en él, y él se imaginó que durante toda su dura vida pocas veces se había visto justificada su confianza. Todavía estaba insegura; la posición de sus pequeños hombros delataba su resolución de no parecer débil..., pero había desnudado su alma. Y él, aunque no tenía alma y se había creído incapaz de sentir, estaba dominado por una fuerza que no podía ni quería combatir. Las emociones se agitaban dentro de él como una marea implacable: esperanza, melancolía, un doloroso afán de ser realmente capaz de vivir de nuevo. Había reprimido estos sentimientos, temeroso de lo que podían significar y adónde podían conducirle. Pero ya no podía controlarlos.

Cyllan soltó de pronto una risa ahogada.

-Todavía no comprendo por qué -dijo.

-¿Por qué?

-Por qué me salvaste la vida.

Él avanzó y apoyó las manos en sus hombros.

-¿No lo sabes? -dijo suavemente y se inclinó para besarla en la cara.

Ella respondió afanosamente, casi de un modo infantil, pero después se puso rígida y se apartó.

-Por favor, Tarod..., no. A menos que... a menos que lo quieras de verdad.

Tarod comprendió, y el recuerdo de cómo le había mirado tan a menudo Sashka, hermosa, ávida e incitante, acudió a pesar suyo a su mente. Lo expulsó de él. Sashka estaba muerta; desde hacía tiempo, muerta para él...

-Lo quiero de verdad. -La atrajo hacia sí, su boca se posó en la de ella y su cuerpo respondió al calor que de ella emanaba-. Lo quiero de verdad, Cyllan...

El deseo estaba satisfecho, pero la emoción permanecía. Yacían juntos en el lecho de Tarod, descansando Cyllan la cabeza en el brazo de él. Ninguno de los dos había sentido necesidad de hablar, y ahora parecía que Cyllan estaba dormida, respirando tranquila y regularmente.

Tarod la observó. Se sentía en paz como nunca y, sin embargo, esta paz estaba matizada por una tristeza a la que, hasta ahora, había sido incapaz de enfrentarse. Le habían impresionado los sentimientos que esta muchacha extrañamente valerosa y fiel había despertado en él, pero sabía que no había nada ilusorio o fugaz en su amor por ella y en el de ella por él. Y sin embargo, a pesar de la floración de estos sentimientos, se daba cuenta de un profundo vacío en el fondo de su corazón, de una sombra oscura y fría que enturbiaba su recién encontrada felicidad.

¿Podía haber un futuro para ellos? Aquí, en esta extraña dimensión donde nada cambiaba nunca, podían existir por toda la eternidad si así lo querían. Pero para un hombre sin alma, incapaz de darse por entero, sería una existencia engañosa porque nunca podría llenarla realmente. Tarod quería ser de nuevo un hombre completo; conocer los dolores y las alegrías del hombre completo. Sin alma, sólo estaba vivo a medias..., pero recobrar su alma sería enfrentarse una vez más con todas las implicaciones de su verdadera naturaleza...

Suspiró y Cyllan abrió los ojos.

-¡Tarod! -Le tocó ligeramente el brazo, soñolienta, y después frunció el entrecejo-. Algo te conturba...

Leía demasiado bien en él.

-Pensamientos vanos -dijo él.

-Cuéntamelos. Por favor.

Él la atrajo más hacia sí.

-Estaba pensando en el futuro. -Sonrió, pero no alegremente-. Desde que fue desterrado el Tiempo, he existido aquí sin preocuparme de todo lo que había dejado atrás. Pero ahora... todo ha cambiado. Cuando perdí mi alma, pensé que había pasado más allá de la humanidad. Me equivocaba. Y sin embargo soy una cáscara, una concha..., con un núcleo frío que no puedo romper. No puedo darme a ti de la manera que habría podido hacer antaño; no puedo amarte con el alma, porque no la tengo. Pero si probara a volver atrás, si consiguiese...

-Tarod...

Percibiendo su aflicción, Cyllan trató de interrumpirle, pero él le impuso silencio colocando un dedo sobre sus labios.

-No. Tengo que decirlo. Tú sabes en qué me he convertido, Cyllan. Pero, ¿sabes lo que era antes?

El antiguo miedo volvió a reflejarse en los ojos de ella, y él sintió como si le clavasen un cuchillo en las entrañas. Cyllan todavía no había comprendido del todo, y temía que, cuando

Librodot

lo comprendiera, fuese incapaz de enfrentarse a la verdad sin repugnancia. Pero no podía ocultársela. Ella había estado dispuesta a jugar; también debía estarlo él.

-Antaño -dijo- yo tenía un anillo. En el anillo había una piedra, una piedra preciosa. Aprendí que aquella gema era una fuente de poder, pero ignoraba su verdadera naturaleza... hasta que me fue revelada por Yandros.

-Yandros... -Esta palabra produjo un estremecimiento atávico en Cyllan, que dijo, en tono indeciso -El Sumo Iniciado decía que era..., que es... un Señor del Caos...

-Sí.

-Y la piedra...

Sabía la respuesta, pero necesitaba oírla de boca de él.

-La piedra era el vehículo de mi alma. -Se lamió los labios repentinamente secos-. También ella es del reino del Caos.

Cyllan se incorporó, luchando al parecer con algún conflicto interior; después se volvió bruscamente hacia él y le asió la mano, mientras recobraba la voz en su aflicción.

-¡Pero tú no eres un demonio! Eres de este mundo, eres humano...

-Cyllan... -Le estrechó los dedos, conmovido por su lealtad, pero sin encontrar en ella verdadero alivio-. No soy humano. No del todo..., aunque saben los dioses que tardé mucho tiempo en descubrirlo.

-Entonces, ¿qué eres?

Tarod sacudió la cabeza.

-No lo sé, Cyllan, no lo sé. Tengo sentimientos humanos, reacciones humanas; pero poseo poderes que ningún mortal podría tener. El Círculo dice que soy un demonio. Y Yandros... -La miró con ojos vacilantes-. Yandros me llamó hermano.

Cyllan no dijo nada y, cuando él la miró de nuevo, tenía la cabeza inclinada de modo que no pudo verle la cara. Sin duda se estaba esforzando por asimilar todo lo que él le había dicho. Había esperado que negase las acusaciones formuladas contra él por el Círculo; pero él había confesado que, aunque deformadas, eran esencialmente verdaderas. La idea de que este hombre pudiese estar emparentado con un Señor del Caos la aterrorizaba... y sin embargo, dijera lo que dijese el catecismo que había aprendido en su infancia, no podía rechazarle; no podía volverse contra él en aras de un principio abstracto.

-Si recobrara la piedra-alma -dijo Tarod-, se fortalecerían mis lazos con el Caos. Pero, sin ella, no puedo vivir realmente, ni puedo alcanzar la plenitud contigo, que es todo lo que ansío. –Sonrió tristemente-. ¿Puedes comprender esta paradoja?

Cyllan le miró.

-¿Es una paradoja, Tarod? A pesar de todo lo que la piedra pudiese haber hecho de ti, ¡eres humano! Fuiste un alto Adepto, un servidor de nuestros dioses, cuando tenías tu alma. No eras un demonio... ¿Por qué habría de cambiar esto si la recobrases?

Él rió amargamente.

-El Círculo no lo aceptaría.

-Entonces, ¡al diablo con el Círculo! Si no supieron ver la verdad cuando la tenían ante sus ojos, ¡eran unos imbéciles!

Él se volvió a mirarla, inseguro de sí mismo.

-¿Tienes realmente tanta fe en mí, Cyllan?

-Sí -dijo sencillamente ella.

La ironía de su fidelidad inquebrantable, comparada con la hostilidad de aquellos que habían sido presuntamente sus iguales y sus amigos durante la mayor parte de su vida, era tranquilizadora. Durante su existencia solitaria en el Castillo sin tiempo, Tarod había vuelto la espalda a su antigua fidelidad a los Señores del Orden, porque con la traición del Círculo el Orden le había fallado. Pero el despertar de una humanidad reanimada le había hecho sentir de nuevo el amor a su mundo. Quería volver a ser parte de aquel mundo, un mundo en el que Yandros y los suyos no representaban el menor papel.

Miró el aro torcido del anillo en su mano izquierda.

-Podría ser peligroso que se recobrase la piedra. Era la clave del plan de Yandros para combatir el régimen de Aeoris, y podría ser que abriera la puerta..., que el Caos pudiese amenazar de nuevo al mundo.

-Tú luchaste antes contra el Caos. Incluso el Sumo Iniciado lo reconoció. Sus documentos dicen que desterraste a Yandros...

-Sin embargo, Yandros no acepta fácilmente la derrota. - Tarod sonrió débilmente -. Como sabes muy bien, a costa mía.

Cyllan se inclinó hacia adelante y le rodeó con sus brazos, y apretó su cuerpo contra el de él.

-Yandros no me preocupa -dijo resueltamente-. Es una sombra, y yo no temo a las sombras. Lo único que me importa es que has perdido una parte de ti mismo y quieres recobrarla. Esto es lo que cuenta.

Tarod la miró y alargó una mano para acariciar sus pálidos cabellos.

-¿No temes al ser que podría resultar de ello?

-No. -Le besó con fuerza-. No lo temo.

Librodot

CAPITULO 9

Drachea pasaba lenta y rítmicamente la mano a lo largo de la hoja de la espada, inclinado sobre ésta en una de las más apartadas habitaciones vacías del Castillo. Había enjugado cuidadosamente la sangre de Cyllan, pero esto no era suficiente; necesitaba pulir el acero hasta que tuviese un brillo cegador, borrar todo posible rastro de ella. Pureza, se decía una y otra vez, con malévola ferocidad; la espada debía ser absolutamente pura para que él pudiese blandirla de nuevo: no podían quedar en ella huellas de aquella bruja de rostro pálido.

El recuerdo de la frustración y la ira que había sentido al verse privado de su víctima hacía brotar un sudor frío de la frente de Drachea. Al abalanzarse sobre Cyllan, seguro de que iba a matarla, había sido momentáneamente cegado por una brillante aureola que se había materializado alrededor de ella viniendo de ninguna parte, y cuando se extinguió el breve destello, ella había desaparecido. No le cabía duda de que Tarod era el responsable de esto, aunque no sabía si su habilidad habría sido suficiente para mantener viva a Cyllan. Si ésta vivía, sería otro adversario con el que tendría que contar; pero las cuentas que tenía que saldar con ella y con su diabólico amante podían esperar. Ahora tenía que pensar en cosas más apremiantes.

Drachea dejó de pulir la espada, la observó con ojos críticos y, sintiéndose satisfecho, la puso casi con veneración sobre la cama antes de levantarse y acercarse a la ventana. Durante su búsqueda de un escondrijo seguro, había encontrado nueva ropa que creía más adecuada para su noble condición de heredero de un Margrave y campeón del Círculo contra el enemigo común. Plantado junto a la ventana, echó atrás la corta capa ribeteada de piel que cubría el jubón de terciopelo verde oscuro y la camisa de seda gris y el pantalón, tratando de ver su propia imagen en el cristal. Este le devolvió un reflejo deformado y eso le irritó, volvió atrás y tomó de nuevo la espada, levantándola y comprobando su equilibrio. No era el arma ideal (Cyllan le había fallado en esto, como en otras tantas cosas), pero le serviría. También había encontrado un cuchillo, que podía resultar un arma más útil. El cuchillo enfundado pendía ahora de su cinto; deslizó la espada en su funda junto a aquél, la ajustó sobre la cadera y decidió que estaba listo.

Drachea no se hacía ilusiones sobre sus perspectivas si se enfrentaba con Tarod y le desafiaba a solas; su última experiencia en manos del Adepto había estado a punto de hacerle perder la razón, y por nada del mundo quería repetirla. Si tenía que vencer a Tarod necesitaría ayuda, y la única posibilidad de conseguir esa ayuda era encontrar la manera de deshacer el hechizo que había detenido el Tiempo y hacer que el Círculo volviese al mundo. Entonces le correspondería aplicar el justo castigo, y nada podía ser más satisfactorio para él. Si Cyllan vivía, aprendería a lamentar su alianza con el Caos, y sonrió al pensar en la satisfacción que sentiría al obligarla a presenciar la destrucción final de Tarod.

Pero gozar ahora con su triunfo era prematuro: tenía que hacer un largo camino para alcanzar la victoria. Y el primer paso era buscar la piedra del Caos, que podía ser el arma más valiosa de todas. Con ella en la mano, estaría en condiciones de negociar con Tarod..., un negocio que redundaría en su propio favor.

Drachea echó una última mirada a la habitación, lamentando no haber podido compartir ese momento con alguien que admirase su valor y le desease suerte. Pero no importaba; a su tiempo recibiría la gratitud del Círculo como su campeón y salvador, y ellos cuidarían de que fuese debidamente recompensado.

Salió de la habitación, cerró la puerta sin hacer ruido y se dirigió a la escalera.

-Cyllan. -Tarod apoyó delicadamente las manos en sus hombros y ella le miró-. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Ella sonrió con animación.

-Sí, estoy segura. -Puso una mano sobre la izquierda de él, sintiendo los afilados bordes del anillo roto en su palma-. Tú no puedes entrar en el Salón de Mármol, y yo sí. Si la piedra puede ser encontrada, la encontraré. -Se puso de puntillas para besarle-. Confía en mí.

-Sí. Pero estoy inquieto. -Sus ojos verdes e intranquilos se fijaron en un punto detrás de ella-. Me persuadiste de que tuviese clemencia con Drachea... Sigo creyendo que fue un error.

-No.

Cyllan sacudió enérgicamente la cabeza, recordando lo mucho que le había costado disuadirle de ir en busca del joven y matarlo. No sabía por qué Drachea le inspiraba compasión; había traicionado su confianza y, si sus posiciones se invirtiesen, él no vacilaría en matarla a ella. Pero, mezclado con su desprecio, había un elemento de piedad; la venganza no cabía en su manera de pensar, y ver morir a Drachea sin una buena razón habría pesado siempre sobre su conciencia.

Tarod pensaba de modo diferente. El trato que Drachea había dado a Cyllan era por sí solo suficiente para provocar su ira, y nada deseaba más que mandarle al infierno y acabar con él. Por Cyllan había prometido contener su mano, pero, en el fondo de su corazón, se preguntaba si no tendría que lamentar esta promesa.

-Drachea no puede dañarnos -dijo Cyllan-. No cuenta para nada, Tarod. No le temo.

Él vaciló y después sonrió, aunque había todavía un poco de duda en sus ojos.

-Entonces, ve -le dijo-. Y si en cualquier momento me necesitas, te oiré y estaré contigo. – La besó, pareciendo reacio a dejarla marchar-. Que los dioses te protejan.

Observó cómo se cerraba la puerta, esperó a oír las ligeras pisadas en la escalera y, entonces, cerró los ojos verdes y se concentró brevemente en el pequeño ejercicio de poder que la transportaría al pie de la gigantesca torre. Hecho esto, volvió a su mesa y se sentó. La única vela se hallaba en su palmatoria entre un montón de libros; Tarod pasó una mano sobre ella y brotó la conocida y misteriosa llama verde. Cuando ésta aumentó en intensidad, proyectando una fría radiación sobre las demacradas facciones, Tarod miró sin pestañear el centro de la llama y trató de desterrar la inquietud que roía como un gusano su interior.

Al bajar la escalera que conducía a la biblioteca del sótano, Cyllan sintió una mezcla de excitación, impaciencia y miedo. No temía la tarea que iba a realizar, pero sabía que, si tenía éxito, el futuro se convertiría en un territorio desconocido y tal vez peligroso. Al recobrar la piedra-alma, Tarod recuperaría su verdadera naturaleza y no se contentaría con permanecer en el Castillo sin tiempo. Se había negado a confesar directamente la verdad, pero Cyllan creía que, cuando tuviera la piedra en su poder, la emplearía para llamar de nuevo al Tiempo. La idea de lo que podría ocurrir cuando se enfrentara de nuevo con el Círculo le daba escalofríos; pero le conocía lo bastante para saber que no actuaría de otra manera. No podía existir en una eternidad inmutable; necesitaba vivir, y si vivir presuponía un riesgo, no vacilaría en correrlo. No había tenido valor para discutir con él, y sin embargo, el único temor que la roía como una grave enfermedad era el miedo a perderle. Ni siquiera con su alma recobrada era Tarod invencible, y si el Círculo prevalecía contra él, ella perdería su propia razón de existir.

Los súbitos y drásticos cambios, tanto en ella como en Tarod, se habían producido tan inesperadamente que no había tenido ocasión de tratar de estudiarlos y comprenderlos. Y, si había de ser sincera, no lo deseaba. A requerimiento de Drachea, se había convencido de que Tarod era malo, un enemigo del que había que desconfiar y al que había que frustrar, y Cyllan había luchado contra sus propios deseos e instintos, para reforzar aquella convicción. Pero nunca se había sentido a gusto con ella y, al romperse por fin la barrera entre ambos, los sentimientos que había tratado de sofocar se habían apoderado irremisiblemente de su ánimo. Poderosas emociones, largo tiempo reprimidas, habían encontrado su objetivo en un hombre que le despertaba un furioso deseo, un amor inextinguible y una fidelidad que nada podía

quebrantar. Con razón o sin ella, había elegido su camino y, fuera lo que fuese lo que le reservaba el futuro, no se apartaría de él.

Bajó corriendo los últimos peldaños de la escalera y empujó la puerta que conducía a la biblioteca. El oscuro sótano estaba tranquilo y en silencio, y Cyllan se detuvo en el umbral, centrando su mente en Tarod, que esperaba en la torre. Al momento sintió que le contestaba una presencia que se unía a ella y calmaba su inquietud, y esto la reconfortó. Pasara lo que pasase, él estaría con ella... Al cruzar la estancia hacia la puerta medio oculta que la llevaría al Salón de Mármol, el dobladillo de su falda se enganchó en uno de los libros tirados en el suelo, y esto la obligó a detenerse para desengancharla. No estaba acostumbrada a usar prendas como éstas, pues en todo el tiempo que alcanzaba su recuerdo sólo había llevado las camisas y los pantalones que le daba un primo o, en años recientes, alguno de los hombres de la cuadrilla de su tío. Pero Tarod le había dicho que merecía algo mejor, mucho mejor..., y había encontrado, sabían los dioses dónde, un vestido de seda rojo oscuro que le sentaba como hecho a medida. La sensación de la tela la fascinaba; el susurro que hacía al moverse, el contacto de la seda sobre sus piernas desnudas... Y cuando se lo había puesto para él, Tarod le había dicho que estaba muy hermosa. Nadie le había hecho nunca este cumplido, pero no dudaba de la sinceridad de Tarod. Para él, era hermosa, y esta convicción significaba para ella más de lo que habría podido expresar. Cyllan seguía recordando complacida sus palabras cuando llegó a la puerta baja, la abrió y miró a lo largo del pasillo desierto, con su luz peculiar teñida de plata. Después, haciendo acopio de valor se dirigió hacia la fuente de aquella luz y hacia el Salón de Mármol.

El plan de Tarod, tal como se lo había esbozado, era bastante sencillo. Sin la piedra-alma, nada podía hacer para invertir las fuerzas que habían detenido el Péndulo del Tiempo y encerrado al Castillo en esta extraña no-dimensión; pero la piedra había sido enviada al limbo junto con los moradores del Castillo. La única manera de resolver la paradoja era romper la barrera de uno de los más altos de los siete planos astrales y encontrar la piedra. Si la estratagema daba resultado, y Tarod había confesado que no estaba seguro del éxito, podría ser traída a través de las dimensiones, si la fuerza y la voluntad motivadoras eran lo bastante firmes. Tarod tenía la fuerza y la voluntad, pero el foco vital representado por el propio Salón de Mármol le había sido negado por el capricho del destino, que había hecho que quedase ligeramente fuera de sincronización con el Castillo al ser desterrado el Tiempo. Sin alma, no podía entrar allí..., pero sí podía hacerlo Cyllan. Y Tarod creía que las innatas facultades psíquicas de ésta serían suficientes para permitirle triunfar en su empeño, empleándola a ella como médium.

Cyllan no pretendía comprender la naturaleza de la facultad oculta que necesitaría Tarod para lograr su objetivo; solamente rezaba para que pudiese ser capaz de hacer lo que él quería de ella. Le había advertido que podía haber peligro, pero ella lo había rechazado tercamente; confiaba en él, quería ayudarle y estaba resuelta a representar su papel lo mejor posible.

Pero ahora, al alargar la mano para tocar la puerta de plata mate que se interponía entre ella y el Salón de Mármol, sintió un escalofrío de incertidumbre. Nadie sabía las verdaderas propiedades de este extraño y fantástico lugar; esto lo había visto claro en los documentos del Sumo Iniciado, y Tarod lo había confirmado. Si algo fallaba en el plan, si se manifestaba alguna fuerza con la que ni siquiera Tarod había contado, nadie podía predecir cuáles serían las consecuencias. El limbo... Cyllan se estremeció ante la idea y estuvo a punto de apartar la mano de la puerta.

No es vergonzoso tener miedo, le había dicho Tarod. No luches contra el miedo, ni pretendas que no existe. Tenía razón... Este sentimiento, en los umbrales de semejante empresa, era natural...

Respiró hondo y tocó la puerta con la mano. La puerta se abrió, y la niebla reluciente y cambiante envolvió a Cyllan cuando entró despacio en el Salón de Mármol.

Drachea estaba al abrigo de la entrada, siguiendo inquieto con la mirada el extenso patio. Parecía desierto, pero era imposible estar seguro; la luz carmesí era engañosa, y cualquiera de las mil densas sombras podía moverse sin previo aviso y convertirse en algo que no fuese sombra... Miró hacia la cima de la Torre del Norte y creyó percibir un débil destello en una alta ventana; pero también esto podía ser una ilusión.

Había llegado al patio por un camino deliberadamente sinuoso que le llevó al fin a una insignificante entrada lateral contigua a las caballerizas. Si Tarod le estaba vigilando, lo más probable era que fijase la atención en la puerta principal que, según podía ver Drachea, estaba abierta. Si se mantenía en la oscuridad, podría alcanzar su meta con poco peligro de ser visto... y así, tratando de calmar los latidos de su corazón, salió y se refugió en la sombra de la negra pared y empezó a andar furtivamente a lo largo de ella. No ocurrió nada alarmante; en una ocasión creyó percibir un movimiento confuso como si algo sensible se hubiese separado del pie de un contrafuerte y deslizado sobre las losas; pero sólo era fruto de su imaginación, y al fin llegó al abrigo de la columnata. Aquí podía confundirse fácilmente con las oscuras siluetas de las columnas y, moviéndose despacio y con cautela, llegar a la puerta que conducía a la biblioteca del sótano.

Cuando llegó a la escalera, su resolución flaqueó, pues se dio cuenta de que Tarod podía estar esperándole en la biblioteca, pero se obligó a rechazar esa idea. Si vacilaba ahora, viendo demonios en cada esquina, igual podía volver a su habitación y esperar a que la locura o la venganza de Tarod, o ambas cosas, viniesen a buscarle. Tenía que empezar su trabajo y nada ganaría con demorarlo.

Cautelosamente, aunque imaginándose que cada pisada sonaba como un trueno, empezó a bajar la escalera.

Cyllan estaba al pie del bloque macizo de madera negra situado en lo que se creía que era el centro exacto del Salón de Mármol. Tenía los ojos cerrados y sus labios se movían en silencio, en una ferviente plegaria a Aeoris para que la protegiese, aunque no se atrevía a especular sobre si el dios consideraría oportuno hacerlo, en vista de lo que ella se proponía realizar. Los nervios le atacaban el estómago, produciéndole una impresión de mareo, y aunque el instinto la apremiaba para que alargara las manos y las pusiese sobre el bloque, no se atrevía a tocarlo. Al pasar por delante de las siete estatuas negras y sin cara, que se alzaban misteriosas entre la niebla, había vacilado, y sólo repitiendo en silencio las palabras de Tarod había podido seguir adelante. Pero había llegado hasta tan lejos... por mor de él, por mor de ambos, que debía mirar al frente y no hacia atrás.

El silencio y la quietud eran absolutas. Una vez se había imaginado que oía el sonido lejano y amortiguado de una campana, y otra vez, el eco de una risa tenue, apagada, casi fuera del alcance del oído humano, había parecido flotar tembloroso en la niebla; pero estas ilusiones engañosas se habían desvanecido. Pero el propio Salón parecía vivo y expectante; sentía su tensión como una presencia física. El suelo de mosaico estaba frío bajo sus pies descalzos... Cruzó las manos y se esforzó en calmar su mente, en hacerse receptiva al contacto con Tarod.

Su presencia se manifestó de pronto y poderosamente en la mente subconsciente de Cyllan. Por un instante, vio la habitación oscura en la cima de la torre y creyó ver también los ojos verdes fijando la mirada en los suyos y brillando con una intensidad que la asustó. Entonces sintió que aquella voluntad que la guiaba empezaba a fundirse con la suya y tomaba el mando... Respirando despacio, superficialmente, alargó las manos como una sonámbula y las apoyó en la tosca superficie del bloque de madera. Al tocarla, una fuerte sensación de vértigo la alcanzó, como surgiendo de debajo del suelo, y se tambaleó y se mordió la lengua para no gritar de espanto. Esta sensación pasó, pero Cyllan supo que, detrás de sus párpados cerrados, algo había cambiado. La tensión se estaba transformando en una impresión de sueño, como si flotase libre del tiempo y del espacio. Quería abrir los ojos, pero le faltaba valor para hacerlo. Todo lo que la rodeaba no había sido hecho para que lo viesen o comprendiesen los mortales, y esta certidumbre le infundió algo parecido al pánico. Agitó mentalmente los brazos,

Librodot

buscando ciegamente un áncora, y casi en el mismo instante, la otra voluntad se impuso a ella y la sostuvo, librándola del terror. Sintió de nuevo en su mente la presencia de Tarod, pero era una presencia que trascendía humanidad, más poderosa que todo lo que ella había conocido. Por un momento, su propia voluntad se resistió, impulsada por el miedo, pero aquella presencia la apaciguó, la tranquilizó, y Cyllan se dejó eclipsar por ella, mientras Tarod la conducía a través de los planos hacia la meta común.

Con la espada desenvainada, Drachea penetró en el sótano y siguió cuidadosamente su camino entre los libros y manuscritos desparramados en el suelo. Se volvía rápidamente a cada paso, levantando la espada como para parar un ataque por la espalda, pero la precaución era inútil. No había nadie en la biblioteca.

Y sin embargo, tenía la convicción de que no todo estaba como debía estar. Notaba una anomalía, aunque no podía descubrir su causa. Drachea no era adivino, pero algo le ponía sobre aviso, incluso antes de llegar a la puerta baja de la pared del fondo y encontrarla abierta de par en par.

Pisó el umbral, lamiéndose los labios, vacilante. Por allí se iba al Salón de Mármol, el único lugar de todo el Castillo donde, según su propia confesión, Tarod no podía entrar. Sin embargo, la puerta estaba abierta, indicando que alguien había pasado recientemente por ella..., y el otro único habitante del Castillo era Cyllan...

El miedo irracional que le había inspirado el Salón de Mármol no significaba nada en comparación con la inesperada oportunidad de ajustarle las cuentas a Cyllan. Dejó la espada, consciente de su poca utilidad en el espacio reducido del pasillo, y desenvainó el cuchillo. La hoja brilló siniestra a la extraña luz, y Drachea avanzó, despacio y cautelosamente, hacia la puerta de plata.

Primero experimentó una terrible sensación de peso, como si los imponentes acantilados de la Tierra Alta del Oeste cayeran sobre ella y la aplastasen... Pero resistió, apremiada por la voluntad que se había entrelazado con la suya, y bruscamente cesó la presión, sustituida por el bálsamo de una fresca y clara corriente que la arrastró como a un pez en su curso. Oyó la misteriosa canción de los fanaani, pero pronto se extinguió, y en su lugar fue azotada por un alegre y caprichoso vendaval..., como una oleada de calor inflamado e inextinguible. Tuvo la impresión de que pasaba en medio del fuego, y rompió a gritar, hasta que de pronto el terrible dolor fue mitigado por una voz que hablaba a lo más hondo de su conciencia. Despacio, parecía decirle. Despacio..., poco a poco... Estoy contigo...

Y se hizo un silencio. Sintió como si pendiese ingrávida e inmóvil en la nada; sin embargo había turbación en su mente, inquietud, miedo..., la sensación de que algo esperaba debajo de ella..., y la voz habló de nuevo dentro de ella y dijo: Mira...

Era un mundo en negro y plata, sin el menor color que mitigase su austeridad. Cyllan se cernía incorpórea sobre un suelo cuyos mosaicos trazaban un complicado dibujo, y al mirar hacia abajo, vio un cuadro extraordinario, inmóvil.

Unos veinte o treinta hombres y mujeres estaban alineados en un círculo, vueltas las cabezas hacia un hombre que llevaba un grueso y sombrío traje de ceremonia y un aro en la cabeza que tenía un brillo frío. Sus brazos estaban extendidos y sostenía con ambas manos una pesada y amenazadora espada que reflejaba una luz que parecía inflamar el aire a su alrededor. La luz iluminaba su robusto cuerpo, y su cara, aunque joven y bella, reflejaba dureza en sus facciones.

Cyllan sintió como si la atravesase un venablo de cólera, y comprendió que procedía de la conciencia anexa que era la de Tarod. Miró de nuevo y vio que el joven que sostenía la espada estaba plantado delante de un gran bloque de madera negra... y que sobre el bloque había otra figura, alta, macilenta, medio oculta la cara por una mata de cabellos negros. La rigidez inmóvil de la escena daba un aspecto macabro a la actitud de extrema angustia de la víctima tendida sobre el bloque... Entonces, el furor cobró de nuevo vida y la mente de Cyllan retrocedió espantada al reconocer a la víctima.

La piedra, Cyllan..., encuentra la piedra... La voz que habló dentro de ella no demostraba emoción palpable, pero Cyllan sintió la furiosa oleada de dolor que acompañaba a las palabras. Momentáneamente, comprendió lo que debió sentir Tarod al presenciar la escena de su propia ejecución, pero esta comprensión fue eclipsada por un deseo apremiante que surgió en sus entrelazadas voluntades. Guiada por Tarod, concentró toda su fuerza en la búsqueda...

Y entonces la vio. Estaba en las manos de otro Iniciado que se hallaba al pie del bloque, y brillaba con fría vida propia. Una sola gema, bella y de múltiples facetas..., la piedra del Caos.

Tómala, oyó que Tarod le ordenaba en voz baja, y algo pareció impulsarla hacia adelante y hacia abajo, de manera que su mente alcanzó las figuras inmóviles del cuadro. La piedra empezó a latir, lanzando siete rayos de luz que a punto estuvieron de cegarla a medida que se iba acercando..., y la presencia que había en su mente se apercibió para un último y único esfuerzo de voluntad. Sabía que éste era el momento peligroso; se requeriría toda la habilidad de Tarod para entrelazar sus conciencias compartidas con la piedra-alma y rescatarlas de aquel mundo de ilusión y fantasmagoría. Sintió que el poder crecía dentro de ella, hasta que pensó que no podría contenerlo y que estallaría bajo su inexorable presión... Pero siguió creciendo y la piedra luminosa resplandeció más que nunca, atrayendo a Cyllan como un terrible remolino...

Un enorme estruendo estalló en todas direcciones a la vez y Cyllan gritó aterrorizada cuando mil ecos retumbaron en sus oídos y fue lanzada de aquella dimensión. La mente, el cuerpo y el alma saltaron en pedazos y el grito siguió sonando... hasta que, con un gigantesco chasquido, retornó el mundo.

Estaba tendida sobre el tajo de ejecución, expulsado todo el aire de sus pulmones por la fuerza del impacto. Trató de moverse, pero sus miembros no tenían fuerza y sólo pudo deslizarse impotente hasta el suelo mientras sus perturbados sentidos luchaban por recuperarse. Al fin, guiada por el frío de las baldosas de mármol, pudo orientarse un poco y, lenta, gradual y dolorosamente, consiguió sentarse. Tenía cerrados los puños y, cuando trató de abrirlos, se vio sacudida por violentos espasmos musculares..., pero sintió algo duro y frío y redondeado en la palma de la mano...

-Tarod...

Articuló su nombre en voz alta y cascada, tratando de obligar a su voluntad a fundirse de nuevo con la de él, y casi sollozó aliviada cuando sintió que la mente de Tarod se acercaba a la suya. La presencia fue debilitada por la terrible experiencia compartida; él había gastado toda su energía conjurando a las fuerzas que había empleado, y el contacto era tenue. Sin embargo, era suficiente...

Ella proyectó la certidumbre que tenía con toda la fuerza que le quedaba. Tengo la piedra...

Él apenas pudo responderle y Cyllan empezó a levantarse. Al ponerse de pie, tuvo que apoyarse en el bloque de madera para mantener el equilibrio y recobrar el aliento, y fue mientras llenaba de aire sus pulmones, todavía con la piedra del Caos apretada en su mano, que una brillante hoja de acero pasó por encima de su hombro y se detuvo casi rozando su cuello, y una voz salvajemente triunfal le dijo:

-Gracias, Cyllan. Has resuelto mi problema más apremiante.

Tarod se derrumbó en su sillón, echando la cabeza hacia atrás. El sudor brillaba en su cara y en sus manos. Estaba agotado y la fuerza que ansiaba se negaba a volver a él. Llamar y emplear aquel poder era fatigoso en todas las circunstancias, pero hacerlo a través de otro, valiéndose de otra mente, casi había sido su perdición. Solamente con un férreo control de su voluntad había podido volver él mismo y hacer volver a Cyllan del limbo, y ahora se sentía tan débil como un niño recién nacido.

Pero lo había logrado... Esto encendió un fuego en su interior, pero no tenía fuerzas para regocijarse. Había triunfado y la piedra había sido recobrada de aquel otro mundo...

Debía ir junto a Cyllan. En su actual estado no tenía energía para traerla de nuevo a la torre, pero debía ir a su encuentro. Con un tremendo esfuerzo, se levantó del sillón y se

tambaleó como si estuviese borracho. Y entonces, al volverse hacia la puerta, algo rebulló en el nivel más hondo de su conciencia.

Tarod...

Esto le inquietó, pues reconoció el origen de la llamada psíquica y muda, y su inflexión le dijo que algo andaba mal.

Tarod...

Miedo. Era miedo lo que percibió en la llamada de ella; miedo y una súplica incoherente. Agotado como estaba, no podía aunar completamente su mente con la de Cyllan, pero le quedaba energía bastante, acuciada ahora por la alarma, para marchar físicamente hacia ella. Al hacerlo oyó más claramente lo que ella quería decirle.

Tarod, te he fallado... Estaba equivocada. Creí que él no podía dañarnos. . .

La impresión que le causaron sus palabras sacudió la cansada mente de Tarod, y le hizo comprender la verdad con terrible claridad. Giró en redondo y se acercó a la vela que seguía encendida y con un halo enfermizo, y se inclinó sobre la nacarada llama verde. Imágenes confusas bailaron ante él; ordenó que se fijasen, y entonces vio a Cyllan.

Estaba arrodillada en el suelo de mosaico a los pies de Drachea, con ambos brazos cruelmente retorcidos a su espalda. Drachea apoyaba la hoja de un cuchillo en su cuello, de manera que cualquier movimiento imprudente haría que le cortase la vena yugular. Tenía los ojos fuertemente cerrados y Tarod vio sangre en el labio que se había mordido.

Un furor más intenso que nunca empezó a invadir su mente. El furor que había sentido en la muerte de Themila, el que le había llevado a matar a Rhiman Han, o el provocado por la traición de Sashka, no eran nada en comparación con la loca cólera que le consumía ahora. Jadeó, se tambaleó hacia atrás y, con una mano, barrió la vela, los libros y todo lo que había sobre la mesa. Cayeron al suelo; el misterioso halo se extinguió, y en la mente de Tarod se hizo una oscuridad que trajo consigo un resurgimiento de poder que dirigió furiosamente contra Drachea...

-¡No!

Gritó esta palabra en un desesperado esfuerzo por romper su propia concentración, y casi cayó de espaldas al desintegrarse aquel rayo de poder en su cabeza. Su magia era inútil; sin un médium bien dispuesto no podía cruzar la barrera que se interponía entre él y el Salón de Mármol, y emplear a Cyllan como vehículo para esto sería matarla. Aspiró aire, esforzándose en calmarse y rebelándose furiosamente contra la idea de que estaba atrapado. No podía hacer nada contra Drachea, y Drachea tenía a Cyllan como rehén. Fuera lo que fuese lo que quisiera el heredero del Margrave (y Tarod creía tener la respuesta a esa pregunta), no tenía más remedio que acceder. Si se negaba, Cyllan moriría. Y al enfrentarse con esta última y terrible prueba, Tarod supo que todo sacrificio sería poco para salvarla.

-Así pues, nuestro mutuo amigo te ha oído y sabe el apuro en que te hallas. -Drachea sonrió, hablando suavemente, y dio un cruel tirón a los brazos sujetos de Cyllan -que hizo que ésta gritase de dolor-. Sin duda sabe también lo que sería de su preciosa piedra si tratase de cruzarse en mi camino.

Cyllan no respondió. No podía moverse, sabiendo que Drachea sostenía la hoja del cuchillo tan cerca de su cuello que el menor movimiento haría que se clavase profundamente, y que la herida sería fatal. Había sentido la desesperación y la furia de Tarod al darse cuenta éste de lo que había sucedido, pero ahora no había ninguna presencia en su mente. Rezó para que tuviera todavía una reserva de energía que pudiese emplear para destruir a Drachea, y se maldijo mil veces por su estupidez. Si no hubiera suplicado a Tarod que tuviese clemencia, Drachea estaría muerto...

Otro cruel tirón a sus brazos la devolvió a la realidad.

-¿Y bien? -preguntó Drachea con voz dura, junto a su oído-. ¿Qué dice? ¿Qué pretende hacer?

Cyllan emitió unos sonidos inarticulados y él retiró lo bastante el cuchillo para que pudiese hablar.

-No... no lo sé... -murmuró ella -¡Embustera!

-No... Es la verdad...

Drachea se echó a reír.

-Entonces, tal vez tu amante-demonio te aprecia menos de lo que creías. En cambio, aprecia mucho esa bonita chuchería que tienes en la mano. Suéltala, Cyllan.

Ella apretó el puño.

-No...

-¡He dicho que la sueltes!

El cuchillo tocó el cuello de Cyllan y ésta se dio cuenta de que nada conseguiría con una actitud desafiadora. Él podía matarla y apoderarse de la piedra, y nada habría ganado con su sacrificio.

La joya cayó al suelo con un débil y frío retintín, y Drachea la miró fijamente, casi incapaz de creer en su buena suerte. Parecía una baratija bastante corriente, mate, sin vida, como un trozo de cristal. Pero había visto el resplandor rojo-blanco que había brotado de la mano estirada de Cyllan cuando aquella cosa se había materializado ante sus ojos, y había sentido el poder que palpitaba en su núcleo. Era un artefacto mortal, y el Círculo le recompensaría espléndidamente cuando lo pusiese de nuevo bajo la custodia que por derecho le correspondía.

Drachea había entrado en el Salón de Mármol cuando el rito celebrado por Tarod y Cyllan se acercaba a su punto culminante. Cyllan no veía nada de cuanto la rodeaba y él se había ocultado detrás de una de las negras estatuas, apostando a que su presencia pasaría inadvertida. Pronto se dio cuenta de que Cyllan estaba actuando como médium del sombrío hechicero, y cuando vio la radiación de la piedra-alma brotando entre los dedos apretados de ella, supo lo que habían hecho y le invadió un vertiginoso entusiasmo. Débil como estaba ahora, Cyllan sería una presa fácil. Tarod no podía entrar en el Salón..., y Drachea, con la piedra-Caos en su mano, tendría una fortaleza inexpugnable desde la que formular sus exigencias.

Pero hasta ahora no había tenido oportunidad de formularlas. Había ordenado a Cyllan que estableciese contacto con Tarod, pero aunque ella juraba que lo había hecho, Tarod no había respondido. Sin duda consideraba que podía prescindir de ella y, en definitiva, vendría en busca de la piedra. Y no estaría dispuesto a perder su propia alma por mor de un sencillo trato...

Drachea se preguntó si Tarod estaría proyectando algún contraataque. Aquel demonio era muy astuto, y le inquietaba no poder hacer nada salvo esperar. Furioso de pronto, retorció una vez más el brazo de Cyllan, abriendo la boca para amenazarla si no trataba de nuevo de establecer contacto. Pero antes de que pudiese hablar, otra voz rompió el misterioso silencio del Salón de Mármol.

-Drachea.

El tono era escalofriante, tranquilo pero terrible. Drachea se sobresaltó y estuvo a punto de soltar los brazos de Cyllan; viendo una oportunidad, por ligera que fuese, ella se retorció y trató de desprenderse, pero antes de que pudiese hacerlo, él la sujetó con más fuerza, de modo que la cabeza de ella se apoyó en su hombro, y tocó con el cuchillo la carne de su cuello. Poco a poco, tirando de su carga, Drachea se volvió en redondo.

La niebla centelleante se había abierto como si un rayo de luz la hubiese atravesado, y el camino hacia la puerta de plata era claramente visible. A un paso más allá del umbral del Salón de Mármol,

estaba Tarod, con la mirada enloquecida y levantando la mano izquierda para señalar directamente a Drachea.

Tarod dijo, con malicia inhumana:

-Suéltala.

Por un instante, Drachea vaciló; pero entonces recordó las propiedades del Salón de Mármol y una mueca burlona se pintó en su semblante.

-¿Que la suelte? -dijo en son de mofa-. Debes de pensar que soy imbécil, demonio, ¡pero no soy tan crédulo! Tengo la piedra y tengo a Cyllan. ¡Destruiré las dos con toda impunidad si te atreves a darme órdenes de nuevo!

Los ojos de Tarod echaron chispas y un aura oscura centelleó a su alrededor.

-Tú no puedes destruir la piedra del Caos, gusano.

-Tal vez no, ¡pero puedo matarla a ella!

Sacudió violentamente a Cyllan y vio miedo en los ojos de Tarod antes de que éste pudiese disimularlo. Sus propios ojos brillaron de entusiasmo al darse cuenta de que su adversario había puesto inesperadamente al descubierto un punto flaco. ¿Sería posible que sintiese en fin de cuentas algún aprecio por Cyllan o, al menos, que ésta fuese de algún modo vital para él?

Lenta y reflexivamente, Drachea pasó la lengua sobre su labio inferior.

-Digamos, Adepto Tarod -prosiguió, poniendo un desprecio venenoso en las dos últimas palabras-, que hay algo que quiero pedirte. Digamos que si te niegas a dármelo, degollaré a Cyllan y podrás presenciar cómo se desangra sobre el suelo de mosaico. ¿Cuál sería tu respuesta a mi demanda?

Tarod contrajo el semblante y respondió furiosamente :

-Haz el menor daño a Cyllan y no solamente morirás, ¡sino que te enviaré a la tortura eterna!

-¡Oh! -graznó Drachea, encantado-. ¡Con que el ser sin alma tiene un punto flaco! ¿Qué es Cyllan para ti, Tarod, que la consideras tan vital? Al fin y al cabo, una ramera es una ramera, ¡y las hay mucho mejores entre las que elegir en este mundo!

Tarod alzó una mano como para lanzar un rayo, pero Cyllan le gritó:

-¡No! ¡Él sólo quiere enfurecerte, Tarod! ¡No le des esa satisfacción!

Drachea lanzó una maldición y tiró cruelmente de sus cabellos para hacerla callar, pero Tarod comprendió que Cyllan tenía razón. La cólera y el miedo habían estado peligrosamente a punto de hacerle perder el control; ahora, con un esfuerzo, consiguió dominarse. Si tenía que salvar a Cyllan,

de nada le serviría discutir con Drachea. Había que llegar a un trato... y sabía cuál sería éste.

El aura oscura vaciló y se desvaneció al mirar él al heredero del Margrave y a Cyllan. El menor movimiento podría significar la muerte de ésta... Tenía seca la garganta, tragó saliva y dijo a Drachea:

-¿Qué quieres de mí?

Drachea sonrió.

-¡Así está mejor! Al fin empiezas a comprender. Te lo diré claramente, demonio. Tengo a Cyllan, y tengo tu piedra-alma. Si quieres salvar la vida de Cyllan, debes emplear la piedra y devolver el Tiempo a este Castillo.

Cyllan se retorció furiosamente entre los brazos de Drachea.

-¡No, Tarod! -gritó-. Eso significaría despertar al Círculo y no puedes hacerlo, ¡no de esta manera!

Sus ojos, fijos y desorbitados, encontraron los de él, y vio en su verde mirada una tristeza y una compasión que la horrorizaron por sus implicaciones. Trató de sacudir la cabeza, pero el cuchillo estaba demasiado cerca.

-No, Tarod, por favor...

Él siguió mirándola.

-No tengo elección.

-¡Sí que la tienes! Deja que me mate. ¡Será mejor que la otra alternativa!

-¡No! - La negativa fue terriblemente vehemente, y Tarod levantó la cabeza para mirar orgullosa y despectivamente a Drachea-. Haré lo que hay que hacer, heredero del Margrave. Y te felicito por tu maldad. ¡Mi ajuste de cuentas contigo puede esperar!

-¡Tendrás que ajustarlas con el Sumo Iniciado! -se burló Drachea-. Reserva tu orgullo para él, ¡serpiente!

Tarod respiró hondo, para aplacar su furia, y dijo con calma:

-Entonces, dame la piedra.

-¿Qué? -dijo Drachea, con incredulidad; después se echó a reír, con una fuerte carcajada que resonó en el Salón de Mármol-. ¡Dejé de chuparme el dedo hace muchos años, amigo mío! Hasta que vuelva el Círculo y estés bien atado, ¡esta piedra se quedar conmigo! -Empujó a Cyllan hacia adelante hasta que ésta se agachó dolorosamente e inclinó la cabeza. Después impulsó con un pie la piedra del Caos, que seguía en el suelo, para que Tarod la viese-. Ya has empleado a esta zorra de rostro pálido como médium. Empléala de nuevo.

Esto requeriría más fuerza que la que poseía... Todavía estaba débil por la energía que había gastado para traer la piedra del limbo... En voz alta, dijo Tarod:

-No puedo.

-¡Mientes! ¡Lo has hecho una vez!

-Cyllan puede negarse.

-¡Entonces, maldito seas, haz que consienta! Es un dilema bastante sencillo: o haces lo que te ordeno y de la manera que te ordeno ¡o la verás morir! Mi paciencia se ha agotado. ¡Decide!

No tenía otro camino. Si se negaba a acceder a lo que pedía Drachea, éste degollaría a Cyllan y Tarod sería impotente para impedirlo. Y por muy terrible que fuese su venganza, nada podría compensar su pérdida...

Pero Tarod sabía que, debilitado como estaba por la energía empleada en sacar del limbo la piedra del Caos, podía no tener fuerza para hacer lo que Drachea quería de él. No era una magia sencilla y, si fracasaba, si se rompía su voluntad, la fuerza del retroceso podía destruir a Cyllan.

Sin embargo, ella estaba condenada si no lo intentase...

Esta voz interior le estremeció, pues no decía más que la pura verdad. Tarod suspiró.

-Muy bien, Drachea. Acepto tus condiciones.

-¡Ah! -Drachea hizo una mueca y después se inclinó para mirar burlonamente a Cyllan-. ¡Parece que la fidelidad de tu demonio amigo puede ser un consuelo para ti, zorra! Y él creía que era yo el estúpido...

Cyllan cerró los ojos, queriendo borrar la imagen de la cara torcida y triunfal de Drachea. Tenia que detener de algún modo a Tarod; era mejor, mucho mejor, que ella muriera y le dejase libre, pues la alternativa era demasiado espantosa para tomarla en cuenta. Desesperadamente, le suplicó de nuevo:

-Tarod..., escúchame...

-¡Silencio! -susurró Drachea.

-¡No! ¡Tarod! -Su voz se hizo estridente-. ¡No me importa lo que me suceda! Deja que emplee el cuchillo, ¡no me importa! No debes hacer eso, ¡no puedes hacerlo!

Drachea la había hecho girar en redondo para que no pudiese ver a Tarod, pero oía su voz con bastante claridad y su tono era implacable.

-No hay otro camino.

Y mientras él decía esto, ella oyó resonar en su mente otras palabras no formuladas con los labios:

Cyllan, si me amas, ¡obedéceme!

Ella apeló a sus recursos mentales.

¡No puedo! El Circulo te. . .

¡Al diablo con el Circulo! No quiero verte morir...

Lucharé contra ti...

No puedes luchar contra mi. Haré lo que debo hacer, y te emplearé como tenga que hacerlo, ¡para salvarte la vida!

Había veneno en el último mensaje y Cyllan comprendió que nada de lo que pudiese ella decir o hacer le haría vacilar. Empezaron a rodar lágrimas por sus mejillas, lágrimas de aflicción y de derrota, y Drachea miró rápidamente a Tarod.

-¿Se ha sometido? -preguntó.

-Hará lo que yo le diga -respondió brevemente Tarod.

-Bien. Entonces, no te desdigas... ¡Empieza!

Tarod inclinó la cabeza. Alejar de su mente la difícil situación en que se hallaba Cyllan y concentrarla en lo que debía hacer era una pesadilla, pero se obligó a apartar todo pensamiento extemporáneo. Era mucho lo que dependía de su habilidad y de la energía que le quedaba... Sin embargo, si tenía éxito, se colocaría a sí mismo en una trampa que se cerraría ferozmente sobre él. Era probable que Drachea tratase de matar a Cyllan en el momento en que hubiese terminado el rito, y Tarod tenía que arriesgarlo todo a la posibilidad de que, al verse libre de las trabas impuestas por la ausencia del Tiempo, pudiese ser capaz de intervenir antes de que fuese demasiado tarde. Pero si fracasaba...

Dijo, casi sin reconocer su propia voz:

-Haz que Cyllan se arrodille junto al bloque de madera y pon la piedra en sus manos.

Drachea escupió al suelo.

-La piedra se quedará donde está, ¡y también ella!

Tarod le miró con ojos malévolos.

-Entonces no puede haber la fuerza necesaria. Hay que seguir el procedimiento.

El heredero del Margrave se puso colorado de irritación y miró a su alrededor. A su espalda se alzaba el negro bloque de madera entre la niebla, y arrastró a Cyllan hacia él, empujando la piedra del Caos sobre el suelo mientras andaba. Al llegar al bloque, se volvió para mirar reflexivamente a Tarod; después, con una fuerza que hizo gritar a Cyllan, la subió sobre el bloque de manera para que yaciese de cara al techo invisible y con el cuello descubierto. Entonces agarró la piedra y la puso en las manos de ella y, por último se inclinó sobre Cyllan y apoyó ligeramente el cuchillo sobre su garganta.

-Creo que habré dejado claras mis intenciones, demonio -dijo a Tarod-. Si intentas algún truco contra mí, por rápido que seas, ¡le cortaré el cuello antes de que puedas tocarme! -Sonrió sarcásticamente-. Cuando jugamos a quarters en mi casa de Shu-Nhadek, ambos contrincantes saben que nada ganan si tratan de aprovecharse de un callejón sin salida.

-También nosotros jugamos a quarters en el Castillo -replicó Tarod-. Cuando se llega a un callejón sin salida, el juego ha terminado y no hay vencedor ni vencido.

-Entonces sugiero, en bien de Cyllan, que no trates de cambiar las reglas.

Tarod inclinó la cabeza.

-Sea como tú dices.

Yaciendo en el duro y mellado bloque de madera, con los ojos cerrados, supo Cyllan que estaban perdidos. Tarod había tomado su decisión y se había negado, temerariamente, a sacrificarla. Ahora, le faltaba voluntad para desafiarle, por mucho que quisiera hacerlo. Él podía derribar todos los obstáculos que pusiera en su camino.

Se rebeló interiormente contra el capricho del Destino que les había puesto a ambos en esta situación. Hubiese debido dejar que Tarod matase a Drachea... y se juró que, si ambos sobrevivían (o si sólo sobrevivía ella, lo cual era demasiado terrible para pensarlo), no descansaría hasta haber aniquilado al heredero del Margrave de Shu-Nhadek, a él y a todo lo que representaba. Nunca se había creído capaz de tanto odio, pero ahora la quemaba como una llama negra. Y de pronto, mezclándose con este sentimiento, tuvo conciencia de otra mente, de una cruda emoción que se entrelazaba con la suya y le daba fuerza.

Tarod... Le llamó mentalmente, dulcemente, y oyó su respuesta en palabras insonoras.

Escúchame, amor mío, puede que no sea lo bastante fuerte... y para conservar la fuerza, tengo que actuar rápidamente. No tengas miedo y no resistas. Sujeta la piedra con firmeza y deja que yo te guíe... Estaré contigo. . .

Su presencia se desvaneció súbitamente en una confusión de imágenes que se disolvieron con rapidez en una unidad lisa, como un mar monótono y oscuro. Cyllan sintió que su identidad se le escapaba, y la piedra que tenía entre las manos pareció latir con fuerza, como un corazón vivo. Todavía podía sentir el contacto del cuchillo en su cuello, pero era su único y tenue lazo con la realidad. Suspirando suavemente, dejó que su conciencia se hundiese en aquel mar, fundiéndose con Tarod, con la piedra-alma, con el infinito...

Tenía que hacerse rápidamente, pues no habría una segunda oportunidad. Antes, cuando buscaba el Péndulo del Tiempo, había viajado a través de los siete planos astrales, sacando fuerza y voluntad de cada uno de ellos, hasta que al fin se había envuelto en una capa de fuerza inquebrantable que había sido suficiente para su impresionante tarea. Pero ahora no podía tomar tantas precauciones. Sólo había un camino, salvaje e instantáneo. Y una antigua memoria empezó a despertar en lo más hondo de su ser, abriendo las puertas que le llevarían al borde del...

Tarod proyectó su voluntad y encontró la piedra del Caos. Esta la llamó y él la amó y la aborreció al mismo tiempo. Todos los músculos de su cuerpo estaban rígidos; Cyllan y Drachea y el Salón de Mármol se desvanecieron en su conciencia y quedaron muy atrás, mientras él se alejaba viajando en espíritu. La piedra pendía siempre delante de él, justo fuera de su alcance, y él quería respirar y no encontraba aire, y estaba empapado en sudor y tenía las manos cruzadas en una señal que casi había olvidado en su existencia humana.

Se estaba acercando... Sentía su presencia como una inexorable Némesis, y de nuevo proyectó su mente hacia la piedra, necesitando su poder en este momento crucial. Una imagen apareció vagamente en el borde de su conciencia; oscuridad, herrumbre, deterioro... La perseguía y ella le eludía.

Oscuridad, herrumbre, deterioro..., recuerda lo que eras antaño. . .

Y lentamente, lentamente, se materializó ante él una monstruosa sombra en medio de una penumbra densa, maléfica. La varilla se erguía en un vacío inimaginable y el gigantesco disco pendía inmóvil y sin vida, revestida de orín su superficie. El Péndulo, el árbitro del Tiempo en su propio mundo, abandonado y herrumbroso, como un pecio, como petrificado hasta que aquella fuerza única le despertase...

Tarod buscó en los más recónditos pliegues de su alma. Le estaba fallando la energía, se le escapaba el poder de la piedra; debía hacer la última llamada, o sería derrotado. Encogiendo su psiquis como un animal presto a saltar, sintió un ardor intenso en su corazón al liberarse instantáneamente la fuerza del alma del Caos de su cárcel de cristal y fundirse con él. Por un momento, él y el Péndulo fueron uno, y Tarod se lanzó hacia adelante con toda la fuerza de su voluntad.

Un alarido agudo como de alma atormentada partió la oscuridad cuando el macizo disco del Péndulo cedió a las fuerzas que lo atacaban. La varilla tembló con una enorme sacudida... y el Péndulo del Tiempo osciló hacia adelante, rompiendo la barrera entre las dimensiones y se precipitó en el mundo con un tremendo estruendo que lanzó a Tarod hacia atrás como un buque naufragando contra una ola gigantesca. Por un instante, vio que el bulto tremendo del Péndulo caía sobre él, pero entonces pareció estallar en una cegadora estrella de siete puntas que anuló sus sentidos. Paredes surgidas de ninguna parte fueron a su encuentro; se tambaleó y su cuerpo cayó, en forzada contorsión, sobre el suelo del pasadizo, y en el mismo instante perdió el conocimiento.

El grito que brotó de la garganta de Cyllan fue sofocado por la espantosa voz del Péndulo, y el Salón de Mármol pareció girar sobre sí mismo, alabeándose el suelo y crujiendo en protesta las paredes. Salió lanzada del bloque de madera como una muñeca arrojada por un

niño gigante y enojadizo, y cayó despatarrada sobre el suelo de mosaico del Salón, con los ecos del gran estampido resonando todavía en su cabeza. Jadeando como un pez fuera del agua miró con ojos acuosos el cuerpo postrado de Drachea, y después fue acometida por un espasmo de náuseas y se dobló al contraerse violentamente los músculos de su estómago vacío.

Tarod... El recuerdo volvió al fin a la superficie de su mente. ¿Dónde estaba Tarod? ¿Había triunfado? Y la piedra... Cerró convulsivamente el puño y sintió las duras aristas de la gema en la palma de la mano. En su confusión, lo único que sabía era que debía llegar hasta Tarod, y empezó a ponerse de pie.

-¡Oh, no zorra!

Cyllan se volvió en redondo y vio que Drachea se abalanzaba sobre ella. Había recobrado el sentido más de prisa que ella y estaba ya en pie, aunque vacilando. Horrorizada, echó a correr, oyó pisadas a su espalda... y Drachea se arrojó contra ella y los dos cayeron brutalmente al suelo. Cyllan pateó furiosamente y un puño le golpeó la cara, dejándola aturdida; perdió el conocimiento y Drachea la agarró fatigosamente de los hombros y se levantó, arrastrándola sobre el suelo...

Y se detuvo.

-¡Aeoris!

Dejó caer su carga e hizo la señal del Dios Blanco sobre el corazón. Los personajes togados (unos veinte o treinta entre hombres y mujeres) que formaban un círculo alrededor del bloque negro le miraban fijamente, pálidos los semblantes por la impresión y la sorpresa. Un hombre joven y de cabellos rubios sostenía una enorme espada con ambas manos; ahora cayó de sus dedos y repicó fuertemente sobre el suelo de mármol mientras el que la blandía se esforzaba en asimilar lo que veían sus ojos. Un movimiento en uno de los lados llamó la atención de Drachea, a tiempo de ver que un hombre muy viejo caía al suelo con un débil gemido y yacía inmóvil; entonces una mujer empezó a chillar, con un grito prolongado y gemebundo de histerismo.

Drachea y el hombre de cabellos rubios siguieron mirándose, y todas las palabras de saludo triunfal que Drachea había cuidadosa y frecuentemente ensayado murieron en su lengua. Después, poco a poco y a sacudidas, el hombre rubio avanzó dando la vuelta al bloque.

-¿Qué...?

Sacudió la cabeza, perplejo e incapaz de formular la pregunta.

Cyllan se movió. Tenía una moradura en la mejilla donde la había golpeado Drachea y, cuando abrió los ojos, no pudo enfocar de momento la mirada. Trató convulsivamente de levantarse y unas manos se lo impidieron empujándola cruelmente. Protestó haciendo una mueca de dolor y entonces se dio cuenta de que alguien la estaba mirando. Y al aclararse su visión, observó los ojos castaños claros, fijos, de un hombre que vestía un traje fúnebre de púrpura y azul zafiro. Entonces recordó: había visto aquella cara, aquel atuendo, antes de ahora, en el espantoso cuadro del plano astral... y entonces reconoció el símbolo en el hombro del personaje: un doble círculo dividido por un rayo. Era Keridil Toln, Sumo Iniciado del Circulo... y el peor enemigo de Tarod...

Drachea apartó de los ojos los cabellos empapados en sudor e hizo un encomiable intento de reverencia en dirección al hombre de cabellos rubios.

-Señor -dijo cuando hubo recobrado el aliento-. Hay mucho que explicar y considero que éste será mi privilegio. Pero... ¡que Aeoris sea loado por tu regreso sano y salvo!

CAPITULO 10

Keridil Toln miró fijamente a Drachea y a Cyllan, perplejo por la súbita y violenta interrupción del ritual del Círculo. Le pareció que sólo había pasado un momento desde que había levantado la espada ceremonial sobre la cabeza de Tarod en el tajo de ejecución, mientras pedía que la Llama Blanca de Aeoris consumiese y condenase a aquella criatura del Caos. Entonces, sin previo aviso, un trueno formidable había sacudido su mente, destrozando el poder que había acumulado... y, al recobrarse de la impresión, había abierto los ojos y se había encontrado con que su víctima había desaparecido y dos desconocidos estaban luchando como gatos salvajes en el suelo del Salón de Mármol. Una mezcla de cólera y de miedo ante algo que escapaba a su comprensión hizo presa en él, y gritó a Drachea:

-¿Quién eres? ¿Y cómo, en nombre de todos los dioses, habéis llegado hasta aquí?

Drachea tragó saliva.

-Señor, ahora no es momento para dar explicaciones. Tu enemigo, la criatura llamada Tarod, anda suelto, y debe ser encontrado antes de que pueda hacer más estragos.

Keridil volvió de pronto la cabeza para mirar al tajo vacío.

-¿Es Tarod el causante de este...?

Antes de que Drachea pudiese responder, Cyllan se retorció entre sus brazos y gritó:

-¡No! ¡Está mintiendo! ¡Lo que dice no es verdad! Escúchame a mí...

Drachea le dio un fuerte puñetazo en la cabeza y ella cayó al suelo.

-¡Cállate, ramera! - le escupió Drachea -. ¡Di una palabra más y te mataré!

La cara de Keridil enrojeció de cólera, y dijo furiosamente :

-¡No toleraré aquí este comportamiento!

Drachea miró a Cyllan y dijo duramente:

-¿Ni siquiera tratándose de una mujer confabulada con el Caos? Esta perra traidora es la amante de Tarod... ¡y tiene su piedra-alma!

-¿Qué? -Los ojos de Keridil demostraron que empezaba a comprender. Se acercó a Cyllan-. ¿Es esto cierto, muchacha?

Cyllan le miró con mudo desafío, deseando que su boca no estuviese demasiado seca para escupir.

-La tiene en su mano izquierda -dijo Drachea, sacudiéndola violentamente-. Y sólo hay una manera de lograr que la entregue.

Tocó el cuello de Cyllan con la punta de la hoja del cuchillo.

-No. -Keridil levantó una mano anticipándose a él-. No consentiré ninguna violencia contra ella hasta que haya escuchado toda la historia. –Sus ojos se fijaron de nuevo en los de Drachea-. Dices que Tarod anda libre. ¿Dónde está?

-Estoy aquí, Keridil.

Todos se volvieron, a excepción de Cyllan, que se mantenía rígida con el cuchillo de Drachea todavía junto a su cuello. Tarod entró lentamente y vacilando en el Salón de Mármol, casi incapaz de mantenerse en pie. Sus cabellos empapados en sudor pendían lacios y sus ojos estaban vidriosos a causa de la fatiga; había empleado toda la fuerza que le quedaba para llamar al Tiempo y esto le había dejado como una cáscara vacía.

Cuatro hombres se adelantaron, con sus armas desenvainadas, pero vacilaron al recordar cómo había rechazado antes ataques parecidos. Tarod sonrió débilmente, haciendo un esfuerzo.

-Di a tus amigos que nada tienen que temer, Sumo Iniciado.

Keridil le miró un instante como si sopesara sus palabras. Después dijo brevemente:

-Atadle.

Uno de los Adeptos empleó el cinturón de su túnica para atar las manos de Tarod detrás de su espalda y, después, los cuatro le escoltaron al acercarse a los que se hallaban alrededor del tajo, hasta que al fin Keridil y él se hallaron frente a frente.

Keridil dijo pausadamente :

-Conque no pudimos destruirte... Hubiese debido comprender que no aceptarías fácilmente la derrota.

-Tarod, ¡mátale! -gritó de pronto Cyllan-. Mátale, antes de que ellos...

Calló cuando Drachea la agarró de los cabellos y levantó el cuchillo como para descargar un golpe mortal...

-¡No!

La brusca orden procedía de Keridil, que giró en redondo y, con un golpe, hizo caer la daga de la mano de Drachea. Cyllan trató de lanzarse hacia Tarod, pero el Sumo Iniciado la agarró de un brazo y la hizo retroceder, sujetándole la muñeca izquierda con la otra mano. Era más alto y corpulento que Drachea. Y ella sólo pudo lanzar una maldición ahogada cuando él trató de abrirle los dedos.

-Veamos si el joven ha dicho la verdad sobre esta muchacha... -gruñó Keridil, mientras Cyllan se resistía como una fiera.

Después le torció la mano para poder abrirla más fácilmente. Cyllan le mordió con toda su fuerza, haciéndole sangrar, y dos Adeptos se adelantaron para sujetarla mientras Keridil abría por la fuerza los apretados dedos.

La piedra cayó al suelo y Drachea se apresuró a tomarla mientras Cyllan chillaba protestando. La tendió al Sumo Iniciado, el cual dejó la violenta joven al cuidado de los dos Adeptos antes de tomar la piedra -con cierta cautela, advirtió Drachea- y sopesarla en la palma de la mano. Sus ojos castaños miraron reflexivamente al joven durante un momento y después se volvieron de nuevo a Tarod.

-Parece que hemos abierto un verdadero nido de víboras -dijo pausadamente-. Pero creo que dominamos la situación. Tenemos la piedra del Caos y, según parece, Tarod no está en condiciones de desafiarnos. Y ahora, ¿querrá alguien explicarme lo que ha sucedido?

Tarod no dijo nada y Drachea dio un paso adelante.

-Señor, soy Drachea Rannak, heredero del Margrave de la provincia de Shu. Creo que conoces a mi padre, Gant Ambaril Rannak...

Keridil frunció el entrecejo.

-Conozco a Gant... y veo que te pareces a él. Pero, por todo lo sagrado, ¿cómo habéis venido a parar aquí?

Drachea miró furiosamente a Tarod.

-He estado prisionero en el Castillo... Justo antes del Primer Día de Primavera fui traído aquí contra mi voluntad...

-¿Qué? -dijo Keridil, con incredulidad-. Todavía faltan dos meses para el Primer Día de Primavera.

-¡No, señor! Por todo lo que sé, aquel día puede haber quedado dos meses o incluso dos años atrás.

Keridil miró rápidamente a sus compañeros Adeptos. Al ver sus semblantes perplejos, dijo enérgicamente:

-¡Explícate!

Drachea respiró hondo.

-El Tiempo fue detenido. Este Castillo dejó en realidad de existir cuando la criatura llamada Tarod empleó su poder diabólico para arrancarlo del mundo con todos sus moradores y encerrarlo en el limbo. -Hizo una pausa y prosiguió-: He visto los documentos relativos a su ejecución. Hizo acopio de sus poderes caóticos al llegar vuestro rito al punto culminante, y desterró al Tiempo.

Alguien lanzó una exclamación de incredulidad y Keridil sacudió la cabeza.

-No; no puedo aceptar que esto sea posible.

-Es posible, Keridil -dijo pausadamente Tarod y, cuando el Sumo Iniciado le miró, vio en su sonrisa una pizca de la antigua malevolencia-. ¿Creías que aceptaría dócilmente mi propia destrucción?

Keridil le miró fijamente y comprendió que estaba diciendo la verdad. La idea de un poder tan enorme en manos de un hombre le estremeció hasta la médula, y reprimió un escalofrío antes de volverse de nuevo a Drachea.

-Dices que el Tiempo fue detenido. Sin embargo, tú y esta mujer encontrasteis el camino del Castillo. ¿Cómo?

Drachea sacudió la cabeza.

-No lo sé Sumo Iniciado, pero creo que fue obra suya -dijo, señalando a Cyllan con un dedo acusador-. Es una bruja, una criatura del Caos. Me engañó y me trajo aquí, y desde que llegamos ha estado conspirando con ese engendro del infierno contra mí y contra todos los que defendemos la Luz y el Orden.

-¡Embustero! -le escupió Cyllan-. ¡Traidor!

Keridil la miró por encima del hombro y dijo tranquilamente :

-Podrás hablar cuando llegue tu turno, muchacha. Hasta entonces, muérdete la lengua... o te la cortaré.

-¡Tiene que morir! -insistió Drachea, con vehemencia-. ¿No es éste el justo castigo de todos los servidores del Caos? Es una bruja, una serpiente. No pierdas el tiempo con ella, Sumo Iniciado, ¡mátala ahora mismo! -Llevó la mano a la espada que llevaba colgada del cinto-. Tú mismo has visto que está confabulada con ese demonio... y después de lo que me han hecho...

-¡Toca a Cyllan v será tu condena! -rugió Tarod.

Keridil miró a Drachea a los ojos y vio en ellos una febril sed de venganza. El joven era impetuoso, había dictado su sentencia y quería verla cumplida. La supervivencia de Cyllan no interesaba personalmente a Keridil y, si había conspirado realmente con Tarod contra el Círculo, merecía el castigo más severo. Pero no podía aprobar la idea de justicia sumaria de Drachea... y además, la furiosa amenaza de Tarod le había dado una clave vital. Por muy inverosímil que pudiese parecer, la muchacha era evidentemente importante para él, y él estaba ansioso de protegerla, lo cual colocaba al hechicero de negros cabellos en una situación singularmente desventajosa. . .

Drachea se disponía a continuar su diatriba contra Cyllan, pero una mirada autoritaria de Keridil le impuso silencio. El Sumo Iniciado se acercó al lugar donde Cyllan seguía debatiéndose con sus guardianes y, agarrándola de los cabellos, le echó la cabeza atrás hasta que ella se vio obligada a mirarle.

-Parece que Tarod se interesa mucho por tu salvación -dijo, con suma amabilidad-. Veremos lo que podemos hacer para satisfacer su deseo de protegerte.

-¡Yo no quiero protección! -replicó furiosamente Cyllan-. ¡No temo morir, y tú no me das miedo!

-Valientes palabras. -Keridil sonrió-. Pero ya veremos si conservas tu valor ante la condenación de tu propia alma.

Sus palabras provocaron la respuesta que esperaba. Tarod se desprendió de los cuatro hombres que le sujetaban y dio un paso adelante.

-¡Tú verás lo que haces, Sumo Iniciado! Si Cyllan sufre el menor daño, ¡juro que te destruiré, destruiré el Círculo y destruiré este Castillo!

El brillo maligno estaba volviendo a sus ojos y Keridil sospechó que había recobrado parte de su fuerza. No la suficiente para que fuese peligroso, pero, sin embargo, lo más prudente sería cerrar con él un trato sin pérdida de tiempo. Volvió la espalda a Cyllan y avanzó con lenta deliberación hacia su adversario.

-Muy bien, Tarod. Tu fidelidad es encomiable y tal vez puedas utilizarla en beneficio de la joven. - Su mirada se endureció -. Tu suerte está echada. Tenemos la piedra-alma y, con ello, el medio de verte al fin aniquilado. Pero ya has demostrado que eres un traidor y, por tanto,

quiero asegurarme de que no trates de engañarnos por segunda vez. -Se acarició el mentón, fingiendo que reflexionaba-. La muchacha se quedará en el Castillo, bajo estrecha vigilancia, mientras se hacen los preparativos para repetir la ceremonia que fracasó esta noche. Si te sometes, ella no sufrirá ningún daño y, cuando hayas muerto, podrá marcharse en libertad. Pero si intentas traicionarnos, si haces un solo movimiento que pueda ser mal interpretado, entonces la entregaré al heredero del Margrave para que pueda vengarse como ansía.

Era el mismo chantaje que había empleado Drachea para lograr el retorno del Tiempo, y Tarod estaba desolado. Conocía lo bastante a Keridil para saber que no tendría escrúpulos en cumplir su amenaza: su motivación era fría y calculada, más peligrosa que las cuentas personales que quería ajustar Drachea, y la alternativa era dolorosamente clara. Si aceptaba las condiciones de Keridil, moriría cruelmente atormentado. Y la piedra del Caos permanecería en el mundo, como vehículo para las ambiciones de Yandros. Pero si no lo hacía, la muerte de Cyllan sería inminente.

Podía realizar su amenaza; destruir a Keridil y el Círculo, recuperar la piedra y hacer que todos se condenasen. Pero no podría devolver la vida a Cyllan y, sin ella, no le importaba vivir. Al diablo con el mundo..., le tenían sin cuidado los males que podían amenazarle si permitía que ellos le matasen. Lo único que contaba era la supervivencia de Cyllan.

Pero Keridil le había traicionado una vez... Levantó los ojos y encontró la mirada firme del Sumo Iniciado.

-¿Qué seguridad puedo tener, Keridil? ¿Qué garantía puedes darme de que Cyllan será bien tratada si me avengo a tu demanda?

Keridil sonrió reservadamente.

-Mi palabra de Sumo Iniciado del Círculo.

Los párpados dejaron sólo una rendija sobre los ojos verdes.

-¡Tu palabra no vale nada!

-Tómalo o déjalo. No estás en condiciones de regatear..., a menos que prefieras verla morir aquí y ahora.

Hubo un súbito y violento revuelo detrás de Keridil, y éste se volvió a tiempo de ver cómo Cyllan luchaba con uno de los Adeptos. Estaba tratando de desenvainar y apoderarse de la espada corta del hombre, y fluyó sangre de la palma de su mano al cortarse con la hoja.

-¡Sujetadla! -gritó Keridil, furioso al darse cuenta de lo que ella intentaba.

Si podía acercar el brazo a la hoja, se cortaría una arteria y vertería su sangre vital antes de que nadie pudiese impedirlo.

Cyllan luchó como una loca, pateando y mordiendo, pero los otros pudieron más que ella. Uno de los Adeptos cortó una tira de tela de su propia capa y le ató la mano, y sólo cuando estuvo definitivamente dominada, Keridil se volvió de nuevo a Tarod.

-¿Y bien? -dijo-. Estoy esperando tu respuesta.

Nada podía hacer Tarod, salvo rezar para que Keridil cumpliese su palabra. El Sumo Iniciado no tenía nada personal contra Cyllan, y nada ganaría con dañarla. Era una probabilidad... y no tenía más remedio que aceptarla.

Tarod asintió brevemente con la cabeza.

-Estoy de acuerdo. - Después levantó la cabeza y dirigió a Keridil una mirada fría y cruel -. Pero debes cumplir el trato al pie de la letra. Si alguien pusiera las manos sobre ella contra su voluntad...

-Nadie abusará de ella. -Keridil esbozó una desagradable sonrisa-. Dudo de que ningún hombre viviente tuviera la intención de acostarse con una sierva del Caos.

Tarod hizo caso omiso de la ofensa.

-Y cuando yo esté muerto... -vaciló al oír un grito ahogado de Cyllan-. Cuando yo esté muerto, será puesta en libertad. -Miró a la muchacha-. Ella no tiene poder. No será ninguna amenaza para ti.

-Será puesta en libertad, sin sufrir el menor daño.

Tarod asintió de nuevo con la cabeza.

-No te daré la mano para cerrar el trato. Pero considéralo cerrado.

Keridil suspiró. Por un instante, se había preguntado si la fidelidad de Tarod flaquearía ante la decisión que había de tomar, pero su instinto no le había engañado. Dio mentalmente gracias a Aeoris por la flaqueza quijotesca del carácter de Tarod que le hacía sacrificarse en aras de un altruismo personal, cualidad admirable en ciertas circunstancias, pero que a menudo resultaba equivocada. Sin embargo, al volverse se dio cuenta de una ligera inquietud en su interior que podía ser un sentimiento de vergüenza. Lo rechazó con impaciencia y habló a sus compañeros Adeptos.

-Nada ganaremos permaneciendo más tiempo aquí. Si nuestro amigo Drachea Rannak -y se inclinó en dirección a Drachea- está en lo cierto en lo que nos ha contado, encontraremos bastante desarreglado el Castillo. Habrá que poner orden en muchas cosas, y también mucho que explicar. -Señaló a Tarod-. Encerradle y custodiadle muy bien. Más tarde veré qué otras precauciones hemos de tomar.

-¿Y la muchacha? -preguntó un Adepto.

-Llevadla a una habitación y cuidad de que esté cómoda. Pero tenedla bajo vigilancia. -Keridil se volvió a Drachea-. Si quieres acompañarnos...

Cyllan no protestó cuando los Adeptos la condujeron hacia la puerta de plata. Tarod permaneció inmóvil, observándola, y al pasar por delante de él, Cyllan se detuvo de pronto y le miró.

-Tarod -dijo con voz terriblemente tranquila-, no dejaré que esto te ocurra. Voy a matarme. No sé cómo, pero encontraré la manera, lo juro. No voy a permitir que mueras por mí.

-No, Cyllan. -Trató de tocarla, olvidando momentáneamente que tenía las manos atadas a la espalda-. Tienes que vivir. Por mí.

Ella sacudió violentamente la cabeza.

-Sin ti, ¡no tendré nada para lo que vivir! Lo haré, Tarod. No quiero permanecer en el mundo si significa... esto. -Desprendió una mano que tenía asida a su guardián, el cual no lo impidió confuso y vacilante, y tocó cariñosamente la cara de Tarod. Este le besó los dedos y volvió la cabeza.

-Lo ha dicho en serio, Keridil. -Sus ojos estaban llenos de dolor-. Impídeselo. Ya sabes cuál es la alternativa.

Y antes de que Cyllan pudiese hablar de nuevo, echó a andar en dirección al pasadizo.

Fue una extraña procesión la que subió la escalera de caracol que llevaba al patio del Castillo. Keridil iba el primero, con Drachea pisándole los talones, y detrás de ellos subía Tarod bajo la estrecha vigilancia de cuatro Adeptos. Cyllan y su escolta les seguían, mientras que el resto de Adeptos de alto rango cerraban la marcha.

Al acercarse a la puerta del patio, Cyllan tuvo un presentimiento de lo que iba a ver. Aunque parezca extraño, había llegado a apreciar el Castillo tal como lo conocía; la misteriosa luz carmesí se adaptaba bien a las antiguas piedras de los muros, y el silencio tenía una paz que por muy tenebrosa que fuese, era mejor que el bullicio de una residencia humana. Y había allí recuerdos que hicieron aflorar las lágrimas en sus ojos al subir los últimos peldaños y salir finalmente a la noche.

El resplandor carmesí había desaparecido. En su lugar, se cernía una oscuridad densa y gris; el fulgor verdoso de un cielo nocturno iluminado por el reflejo de una de las lunas se proyectaba ahora en las altas paredes. Un débil susurro llegó a sus oídos y vio brillar el agua de la adornada fuente que captaba y reflejaba la pálida luz de las estrellas. El Castillo parecía mirar como un animal indiferente y ciego, sin una sola lámpara o antorcha que iluminase alguna de sus innumerables ventanas, y había un olor a mar en la brisa nocturna.

Keridil aspiró profundamente el aire.

-Vamos -dijo a media voz-. Si no me equivoco, falta una hora o más para que amanezca. Nos reuniremos en el salón.

Cruzaron en silencio el patio y subieron la escalinata de la puerta principal. Mientras caminaban por los corredores del Castillo, sus pisadas resonaron con un sonido hueco. Cyllan miró a su alrededor y todo le pareció turbadoramente distinto. De vez en cuando miraba a Tarod, que caminaba delante de ella, y en una ocasión trató de emplear sus facultades psíquicas para establecer contacto mental con él, pero él no le respondió.

Se sentía amargada y afligida. Cuando la victoria estaba literalmente a su alcance, se había frustrado su empeño, y se culpaba de ello, ya que su compasión mal empleada había permitido que Drachea Rannak siguiese con vida. Ahora, sólo un inmenso vacío se extendía ante ella. Pero encontraría la manera de hacer lo que había prometido. Y cuando estuviese muerta, Tarod podría ejercer libremente su venganza...

Las puertas del comedor se abrieron con un chirrido de protesta de sus goznes y Keridil observó la cámara desnuda y desierta. Le impresionó profundamente ver el Castillo tan vacío y abandonado y, para calmar su inquietud, se hizo locuaz.

-Despertad a los criados y que enciendan el fuego -ordenó-. Enviaremos recado a las cocinas para que se prepare comida..., ¡ah! que alguien tenga la bondad de ir a buscar a mi mayordomo Gyneth, pues le necesito aquí. -Se volvió a mirar a Tarod-. Buscad el lugar más seguro para él, con preferencia en los sótanos, donde no hay ventanas. Más tarde tomaré las últimas decisiones. En cuanto a esa muchacha... -Miró reflexivamente a Cyllan durante unos momentos y después hizo una seña a su escolta-. Venid conmigo.

Cyllan miró por encima del hombro y vio cómo se llevaban a Tarod por una puerta lateral antes de que la empujasen a ella hacia la escalera que conducía a la galería de encima de la enorme chimenea. En el fondo de la galería, una pequeña puerta conducía a otro laberinto de pasillos y escaleras, y por fin llegaron a un estrecho corredor en la planta más alta del Castillo. Keridil abrió la puerta de una habitación situada en el extremo del pasillo, miró a su interior y satisfecho, hizo ademán a los guardianes de Cyllan para que la hiciesen entrar.

La habitación era pequeña y escasa pero cómodamente amueblada. Una cama, un solo sillón tapizado, una mesita y gruesas cortinas de terciopelo en la ventana. En el suelo, alfombras tejidas a mano, y Cyllan permaneció en silencio en medio de la estancia, mirando a su alrededor.

Keridil se dirigió a la ventana y apartó las cortinas, descubriendo una reja de hierro delante del cristal. Después sacó un cuchillo del cinto y, con dos rápidos golpes, cortó los cordones que sujetaban las cortinas. Por último, se plantó delante de Cyllan.

-Entiéndeme bien -dijo sin brusquedad-. La ventana está enrejada, de manera que no podrás abrirla y saltar por ella, ni romper el cristal ni emplearlo para cortarte las muñecas. Ya no hay cordones en las cortinas con los que puedas ahorcarte. Y la lámpara será colocada a tal altura que no puedas alcanzarla; por lo tanto, no creas que puedas prenderte fuego y morir de esta manera.

Cyllan solamente le miró, echando chispas por los ojos.

-Considérate una huésped distinguida del Círculo - siguió diciendo Keridil -. Cuando hayamos hecho lo que hay que hacer, quedarás en libertad y, si entonces quieres quitarte la vida, ya no será de mi incumbencia. -Hizo una pausa antes de sonreír en un intento de mitigar su fría expresión-. Aunque creo que sería un trágico error.

-Puedes creer lo que quieras -dijo furiosamente Cyllan.

-Querré hablar contigo cuando haya atendido a ciertos asuntos más urgentes. Todavía tengo que oír tu versión de la historia, y quiero ser justo.

Esto provocó una reacción. Cyllan rió sarcásticamente.

-¿Justo? -repitió-. ¡Tú no sabes el significado de esta palabra! Tarod me lo había dicho ya, Sumo Iniciado, y no quiero saber nada de tu concepto de la justicia.

Keridil suspiró.

-Como quieras. Tal vez con el tiempo comprenderás, y espero que sea así. No siento rencor contra ti, Cyllan... te llamas así, ¿verdad? Y por mi parte, cumpliré el trato que he hecho con Tarod.

Ella sonrió amargamente.

-También lo cumpliré yo.

-No lo creo. Bueno, podrías tratar de morirte de hambre, es verdad; pero nuestro médico Grevard tiene unos cuantos métodos para solucionar estos casos y puede mantenerte viva tanto si quieres como si no. Por tanto, vivirás y prosperarás. Si comprendes y aceptas esto ahora, nos entenderemos mucho mejor.

Cyllan se acercó a la ventana, encogiendo los hombros.

-Quiero ver a Tarod.

-Eso es imposible. -Keridil se acercó a la puerta y habló en voz baja a los dos Adeptos- Permaneced de guardia hasta que encuentre a alguien que os releve. No crucéis la puerta a menos que sea absolutamente necesario, pero, en todo caso, no dejéis que ella se acerque a vuestras espadas, o se matar antes de que podáis impedirlo.- Se volvió a mirar a la pequeña y desafiadora figura junto a la ventana-. Es un rehén valioso, aunque sólo los dioses saben cuál será su valor hasta que éste sea puesto a prueba. -Dio una palmada en el hombro a cada uno de los hombres -. Estad alerta.

Cyllan oyó que la puerta se cerraba con llave detrás de ella y se encontró sola en la habitación a oscuras. Sus ojos se habían adaptado a la penumbra, y empezó a pasear arriba y abajo del dormitorio, buscando algo con que poder realizar su plan autodestructor. Quería morir; quería librar a Tarod de la responsabilidad que había asumido; pero Keridil había sido precavido y allí no había nada que pudiese servirle. Ni siquiera había almohadas en la cama, aunque dudaba de que hubiese podido asfixiarse con ellas. No había manera.

Por fin renunció a su búsqueda y se sentó en la cama, cruzando las manos sobre la falda y tratando de impedir que la desesperación se apoderase de ella. Se preguntó dónde habrían llevado a Tarod, cómo se sentiría éste, si sería capaz de persuadir a Keridil de que la dejase verle, al menos una última vez antes de... Irritada, rompió el hilo de estos espantosos pensamientos. No iba a darse por vencida; todavía no. Mientras él viviese, habría esperanza. Y encontraría la manera de encender y alimentar esta esperanza... Fuera como fuese, la encontraría.

Sus palabras habían demostrado su valor –lo había dicho Keridil- pero, en la soledad de su habitación, sonaban a huecas. Cyllan se esforzó en mantenerlas vivas en su mente, pero era una lucha desigual. Y por fin, cediendo a sus sentimientos más profundos, rompió a llorar, en silencio, desesperadamente, mientras las primeras luces de la aurora aparecían más allá de su ventana.

El comedor era un torbellino de actividad y alegraba el corazón de Drachea que, después de lavarse y refrescarse y devorar un buen desayuno, se había sentado en un banco cerca de la enorme chimenea. La leña ardía con fuerza, desterrando el frío, y Drachea se hallaba rodeado de hombres y mujeres que no habían dejado en toda la mañana de acosarle a preguntas y de alabarle y de mostrarle su gratitud, hasta que se sintió embriagado de tanta admiración.

A pocos pasos de él, el Sumo Iniciado estaba sentado a una mesa separada con los miembros más ancianos del Consejo de Adeptos, o al menos, con los que habían sobrevivido a la terrible experiencia. Encontrarse con que el regreso del Tiempo se había cobrado un precio había sido un triste descubrimiento. Siete de los más ancianos moradores del Castillo, entre ellos el alto Adepto que se había derrumbado en el Salón de Mármol, habían muerto; sus corazones no habían podido resistir la impresión, cuando el Péndulo había anunciado su presencia en su mundo con la fuerza de un terremoto. Otros necesitaban cuidados médicos, y Drachea había observado cómo Grevard, el médico del Castillo y según se decía uno de los más competentes del mundo, andaba atareado de un lado a otro, atendiendo a casos urgentes, ayudado solamente por dos auxiliares y por una mujer anciana y de cara caballuna que vestía el hábito blanco de las Hermanas de Aeoris.

Hacía una hora que un grupo de hombres de la provincia de Shu había llegado al galope y cruzado el Laberinto que aislaba al Castillo de todos, salvo de los Iniciados, y entre ellos

había un pálido mensajero del propio Margrave, que traía una súplica de éste al Sumo Iniciado para que le ayudase a encontrar a su desaparecido hijo y heredero. Keridil había enviado inmediatamente a un jinete para llevar la buena noticia a Shu-Nhadek, y había pensado que el Círculo podía esperar una visita personal de Gant Ambaril Rannak para darle las gracias. La perspectiva no le gustaba en absoluto, pues recordaba que el padre de Drachea era un ordenancista remilgado, y con todo lo que tenía que arreglar le molestaba toda interrupción innecesaria. Pero había formalidades que no podían evitarse: Drachea debía permanecer en el Castillo al menos hasta que pudiese celebrarse una sesión plenaria del Consejo de Adeptos, ante la cual pudiese presentar sus pruebas de manera adecuada. Y, aunque tenía que confesarse que no acababa de gustarle aquel joven arrogante, Keridil era consciente de que Drachea merecía un reconocimiento formal del servicio que había prestado.

Había tenido la oportunidad de oír toda la historia, al menos un esbozo de ella, y el cuadro era inquietante. De no haber sido por la intervención de Drachea Tarod habría recobrado la posesión de la piedra-alma, y la idea de los estragos que habría podido causar era espantosa. Sin embargo, Tarod estaba ahora seguramente encerrado en una de las mazmorras del Castillo y, en cuanto terminara Grevard su trabajo y pudiese descansar un poco, le enviaría a comprobar que se habían tomado las precauciones adecuadas.

Keridil se pellizcó la punta de la nariz con el índice y el pulgar, al notar que se le hacían confusos los papeles que tenía ante él. Tenía necesidad urgente de dormir, pero todavía no podía tomarse este respiro. Estaban llegando mensajeros, al parecer a cada minuto, y él empezaba solamente a darse cuenta de la gran alarma que la inexplicable desaparición del Círculo había provocado en todo el país. La primavera estaba ya adelantada; había habido tiempo sobrado para que surgiesen y cundiesen los rumores, y tendría que hacer un gran esfuerzo para difundir la noticia de que todo estaba ahora en orden. Tenía que enviar un informe al Alto Margrave y a la Superiora de la Hermandad; tenía que calmar temores y especulaciones... La lista parecía interminable, y la perspectiva de realizar este trabajo, desalentadora.

Pero tenía que hacerlo..., y se sentía más animado por la idea de que tendría, para esta tarea, una persona en particular para ayudarle. Ella estaba ahora sentada cerca de él, en un cómodo sillón un poco a su espalda, y cuando él volvió la cabeza, le dirigió una sonrisa radiante.

Sashka Veyyil parecía tan serena y hermosa como en el momento en que él la había besado y la había dejado para iniciar el rito que significaría la destrucción de Tarod. Vistiendo un traje de terciopelo y, sobre éste, una chaqueta forrada de piel para resguardarse del frío, y con sus cabellos castaños cuidadosamente peinados y adornados, era la viva imagen de la aristócrata tranquila y segura de sí misma, y Keridil se sentía orgulloso de ella. Una y otra vez, le daba Sashka pruebas de lo valiosa que era para él: anotaba los asuntos que él habría de estudiar más tarde; daba órdenes en su nombre; hacía frente al incesante alud de mensajeros del Sur. Y más tarde, cuando había terminado el trabajo, iba al encuentro de él en sus habitaciones particulares y le dejaba paladear una vez más sus dóciles y voraces encantos, mientras mitigaba los estragos que en él había causado la jornada.

La propia Sashka estaba intrigada por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Cuando le contaron lo que había dicho Drachea Rannak, había abierto mucho los ojos con incredulidad, pero Keridil lo había confirmado lo bastante para convencerla. Se felicitaba de su propia fuerza de carácter al haberse tomado con calma el regreso desde la dimensión sin Tiempo, a pesar de que su única experiencia de ello había sido el impacto que había sacudido a todo el Castillo al llegar el Péndulo del limbo, y ahora especulaba al darse cuenta de que Tarod estaba todavía vivo. Cuando éste era Adepto de séptimo grado del Círculo, se había prometido a él..., pero cuando se había sabido la verdad sobre Tarod, había tenido afortunadamente el acierto y la previsión de pasarse al otro bando antes de que pudiese mancillarse su prestigio. Y los dioses la habían recompensado haciendo que llamase la atención a un hombre cuyo rango jamás hubiese podido igualar Tarod; un hombre al que,

además, le resultaba más fácil engatusar y someter a su voluntad. Como amante del Sumo Iniciado gozaba de una posición en la que no había podido soñar... y sin embargo, en lo más hondo de su ser, había algo que la inquietaba y que seguiría inquietándola mientras Tarod estuviese vivo. Le despreciaba, le odiaba..., pero no podía olvidarle por completo. Y a causa de estos sentimientos, quería verle sufrir. Antes había tenido la satisfacción de creer que él la amaba y deseaba todavía, pero ahora parecía que las cosas habían tomado otro rumbo. El joven de Shu-Nhadek había hablado de una muchacha de las Llanuras del Este que se había empeñado en defender la causa de Tarod y que estaba ahora encerrada en el Castillo. Sería interesante, pensaba Sashka, averiguar algo más acerca de ella...

Se inclinó hacia adelante y tocó ligeramente el hombro de Keridil. Este se volvió, le sonrió, le asió los dedos y se los llevó a los labios para besarlos.

-Debes de estar cansada, amor mío -dijo, con solicitud.

Ella sacudió la cabeza.

-Cansada, no..., pero un poco entumecida por haber estado tanto tiempo sentada. ¿Me disculparás si te dejo solo durante un rato?

- Desde luego. - Le besó de nuevo la mano-. Mira si tus padres necesitan algo. Y salúdales de mi parte.

-Así lo haré.

Entró en el comedor y se deslizó ágilmente por el estrecho pasillo entre las mesas. Una mujer mayor, con el hábito de las Hermanas, le dirigió una mirada fulminante al cruzarse con ella, pero Sashka no le hizo caso. La Hermana Erminet Rowald había sido una de sus superioras en la Residencia de la Tierra Alta del Oeste cuando ella era oficialmente Novicia, y no trataba de disimular su antipatía por Sashka. A ésta le importaba un comino la opinión de la Hermana Erminet, pues la consideraba una arpía arrugada y frustrada que tenía celos de las que habían tenido más fortuna que ella. Y nada tenía que temer de la vieja, pues, si todo iba bien, era muy improbable que tuviese que volver a la Residencia para continuar sus estudios.

Irguiendo con arrogancia la cabeza, pasó junto a la Hermana Erminet y miró a su alrededor. Casi inmediatamente, vio a su presa sentada entre un grupo de jóvenes Iniciados a los que parecía estar contando una historia. Drachea Rannak era una celebridad, pero Sashka estaba segura de que podría persuadirle de que le dedicase un poco de su tiempo...

Se acercó a la mesa y dijo:

- Discúlpame...

Drachea levantó la cabeza y se sorprendió al ver que le estaba sonriendo la bella y noble joven que había estado sentada toda la mañana al lado del Sumo Iniciado. No conocía su nombre ni su posición, pero su cara era más que suficiente para despertar su interés. Se levantó y le hizo una reverencia.

-Señora, temo que no he tenido el privilegio de serte presentado.

Sus modales eran impecables. Sashka inclinó la cabeza.

-Soy Sashka Veyyil, de Veyyil Saravin, provincia de Han. -Se alegró al ver que el nombre del clan parecía serle conocido-. Creo que tú eres Drachea Rannak, heredero del Margrave de Shu.

-Para servirte.

Los Iniciados se habían levantado también y escuchaban con interés la conversación. Sashka les miró con expresión altiva.

-Caballeros, el Sumo Iniciado me ha pedido que dé cierta información confidencial al heredero del Margrave. Si queréis disculparme...

El truco resultó eficaz y los Iniciados se alejaron cortésmente, dejando solos a Sashka y Drachea. Ella se sentó, invitando a Drachea a hacer lo propio, y dijo sin preámbulos:

-Me interesó muchísimo tu historia, Drachea... ¿Puedo llamarte Drachea?

Él se sonrojó.

-Lo consideraré un honor.

-Gracias. En particular, quisiera saber algo más acerca de la muchacha que dices que estaba confabulada con Tarod.

-Cyllan.

No acababa de comprenderla. ¿Qué interés podía tener ella en el bienestar de Cyllan?

Sashka hizo caso omiso de su visible perplejidad.

-¿Puedes decirme algo de ella? -preguntó con voz dulzona-. Sus antecedentes, su pasado... Creo que procede de las Grandes Llanuras del Este.

Drachea estudió durante un momento sus manos cruzadas y después dijo, con súbita ira:

-Cyllan Anassan no es más que una mujerzuela ignorante y del arroyo que todavía no ha aprendido a permanecer en el sitio que le corresponde.

Sashka arqueó sus perfectas cejas.

-¿De veras? Eres muy... vehemente, Drachea.

Él sonrió.

-Entonces debo pedirte disculpas. Tengo una cuenta personal que saldar con esa ramera y su amante; el recuerdo de lo que he tenido que sufrir por su causa hace que no sea... delicado el expresar mis sentimientos.

Ella alargó una mano y la apoyó en su brazo.

-Debió de ser una ingrata experiencia para ti.

Los ojos de Drachea se inflamaron.

-Sí...

Por los dioses que ésta era una joven exquisita, una buena pareja para el hombre que tuviese el valor de camelarla...

-Dijiste -prosiguió Sashka, sin retirar la mano- que era la amante de Tarod.

-Amante, amiga, barragana... -Drachea esbozó de pronto una sonrisa lobuna -. Elige el nombre que quieras, pero él fue lo bastante imbécil para sacrificarse por ella.

-¿Entonces, la ama...?

-¿Amarla? No sé si una sabandija sin alma como Tarod puede saber el significado de esta palabra. Pero hizo un pacto con el Sumo Iniciado para salvarla; tanto aprecia a su manera a esa pequeña bruja. -Hizo una pausa-. ¿Puedo preguntarte si conocías a Tarod?

-¡Oh! - dijo con indiferencia Sashka -. Todos conocíamos a Tarod hasta cierto punto. Solamente quería aclarar una o dos cuestiones que Keridil no veía todavía claras. -Se levantó, divertida por la prisa con que siguió él su ejemplo y complacida por su evidente afán de serle simpático-. Gracias, Drachea. Me has sido sumamente útil.

Drachea comprendió que las probabilidades de poder hablar de nuevo a solas con ella eran remotas, y por eso, antes de que ella tuviese tiempo de alejarse, dijo en tono casual:

-Este salón es un poco opresivo. ¿Me permites que te acompañe a respirar aire fresco durante un rato?

Ella le miró.

-Gracias, pero no.

-Entonces, ¿tomarías tal vez un refresco?

Sashka le sonrió amablemente.

-Creo, Drachea, que, para evitar situaciones enojosas, debo decirte que me casaré en breve con el Sumo Iniciado.

Le había dado un chasco y despedido con una sola frase y, cuando él empezó a balbucear una disculpa, le hizo una breve y casi divertida reverencia y se alejó. Aquel muchacho debía ser la personificación de la arrogancia si se creía digno de ella; era educado y bastante agradable, pero las perspectivas de Sashka iban mucho más allá de un simple Margraviato.

-¡Sashka! -dijo una voz detrás de ella y, al volverse, se encontró delante de su padre, Frayn Veyyil Saravin.

-Padre -dijo ella y le besó-. ¿Ha descansado mi madre?

-Mucho, sí. Se reunirá con nosotros un poco más tarde. -Señaló con la cabeza en dirección a Drachea, que había vuelto a sentarse, desconsolado-. Vi que estabas hablando con el heredero de un Margrave. Parece un buen partido.

-Estoy segura de que lo es -dijo Sashka, con indiferencia. Frayn frunció los labios.

-Confío en que no hayas sido grosera con él. Parece afligido, y sé de lo que es capaz tu lengua.

-¡Oh, padre! Desde luego, no he sido grosera. Él se insinuó cortésmente y yo le dije simplemente que estaba prometida con el Sumo Iniciado.

Su padre se quedó boquiabierto.

-¡Pero si no lo estás!

-Baja la voz; nos están mirando.

Él se puso colorado como si sufriese un ataque de apoplejía y repitió en un murmullo ahogado:

-¡Pero no estáis prometidos!

-Tal vez, oficialmente, todavía no; pero... -Sashka encogió los hombros-. Sólo es cuestión de tiempo, padre. ¿Quieres que pierda esta oportunidad coqueteando con el hijo de un Margrave de provincias?

Frayn frunció el entrecejo.

-A veces, Sashka, ¡tu arrogancia me asombra! Si Keridil no ha pedido todavía tu mano...

-Pero la pedirá. -Besó a su padre en la frente para apaciguarle; después se volvió y se echó los cabellos hacia atrás-. Sashka Veyyil Toln... Suena bien. ¿No crees? ¡no ir s a decirme que no sería la mejor alianza que jamás contrajo nuestro clan.

Frayn Veyyil Saravin suspiró desesperado, pero sabía que era mejor no discutir con ella. En verdad, estaba muy orgulloso de lo que su hija había conseguido. Nunca le había gustado su primitivo plan de casarse con aquel Adepto de negros cabellos. Siempre había tenido la impresión de que había algo malo en aquel hombre, y su opinión había sido confirmada. Pero el Sumo Iniciado era harina de otro costal. En lo tocante al rango, Keridil sólo era superado por el Alto Margrave; como individuo era bien parecido, digno de confianza, y había demostrado ser un valioso sucesor de su padre Jehrek. Frayn no podía esperar nada mejor.

Asió a su hija del brazo y lo apretó cariñosamente.

-Entonces, si estás tan convencida, Sashka, y no voy a ser yo quien te contradiga, acepta el consejo de un viejo y vuelve al lado del Sumo Iniciado. Es un lugar digno de una mujer, y él te apreciará más por ello. Si dudas de mí, pregúntaselo a tu madre.

Sashka le dirigió una de sus más beatíficas sonrisas, adornada con una buena dosis de compasión.

-¡Querido padre! -dijo, y le dio un beso sonoro antes de alejarse rápida y graciosamente en dirección a la puerta del vestíbulo.

Librodot

CAPITULO 11

Cyllan tenía la cara pálida y contraída por la tensión mientras caminaba entre sus dos guardianes por los pasillos del Castillo. En los tres días transcurridos desde su encarcelamiento, no había visto a nadie, a excepción del criado con escolta que le traía la comida y volvía al cabo de un rato para llevarse el plato intacto, y había pasado la mayor parte del tiempo sentada junto a la ventana de su habitación, mirando el patio en la vana esperanza de descubrir algo sobre el paradero de Tarod.

Tenía que confesar, aunque le doliese, que sus carceleros habían observado escrupulosamente el trato de respetar su vida. Nadie había intentado molestarla; en realidad, la habían tratado con exquisita cortesía, incluso amablemente. Ella había rechazado tercamente sus esfuerzos, haciendo caso omiso de las golosinas enviadas para tentarla y negándose a responder a cualquier intento de conversación. Pero sabía que la situación no podía durar eternamente. Keridil Toln había previsto e impedido cualquier tentativa que pudiese hacer para matarse; a menos que encontrase otra manera de romper el punto muerto, el terrible pacto sería cumplido y Tarod moriría mientras ella continuaba en su condición de rehén impotente. Y quedaba poco tiempo...

Había tratado de establecer contacto mental con Tarod, pero todos sus esfuerzos habían fracasado, y se imaginaba que el Círculo había tomado precauciones, tal vez drogándole o tal vez empleando medios mágicos, para evitar toda comunicación. Y así, al ver cerrados todos los caminos en que podía pensar, Cyllan había llegado a la conclusión de que sólo le quedaba una alternativa: suplicar al Sumo Iniciado por la vida de Tarod.

Conociendo como conocía la enemistad existente entre Keridil Toln y Tarod, y los motivos que la provocaban sentía que un ratón entre los dientes de un gato tendría más probabilidades de sobrevivir que ella de convencer al Sumo Iniciado de que atendiese su súplica. Pero cuando, en la tercera mañana de su cautiverio, llegaron dos Iniciados para conferenciar con sus guardianes y anunciaron después que iba a ser llevada ante Keridil para una entrevista, sintió un rayo de esperanza. Nada tenía que perder al suplicarle salvo su amor propio, y éste no contaba para nada.

Y así les acompañó de buen grado, y su corazón palpitó nerviosamente cuando al fin se detuvieron ante la puerta de los apartamentos del Sumo Iniciado.

-Adelante -dijo Keridil vivamente, respondiendo a la llamada, y Cyllan fue introducida en la estancia.

Todas las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de papeles y había en el centro una mesa grande detrás de la cual se hallaba sentado Keridil Toln. Cyllan se desanimó al darse cuenta de que,

contrariamente a lo que esperaba, él no estaba solo. Dos ancianos le acompañaban, uno de ellos manoseando un pergamino, y el otro mirándola con una expresión que parecía de repugnancia. Grevard, el médico del Castillo, estaba de pie junto a la ventana y, en un sillón próximo a él, se sentaba una muchacha aproximadamente de la misma edad de Cyllan; una joven hermosa y de aire noble, de ojos fríos y cabellera de color castaño. Por la descripción que de ella había hecho Tarod Cyllan reconoció inmediatamente a Sashka Veyyil y sofocó su reacción al ver a la mujer que le había traicionado más que nadie.

-Cyllan. -La voz pausada del Sumo Iniciado interrumpió sus irritados pensamientos, y ella se volvió, aturdida, para mirarle. Él le dirigió una sonrisa tranquilizadora-. Siéntate, por favor. No tienes nada que temer.

Ella le dirigió una mirada fulminante y se sentó en el sillón que él le indicaba.

Keridil cruzó las manos y apoyó en ellas el mentón.

-Queremos darte la oportunidad de contar tu versión de esta triste historia -dijo-. Y espero que no nos consideres como enemigos, sino como amigos. Hay muchas cosas que ignoras acerca de los acontecimientos que han conducido a la actual situación, y es justo que las conozcas plenamente.

Cyllan le miró.

-¿Dónde está Tarod?

Sashka Veyyil tosió delicadamente y el regocijo se pintó en sus ojos.

-Tarod todavía vive -dijo Keridil-. Y ha cumplido su parte en el trato que hicimos. Espero que podamos persuadirte de que hagas lo mismo.

Ella hizo caso omiso de la observación.

-Quiero verle.

-Lo siento, pero esto es imposible. Como te he explicado antes...

-Keridil... -Sashka se levantó graciosamente y se le acercó por detrás, apoyando ligeramente las manos en sus hombros-. Permíteme que interceda en favor de esta muchacha. Dadas las circunstancias, ¿no crees que debes permitirle que vea a Tarod por última vez antes de que él muera?

Miró a Cyllan con ojos maliciosos.

-Eres muy bondadosa, amor mío.

Saltaba a la vista que el Sumo Iniciado no veía ningún motivo oculto en la actitud de Sashka, y Cyllan se preguntó cómo podía estar tan ciego a la duplicidad de ella. Pero si la joven noble esperaba alguna reacción de Cyllan a su deliberado recordatorio de la suerte inminente de Tarod, debió sentirse contrariada. Cyllan permaneció impávida. Pero, interiormente, aquella provocación fue como una cuchillada... y comprendió que no podía pedir la vida de Tarod en presencia de semejante público. La burla disimulada de Sashka, la fría hostilidad de los dos viejos, la mirada de ave de presa del médico... le decían que no podía hacerlo; las palabras se secarían en su lengua, pues su causa estaría perdida de antemano.

Keridil miró a Sashka, que volvió a sentarse.

-Veremos lo que se puede hacer..., pero hay tiempo sobrado para eso. Quiero oír tu relato, Cyllan, y quiero que comprendas que los del Círculo no somos enemigos tuyos. Queremos ayudarte en todo lo que podamos.

La mirada que recibió por su bienintencionada observación fue tan desdeñosa que hizo que se ruborizase involuntariamente. Reponiéndose, insistió:

-Tal vez podrías empezar diciéndonos cómo llegaste al Castillo. Desde luego, hemos oído la versión de Drachea, pero...

-Entonces no necesitáis la mía -dijo Cyllan.

-Sí que la necesitamos. Si hay que hacer justicia...

-¿Justicia? -Rió roncamente y añadió-: No tengo nada que decirte.

Uno de los viejos Consejeros se inclinó, hizo bocina con una mano y dijo al oído de Keridil:

-Si esa muchacha quiere mostrarse difícil, Sumo Iniciado, me parece inútil perder tiempo con ella. ¿No nos ha dado el joven Tannak toda la información que necesitábamos? Y debo añadir que las pruebas que ella nos presentase sólo podrían considerarse, en el mejor de los casos, como... dudosas.

Keridil miró de soslayo a Cyllan, que guardaba un silencio desafiante, sentada frente a él. A pesar de su lealtad a Tarod, sentía simpatía hacia ella y no podía dejar de admirar su firmeza. Creía, y no lo consideraba una presunción infundada, que si podía persuadirla a hablar, diría la verdad. Y quería oír lo que ella tuviese que decir.

Bajó la voz y murmuró:

-Comprendo tu punto de vista, Consejero Fosker, pero sospecho que la reticencia de esa muchacha se debe más a miedo que a hostilidad, lo cual no es de extrañar. Con el debido respeto, creo que tendríamos más posibilidades de éxito si yo la interrogase en privado.

El viejo Iniciado miró a su colega Consejero, el cual había oído también las palabras de Keridil y gruñó:

-Si el Sumo Iniciado lo cree prudente...

-Así es.

Fosker asintió con la cabeza.

-Está bien. Aunque debo decir que tengo poca fe en esta idea, Keridil.

Keridil sonrió débilmente.

-Confío en poder demostrar que te equivocas.

Cyllan observó cautelosamente cómo escoltaban los dos viejos a Sashka hasta la puerta. Había percibido un destello de resentimiento en los ojos de la joven cuando Keridil pidió que saliese, pero Sashka no protestó abiertamente. Cuando los otros hubieron salido, Grevard, que estaba apoyado en la pared, se separó de ésta.

-¿Quieres que salga yo también? -preguntó.

Keridil asintió con la cabeza.

-Te lo agradecería, Grevard.

El médico se detuvo al llegar a la altura de Cyllan y la observó con ojos críticos, entornando los párpados.

-Quiero verte de nuevo dentro de poco -le dijo severamente; después miró al Sumo Iniciado-. No ha comido nada. Tendremos que hacer algo para remediarlo, si debe conservar la salud. En cuanto haya podido dormir un poco, me ocuparé de esto.

-Gracias.

Keridil esperó a que Grevard hubiera salido y cerrado la puerta; después se retrepó en su sillón y suspiró. Había una jarra de vino y varias copas cerca de él, sobre la mesa; llenó dos de ellas y puso una delante de Cyllan. Esta no la tomó, y él dijo:

-No te comprometerás a nada por beber vino conmigo, Cyllan. Yo lo necesito y estoy seguro de que tú también. Ah... y no prestes atención a los bruscos modales de Grevard; no es más que afectación. Y ahora... ¿te sientes un poco mejor sin tantos desconocidos observándote?

Sonrió para alentarla y Cyllan recobró una pizca de su confianza perdida. Él estaba intentando cerrar el abismo abierto entre ellos y, si podía doblegarse un poco ante él, o al menos simularlo, tal vez tendría alguna probabilidad de hacerse escuchar con simpatía.

Asintió con la cabeza y tomó la copa. El vino era suave y fresco e hizo que se diese cuenta de la sed y el hambre que tenía. Bebió más y Keridil hizo un gesto de aprobación.

-Así está mejor. Si podemos hablar sin hostilidad, creo que la entrevista será más agradable, ¿no te parece?

Cyllan contempló su copa.

-Yo no he pedido esta entrevista -dijo-. Y es verdad que nada tengo que decir que ya no sepas.

-Tal vez. Pero sigo queriendo oír la historia de tus labios. Quiero ser justo contigo, Cyllan. Tú no has hecho nada, al menos directamente, para perjudicar al Círculo, y me aflige pensar que me consideres tu enemigo.

El vino, tomado con el estómago vacío, se le estaba subiendo rápidamente a la cabeza. Cyllan levantó la mirada, pestañeó y, sin pensarlo, expresó con palabras los pensamientos que había pretendido reservarse.

-Pero tú eres enemigo de Tarod, Sumo Iniciado. Esto hace que seas también mi enemigo.

-No necesariamente. Si comprendieses lo que está detrás de todo este asunto...

-Oh, si ya lo sé. Tarod me contó toda la historia. -Hizo una pausa-. También me dijo que antaño fuiste su más íntimo amigo.

Keridil se rebulló incómodo en su sillón.

-Sí, lo fui. Pero esto sucedió antes de que descubriese la verdad acerca de él.

-Y rompiste aquella amistad sin pensarlo dos veces; la amistad y la lealtad no contaron para nada. - Sonrió tristemente-. No es de extrañar que Tarod esté tan amargado.

La flecha dio en el blanco y, no por primera vez, Keridil sintió algo parecido a vergüenza.

Cyllan apuró su copa y la tendió para que él le sirviese más vino. Empezaba a sentirse temeraria y, aunque sabía que el vino le estaba soltando peligrosamente la lengua, ya no le importaba. Keridil le llenó la copa sin hacer comentarios, y ella bebió un largo trago antes de dejarla sobre la mesa.

- Tarod fue leal - dijo furiosamente -. Fue leal al Círculo, y el Círculo le traicionó.

Keridil sacudió la cabeza.

-No lo comprendes. Lo que te haya dicho Tarod debe ser una imagen deformada de los hechos.

-¡Tarod no miente!

Keridil suspiró. La cosa iba a ser más difícil de lo que había esperado; había confiado en que, empleando la razón, podría convencerla de cambiar de opinión, pero la tarea parecía a cada momento más difícil. Cyllan no pensaba en su propia seguridad, no temía las represalias, su fidelidad a Tarod era inquebrantable, y el Sumo Iniciado comprendió que, por muy engañada que pudiese estar, le amaba. En vista de todo esto, ¿cómo podía hacerle aceptar que Tarod tenía que morir?

-Cyllan. -Apoyó ambas manos en la mesa, con las palmas hacia abajo, en ademán conciliatorio-. Por favor. Debes escucharme y tratar de ver las cosas como las veo yo.

La cólera se pintó en los ojos de ella, y replicó:

-¿Debo hacerlo, Keridil? Tú no querrás verlas como yo las veo; ¿por qué tendría yo que hacer concesiones, si tú te niegas a hacerlas? -Tomó su copa y bebió de nuevo, empezando a sentirse un poco mareada-. Me retienes como rehén, mientras te preparas para asesinar a Tarod. Sí, asesinar -repitió al ver que Keridil se disponía a protestar-. No es más ni menos que esto. Tarod no ha sido juzgado por sus presuntos delitos... ¡Oh, también yo vi los documentos! ¡Pero tú le condenas simplemente a muerte por conveniencia! -Escupió furiosamente la última palabra-. Si es ésta tu justicia, ¡no quiero saber nada de ella!

Keridil apretó los dientes, sintiendo que la cólera empezaba a sustituir el punzante sentimiento de culpabilidad.

-Si crees que esto es un asesinato -replicó a su vez-, tal vez podrás dedicar un pensamiento al Iniciado a quien mató Tarod a sangre fría en esta misma habitación. ¿Perdonas eso?

Cyllan sonrió fríamente.

-¿Te refieres al hombre que mató a Themila Gan Lin?

-¡Aquello fue un accidente! -Keridil se levantó y empezó a andar, furioso, de un lado a otro de la estancia. La muchacha retorcía todos sus argumentos en su propia ventaja; ahora le parecía que él era el prisionero y ella la inquisidora. Giró bruscamente sobre sus talones y la apuntó con un dedo-. Tu amante no es lo que tú quieres creer. ¡Ni siquiera es humano! Conspirar con el Caos es un delito que desde hace siglos no se ha cometido en esta tierra; pero tú, con tus ridículas y románticas ideas, ¡lo has perpetrado! El justo castigo es la muerte, y si no fuese porque te necesitamos como salvaguardia, yo... -Se interrumpió, dándose cuenta de que estaba perdiendo los estribos, y respiró profundamente-. No. No quise decir esto; lo siento.

-No deberías sentirlo -replicó Cyllan, echando chispas por los ojos-. Mátame, no me importa.

Él sacudió la cabeza.

-No quiero hacerte daño. Cuando Tarod esté muerto, quedarás en libertad, libre de toda culpa. Cumpliré mi palabra, y saben los dioses que no te tengo mala voluntad. Pero si persistes en tu loca decisión de defender a un ser maligno, tampoco a ti podré ayudarte.

Ella volvió la cabeza.

-No quiero tu ayuda. No quiero nada de ti, salvo la libertad de Tarod.

-Sabes que esto es imposible. Tal vez un día, por la gracia de Aeoris, lo comprenderás.

El acceso de furor había pasado, dejando a Cyllan agotada y débil; y el vino estaba corroyendo su voluntad de luchar. En ese momento, se habría arrodillado delante del Sumo

Iniciado y suplicado por la vida de Tarod; pero sabía, con horrible certidumbre, que con esto no conseguiría nada. Keridil era implacable, tanto en su odio como en su resolución, y nada de lo que pudiese hacer o decir ella le haría vacilar. Sintió que lágrimas de desesperación subían a sus ojos y se esforzó en contenerlas, pero Keridil vio el brillo delator en sus pestañas. Se acercó a ella, sabiendo que no podía consolarla, y sin embargo, fue impulsado por su intranquila conciencia a intentarlo; pero fue interrumpido por una discreta llamada a la puerta y, al abrirla, se encontró con una anciana que vestía el hábito blanco de Hermana de Aeoris.

-Oh..., discúlpame, Sumo Iniciado. -Sus ojos brillantes y agudos se fijaron en Cyllan-. Estoy buscando a Grevard; me dijeron que le encontraría aquí.

Keridil hizo un esfuerzo para no darle un bofetón.

-Estaba aquí, Hermana Erminet, pero se ha ido. ¿En qué puedo servirte?

-Se trata, sencillamente, de que tu prisionero debería ser atendido antes de que pudiese recobrarse de la última dosis que le administró Grevard -dijo vivamente la anciana. Cyllan levantó bruscamente la cabeza y miró a la Hermana, la cual le correspondió frunciendo el entrecejo-. Tengo entendido que es una precaución que no hay que olvidar -siguió diciendo la Hermana Erminet-. Pero si Grevard tiene trabajo en otra parte, yo cuidaré con mucho gusto de esto.

-Sí, sí. -Keridil estaba impaciente, contrariado por la interrupción y solamente deseoso de librarse lo antes posible de la importuna-. Haz lo que creas más adecuado, Hermana. Grevard agradecerá tu ayuda.

-Muy bien.

La anciana miró de nuevo a Cyllan, esta vez especulativamente. La cara de la joven estaba petrificada, como si hubiese visto un fantasma ancestral, y los rumores que había oído Erminet durante los últimos días en el Castillo empezaron a concretarse en su mente. Desvió la mirada, inclinó rápida y cortésmente la cabeza para despedirse del Sumo Iniciado, y salió.

Cyllan se quedó mirando la puerta cerrada hasta que la mano de Keridil sobre su hombro la devolvió a la realidad. Se echó bruscamente atrás, con el semblante furioso.

-Va a ver a Tarod... ¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho?

-Nada, y está bastante bien -dijo secamente Keridil.

-¡Quiero verle!

-Ya te he dicho que esto es imposible. -La inoportuna interrupción de la Hermana Erminet había puesto los nervios de punta al Sumo Iniciado-. ¿No crees que tengo bastante que hacer para ocuparme además de este maldito asunto? Pedí que te trajesen aquí con la esperanza de hacerte entrar en razón... ¡y empiezo a creer que ha sido una pérdida de tiempo!

Cyllan se mordió el labio inferior para contener las lágrimas.

-Discrepamos, Sumo Iniciado, en lo que es la razón. Y si crees que me persuadirás para que cambie de idea, ¡estás equivocado! -Le miró con ojos acusadores y despectivos-. A diferencia de otros, ¡yo cumplo mi palabra de honor!

Los labios de Keridil palidecieron mientras éste se dirigía a la puerta para abrirla y llamar a los guardianes de Cyllan, que esperaban a cierta distancia en el pasillo. Estos entraron apresuradamente y él señaló en dirección a Cyllan.

-¡Quitad a esa muchacha de mi vista! –dijo fríamente el Sumo Iniciado-. Le he dado una oportunidad..., ¡pero estoy perdiendo el tiempo con ella!

Se preguntó si Cyllan diría una última palabra, le suplicaría una vez más, mientras se la llevaban. Incluso ahora estaba dispuesto a ayudarla si podía..., pero ella conservó su semblante helado, inexpresivo, y ni siquiera le miró al pasar. La puerta se cerró detrás de ella, y Keridil, desengañado y furioso, levantó su copa de vino y la apuró de un trago.

Los empinados escalones que conducían al sótano del Castillo eran desiguales, y la luz vacilante de la linterna de la Hermana Erminet Rowald los hacía aún más peligrosos, sobre todo al ir ella cargada con su bolsa de hierbas y pociones. Sin embargo, había rechazado todo ofrecimiento de ayuda y convencido a Grevard de que podía desenvolverse sola.

El médico se había alegrado de que descargaran este peso de sus hombros, y su consentimiento resultó muy conveniente para lo que se proponía la Hermana Erminet. Más allá de la bodega, le había dicho él; después, la tercera celda a la derecha. La tarea era engorrosa, y requería tiempo... El olfato de Erminet captó olores mezclados de barriles mohosos, vino derramado, aire rancio y tierra, y se preguntó irónicamente cómo se podía esperar que un ser viviente prosperase en un ambiente tan desagradable.

Al llegar al final de la escalera, echó a andar con paso vivo por el largo y oscuro corredor. Un bultito gris plateado le pisaba los talones, confundiéndose con las sombras y, al acercarse a la tercera puerta, Erminet se detuvo para mirar al gato que la había seguido desde el cuerpo principal del edificio.

-Diablillo. -El afecto suavizó el tono normalmente agrio de la voz de la Hermana, y el gato levantó la cola-. ¡Aquí no encontrarás ninguna golosina!

El gato le respondió con un maullido de satisfacción y echó a correr delante de ella. Era uno de los numerosos retoños del gato mimado de Grevard, que vivía en estado medio salvaje en el Castillo y,

por alguna razón inescrutable, se había aficionado recientemente a seguir a Erminet dondequiera que fuese, pegándose a ella como un amigo. A Erminet le divertía y complacía su predilección por ella; le había llamado Diablillo, y no del todo en broma; muchas personas desconfiaban de las facultades telepáticas de esas criaturas, y ella, cuando nadie la observaba, mimaba a Diablillo con comida de su propio plato.

El gato, acuciado por el mismo instinto telepático que permitía a los de su especie percibir de manera primitiva las emociones y los propósitos humanos, se detuvo delante de la puerta adecuada y miró a Erminet con curioso interés. No había guardias en la puerta (Keridil había tomado precauciones más arcanas) y Erminet sacó de la bolsa la llave que le había dado Grevard. Esta giró con dificultad en la cerradura y la Hermana entró en la mazmorra.

De momento, no pudo verle. La luz de la linterna era muy débil y las sombras engañaban a los ojos. Pero, al volverse después de cerrar cuidadosamente la puerta a su espalda, una figura se movió en la densa oscuridad del fondo de la cámara.

Tarod estaba sentado sobre lo que parecía un montón de harapos, apoyada la espalda en la húmeda pared, e incluso en la penumbra pudo ver la Hermana Erminet el brillo sarcástico de sus ojos verdes. Grevard se había descuidado: las drogas que le había administrado habían dejado de surtir efecto y el preso estaba en pleno uso de sus facultades. Pero tal vez esto sería ventajoso para ella...

-Una Hermana de Aeoris viene a atender mis necesidades. Es un gran honor -dijo Tarod súbitamente.

Erminet sorbió por la nariz. Había visto antes a ese hombre, o demonio o lo que fuese, en circunstancias parecidas, y aunque habían medido sus armas, sentía respeto y bastante simpatía por él. Aunque este pensamiento podía ser herético, censuraba la traición que había puesto a Tarod en este trance, y le disgustaba ver a un individuo antaño tan soberbio reducido a la impotencia. Y todavía le gustaba menos la naturaleza de una muchacha como Sashka Veyyil...

-Adepto Tarod. -Se acercó a él, al darse cuenta de que todavía no la había reconocido-. Veo que las pociones de Grevard no han conseguido embotar tu lengua.

Los ojos verdes se entornaron momentáneamente después lanzó Tarod una risa cansada y gutural.

-Bien, bien, Hermana Erminet. No esperaba volver a estar a tu cuidado.

Ella dejó la bolsa en el suelo y contempló a su paciente. Más demacrado que nunca, sin afeitar, lacios los cabellos y sucia la ropa... y con las delatoras arrugas de una enorme tensión en el semblante. Este aspecto la afectó y, para combatir estos importunos sentimientos, dijo bruscamente:

-No pareces mejor después de que te hayan dado este respiro.

-Gracias. ¿Te ha enviado Grevard para que me distraigas con tus observaciones?

-Grevard está demasiado ocupado atendiendo a las que, según me han dicho, son consecuencias de tu trabajo -replicó Erminet-. Sólo me han enviado para comprobar que estás y seguirás estando bajo el efecto de las drogas. -Frunció el entrecejo-. Yo diría que alguien ha descuidado sus obligaciones.

Tarod suspiró.

-Tal vez también te han dicho que aquí no represento una amenaza para nadie, tanto si estoy drogado como si no.

Esto era lo que Erminet había sospechado, y se adaptaba al cuadro que se estaba formando despacio en su mente.

-He oído rumores sobre un trato entre el Sumo Iniciado y tú -dijo, revolviendo el contenido de su bolsa-. Pero parecían inverosímiles y nadie se tomó el trabajo de explicarlos a una pobre vieja como yo; por consiguiente, los deseché como tonterías.

-Pues son verdad -dijo Tarod, mirando con disgusto la pócima que ella estaba preparando.

Erminet interrumpió su trabajo y le miró reflexivamente.

-Entonces te había juzgado mal. No me imaginaba que aceptases tan fácilmente la derrota.

Vio un destello de dolor en sus ojos, y el gato, que hasta entonces había estado tranquilamente sentado y lamiéndose, interrumpió lo que estaba haciendo para lanzar un débil maullido de protesta, como si sus sentidos telepáticos hubiesen captado alguna fuerte emoción. Entonces, Tarod dijo brevemente:

-Tengo mis razones, Hermana.

-¡Oh, sí...! - Erminet se pasó la lengua por los labios-. La muchacha...

Un súbito cambio en el ambiente se manifestó cuando Tarod se irguió con todos los músculos en tensión.

-¿Has visto a Cyllan?

Ella había esperado una reacción, pero no tan vehemente, y fingió indiferencia para disimular su sorpresa.

-Conque se llama Cyllan. Sí, la he visto hace menos de una hora. Es decir, si es aquella criatura de delicado aspecto, cabellos pálidos y ojos peculiares.

Tarod se crispó visiblemente.

-¿Dónde está?

-Tu ansiedad te delata, Adeptó. -Erminet le miró con expresión agria y divertida, pero se ablandó de pronto-. Estaba con el Sumo Iniciado en el estudio de éste..., y sí, recuerdo las circunstancias en que concedió una entrevista parecida a la Hermana Novicia Sashka Veyyil. -Recordaba la cara de Cyllan, la angustia y el furor de sus ojos; también recordaba la discusión que había escuchado desvergonzadamente antes de llamar a la puerta de Keridil-. Pero no debes temer nada a este respecto -añadió-. Si la muchacha hubiese estado armada, me imagino que habría encontrado al Sumo Iniciado con un cuchillo clavado en el corazón.

Tarod cerró los ojos.

-Entonces está viva y bien... Pensaba que Keridil no cumpliría nuestro pacto...

Erminet le miró, con ojos brillantes.

-¿Vuestro pacto? ¿Qué tiene que ver con esto la muchacha?

Tarod la miró a su vez, sopesándola para decidir si debía o no decirle algo más. La vieja se había mostrado una vez amable con él, a su manera peculiar; y a pesar del desprecio que sentía por el Círculo y la Hermandad, Tarod simpatizaba con ella y, aunque las dos mujeres habían sido polos opuestos en muchos aspectos, algo en el carácter de Erminet le recordaba a Themila Gan Lin.

-Cyllan es el quid de nuestro pacto, Hermana. Es un rehén que garantiza mi buen comportamiento. Si yo luchase contra la suerte que me impone el Círculo, Keridil la haría ejecutar en cuanto yo estuviese muerto.

Erminet estaba claramente impresionada y su acritud normal dio súbitamente paso a un sentimiento humanitario.

-¡Pero si no es más que una niña! Seguramente el Sumo Iniciado no...

-Ella se alió conmigo. Cualquier Margrave provincial la ahorcaría por menos.

Esto era verdad... Ahora nadie dudaba de la verdadera naturaleza de Tarod, aunque, en la soledad de la mazmorra, a Erminet le costaba creer que estaba hablando con un demonio del Caos. Hubiese debido sentir miedo de él, pero no lo sentía. A ella le parecía más bien una víctima de las circunstancias... y ésta era una condición que comprendía demasiado, aunque el recuerdo se remontase a cuarenta años atrás.

-Entonces estás dispuesto a morir para salvarle la vida... -dijo.

-Sí.

Dioses, pensó, ¿se estaba repitiendo una actitud propia de tiempos remotos? Se pasó la lengua por los secos labios.

-¿Y cuando te hayas ido? -preguntó.

-Keridil me prometió que la dejaría en libertad. -Los ojos de Tarod se nublaron-. No tengo más remedio que confiar en él. Así tendrá ella al menos una oportunidad.

Erminet dudó de que fuese prudente expresar lo que estaba pensando, pero no pudo romper su costumbre de toda la vida de ser brutalmente sincera.

-¿Estás seguro de que tu sacrificio vale la pena, Tarod? Ya te traicionaron una vez...

Por un momento, pensó que él iba a pegarle, pero la cólera se extinguió en sus ojos y solamente dijo:

-No seré traicionado por segunda vez, Hermana Erminet. No por Cyllan.

No... Recordando de nuevo lo que había oído, Erminet le dio la razón. Se sentó, olvidando sus pócimas, y su cara se contrajo súbitamente con una incómoda mezcla de confusión y dolor. El amor de Tarod por aquella extraña y pequeña criatura forastera, su resolución de perder la vida para salvar la de ella, la conmovía profundamente, despertando emociones que creía haber olvidado.

Permaneció sentada inmóvil durante lo que pareció un largo rato, atormentada por sus pensamientos, y sólo levantó la mirada cuando Tarod le tocó un brazo.

Estaba sonriendo, débil pero amablemente.

-Has dicho cuarenta años atrás, Hermana; pero no has olvidado lo que es amar, ¿verdad?

La cara del joven, sin duda envejecida y marchita ahora como la de ella, que la había desdeñado y sido causa de que tratase de suicidarse por amor, apareció de pronto claramente en la visión interior de la Hermana Erminet. El gato se levantó y corrió hacia ella, tratando de subir a su falda y lanzando débiles maullidos de pesar. Tarod le acarició la cabeza.

-Lo siento. No debí decir esto.

-Tonterías. -Erminet obligó a su voz a volver a su antigua brusquedad-. Los fantasmas no pueden dañar a nadie... -Rió, y su risa era seca, forzada-. No he llorado desde que entré en la Hermandad y no voy a empezar a hacerlo ahora, en todo caso, no por mí. -Le miró, con ojos brillantes-. Pero esto no impide que desee poder hacer algo por ti y esa muchacha.

Tarod apoyó la espalda en la pared.

-Podrías hacer algo por mí -dijo-. Si quieres.

-¿Qué es?

-Cuidar de que ella siga viva y bien.

Erminet pestañeó.

-¿Por qué no habría de ser así?

-Ella juró que se quitaría la vida. Ya lo intentó una vez, cuando fuimos capturados, para impedir que se cerrase aquel trato. Creo que lo intentará de nuevo y no confío en que Keridil lo impida. -Vaciló-. Si puedes hacerme este favor, Hermana, te lo agradeceré toda la vida... -Se interrumpió, riéndose de la ironía de sus palabras-. No, esto valdría muy poco. Di más bien que te daré las gracias.

Era una petición bastante modesta, y si el Sumo Iniciado o su propia Superiora, Kael Amion, lo desaprobaban, podían hacer lo que quisieran. Este pensamiento produjo en Erminet un escalofrío casi agradable.

-No necesito que me des las gracias -dijo a Tarod-. Haré lo que me pides, porque no quiero que se pierdan dos vidas cuando una puede ser suficiente. -De pronto, sonrió-. Bueno, he aquí una vieja cascarrabias tratando de consolarte.

-No eres tan cascarrabias como te gusta fingir.

-Sólo has visto mis puntos flacos. Pero verás la fuerza que tengo si no bebes esto. -Se agachó y tomó la pócima que había estado mezclando-. Grevard dice que es bastante para sumirte en la inconsciencia, de manera que todos nosotros podamos dormir esta noche tranquilamente en nuestras camas.

El sueño sería una bendición... El olvido era con mucho preferible a las largas horas en soledad, a la angustia de esperar dando vueltas a las ideas. Tarod tomó la pequeña copa de plata.

-Entonces, ¿trato hecho, Hermana Erminet?

-Eres demasiado aficionado a hacer tratos para tu propio bien -dijo ella, en un intento de sarcástica ironía-. Pero, sí; cumpliré mi promesa.

Le observó mientras él bebía el contenido de la copa; después dijo:

-Hablaré con la muchacha. Le diré que aún estás vivo..., aunque no puedo predecir si ella confiará en mí. Si yo estuviera en su lugar, no creería nada de lo que me dijesen.

Tarod miró reflexivamente al vacío durante unos momentos; después sonrió maliciosamente.

-Dale un mensaje de mi parte, Hermana. Pregúntale si recuerda su primera visita a la torre... y recuérdale que no tomé nada que ella no quisiera dar. -Sus ojos verdes se fijaron en los de Erminet-. Ella comprenderá.

Su mirada hizo que la anciana sintiese algo que casi era vergüenza. Asintió con la cabeza, con aire defensivo.

-Se lo diré.

Tarod se inclinó hacia adelante y la besó en la frente.

-Gracias.

Erminet sonrió débilmente.

-Nunca me había imaginado que sería besada por un demonio del Caos. Sería una buena historia para contarla a mis nietos, si los tuviese.

Diablillo, silencioso como una sombra, salió con ella de la mazmorra. Tarod oyó que la llave chirriaba en la enmohecida cerradura; después trató de ponerse lo más cómodo posible mientras esperaba que la droga surtiese efecto. Aunque el sótano estaba casi totalmente a oscuras sin la linterna de la Hermana Erminet, podía ver en la oscuridad, aunque, en realidad, no había allí ningún panorama digno de atención...

Se tumbó de espaldas, sin hacer caso del rayo de esperanza irracional que parecía brillar en su interior. Esperar era un ejercicio inútil. Una anciana, por muy buenas que fuesen sus intenciones, nada podía hacer más que llevar un mensaje; y durante los aniquiladores días transcurridos desde su captura, Tarod había resuelto conscientemente resignarse a lo que el destino había decretado para él. Había apagado las llamas de odio y cólera y venganza, sofocando deliberadamente todo sentimiento y todo pensamiento sobre el futuro. Si Cyllan tenía que sobrevivir, era cuanto él podía hacer.

Tenía los párpados pesados y se preguntó si soñaría. En ese caso, lo más probable era que fuesen sueños fragmentados, sin sentido; como si todo lo demás careciese ahora de significado. Tarod cerró los ojos. Brevemente, creyó ver, en su campo visual interior, una piedra preciosa de múltiples facetas, reluciendo como un ojo burlón, y desde muy lejos, alguien -o algo- parecía llamarle por su nombre con extraña urgencia. Sumiéndose en la confusión provocada por el narcótico, hizo oídos sordos a la llamada, la arrojó de su mente. Y la llamada se extinguió y no volvió a repetirse, y él yació inmóvil en la silenciosa oscuridad del sótano.

CAPITULO 12

Los últimos rayos de sol habían iluminado brevemente la pared del Castillo, y la primera de las dos lunas asomaría pronto su cara picada de viruela por el Oriente. Brillaron antorchas en el patio; grupos de personas cruzaban el suelo enlosado y una risa ocasional llegaba hasta la ventana detrás de la cual estaba sentada Cyllan, que miraba impertérrita aquella actividad.

Estaba agotada por su discusión con Keridil Toln, aturdida por los efectos del vino, y sin embargo no podía dormir. Había tenido su única oportunidad de pedir clemencia para Tarod, por muy remota que fuese la esperanza de triunfar, y su genio había podido más que ella. Le había fallado, y ahora parecía que se le habían cerrado todos los caminos.

La invadía la cólera, un amargo resentimiento contra la justicia del Círculo, que podía condenar a uno de los suyos a una muerte terrible sin el menor escrúpulo. En la ceremonia intervenía el fuego, le había dicho Tarod; un fuego sobrenatural que no sólo quemaba la carne... Cyllan se llevó bruscamente una mano a la boca, para contener un espasmo de náuseas, al acudir odiosas imágenes a su mente, contra su voluntad, Cuando cesó el pasmo, tembló inevitablemente con la ira de la impotencia y con un miedo desesperado que hacía que tuviese ganas de gritar. Tarod moriría, mientras ella permanecía sentada en la horrible habitación, impotente hasta que la pusieran en libertad..., y entonces sería demasiado tarde.

Pero nada podía hacer. Keridil había cuidado de que no pudiese suicidarse y, con ello, anular el trato que había hecho con Tarod; éste no la abandonaría como ella le había suplicado; el Círculo era intratable. Su única posibilidad era, ahora, hincarse de rodillas y pedir a Aeoris un milagro.

Pero difícilmente se apiadaría Aeoris de una mujer que intercedía por un ser del Caos. Era más probable que el Señor Blanco se alegrase de la destrucción de Tarod, y Cyllan, sin reparar en que su pensamiento era blasfemo, sintió que su ira se dirigía contra el propio dios. No encontraría ayuda en él; era mejor apelar a Yandros, Señor del Caos, que había dicho que era hermano de Tarod...

Yandros. La idea la impresionó y le heló la sangre. Pero seguramente Yandros no permitiría que Tarod muriese, si tenía poder para intervenir.

Trató de desechar la idea como una locura. El propio Tarod había roto sus lazos con el Caos, desterrado a Yandros y hablado de éste como de un enemigo mortal.

Sin embargo, se dijo Cyllan, no podía haber un enemigo peor que aquellos que se habían propuesto aniquilar a Tarod. Tal vez Yandros podría ayudarla; tal vez no querría hacerlo. Pero como todas las otras puertas estaban cerradas, nada tenía que perder.

Se levantó, todavía temblando, y contempló durante un par de minutos la luna que se elevaba lentamente y la miraba a su vez con ojos malévolos. ¿Cómo podría llegar hasta un ente como Yandros? Las Hermanas viajeras que habían catequizado a los niños de su pueblo natal enseñaban que Aeoris oía las peticiones de los más humildes; que un corazón y un espíritu puros eran suficientes para conseguir la benevolencia del gran dios. Pero el corazón y el espíritu de Cyllan ardían de ira..., y suplicar al Caos era una cosa muy diferente. Si apelaba a Yandros, traicionaría su fidelidad a los Señores Blancos y se condenaría a sus ojos. Pero rechazar cualquier posibilidad que pudiese darle un mínimo rayo de esperanza era una traición todavía mayor...

Bajó la mirada para observar el patio, más allá de las antorchas encendidas y de los grupos de gente, hacia la alta mole de la Torre del Norte del Castillo donde Tarod había tenido su nido de águila. Sus ojos se empañaron al pensar en él, y dijo suavemente, como murmurando a un compañero íntimo:

-Tarod..., perdóname. No queda otro camino.

Cyllan se volvió y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Por tradición, todas las plegarias a Aeoris se formulaban estando el suplicante de cara al Este. Como Yandros era el enemigo por antonomasia de Aeoris, parecía adecuado que el peticionario mirase hacia el Oeste, y Cyllan reprimió una impresión instintiva de sacrilegio al volverse de espaldas al lugar por donde salía el sol. Cerrando los ojos, trató de formar una imagen en su mente, recordando la visión que había tenido en el Salón de Mármol, cuando las estatuas sin cara le habían manifestado su verdadero origen. Facciones duras, bellas pero crueles; boca sonriente y burlona; ojos sesgados e inteligentes... Pero el cuadro era confuso, la eludía. Se concentró más, respirando fuerte y ruidosamente en la silenciosa estancia, pero la imagen no quería tomar forma.

Si al menos tuviese sus piedras..., éstas la ayudarían, le permitirían enfocar su mente y sus deseos. Pero la bolsa estaba en alguna parte del Castillo, fuera de su alcance, y no se atrevía a pedirla para que no sospechasen de sus intenciones. Abrió los ojos y suspiró. No era una hechicera; sus facultades eran bastante limitadas, incluso con los preciosos guijarros; sin ellos, no podía hacer nada.

Entonces fijó la mirada en un cuenco que sus carceleros habían dejado sobre la mesa. En un esfuerzo por tentar su apetito y evitar así la desagradable necesidad de llamar a Grevard para que la obligara a comer, Keridil había enviado un plato de frutas de la provincia de Perspectiva de la abundante despensa del Castillo. Ella las había desdeñado, a pesar de su rareza y de que nunca le habían ofrecido tales exquisiteces en su vida; pero ahora se dio cuenta de que la fruta contendría huesos... y tal vez bastaría un sustituto si no podía tener sus propias piedras.

Tomó rápidamente el cuenco de encima de la mesa y partió una de las frutas. En su centro tenía un hueso duro y arrugado del tamaño de la uña del pulgar... Despreciando la pulpa, empezó a partir otras frutas hasta que tuvo una colección de una docena de huesos. No eran muchos, pero tal vez le bastarían... Lamió el zumo de sus dedos. Estuvo tentada de comer una o dos de las destrozadas frutas, pero, como sabía la importancia del ayuno en los ritos mágicos, dominó su impulso, y después se enjugó las palmas de las manos en la falda y agarró las piedras.

Esta vez, cuando cerró los ojos, la oscuridad detrás de sus párpados era absoluta. Y momentos más tarde experimentó la primera sensación de cosquilleo en la nuca, que se extendió a todo el cráneo. Dominando su excitación, enfocó la mente, sintiendo la áspera y dura superficie de los huesos en los dedos cerrados. Apenas consciente de lo que hacía, sus labios formaron un nombre y lo murmuraron en el silencio.

Yandros... Tenía las manos calientes, ardientes; las piedras parecían de hielo en comparación con ellas... y una cara empezaba a formarse en su visión interior, tomando forma y vida.

-Yandros..., escúchame, Yandros. óyeme, Señor del Caos. . .

El silencio de la habitación se hizo más profundo y el aire pareció coagularse a su alrededor, como si hubiese descendido una grande y oscura cortina. Cyllan podía sentir su pulso repicando con fuerza en todo el cuerpo; le ardían las manos, y también las piedras ardían ahora...

-Yandros, Señor de la Noche, Maestro de la Ilusión, escucha mi ruego... -Las palabras brotaban rápidas, inconscientemente, de su boca; ya no las elegía, sino que acudían de súbito a su lengua, como si hubiese despertado un antiguo recuerdo-. Yandros, aunque fuiste desterrado, tus siervos todavía te recuerdan. Vuelve aquí, Maestro del Caos, ¡vuelve del reino de la Noche y ayúdame!

Fue como si las piedras se encendiesen en sus manos. Cyllan gritó de dolor y de espanto, y los huesos de las frutas se desparramaron por el suelo al arrojarlas ella con un violento movimiento reflejo. Se echó atrás y, en el mismo momento, un sordo estampido resonó en sus oídos.

-¡Aeoris!

La invocación, aunque inadecuada, fue involuntaria, y Cyllan abrió los ojos.

Las sombrías paredes de su habitación no habían cambiado. Las piedras estaban en el suelo, formando un dibujo casual que no podía interpretar en absoluto y, al desvanecerse su fuerte calor, comprendió, afligida, que había fracasado. Yandros no podía o no quería responder a su llamada, y lo único que ella había experimentado había sido un engaño de su febril y desesperada imaginación.

Se levantó, volviendo la espalda a las piedras desparramadas, y se acercó a la ventana. La primera luna estaba ahora alta (cosa extraña, pues parecía que sólo habían transcurrido unos minutos) y su cara mellada, casi llena, se burlaba de su dolor. Abajo, en el patio, las antorchas se habían apagado, y el gigantesco rectángulo estaba vacío.

¿Lo estaba? Cyllan miró de nuevo y se dio cuenta de que había unas figuras en el patio..., pero ninguna de ellas se movía. Eran como estatuas, como si se hubiesen petrificado en un momento de sus vidas. Parecían débilmente ridículas; una con un pie levantado en la acción de caminar; otra con un brazo alzado en una extravagante e interrumpida posición... Y la fuente había cesado de manar...

El instinto la puso sobre aviso una fracción de segundo antes de que oyese el suave pero amplificado sonido de una cerradura a su espalda. Giró en redondo. . .

Los contornos de una puerta suspendida en mitad de la habitación se desvanecieron ante sus ojos. Un ser estaba plantado delante de ella, y, con súbito pánico, advirtió que estaba tan lejos de ser humano que cualquier concepto que se formase de él parecía cosa de locura. Alto, lúgubre, con los cabellos de oro cayendo sobre los altos hombros, habría podido ser hermano gemelo de Tarod, de no haber sido por el hecho de que no había rastro de mortalidad en las bellas y crueles facciones, y de que la sonrisa de sus labios parecía mofarse de los conocimientos y las ambiciones humanas. Los ojos entrecerrados y felinos eran opalescentes y cambiaban de color bajo la engañosa luz de la luna.

Cyllan retrocedió hasta que su espina dorsal chocó contra el marco de la ventana. Luchaba por respirar, pero ningún aire llenaba sus pulmones. Aquel ser (demonio o dios, por llamarle de algún modo) avanzó hacia ella con graciosa naturalidad y, al moverse, los contornos de la habitación se alabearon y torcieron como si no pudiesen coexistir en el mismo espacio que él. Cyllan tuvo la impresión de que algo vasto le rodeaba, una dimensión desconocida que chocaba con las leyes naturales de este mundo. Él estaba aquí y, sin embargo, no estaba; no era más que una manifestación de un ente cuya esencia, si la percibía, la llevaría al borde de la locura. Era el Caos...

Impulsada por una mezcla de terror, asombro y temerosa reverencia, Cyllan cayó de rodillas.

-Yandros...

-Levántate, Cyllan.

La voz de Yandros era argentina, pero su suavidad no alcanzaba a disfrazar del todo una amenaza implacable. Estremeciéndose, Cyllan obedeció, aunque todos sus instintos protestaban, y él caminó despacio a su alrededor, críticos sus ojos inhumanos y con aquella pequeña sonrisa flotando todavía en sus labios. Por fin se detuvo ante ella una vez más, y Cyllan sintió su escrutinio como un dolor físico cuando él la miró de arriba abajo.

-Has elegido condenarte al llamarme –dijo Yandros con indiferente regocijo-. Admiro tu valor. O tu locura.

Cyllan cerró los ojos con fuerza y se recordó que Tarod no había temido a aquel ser. Ella había llamado a Yandros por su libre voluntad; si éste resultaba ser un amo cruel, debía aceptar las consecuencias. Con un esfuerzo, se obligó a hablar.

-No tenía elección. Quieren matar a Tarod y yo no puedo ayudarle. -Dominando su miedo, miró aquellos ojos siempre cambiantes-. Tú eres mi única esperanza.

El Señor del Caos hizo una sarcástica reverencia.

-Me halagas. ¿Y por qué crees que puede interesarme salvar a un hombre que ha jurado fidelidad a Aeoris?

Librodot

La estaba poniendo a prueba, con la perversidad que ella hubiese debido prever. Cyllan se pasó la lengua por los resecos labios.

-Porque una vez llamaste hermano a Tarod.

Yandros siguió mirándola durante unos momentos y ella no se atrevió a imaginar lo que estaría pensando. Después, Yandros avanzó y apoyó una mano en la cabeza de ella. Cyllan se estremeció interiormente al sentir el frío contacto de sus dedos; sintió un nudo en el estómago, pero se mantuvo firme.

-Y estás dispuesta a poner tu alma en peligro para salvarle... Un sentimiento muy noble, Cyllan. -La voz argentina era todavía desdeñosa, pero su tono era casi afectuoso-. Parece que hicimos bien al traerte al Castillo.

Ella le miró sin acabar de comprender.

-¿Me trajiste... tú?

Yandros rió en voz baja, con una risa que la hizo estremecerse.

-Digamos que fuimos el instrumento de tu llegada. Podemos estar en el exilio, pero algunas de las fuerzas que sirven a nuestra causa permanecen todavía en esta tierra.

Ella comprendió de pronto.

-El Warp...

-Dices bien: el Warp. Ni siquiera Aeoris y sus corrompidos hermanos pudieron librar del todo al mundo de su viejo enemigo. -Yandros sonrió-. Y cuando encontramos también un mortal dispuesto a servirnos, nuestras ambiciones empiezan a tomar forma... y esto nos complace.

Así pues, ella había sido un muñeco, un instrumento manipulado por el Caos desde el principio... Cyllan empezó a sentirse mareada al comprender lo que implicaban esas palabras y recordó lo que Tarod le había dicho sobre las maquinaciones del Señor del Caos. Yandros quería desafiar el régimen del Orden, llevar de nuevo el mundo a la vorágine de la que le había salvado Aeoris hacía tantos siglos... Y veía a los dos como peones en el trascendental juego.

Pero fuera cual fuese la maldad de Yandros, fuera cual fuese el destino que había proyectado para el mundo, a Cyllan ya no le importaba. Sólo él podía ayudarla a salvar a Tarod de la aniquilación, y ningún precio era demasiado elevado para esto.

El Señor del Caos la miró, leyendo claramente lo que ella estaba pensando. Por fin, casi con amabilidad, dijo:

-¿Qué es lo que pides al Caos, Cyllan?

Ella respiró hondo.

-¡Que me ayudes a salvar la vida de Tarod!

Él inclinó la cabeza.

- Y cómo crees que puedo hacerlo? ¿Debo traer una legión de demonios para que arrase el Castillo y envíe a sus moradores a los Siete Infiernos? ¿Aceptarías esto, para salvarle?

Cyllan resistió su lacerante mirada.

-En caso necesario, sí.

-Entonces, eres digna de Tarod. -Cyllan, para su asombro, vio respeto detrás de la expresión divertida de Yandros, antes de que los finos labios de éste se torciesen hacia abajo-. Pero, por mucho que satisfaga esta idea mi sentido de justicia, no puede ser puesta en práctica. Estamos en el exilio, Cyllan. Nuestros poderes en este mundo son una débil sombra de lo que fueron antaño. He podido alcanzar tu mente y hablar contigo, pero no puedo ayudarte directamente. -Sonrió de nuevo, débilmente -. Sólo Tarod tiene poder para abrirnos el camino, y él prefirió romper el pacto que habíamos hecho y renegar de su antigua lealtad.

Cyllan sintió que se le oprimía la garganta. La naturaleza voluble de Yandros se estaba manifestando de nuevo, ofreciéndole esperanza un instante y desesperación al siguiente. Él no le había prometido ayudarla... ¿Pero se negaría en redondo?

Con voz vacilante, dijo:

-No puedo negar esto. Pero espero... creo... que, a pesar de ello, no le abandonarás ahora.

Yandros la miró, con expresión enigmática.

-Depositas una confianza infantil en nuestra lealtad.

-No tengo elección.

El Señor del Caos reflexionó.

-Y si me dejo persuadir..., ¿qué querrás que haga?

Ella lo había pensado detenidamente y sólo veía un camino.

-Mátame - dijo con voz dura -. Rompe el dominio que tiene el Sumo Iniciado sobre Tarod. Cuando yo esté muerta, no habrá nada que le detenga de vengarse. -Vaciló, miró a los ojos de Yandros y añadió con sentido énfasis-: Por favor...

-No. -Yandros levantó una mano para atajar cualquier protesta-. Liberar a Tarod destruyéndote sería una pérdida inútil. Podría hacerlo, y lo haría si me sirviera para mis fines, pero hay maneras mejores y tú nos serás más útil si vives. Pero entiéndeme bien: si Tarod tiene que vivir también, deberás servirnos, y servirnos fielmente. Mírame.

Ella había bajado la mirada, pero ahora, obedeciendo la orden, la levantó de nuevo. Los ojos de Yandros se habían vuelto negros y, reflejadas en ellos, vio imágenes que la hicieron encogerse con un terror profundo y atávico. Confusión, un furioso y estruendoso torbellino de colores imposibles, de formas atormentadas, de caras desesperadas, que era la esencia del Caos, se pintó en los negros ojos y pareció abalanzarse sobre ella, presto a estallar sobre el mundo en un loco pandemónium.

-Ya ves lo que tendrás que obligarte a servir. -La voz de Yandros era cruel, implacable-. Ahora, ¡elige!

El pánico se apoderó de ella; la protesta de cien generaciones que habían jurado fidelidad a la paz del Orden; los recuerdos heredados de los miles que habían muerto para barrer del mundo la plaga del Caos; los horrores de la condenación eterna. Aliarse a este ser sería traicionar todo aquello en lo que había creído... Sin embargo, sin la ayuda de Yandros, Tarod moriría...

Poco a poco, temblando violentamente, Cyllan hincó una rodilla ante el Señor del Caos.

Yandros sonrió. Había visto lo bastante para confirmar el acierto de enviar el Warp que había arrancado a la joven de su antigua vida; de hacer que los fanaani, que nada debían al Orden, la salvasen del mar; al manifestar una parte de sí mismo en respuesta a su llamada. Si ella triunfaba en su empeño, tendría la llave del futuro de Tarod... y del futuro del reino del Caos. Sería una servidora muy valiosa...

-No podrás volver atrás -dijo suavemente, con satisfacción.

Cyllan no levantó la cabeza, pero él vio que asentía con ella casi imperceptiblemente antes de murmurar:

-¿Qué debo hacer?

-Debes encontrar la piedra... y devolverla a su legítimo dueño.

Ella le miró rápidamente.

-¿Cómo puedo hacerlo?

-Empleando la inteligencia y la astucia que tanto te han servido hasta ahora. Nosotros podemos ayudarte; no tenemos poder para intervenir directamente, pero nuestra... influencia... todavía puede dejarse sentir en los medios adecuados. –La sonrisa se desvaneció bruscamente de su semblante-. Hay que hacerlo, Cyllan. Solamente Tarod tiene poder para llamarnos de nuevo al mundo, pero, para ello, tiene que recuperar su piedra-alma. Si la piedra permanece en manos de esos gusanos del Orden, no descansarán hasta que su esencia sea dominada y destruida. -Su cara orgullosa y siniestra no mostraba ahora la menor amabilidad, sino que era cruelmente venenosa-. Si la piedra fuese destruida, el alma de Tarod sería destruida con ella. Y tú no quieres esto..., ¿verdad, Cyllan?

-No... -murmuró ella.

Yandros levantó una mano y señaló el corazón de Cyllan.

-Entonces, si deseas que viva, te ordeno que le pongas de nuevo en posesión de la piedra del Caos.

-Sus ojos brillaron con un fuego infernal-. No me falles, pues si lo hicieses, perderías mucho más que la vida de Tarod. Tus propios dioses te condenaron cuando llamaste al Caos en tu ayuda, pero si engañases ahora al Caos, ¡tu alma no encontraría consuelo en nuestro reino!

Su tono hizo que Cyllan sintiese en la médula un escalofrío que le hizo recordar las horribles imágenes que había visto en los ojos de él. No pudo responder; estaba demasiado horrorizada por la enormidad del trato que había hecho.

Yandros pareció ablandarse un poco y sus ojos se tranquilizaron y los extraños colores volvieron una vez más a sus sesgadas profundidades.

-Haz bien tu trabajo y no tendrás nada que temer - dijo más suavemente -. Y no creas que estás completamente sola. Hay una persona en el Castillo que te ayudará. La reconocerás cuando la encuentres. -Le tomó bruscamente la mano izquierda, volviendo la palma hacia arriba-. No puedes llamarme de nuevo, Cyllan. Te he respondido esta vez, y no podría hacerlo nuevamente. Pero te dejo con mi bendición.

Y con una actitud que parecía burlona imitación de la cortesía humana, le besó la muñeca.

Fue como si una brasa hubiese tocado su brazo. Cyllan gritó de dolor, se echó violentamente atrás y, al caer, una ráfaga de aire ardiente produjo una explosión tremenda pero sorda en la estancia. Las paredes se combaron hacia fuera, torturadas por una fuerza que apenas podían contener; Yandros se desvaneció, y Cyllan chocó contra la ventana antes de derrumbarse desvanecida en el suelo.

El criado que corrió en busca de Keridil recibió una fuerte reprimenda, pero el Sumo Iniciado no tuvo más remedio que abandonar la pequeña celebración que tenía lugar en sus habitaciones y seguir al hombre hasta el ala sur del Castillo. Había interrumpido la confusa explicación, pensando solamente que la muchacha de las Llanuras del Este había conseguido lesionarse a pesar de las grandes precauciones tomadas por él, y al dirigirse apresuradamente a su habitación, sintió vértigo al pensar en lo que podría ocurrir si ella moría. Podrían ocultar fácilmente la noticia a Tarod hasta que llegase el momento de su ejecución. Pero él sólo iría voluntariamente a la muerte si se le demostraba que ella estaba viva y a salvo. Si no era así...

Keridil se tragó la bilis del miedo al acercarse a la puerta cerrada.

Para alivio suyo, su perentoria llamada fue respondida por Grevard. El médico parecía más irritado que preocupado, y esto era una buena señal, se dijo nerviosamente Keridil.

-¡Oh..., Keridil! -El médico le miró frunciendo el entrecejo-. ¡Dije a esos malditos imbéciles que no hacía falta que fuesen a buscarte!

Keridil miró hacia la cama. Era difícil distinguir la figura de la joven; parecía estar inconsciente, y una mujer de hábito blanco en la que reconoció a la Hermana Erminet Rowald la estaba cuidando auxiliada por dos sirvientes que parecían ser un estorbo más que una ayuda.

-¿Está viva? -preguntó concisamente el Sumo Iniciado.

-¡Oh, sí!; está viva.

-¿Qué ha sucedido?

Grevard sacudió la cabeza.

-No lo sé. Creíamos haber tomado todas las precauciones posibles, pero parece que estábamos equivocados. -Señaló hacia la cama con la cabeza-. Uno de los criados la encontró yaciendo sin sentido en un rincón cuando le trajo la comida. Al principio, pensé que se había desmayado de debilidad; ya sabes que se ha negado a comer; pero cambié de opinión al ver su brazo.

-¿Su brazo?

El médico se encogió de hombros.

-Ve y míralo tú mismo.

Keridil, con semblante preocupado, se acercó a la cama y saludó brevemente con la cabeza a la Hermana Erminet. Cyllan yacía inmóvil y muy pálida, y a primera vista, no parecía haber

sufrido daño alguno; pero después vio Keridil que la manga izquierda de su vestido había sido arremangada, dejando al descubierto una horrible señal carmesí que se extendía desde la muñeca casi hasta el codo.

Miró rápidamente a Grevard por encima del hombro.

-Es una quemadura...

-Exactamente. -El médico hizo una mueca-. Y si puedes tú explicar cómo pudo tener fuego en sus manos, ¡sabes mucho más que yo!

-Es imposible. A menos que lo sacase del aire.

-Bueno, tal vez haya una teoría mejor. ¿Tiene ella algún poder mágico?

Keridil murmuró entre dientes y sacudió la cabeza.

-Lo dudo. Además, si lo tuviera, la Hermandad lo habría advertido hace años, ¿no es cierto, Hermana Erminet?

La vieja herbolaria le miró enigmáticamente.

-Naturalmente, Sumo Iniciado.

-Entonces, si no pudo quemarse ella misma, ¿quién pudo...? -La voz de Keridil se extinguió al ocurrírsele una inquietante posibilidad. Tarod. Si la muchacha había establecido de algún modo contacto con él y, le había persuadido de romper el trato, él podía haber tratado de emplear su poder para matarla desde lejos, con el fin de salvarse. Y casi lo había logrado... Giró sobre los talones-. Grevard, ¿sigue ese demonio de Tarod encerrado bajo llave?

-Desde luego -dijo sorprendido el médico.

-¿Y se han seguido al pie de la letra mis instrucciones de mantenerle drogado?

Ahora, Grevard pareció ofendido.

-Si sugieres que yo...

-Sumo Iniciado. -La voz de la Hermana Erminet interrumpió la irritada réplica de Grevard, y Keridil se volvió y vio que la mujer se había erguido y le estaba mirando, con los brazos en jarras, como una maestra enojada-. El Adepto Tarod yace en este momento en su celda, sin saber nada del mundo que le rodea. Le administré el narcótico con mis manos y vi cómo lo bebía.

Keridil, perplejo, hizo un ademán apaciguador.

-Discúlpame, Hermana; no quise acusar a nadie de negligencia. Discúlpame también tú, Grevard.

El médico sacudió la cabeza.

-Fue una presunción bastante razonable, dadas las circunstancias.

Erminet habló de nuevo.

-Desde luego, hay otra posibilidad -dijo con indiferencia. Ambos hombres la miraron y ella prosiguió- : Puede no ser una quemadura. La piedra de las paredes es tosca; si la muchacha quería realmente suicidarse, tal vez trató de frotar la muñeca en ella hasta romperse la arteria. -Sonrió, compasiva -. Desde luego, no podría lograrlo, pero ¿quién puede imaginar el razonamiento de los que están desesperados? Y si frotó con fuerza bastante, pudo producirse una señal muy parecida a una quemadura.

Grevard pareció escéptico, pero, para Keridil, la teoría de la vieja era tan verosímil como cualquier otra.

-Gracias, Hermana -dijo-. Tal vez has resuelto nuestro problema..., pero permanece la cuestión de cómo podemos evitar que vuelva a lesionarse. No puede ser vigilada constantemente, ya que no tenemos bastantes criados.

-Tal vez yo podría serte útil, Sumo Iniciado -dijo Erminet, como si acabase de ocurrírsele la idea-. Grevard me necesita poco, ahora que ya no hay casos urgentes, aunque sigue bastante atareado. Podría repartir mi tiempo entre los dos pacientes. - Sonrió ingenuamente -. Creo que podría asegurar que la joven no tendrá oportunidad de hacer más travesuras.

-No sé. -A Keridil no le entusiasmaba la idea; Sashka le había contagiado su antipatía por la severa Erminet, aunque tenía que confesar que no había encontrado ningún defecto en su

trabajo-. Creo que ya hemos abusado bastante de tus buenos oficios, Hermana, al entretenerte tanto tiempo en el Castillo. Seguramente tienes cosas más vitales que hacer en vuestra Residencia.

-Nada que no pueda esperar -dijo vivamente Erminet-. Si he de serte sincera, señor, me satisface en gran manera estar en un lugar donde puedo usar mis conocimientos en vez de enseñarlos simplemente. Creo que mi ayuda es práctica.

Sonrió satisfecha.

Keridil, atrapado, miró al médico.

-¿Grevard?

Grevard y Erminet se habían comprendido mientras trabajaban juntos, y el médico sentía respeto por la vieja.

-Si la buena Hermana está dispuesta a quedarse, confieso que le agradeceré su ayuda. Especialmente con Tarod... -Su rostro se contrajo perceptiblemente-. No me interpretes mal; comparto la opinión de todo el Círculo en lo que a él concierne. Sin embargo no es fácil enfrentarse a un hombre y prepararle para la ejecución cuando le había tenido como amigo.

El semblante de Keridil permaneció impasible, aunque las palabras del médico le habían herido en lo más hondo.

-Está bien -dijo, disimulando sus sentimientos-. Si la Hermana Erminet está dispuesta a hacerse responsable de nuestros dos prisioneros, sea como ella desea. -Hizo una reverencia a la anciana-. Gracias, Hermana.

Ella bajó modestamente los ojos.

-Es un honor para mí, Sumo Iniciado.

Grevard dio unas palmadas en el hombro de Keridil.

-Y ahora puedes volver a tus tediosos negocios, interrumpidos por este pequeño drama.

Enfurecido por la situación de Cyllan, casi lo había olvidado... Una amplia sonrisa se pintó en el rostro de Keridil.

-¡Te aseguro que no tenían nada de tediosos!

-¡Ah! -Interpretando mal aquella declaración, Grevard se echó a reír-. ¡Hubiese debido pensarlo! ¡Tienes las mejillas rojas como una puesta de sol, amigo mío! ¡Presenta mis disculpas a la dama!

Keridil levantó ambas manos.

-Grevard, ¡tu mente es como un pozo negro! -Entonces su expresión se hizo grave, aunque seguía sonriendo-. Este suceso interrumpió una celebración... y no me importa que seáis los primeros en saber la noticia, aparte de los de su clan, ya que se hará pública mañana por la mañana. Sashka Veyyil y yo vamos a casarnos.

La Hermana Erminet alzó bruscamente la cabeza y, después, volvió a bajarla hacia su paciente con la misma rapidez. Grevard miró a Keridil con sorprendida satisfacción durante unos momentos, antes de dar un puñetazo al hombro del Sumo Iniciado que casi le hizo caer al suelo.

-¡Conque al fin se lo has pedido! Bien hecho Keridil, ¡bien hecho! ¡La celebración deber ser tan grande como la de la Investidura!

Keridil enrojeció de nuevo.

-Gracias. Aprecio tus buenos deseos.

-Tendrás los buenos deseos de todo el mundo, amigo mío, puedes estar seguro de ello. Una hermosa muchacha; muy hermosa..., y una justa recompensa para los dos después de todo lo que ha sucedido. Tu padre se habría sentido feliz.

Los dos hombres se encaminaron a la puerta, sin dejar de hablar, y Erminet les observó mientras salían. Sus ojillos de pájaro eran inexcrutables, pero la comisura de sus labios se torció en una expresión ligeramente despectiva.

CAPITULO 13

Cuando Cyllan empezó a sudar y agitarse en su delirio, y a gritar un nombre que parecía extraño, la Hermana Erminet hizo salir de la habitación a la criada que le habían enviado para ayudarla, tranquilizándola con la seguridad de que aquello era corriente en casos semejantes y que podía resolverlo perfectamente. Una vez a solas con su paciente, se volvió a su colección de hierbas y preparó un brebaje mientras escuchaba atentamente las temerosas divagaciones de la muchacha medio consciente.

Yandros... Había oído este nombre en alguna parte y recordó que guardaba relación con el Adepto condenado. Y esto confirmaba sus sospechas concernientes a otro descubrimiento aparentemente insignificante que había hecho en esta habitación.

Un cuenco de frutas que habían sido abiertas y machacadas sin motivo aparente, y los huesos de las frutas desparramados de cualquier manera en el suelo. Sabía que la lectura de piedras era una forma de geomancia peculiar del Este, por lo que parecía que la joven había estado jugando con fuego y se había quemado, en el sentido literal de la palabra.

El parloteo de Cyllan había degenerado ahora en murmullos incoherentes y, cuando Erminet la miró de nuevo, sus párpados se agitaban espasmódicamente. Estaba recobrando el conocimiento. La anciana llevó a la cama el brebaje que había preparado, se sentó y levantó la cabeza a Cyllan.

-Toma. Bebe esto; relajará tus músculos y calmará tu mente. -Arrimó la copa a los labios de la muchacha y observó, con satisfacción, cómo tragaba un buen sorbo-. Así... ¡Oh, que Aeoris nos ampare, niña! ¡Mira cómo lo estás ensuciando todo!

La bebida había producido náuseas a Cyllan, pero la reprimenda involuntariamente viva de Erminet pareció abrir un claro en su nublada mente. Rechazó débilmente la copa y después abrió los ojos con dificultad.

Se miraron las dos; Erminet, curiosa; Cyllan, hostil y cautelosa. Había tenido sueños monstruosos, en los que aparecía una y otra vez la cara fríamente sarcástica de Yandros, y la impresión de encontrarse frente a una Hermana de Aeoris al despertar la espantaba.

-Bueno, ¿vas a quedarte mirándome como si fuese el fantasma de tu abuela? -le preguntó Erminet-. ¿O tienes algo que decirme?

Cyllan se echó atrás, pero su mirada no se apartó de la cara de la vieja.

-¿Quién eres? -preguntó con voz ronca.

-La Hermana Erminet Rowald. Veo que no os enseñan buenos modales en el Este -replicó agriamente Erminet.

Cyllan frunció el entrecejo.

-Yo no te pedí que me cuidases.

-Cierto; pero alguien lo hizo y por esto estoy aquí, tanto si te gusta como si no. -Le alargó la copa-. Termina tu bebida.

-No... Estás tratando de drogarme.

Es tan obstinada como Tarod, pensó Erminet, y suspiró.

-No es más que un sencillo reconstituyente. Te lo demostraré. De todos modos, ¡yo lo necesito más que tú! -Bebió la mitad de lo que quedaba en la copa y se la ofreció una vez más-. ¿Estás ahora satisfecha?

Cyllan, vacilando, tomó la copa de sus manos y apuró el brebaje. Sabía bastante bien; a vino con especias y un poco de miel y otros sabores más sutiles, y su estómago lo agradeció. Mientras tanto, Erminet se había levantado y cruzado la habitación con movimientos aparentemente casuales, y tocaba con el pie algo que había en el suelo. Cyllan la miró... y sintió que se encogían sus pulmones.

Librodot

-La antigua geomancia del Este -dijo Erminet a media voz-. Creía que esta técnica casi no se empleaba ya. -Y al no responder Cyllan, sonrió-. ¿Eres una vidente, eh?

-¡No!

La negativa era demasiado vehemente, y Erminet vio miedo en los ojos de Cyllan.

-Es inútil negar lo evidente, muchacha, cuando tu astucia no alcanza a disimular la evidencia. -Bruscamente, y para sorpresa de Cyllan, su tono se suavizó-. Alégrate de que, hasta ahora, yo soy la única que ha adivinado tu secreto. Todos los demás creen que eres bastante inofensiva, a pesar de las protestas de ese mal criado hijo de Margrave.

-¿Drachea...?

El nombre salió involuntariamente de los labios de Cyllan, cuya hostilidad se había mitigado por la perplejidad y una curiosidad creciente.

-¿Se llama así? Sí, el arrogante rapaz está todavía aquí, y sin duda su orgulloso padre y toda la camada vendrán pronto del Sur para disfrutar del reflejo de su gloria.

La voz de Erminet era agria y esto aumentó la confusión de Cyllan. ¿Unas palabras tan duras, en boca de una Hermana de Aeoris? No lo entendía...

De pronto, Erminet se acercó de nuevo a la cama y se quedó plantada, mirando a Cyllan.

-¿Quién es Yandros?

El cambio de táctica pilló a Cyllan por sorpresa, tal como había pretendido la Hermana, y no tuvo tiempo de disimular su dolor. Tragó saliva.

-Jamás oí ese nombre.

-¿Ah, no? ¿Tan desconocido te es que lo has pronunciado nada menos que doce veces en tu delirio? -La anciana se acercó más-. Hablaste bastante mientras dormías, niña. Si yo fuese recelosa, juraría que era una letanía destinada a evocar algo que es mejor dejar tranquilo.

Oh, sí; la flecha había dado en el blanco: el terror y la culpa se pintaron en los ojos de Cyllan antes de que pudiese ocultarlo. Después su peculiar mirada ambarina se endureció.

-¿Y si lo fuese, Hermana? -replicó furiosamente-. ¿Ves una legión de demonios alineados alrededor de las paredes de esta habitación? ¿Ves un ejército sobrenatural forzando las puertas del Castillo para rescatarme? Sea lo que fuere lo que pude haber intentado, ¡fracasé!

Estaba mintiendo; Erminet lo sabía con tanta seguridad como que el sol amanecería mañana.

-¿De veras? -dijo suavemente-. ¿O cuenta la herida de tu brazo solamente la mitad de la historia?

Cyllan frunció el entrecejo y miró después rápidamente su muñeca izquierda. La mancha lívida había sido tratada con un ungüento, pero la irritación no había menguado. Dobló los dedos y recordó los ojos sabios e inhumanos de Yandros al inclinarse para tocar su muñeca con los labios. La excitación y un miedo morboso hicieron presa en ella... Conque era real; había ocurrido de veras... El Caos había contestado a su llamada...

Encogió el brazo poco a poco, como para proteger la señal que le había infligido el Señor del Caos del escrutinio de la Hermana Erminet. Una extraña sonrisa, no del todo racional, deformó su boca.

-Sea cual fuere la historia que cuente -murmuró-, no podréis cambiarla. Ni tú, ni Keridil Toln; nadie. Es demasiado tarde.

Erminet se sintió inquieta y empezó a preguntarse si, en su determinación de cuidar de que se hiciese justicia, no habría cometido un grave error. Ahora no dudaba de que Tarod no se había equivocado al depositar su confianza en Cyllan. Haría cualquier cosa por salvarle, sin reparar en las consecuencias que tendría para ella y para todos los demás, y una devoción tan exclusiva podía ser letal. Decían que Tarod era del Caos, acusación que él había negado. Si era verdad, se deducía de ello que podía tener aliados que también debían su existencia al mismo mal; aliados a los que podía llamar en un momento de apuro...

Miró de nuevo a Cyllan y se dijo que la idea era insensata. El Caos había muerto; si Aeoris hubiese fallado en su empeño, nunca habría sido creada la Hermandad para conservar la fe en el recuerdo de aquella titánica victoria. Y la muchacha no era una hechicera. Había visto que

tenía talento, pero nada más. Era el amor lo que la impulsaba, y la Hermana Erminet comprendía demasiado bien esta motivación.

Y así, había decidido entre el deber y la conciencia. Por muy rigorista que fuese, Erminet tenía un código de honor peculiarmente personal, y con independencia de los que pudiesen imponer el Sumo Iniciado y su propia Hermandad, había dado su palabra, al menos, en una cuestión...

Aguantó una vez más la mirada irritada de Cyllan y dijo sin preámbulos:

-Tengo un mensaje para ti.

La muchacha perdió algo de su aire de desafío, pero no quiso hacer la pregunta que acechaba en el fondo de sus ojos.

Erminet se pasó la lengua por los labios.

-Dijo que recordases tu primera visita a la torre... y que él no tomó nada que no quisieras darle.

Sabía que habría una reacción, pero no de esta naturaleza. Cyllan se quedó petrificada, abrió la boca como para hablar, pero jadeó y estalló en sollozos de angustia, tapándose la cara con ambas manos y llorando como si se le partiese el alma.

-¡Niña! -Aquel dolor hizo que Erminet olvidase su estudiada acritud, y rodeara los hombros de Cyllan con los brazos-. ¡No llores, niña!

Cyllan trató de empujarla, al sentirse acometida por una oleada de miedo y de dolor y de desesperado anhelo. Había tratado de dominar sus emociones lo mejor posible, sabiendo que eran la forma más cruel de atormentarse ella misma; pero las palabras de Tarod, tan ingenuamente transmitidas por la anciana, habían resucitado toda la amargura de los recuerdos que, ahora, eran todo lo que le quedaba de él. Y su sentimiento, luchando por desfogarse, sólo pudo expresarse en dos fútiles, inútiles y entrecortadas palabras:

-¡Oh, dioses...!

Erminet se maldijo por no haberse parado a pensar en el efecto que podía producir en Cyllan el mensaje de su amante. Un secreto compartido, una broma que sólo ellos dos podían comprender... No era de extrañar que la muchacha llorase, dadas las terribles circunstancias en que había sido enviado y entregado el mensaje. Tuvo ganas de llorar con ella.

-¡Escúchame, Cyllan! -Los dedos que apretaban los hombros de Cyllan eran rudos, pero Erminet no conocía otra manera de sacarla de su profunda aflicción-. ¡Tienes que escucharme!

Cyllan respiró profundamente y con fuerza. Se apartó las manos de la cara, y había odio en la mirada que fijó en Erminet.

-¿Por qué tendría que escucharte? -replicó furiosamente-. ¡Eres igual que todos ellos! Tarod no te ha hecho ningún daño, pero les apoyarás y asentirás prudentemente con la cabeza cuando le lleven al Salón de Mármol para matarle, ¿no? -Estaba temblando de los pies a la cabeza, al borde de un ataque de histeria-. Y mientras tanto me tenéis aquí encerrada, y yo le amo, y no puedo hacer nada para poner fin a esta locura, ¡y Tarod va a morir!

Erminet, terriblemente conmovida por ese arrebato, la miró fijamente y dijo:

-No, si yo puedo impedirlo.

Cyllan tardó un momento en captar estas palabras, pero después se quedó como paralizada.

-¿Qué...?

-Ya me has oído.

Que Aeoris me valga, pensó, ¿qué he dicho? Había hablado impulsivamente, respondiendo a la desesperación de la joven y a un turbador y creciente sentido de injusticia en su propia mente. Cuando había salido de la celda de Tarod, se había sentido irritada, en parte consigo misma y en parte con él, por resignarse de un modo tan pasivo a la muerte, pero sobre todo contra la cadena incontrolable de circunstancias que habían llevado a la condena de una vida joven y de importancia vital. Ahora comprendía el razonamiento de Tarod y les compadecía a los dos. Vieja tonta romántica como era, quería ayudarles, y ese impulso quijotesco había hecho que se fuese de la lengua. Pero no quería, no podía, faltar a su palabra.

Librodot

Hizo ademán de retirarse, pero Cyllan alargó una mano y la asió de la muñeca. Detrás de su expresión paralizada por la emoción, la mente de Cyllan se debatía en un torbellino de pasmado asombro, incredulidad y esperanza. La extraña anciana le había traído un mensaje que sólo podía ser de los propios labios de Tarod, y esto significaba que Tarod confiaba en ella. La Hermana Erminet no quería que muriese... y Yandros había dicho que la ayuda vendría de dentro del Castillo, y que, cuando llegase, ella la reconocería...

-Hermana... -La voz de Cyllan estaba ronca de desesperación-. Dime, por favor: ¿puedes ayudarnos?

Erminet se levantó, retiró el brazo y se sintió de pronto insegura de sí misma.

-No lo sé...

Cyllan se retorció las manos, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Casi en un murmullo, suplicó:

-Tú tienes la llave de esta habitación. Podrías dejarme salir...

-No. -Erminet suspiró profundamente-. Quiero ayudaros. Los dioses saben por qué, pero le he tomado simpatía a tu Adepto; le compadezco y también te compadezco a ti. Pero no es fácil..., debes comprenderlo. No puedo dejar simplemente que te escapes en la noche. Si llegase a saberse que yo... -vaciló-, que mis simpatías están... contra la corriente..., no podría defenderme. Y aprecio mi vida, aunque no me queden muchos años más de ella. -Recobró una pizca de su causticidad al sonreír-. Todavía no deseo encontrarme con Aeoris, y menos con semejante pecado en mi conciencia.

Cyllan se resignó, dominando su disgusto al reconocer que Erminet tenía razón. Además, la libertad no le bastaba. Tenía que tener la piedra del Caos para salvar a Tarod y cumplir la palabra que había dado a Yandros.

Inclinó la cabeza, asintiendo.

-Lo siento, Hermana. Pensaba..., esperaba..., pero lo comprendo. -Su expresión era intensa detrás de la cortina de sus cabellos-. Y ahora, ¿querrás contestarme a una pregunta?

-Si puedo, sí.

-Hay una piedra... Tarod solía llevarla en un anillo y el Sumo Iniciado se la quitó cuando le capturaron por primera vez.

Erminet recordó la gema. La había visto en la mano de Tarod cuando su primer encuentro, y según rumores, contenía su alma...

-Lo sé -dijo cautelosamente.

-¿Sabes dónde está ahora ?

Un fragmento de conversación, oído mientras volvía a su trabajo al regresar el Tiempo...

-Sí... -dijo Erminet.

Los ojos de Cyllan adquirieron un brillo febril.

-¡Dímelo!

-¿Por qué es tan importante?

Cyllan vaciló; después decidió que no tenía más remedio que contar al menos parte de la verdad a Erminet. Recordó las palabras de Yandros y dijo a media voz:

-Porque debe ser devuelta a su legítimo dueño.

Si lo que se decía de la gema era verdad, ponerla en posesión de su legítimo dueño podía significar la ruina de todos. Sin alma, Tarod era bastante formidable..., pero con la piedra en su posesión sería un adversario mucho más terrible. Erminet tenía que asegurarse de lo que estaba haciendo. Fuera o no fuese del Caos, el Adepto de negros cabellos era un hombre de honor. Si daba su palabra de no causar ningún daño al Castillo, ella confiaría en su promesa. Pero no en la muchacha; ésta emplearía la piedra contra cualquiera, amigo o enemigo, que tratase de frustrar sus propósitos. Y por muy justos que fuesen sus motivos, Erminet no podía arriesgarse.

En voz alta, respondió:

-No. No te lo diré, Cyllan; todavía no. -Y como la muchacha empezaba a protestar, levantó una mano con firmeza-. He dicho no. No confío en ti, niña. Y no pretendo poner mi cabeza

sobre el tajo de ejecución en tu honor. -Se volvió y empezó a recoger sus filtros-. Pero volveré a ver a tu Tarod y hablaré con él. Si -giró en redondo, apuntándola con un dedo amonestador- y solamente si me da su palabra de que el Castillo no sufrirá ningún daño por la ayuda que pueda prestarte, reconsideraré lo que me has pedido. -Dirigió a Cyllan una triste pero simpática sonrisa-. Es cuanto puedo hacer.

Era muy poco... y sin embargo podía ser bastante. Cyllan miró a Erminet y la esperanza centelleó en sus extraños ojos ambarinos.

La vieja sonrió irónicamente.

-Mientras tanto, ¿quieres que le diga algo de tu parte? Si he sido mensajera una vez, puedo serlo otra. Además, él es tan suspicaz como tú; si no le llevo alguna respuesta tuya, me acusará de no haberte dado su mensaje, y no quisiera exponerme a su mal genio.

Cyllan, a pesar suyo, no pudo dejar de corresponder a su sonrisa.

-Sí... Dile que la herida sanó rápidamente.

-La herida sanó rápidamente. -Erminet repitió las palabras para grabarlas en su memoria y después dirigió a Cyllan una mirada de mujer chapada a la antigua-. ¡Otro acertijo misterioso! No es de extrañar que os avengáis tanto; a los dos os gusta la intriga. Y no es que me importe el significado que puedan tener vuestras bromas... -Su expresión se suavizó-. No temas, muchacha. Se lo diré.

Cyllan asintió con la cabeza y la expresión de su semblante se clavó en el corazón de Erminet.

-Gracias, Hermana -murmuró en tono casi inaudible.

El ave de color castaño claro miró a un lado y a otro, posada en el brazo del halconero, observando a su público con lo que parecía desdén en sus ojos como abalorios. El halconero, natural de la provincia Vacía, moreno y de nariz aguileña, inclinó la cabeza y murmuró al oído del ave; ésta respondió con un chillido, extendió las alas y las plegó de nuevo.

El halconero miró al Sumo Iniciado y sonrió débilmente.

-Si tu mensaje está listo, señor...

Keridil se destacó del grupo que se había reunido en el patio del Castillo. Llevaba en una mano una hoja de pergamino dispuesta en un pequeño y apretado rollo. El halconero lo tomó, y, con hábiles dedos, los sujetó a una correa que pendía de una de las patas del ave, haciendo caso omiso de los intentos de ésta de picarle la mano. Su sonrisa se convirtió en mueca lobuna.

-Ahora veremos si ha aprendido bien la lección.

Murmuró de nuevo al ave y la criatura volvió a chillar, como lanzando un desafío a algún enemigo invisible. Esta vez extendió del todo las alas y unos cuantos espectadores se quedaron boquiabiertos al ver su envergadura. El halconero levantó el brazo; el ave saltó, batió el aire con sus grandes alas y se quedó planeando durante unos momentos a diez pies por encima de la cabeza del hombre. Después, con una rapidez que provocó más exclamaciones de asombro, se elevó como una flecha en el cielo claro y frío hasta que no fue más que una mota oscura en la bóveda azul. Planeó de nuevo y después voló hacia las montañas del Sur, perdiéndose en pocos segundos más allá de la alta muralla del Castillo.

Los espectadores aplaudieron espontáneamente y Keridil estrechó la mano enguantada del halconero.

-Un comienzo de buen augurio, Faramor.

La cara morena del norteño no estaba hecha para expresar satisfacción, y la sonrisa con que respondió manifestaba cierto embarazo.

-Su vuelo va a ser muy largo, Sumo Iniciado. Pero si todo marcha bien, la contestación debería llegar mañana cuando se ponga el sol.

Pestañeó cuando la alta joven de cabellos castaños que había estado al lado de Keridil durante la pequeña ceremonia se adelantó y le dirigió una sonrisa deslumbradora aunque débilmente condescendiente.

-Y entonces -dijo-, todo el mundo se habrá enterado de la buena noticia. -Enlazó un brazo en el de Keridil con posesivo ademán-. ¿Verdad que sí, amor mío?

Keridil cubrió su mano con los dedos y la apretó.

-Cierto. Te damos las gracias, Faramor.

Cuando se alejaron, el halconero se vio asediado por los curiosos, la mayoría de ellos jóvenes Iniciados, advirtió Keridil, divertido. Presumiendo que este primer experimento tuviese éxito, pensó, Faramor y los de su oficio no carecerían de aprendices ansiosos de practicar el nuevo arte.

La idea de emplear aves como mensajeras era algo que el Sumo Iniciado sabía que podía ser muy útil al Círculo. Halconeros de la provincia Vacía habían estado practicando durante la vida de su padre, tratando de adiestrar a las feroces aves que se empleaban normalmente para la caza; pero habían necesitado años y mucha paciencia para poder lograr este primer éxito manifiesto. Ahora el ave de Faramor volaba hacia Chaun, donde, al menos en teoría, otro halconero la recibiría y enviaría su propio halcón al Castillo con un acuse de recibo del mensaje de Keridil. Desde Chaun, enviaría también otras aves adiestradas a otras provincias, para difundir la noticia traída por el halcón de Faramor. Y si todo ocurría según al plan previsto, el anuncio del noviazgo del Sumo Iniciado con Sashka Veyyil sería conocido en todo el país en pocos días y no en las semanas que habrían necesitado los más veloces jinetes, relevándose.

Keridil había elegido este medio de anunciar la noticia principalmente para complacer a Sashka, pero también, prácticamente, porque nada malo podía suceder si el experimento fracasaba. Pero tenía grandes esperanzas, pues, aunque mucho dependía de la habilidad de las aves, pocos fallos más podía haber. Los halcones no tenían predadores naturales y volaban a una altura muy lejos del alcance de cualquier arquero irresponsable. Si la fe de Faramor en la idea resultaba acertada, significaría un cambio inimaginable en las comunicaciones a larga distancia para toda clase de personas. El Círculo podría hacerlo con sus propios Iniciados en partes del mundo muy lejanas; las residencias de la Hermandad podrían establecer contacto entre ellas; los Margraves que necesitasen ayuda o consejo no tendrían que sufrir los inconvenientes y a veces los peligros de la espera... Las posibilidades eran más que impresionantes; eran asombrosas.

Era una innovación, y una innovación muy necesaria. Después de la muerte de su padre Jehrek, Keridil se había prometido que introduciría cambios en la Península de la Estrella. El Círculo llevaba demasiado tiempo estancado, perdiendo contacto con las realidades del mundo más allá de las murallas del Castillo, y se había convertido en poco más que un defensor nominal de las leyes de los dioses, con un papel cada vez menos activo en los negocios del mundo. Se habían convertido en mascarones de proa, y el peligro de éstos era que podían verse fácilmente reducidos a un papel anacrónico. Ya era hora de detener esta tendencia cuesta abajo antes de que fuese demasiado tarde...

Y de pronto Keridil se sintió mareado al recordar dónde había oído antes estas palabras.

¡No tienes una buena razón para existir! Podía oír mentalmente la voz argentina con sus ribetes de destructora malevolencia, ver la cara cruelmente inhumana de ojos siempre cambiantes... Yandros, el Señor del Caos, que se había plantado entre las arruinadas estatuas del Salón de Mármol y había sonreído con compasivo desdén cuando Keridil trató de atarle con la Séptima Exortación y Destierro, el más poderoso rito del Círculo contra los demonios recalcitrantes. Igual habría podido tratar de volcar el Castillo con las manos..., y sin embargo, recordaba, estremecido, el enorme poder que había conjurado Tarod tan fácilmente; lo suficiente para enviar al Señor del Caos por donde había venido...

-Keridil -dijo Sashka mirándole y frunciendo el entrecejo-, ¿te encuentras mal?

Él se había detenido y estaba sudando copiosamente. Aquellos recuerdos... siempre parecían acecharle cuando menos lo esperaba o quería. Ahora se suponía que debía estar alegre...

Suspiró profundamente.

-Estoy bien, amor mío. Tal vez un resfriado.

-Deberías cuidarte mejor. -Sashka, que estaba envuelta en un abrigo forrado de piel sobre su traje de brocado, contempló el cielo claro y frío-. Todavía no estamos en verano y ni siquiera te has puesto una capa.

Él se echó a reír, agradeciéndole que disipase las nubes que había en el fondo de su mente.

-¡Todavía no eres mi esposa!

-Lo soy, menos de nombre. -Su sonrisa era débilmente lasciva-. Y conozco algunas maneras muy agradables de darte calor...

Frayn Veyyil Saravin y su remilgada y delgada esposa cruzaban el patio para venir a su encuentro, y Keridil apretó la mano de Sashka en señal de advertencia.

-¡Silencio!, ¿quieres que tus padres nos oigan?

Sashka sonrió enigmáticamente.

-¡No hay mayor sordo que el que no quiere oír!

Siguieron andando y el grupo empezó a dispersarse.

La fiesta para celebrar el noviazgo del Sumo Iniciado sería un acontecimiento provisional, un preludio de las grandes festividades que tendrían lugar en ocasión de la boda. Sashka quería casarse lo más pronto posible, pero, por una vez, Keridil se había negado a complacerla, y ella al fin había cedido, sabiendo cuándo tenía que mostrarse discreta.

Keridil no le había confiado la razón del aplazamiento, pero era lo bastante poderosa para dejar a un lado todas las demás consideraciones. Casarse con Sashka en seguida era lo que más deseaba en el mundo; pero, si lo hacía, le perseguiría el espectro de Tarod, y le costaría mucho quitárselo de delante. Aunque su conciencia estaba tranquila en lo referente a su amigo de antaño, Keridil tenía todavía pesadillas ocasionales, y la idea de llevar adelante su boda en vida de Tarod era algo que no podía soportar. Había que preparar el rito de la muerte, el mismo rito espantoso que había fracasado una vez, y como Sumo Iniciado que era, no podía librarse de la carga de realizarlo personalmente. Sería imposible preparar satisfactoriamente su propia boda, con la perspectiva que pesaba todavía sobre él..., sobre todo considerando el pasado compromiso de Tarod con Sashka. En cambio, cuando Tarod hubiese muerto al fin, se desvanecería el mal sabor de boca y podría contemplar el futuro sin estorbos. No era un sentimiento de culpabilidad lo que le motivaba, se decía una y otra vez Keridil; era simplemente una cuestión de sentido común.

Y a pesar de la sombra de la ejecución pendiente, estaba resuelto a disfrutar de la fiesta de su noviazgo. Dentro de dos días, se celebraría un banquete en el Castillo, y en él sería ratificado oficialmente el anuncio de la boda por el Consejo de Adeptos. Sashka había enviado un jinete veloz a su casa de Han, a buscar ropa y joyas adecuadas para la ocasión, y Keridil le ofrecería el anillo de oro con tres grandes esmeraldas que, desde hacía siglos, había sido llevado por la consorte del Sumo Iniciado... Desde que su madre había muerto al darle a luz, el anillo había estado guardado en su estuche de madera tallada, junto con otras pertenencias de su padre, y la idea de que, después de tantos años, lo luciría una consorte, había entusiasmado al Círculo y, en particular, al Consejo.

Desde luego, habría una buena dosis de disgusto mezclada con las felicitaciones de determinados sectores. Desde que había alcanzado la adolescencia, Keridil había sido foco de atención de todos los clanes importantes que tenían una hija casadera, y recientemente había estado a punto (contra su voluntad) de prometerse con la bonita pero necia Inista Jair, de una rica e influyente familia de la provincia de Chaun. Jehrek Banamen Toln había aprobado el noviazgo y Keridil lo había temido; si Sashka no se hubiese puesto a su alcance, probablemente se habría casado con Inista a falta de una alternativa mejor y porque Jehrek lo había deseado.

Pero sabía que su padre habría aprobado a Sashka. Por muy conveniente que fuera Inista Jair como hija heredera, Sashka tenía la educación y la fuerza de carácter más adecuadas para una posición encumbrada. Su belleza, su refinamiento y su inteligencia prometían

conquistarle muchos amigos. Ningún clan podría sentirse ofendido por el hecho de que su propia candidata hubiese sido relegada en favor de otra de menos categoría.

Los padres de Sashka se habían reunido ahora con ella y, al llegar a la puerta principal, Keridil se excusó y dejó que los otros entrasen en el Castillo mientras él, pasando por la columnata, se dirigía a la biblioteca y al Salón de Mármol. Al acercarse a la puerta que conducía al sótano, se detuvo para dejar salir a tres servidores cargados con sendos y pesados sacos. La escalera estaba llena de polvo en el que podía verse huellas de innumerables pisadas, y Keridil observó los abultados sacos antes de preguntar al primero de los tres hombres.

-¿Cómo va el trabajo?

El hombre, sudoroso, se irguió y se llevó respetuosamente un dedo a la frente.

-Muy bien, señor. Tal vez estará terminado dentro de tres o cuatro días.

Gracias sean dadas a Aeoris, pensó Keridil. Asintió con la cabeza, sonrió y bajó la escalera. Unos cuantos días más y las siete estatuas negras que habían estado en el Salón de Mármol durante toda la historia del Círculo habrían dejado de existir...

Se le helaba la sangre al pensar en esto, pues, siglo tras siglo, los Iniciados habían creído que las siete gigantescas figuras representaban a Aeoris y sus seis hermanos-dioses, mutilados hasta dejarlos irreconocibles por la antigua raza al pasarse del Orden al Caos. Esta creencia habría continuado si Yandros no hubiese revelado, con descuidada malicia que las veneradas imágenes eran en realidad las de los siete tenebrosos adversarios de Aeoris y sus parientes; los antiguos y siniestros dioses del Caos, esculpidos por sus corrompidos siervos antes de que las fuerzas del Orden los condenasen al olvido. Keridil había ordenado la destrucción de las estatuas y, desde hacía dos días, un gran número de altos Adeptos del Círculo -los únicos que, según la antigua tradición, podían poner los pies más allá de la puerta de plata- habían estado trabajando para destruir las enormes figuras, reduciéndolas a cascotes que sacaban del Castillo y arrojaban al mar desde el borde del promontorio. Cuando hubiesen terminado la tarea, habría que practicar una serie de complicados rituales para purificar y consagrar de nuevo el Salón de Mármol, borrando de él todo rastro del Caos.

Al acercarse a la biblioteca, Keridil pensó amargamente que el legado que había dejado Tarod al Círculo tardaría mucho más en morir que su causante. Los recientes acontecimientos habían enseñado a los Adeptos que los siglos no habían reducido la necesidad de estar constantemente alerta contra las fuerzas de las tinieblas, y había sido una dura lección. La paz que reinaba ahora en el Castillo no era más que una simple apariencia; el peligro y la agitación acechaban todavía debajo de la superficie y seguirían inquietándoles hasta que tanto Tarod como la piedra hubiesen sido finalmente destruidos.

Entró en la biblioteca del sótano, sumido en turbadores pensamientos. Unos pocos Iniciados estaban sentados en rincones aislados, estudiando libros o manuscritos, y ruidos apagados llegaban desde el lejano Salón de Mármol donde los Adeptos realizaban su trabajo. Keridil se dirigió a la puerta baja del hueco de la pared y se sobresaltó al sentir que alguien le tiraba de la manga.

-Sumo Iniciado...

Drachea estaba de pie a su lado y Keridil trató de disimular su irritación al contemplar al joven. Por mucho que agradeciese a Drachea el servicio que había prestado, y era innegable que sin él los moradores del Castillo estarían todavía languideciendo en el limbo, no podía evitar un creciente sentimiento de antipatía por él. Drachea había empezado a abusar de la posición en que se hallaba; andaba siempre detrás de Keridil, acosándole con preguntas referentes a sus planes para con Tarod y Cyllan, y aprovechaba la menor oportunidad para dar su opinión sobre lo que debía hacerse con ellos. Hacía solamente un par de días que Keridil había estado a punto de perder los estribos cuando el heredero del Margrave había insistido en que también Cyllan tenía que ser ejecutada en cuanto hubiese muerto Tarod, arguyendo que una promesa hecha a un demonio no tenía validez y que el Sumo Iniciado tenía derecho a romperla por mor de la seguridad de todos. Keridil, consciente de que lo que quería Drachea

era vengarse de la muchacha, le había reprendido severamente por su temeridad al discutir el juicio del Sumo Iniciado, y el joven se había retirado enfurruñado a su habitación.

Pero ahora pareció que Drachea había olvidado la reprimenda, y dijo:

-Sumo Iniciado, me pregunto si podrías concederme unos pocos minutos de tu tiempo.

Keridil suspiró.

-Lo siento, Drachea; estoy muy ocupado...

-No será más que un momento, señor, te lo aseguro. Necesito hablar contigo, antes de que mi padre llegue de la provincia de Shu, sobre un asunto crucial para mi futuro.

Iba a mostrarse insistente... Keridil se resignó y esperó a que continuase. Cruzando las manos detrás de la espalda, dijo Drachea:

-Como sabes, señor, soy el hijo mayor de mi padre y, por consiguiente, estoy destinado a convertirme algún día en Margrave de Shu. Sin embargo, aunque comprendo perfectamente mi posición y mi deber, hace algunos años que pienso que mi aptitud me impulsa a seguir otro camino.

Keridil se acarició la barbilla.

-Nuestro deber no siempre coincide con nuestros deseos, Drachea. Yo mismo preferiría no tener que sobrellevar algunas de las responsabilidades de mi cargo, pero...

-¡Oh, no! No se trata de responsabilidades –le interrumpió Drachea-. Como he dicho, es una cuestión de aptitud. Estoy seguro de que podría gobernar el Margraviato sin dificultad; pero creo que si lo hiciese... -vaciló y después sonrió esperanzado- tal vez malgastaría unas facultades que podrían ser mejor empleadas.

Keridil le miró.

-Desde luego, tú conoces tus aptitudes mejor que yo. No sé cómo podría ayudarte.

-¡Oh, sí que podrías, Sumo Iniciado! En realidad, eres el único que tiene autoridad para aceptar o rechazar mi petición. -El joven adoptó una actitud formal -. Deseo preguntarte, señor, si podrías considerarme como candidato al Círculo.

Keridil le miró fijamente, asombrado, y entonces se dio cuenta de que había sido un estúpido al no haber previsto esto. De pronto quedaba explicada la terca insistencia de Drachea... y también su afán de plantear el caso antes de la llegada de su padre, Gant Ambaril Rannak. Keridil presumió que al Margrave no le complacería en absoluto enterarse de las ambiciones de su hijo, y la idea de Drachea aspirando a ser Iniciado del Círculo parecía bastante rebuscada. Aunque el análisis psíquico no era su fuerte, Keridil era un juez de carácter lo bastante avisado para saber que el joven tenía muy pocas probabilidades de aprobar las pruebas más sencillas de las muchas necesarias para ingresar en el Círculo. Los motivos de Drachea debían tener más que ver con su propio engreimiento que con el deseo de servir a los dioses, y Keridil sospechaba también que su mente no era lo bastante estable para mostrar la rigurosa aplicación necesaria para convertirse en Iniciado. Parecía creer que su posición era suficiente para ser admitido, y sería una dura tarea explicarle la razón de que no fuese así.

Keridil no podía dedicarse a ello en su estado de ánimo actual; ocupaban su mente cosas más importantes que la presunción de un joven arrogante, y no sería perjudicial para Drachea tenerle en suspenso durante un tiempo. En voz alta, dijo:

-No puedo contestarte ahora a esto, Drachea. Como tú mismo has reconocido, tienes responsabilidades y, naturalmente, habría que consultar a tu padre. -Sonrió-. Yo faltaría a mi propio deber si interfiriese en sus planes para contigo, sin pedirle siquiera permiso. Y tratándose de un joven de tu posición, deberías pensarlo mucho antes de realizar el cambio.

-¡He pensado mucho en ello, señor! En realidad, casi no he pensado en otra cosa desde que era niño.

-Sin embargo, debes dominar tu impaciencia. -Consciente de que tenía que ofrecerle alguna esperanza, por muy pequeña que fuese, si no quería que le hiciese la vida intolerable, Keridil añadió- Cuando llegue tu padre discutiré el asunto con él. Estoy seguro de que acceder a que seas al menos interrogado por el Consejo de Adeptos.

Drachea se sonrojó de satisfacción.

-¡Gracias, Sumo Iniciado!

Keridil inclinó la cabeza.

-Y ahora, si me disculpas...

Se dirigió a la puerta, pero Drachea le siguió.

-¿Puedo acompañarte al Salón de Mármol? -preguntó ansiosamente-. ¡Me encantaría presenciar la destrucción de esos monstruosos ídolos!

El semblante del Sumo Iniciado se endureció.

-Lo siento, pero no es posible. El Salón de Mármol está cerrado para todos, salvo para los Altos Adeptos.

-Pero... -Drachea pareció ofendido-. No creo que esta regla sea aplicable a mi caso, señor. En fin de cuentas, fue en el Salón de Mármol donde te ayudé a...

Esto era demasiado para Keridil. Comprendiendo que iba a perder su autodominio, dijo vivamente:

-Una de las primeras lecciones que aprende un candidato al Círculo, Drachea, es no discutir las órdenes del Sumo Iniciado. -Asintió brevemente con la cabeza-. Hablaré con tu padre, según te he prometido, pero no puedo hacerte más favores. Buenos días.

Se dirigió a la puerta, y Drachea se le quedó mirando con una mezcla de pesar e indignación en su semblante.

CAPITULO 14

La Hermana Erminet abrió la puerta de la celda de Tarod y se detuvo unos momentos en el umbral para acostumbrar los ojos a la oscuridad antes de volver a cerrarla a su espalda.

-¿Adepto...?

Aunque su visión había mejorado, de momento no percibió señales de él. Después vio una sombra alta y lúgubre apoyada en la pared del fondo.

Tarod levantó una mano y pasó lentamente los dedos por la piedra húmeda.

-Seguro que hubo aquí una ventana -dijo-. Se pueden palpar los contornos del mortero al ser aplicada una nueva piedra para cerrarla.

Su voz sonaba llana, remota. Erminet avanzó unos pasos.

-Sin duda fue tapiada para proteger de las ratas los comestibles que aquí se guardaban.

Él le sonrió débilmente y examinó las sucias puntas de los dedos antes de enjugarlos descuidadamente en su camisa.

-Sin duda fue así.

Viendo cómo se dejaba caer sobre el montón de sacos viejos y harapos que hacía las veces de cama en la celda Erminet consideró que su voluntad, o lo que quedaba de ella, se estaba desvaneciendo rápidamente. A pesar de su anterior conversación, Tarod parecía haber renunciado a toda esperanza con la misma indiferencia con que se había encogido de hombros ante la idea de su muerte inminente. Estaba sucio, y sin afeitar; su mente parecía concordar con su estado físico, y Erminet tuvo la incómoda impresión de que, aunque tenía por primera vez algo concreto que ofrecerle, tal vez sería demasiado tarde.

Tarod la observó, mientras ella, demasiado inquieta para añadir palabra, rebuscaba en su bolsa de medicamentos. Erminet se equivocaba al creer que había perdido la esperanza, pero, desde la visita del día anterior, Tarod había tratado furiosamente de apagar aquella chispa, diciéndose que creer en milagros era un ejercicio inútil. La Hermana podía haber visto a Cyllan y tal vez traído una respuesta a su críptico y personal mensaje; pero, aparte de esto, poco podía hacer. Incluso transmitir el mensaje había sido una forma de crueldad; habría sido mejor dar a Cyllan la oportunidad de olvidarle ahora, en vez de prolongar su sufrimiento. Y él, con la chispa de esperanza firmemente controlada, bebería la pócima narcótica de Erminet y dormiría horas, y estaría un día más cerca de la muerte... En realidad, parecía importarle poco.

Pero la perspectiva de la muerte que le esperaba despertaba otra cadena de ideas. El instinto le decía que algo se estaba fraguando en el Castillo, y aunque, en su actual condición, no tenía la voluntad ni la capacidad necesarias para descubrir su naturaleza, la imaginación le había llevado a una conclusión demasiado evidente. E incluso no teniendo alma, era todavía lo bastante humano para temerla.

Esperando que su voz expresase un grado convincente de aburrido desinterés, dijo:

-Parece haber mucha actividad en el Castillo.

La mirada de pájaro de Erminet se fijó en su semblante.

-¿Cómo puedes saberlo?

Él se encogió de hombros disfrutando irónicamente con su sorpresa.

-Mis sentidos no están muertos todavía.

Ella frunció los labios en un gesto de desaprobación.

-Desde luego, no te han engañado. La agitación es extraordinaria; se llevan materiales de un lado a otro como si estuviesen reconstruyendo el edificio se hacen experimentos con aves mensajeras... y, desde luego, preparativos para el banquete que seguirá al anuncio del Sumo Iniciado...

Librodot

Se interrumpió.

-Anuncio ¿de qué?

Erminet se reprendió interiormente. No había tenido intención de hablar de esto...

-De su noviazgo -dijo, de mala gana.

-Noviazgo. -Tarod arqueó ligeramente las cejas-. ¡Ah! ¿Necesito preguntar con quién?

-No hace falta. Sashka parece creer que el nombre de Veyyil Toln le sentará muy bien.

Le miró fijamente para ver cómo reaccionaba, pero el rostro permaneció impasible. Despacio, descuidadamente, Tarod levantó las manos y las estudió; después tocó el aro de plata estropeado en el dedo índice de la izquierda.

-Una lástima -dijo al fin-. Si las circunstancias hubieran sido un poco diferentes, habría podido divertirme matándola.

Erminet se espantó ante la indiferencia inhumana de su voz y le reprendió, inquieta:

-No deberías albergar ideas de venganza. Son morbosas... y esa pequeña zorra no vale la pena.

Los ojos verdes de Tarod, fríamente cándidos, se fijaron en los de ella.

-No me interesa la venganza, Hermana. Habría sido divertido, y nada más. -Sonrió-. Tal como están las cosas, deseo que disfruten los dos juntos.

-Quisiera saber si he de creerte o no.

La sonrisa se amplió ligeramente, pero había poco humor en ella.

-¿Importa esto? Yo diría que era una consideración académica.

-Puede no serlo.

Incluso en la penumbra, el súbito despertar de una nueva luz en los ojos de Tarod fue inconfundible. Se inclinó hacia adelante, y la esperanza que creía que había logrado eliminar resurgió de nuevo.

-¿Has visto a Cyllan...? -Su voz era un ronco murmullo.

Ahora o nunca... La conciencia de Erminet se debatía terriblemente entre el deber y el instinto, pero había sabido, incluso antes de venir aquí, que el instinto triunfaría.

-Sí, he visto a la muchacha -dijo, bajando la voz como temerosa de que pudiesen oírla-. Le di tu mensaje. Le hizo llorar, pero se lo di a pesar de todo. Y le hice una promesa.

Tarod esperó en silencio que continuara, y ella lamentó que supiese controlar tan bien sus sentimientos. Esto no facilitaba su tarea...

-Quiere la piedra -siguió diciendo al fin-. La piedra de tu anillo... No quise decirle dónde está guardada, porque no confío en ella.

-¿Qué quieres decir?

Erminet le miró cándidamente.

-Quiero decir que no confío en que no use cualquier medio a su disposición para liberarte. Por ti, sería capaz de matar a todos los moradores del Castillo si pudiese.

Tarod rió en voz baja y la vieja hizo una mueca.

-Oh, simpatizo con sus sentimientos, pero no quiero participar en ninguna mala acción. Podría dejarla escapar, pero ella no huiría del Castillo; no lo haría sin la piedra y sin ti. Y si le digo dónde está escondida la piedra, la encontrará... y la empleará.

Tarod tampoco dijo ahora nada, y Erminet le incitó, inquieta:

-En esa piedra hay más cosas que yo no sé, ¿verdad? Tal vez más de lo que sabe nadie salvo tú.

Él suspiró, y el sonido resonó de un modo extraño en la oscura celda.

-Nunca he negado lo que soy, Hermana Erminet, ni he negado la naturaleza de la piedra. Sin ella, sólo estoy vivo a medias; sin embargo, es más que un receptáculo de..., bueno, digamos de mi espíritu, por falta de una palabra mejor.

-¿Tu alma?

-Llámalo así si lo prefieres. Que la gema sea mala o no, depende de cómo consideres estas cosas. Pero el Círculo no podrá controlarla, ni siquiera cuando yo me haya ido. -La miró, y sus ojos ardían intensamente-. Cyllan tiene razón. La necesito, si es que he de sobrevivir.

Era lo que ella esperaba oír, y Erminet asintió con la cabeza con cierta renuencia.

-Entonces sólo te preguntaré una cosa.

-¿Cuál ?

-Sólo te haré una pregunta, bajo palabra de que me dirás la verdad. O eres un hombre de honor o yo soy una imbécil, y creo que he aprendido a juzgar a las personas a lo largo de los años. Si Cyllan es puesta en libertad, o mejor dicho, si se escapa y recobra la piedra y te la trae..., ¿qué harás entonces?

Era una pregunta que Tarod no se había atrevido a hacerse él mismo durante su encarcelamiento. Antaño había tenido la creencia idealista de que la piedra debía ser destruida, aunque ello significase su propia aniquilación; pero la humanidad, que estaba tan paradójicamente ligada a la piedra, y que había perdido con ella, había borrado esos sentimientos. Cyllan había añadido su propia influencia, aunque no había sido recibida de buen grado por él, y Tarod ya no sabía cuál sería su meta definitiva. Lo único que sabía, sin la menor sombra de duda, era que quería vivir.

Bajó la mirada.

-Me convertiría en lo que fui antaño. Estaría... completo.

-Sí -dijo Erminet-. Lo sé.

No pediría la garantía que necesitaba. Debía salir de él, sin que le forzase, o no valdría nada.

Siguió un largo silencio. Al fin, dijo Tarod:

-La venganza no conseguiría nada, Hermana. No la deseo; me gusta pensar que estoy por encima de estas emociones, aunque parezca arrogancia. Si la piedra estuviese una vez más en mi poder...

Ahora levantó de nuevo la mirada y Erminet leyó un terrible mensaje en sus ojos. Si quería, podría destruir el Castillo y a todos los que moraban entre sus paredes. Podría borrarles de la faz del mundo y burlarse de todo poder, salvo el del propio Aeoris, que tratase de impedírselo. Y esto sólo sería el principio...

El fuego se extinguió de su mirada y Erminet suspiró ruidosamente.

-Si la piedra estuviese en mi poder -dijo amablemente Tarod-, Cyllan y yo abandonaríamos la Península de la Estrella, y ni tú ni nadie más de los de aquí volveríais a saber de nosotros.

-¿Y qué dejarías detrás de ti?

-El Castillo. El Círculo. Tal como son, sin que ni un alma sufriese por mi mano.

Consciente de que se hallaba en una encrucijada, sin poder volver atrás, dijo Erminet:

-¿Me das tu palabra de Adepto?

-No. -Tarod sonrió-. Ya no soy un Adepto, Erminet. Pero te doy mi palabra.

Ella se estrujó las manos, se pasó la lengua por los labios y lamentó que su garganta estuviese tan seca.

-Me basta con eso.

-Entonces...

Erminet no le dejó terminar lo que iba a decir.

-Diré a Cyllan dónde se guarda la joya -dijo, en voz tan baja que Tarod apenas pudo oírla-. Y si me olvido de cerrar la puerta de su habitación al salir, cuando la buena gente del Castillo esté durmiendo tranquilamente en sus camas...

Él sonrió.

-Nadie lo sabrá.

Espero que no, pensó Erminet, y asintió con la cabeza.

-Dentro de dos noches se celebrar un banquete; probablemente, es nuestra única oportunidad. Ella vendrá a buscarte.

Tarod se levantó, pero no se acercó a ella.

-No sé qué decirte. Gracias sería poco...

-No quiero que me las des. Mi carga es ya lo bastante pesada para que tenga que añadirle tu gratitud. -Erminet estaba a punto de llorar sin saber por qué, y para contrarrestar su emoción, le dirigió una mirada desdeñosa -. Mientras tanto, te traeré agua para lavarte y una navaja para afeitarte. Si te enfrentas con la moza con este aspecto, podría cambiar de idea... ¡y yo me habría arriesgado para nada!

Era la primera vez que oía reír francamente y con entusiasmo a Tarod. Cuando al fin dejó de hacerlo, dijo solemnemente él:

-No lo quisiera por nada del mundo, Hermana.

Ella se sonrojó.

-Adelante, pues. -Miró su bolsa-. He preparado otra dosis de la droga que se presume que te mantendrá quieto. La dejaré aquí..., pero no quiero saber si la tomas o la dejas.

-Si alguien viene a visitarme, me encontrará atontado como siempre. -Tarod sonrió-. Verá que has cumplido con tu deber.

Erminet asintió rápidamente. Vertió el brebaje en la copa, la puso en manos de Tarod y se dispuso a salir. Pero se detuvo en el umbral.

-¡Ah...! Lo había olvidado. Dijo que te informara de que la herida había sanado rápidamente.

-Sí, pensé que diría eso... Bendita seas, Hermana Erminet. Nunca olvidaré lo que has hecho.

Ella se volvió a mirarle, casi con tristeza, pensó él.

-Que la buena fortuna te acompañe, Tarod.

Este oyó chirriar la llave en la cerradura y los pasos de la Hermana Erminet alejándose en el pasillo. Cuando todo quedó de nuevo en silencio, lanzó un hondo suspiro y sintió que una nueva fuerza le invadía. Donde no hubo nada, había ahora esperanza, esperanza de vivir, esperanza de un futuro. Apenas podía creerlo...

Tumbándose sobre el montón de harapos, cerró los ojos verdes y obligó a sus músculos a relajarse, a sofocar la excitación que amenazaba con apoderarse de él. Debía permanecer tranquilo, no esperar nada... El camino, desde este momento hasta la libertad, era todavía largo y peligroso, y en vez de sumirse en especulaciones, debía conservar su energía por si se presentaba alguna dificultad imprevista. Incluso sin la piedra del Caos, tenía poder y los intentos del Círculo para debilitarle no habían producido el efecto que esperaba Keridil; pero, a pesar de todo, no era invencible. Tenía que hacer planes de emergencia... y hacerlos de prisa.

Volviendo la cabeza y abriendo los ojos, tomó la copa que había dejado la Hermana Erminet. La sopesó durante un instante; después, con lenta deliberación, vertió su contenido en el suelo. El líquido se mezcló con la suciedad de las baldosas, formando un charco oscuro que se extendió gradualmente y se desvaneció al ser absorbido por la piedra porosa. Si era necesario, podría representar una buena comedia para el Círculo, fingiéndose drogado..., pero ahora necesitaba el pleno uso de sus sentidos.

Acomodándose lo mejor que pudo, y consciente de una rapidez del pulso que su voluntad era incapaz de controlar, cerró una vez más los ojos y, vacilando, empezó a pensar en el futuro.

Cyllan sabía que un funesto acontecimiento se estaba preparando en el Castillo. Observando desde la ventana (tenía poco más en que ocuparse durante las horas diurnas), había visto una actividad creciente desde primeras horas de la mañana, y su primera y terrible idea había sido relacionarla con los planes del Sumo Iniciado para la ejecución de Tarod. Pero, al declinar el día primaveral hacia una agradable aunque fría puesta de sol, había comprendido que era una celebración más que una ocasión solemne. Gente ataviada con sus mejores trajes convergía sobre la puerta principal desde todos los lugares del Castillo; las altas ventanas del vestíbulo resplandecían de luz, y al hacerse de noche, oyó acordes musicales a lo lejos.

Al vaciarse el patio, se apartó de la ventana y se sentó en la cama, aliviada de su miedo inmediato, pero temblando todavía de impaciencia. Habían pasado tres días desde que la Hermana Erminet había hecho su promesa; tres días durante los cuales no la había visitado la vieja, y la esperanza inicial de Cyllan se estaba convirtiendo en desesperación y cólera. Sin duda hubiese tenido que recibir alguna noticia, a menos que estuviera siendo víctima de una complicada intriga o broma. Varias veces, durante su angustiosa espera, había estado tentada de llamar a Yandros por segunda vez, pero el recuerdo de su advertencia se lo había impedido. Le había dicho que no volvería a ella...; por lo tanto, no tenía más remedio que tener paciencia. Y buscar en Aeoris una respuesta a sus plegarias no habría sido muy adecuado...

La música sonaba ahora más fuerte, y esto la irritaba. En su actual situación, parecía una intrusión y un insulto. El Castillo se divertía mientras ella esperaba, con el miedo y la incertidumbre royéndole las entrañas..., y esto fomentaba la ira que crecía en su interior, le infundía deseos de golpear, pero no le ofrecía nada que pudiese ser golpeado. La tensión que sentía era casi insoportable y, cuando giró inesperadamente una llave en la cerradura de su puerta, se sobresaltó como atacada por una fuerza física.

Entró la Hermana Erminet. Tenía pálido y contraído el semblante, pero esbozó una rápida y cautelosa sonrisa al cerrar sin ruido la puerta a su espalda.

Cyllan se levantó de la cama.

-Hermana...

Erminet se llevó un dedo a los labios.

-Silencio, pequeña. No hay nadie por aquí, pero no debemos tentar al destino.

Cyllan preguntó, bajando la voz:

-¿Qué noticias tienes de Tarod?

-Está bastante bien, aunque no precisamente boyante. -Erminet hizo una pausa para observar la cara de la joven-. Le di tu respuesta a su mensaje y, como te había dicho, le pedí su palabra de honor de que este Castillo estaría a salvo.

-¿Y...?

-Me la dio. -Rápidamente, como si tuviese miedo de cambiar de idea, Erminet desprendió una de las llaves que pendían de su cinto y se la ofreció-. Es la de su puerta. No puedo correr el riesgo de ser yo quien le deje escapar. Y encontrarás la joya en el estudio del Sumo Iniciado, encerrada en un estuche que guarda en su armario. -Desvió la mirada-. Está a punto de empezar un banquete para celebrar el noviazgo de Keridil con Sashka Veyyil. Dudo de que tengas nunca una oportunidad mejor de encontrar desierto el Castillo.

Muy lentamente, Cyllan alargó una mano y tomó la llave. Después, pillando a Erminet por sorpresa, rodeó súbita e impulsivamente el cuello de la anciana con los brazos y la estrechó con fuerza. No podía expresar lo que sentía, pero el silencioso ademán fue mucho más elocuente que todas las palabras. Erminet se desprendió, muy agitada.

-Bueno, ¡no seas tonta! -le riñó, tratando de disimular lo conmovida que estaba-. Tienes que andar todavía un largo camino y no es el momento de dejarse llevar por la emoción. -Se echó atrás, para observar a Cyllan con ojos críticos-. Este vestido, por ejemplo. El color es demasiado llamativo y, con el de tus cabellos, te reconocerían fácilmente.

Cyllan lo miró, frunciendo el entrecejo. Era el vestido que le había regalado Tarod y no quería desprenderse de él.

-Me trajeron ropa nueva -dijo-. Pero no la quiero.

Sin embargo, Erminet se mostró inflexible.

-Quieras o no, te cambiarás ahora, ¡si no quieres que te capturen de nuevo! -Examinó las prendas que habían traído a Cyllan por orden de Keridil-: Toma; éste mismo te servirá, con él podrás pasar inadvertida:

Le tendió una falda de lana gris claro con un corpiño más oscuro y de manga larga. De momento pareció que Cyllan iba a protestar, pero después encogió los hombros y se quitó de mala gana el vestido rojo. Mientras se cambiaba, Erminet le dijo dónde se hallaba Tarod y le

hizo repetir dos veces sus instrucciones, para asegurarse de que las había comprendido bien. Por último, le ofreció una capa corta y negra con capucha.

-Esto te cubrirá bastante bien los cabellos. Mantente en la sombra y, si alguien se acerca a ti, aléjate lo más rápidamente posible pero sin llamar la atención. ¿Lista?

Cyllan asintió con la cabeza.

-Muy bien. Yo saldré primero; me esperan en el banquete y provocaría comentarios si llegara tarde. Cuando todo esté tranquilo, cruza el patio. Ahora está a oscuras, es más seguro que los pasillos. -Dirigió una última mirada a su protegida e hizo un ademán de aprobación con la cabeza-. Te deseo suerte, chiquilla... aunque más por mi bien que por el tuyo. Que Aeoris nos ampare si fracasas.

Cyllan recordó su encuentro con Yandros y sonrió.

-No fracasaré, Hermana Erminet.

Se echó atrás, observando cómo abría la vieja la puerta y se asomaba al corredor. Cambiaron una última mirada. Erminet sonrió con aire de conspiradora y se alejó. Cyllan esperó, contando los dolorosos latidos de su corazón y casi incapaz de creer que lo que había sucedido no era un sueño del que despertaría en el momento menos pensado. Después, cuando ya no pudo oír ningún ruido más allá de la puerta, cruzó la habitación y atisbó en el pasillo. Erminet había desaparecido en dirección a la escalera principal; Cyllan se detuvo para cubrirse los cabellos con la capucha de la capa. Y después se volvió en dirección opuesta, hacia una escalera de servicio que, según le había dicho Erminet, conducía, por un camino indirecto, a una puerta lateral del patio.

Y mientras Cyllan caminaba apresuradamente, la luz de una de las antorchas de pared iluminó el rico traje de terciopelo y las resplandecientes joyas de alguien que llegaba por un pasillo lateral...

Sashka se había tomado tiempo, a pesar de las súplicas de su madre, en prepararse para la que había de ser su noche triunfal. Había cambiado de idea y de traje al menos tres veces antes de decidir el que había de ponerse; después había pasado una hora en las hábiles manos de una servidora de confianza que le había rizado y peinado el cabello. Finalmente, sus padres se habían visto obligados a salir sin ella, y había pasado unos minutos agradables a solas, deleitándose por anticipado con lo que había de ser aquella velada. Ella sería el foco de la atención general, elevada en una noche a una condición que sería envidia de todas las mujeres casaderas de todas las provincias, y estaba resuelta a sacar de ello el mayor partido. Que los invitados esperasen su llegada: así les causaría más impresión cuando al fin les honrase con su presencia.

Por último, juzgando que era el momento adecuado, se levantó y se dispuso a salir, desdeñando el brazo que le ofrecía el mayordomo de su padre y diciéndole brevemente que se quedara atrás y recordase cuál era su lugar. Habría una guardia de honor esperando para escoltarla en el vestíbulo principal; no necesitaba a nadie más.

Y así había salido de sus habitaciones y había caminado despreocupadamente en dirección a la escalera. Y a punto estaba de salir al pasillo principal, cuando la hermana Erminet se cruzó rápidamente en su camino.

Sashka, irritada, se echó instintivamente atrás. Despreciaba a la Hermana Erminet y la idea de tener que andar con ella e intentar mostrarse cortés agriaba su talante. Pero, por fortuna, la vieja no la había visto... Por tanto, esperó a que las rápidas pisadas se alejasen antes de salir al corredor.

Fue por pura casualidad que se detuvo al dirigirse hacia la escalera y miró atrás por encima del hombro, con el tiempo justo de ver una figura menuda, encapuchada, que salía de una de las habitaciones del fondo del pasillo y se alejaba apresuradamente.

Sashka frunció el entrecejo. Algo en aquella figura pulsó una cuerda en su memoria, pero no podía localizarla. Sin embargo..., ¿no era en aquella habitación donde estaba recluida la muchacha del Este, la pequeña vaquera amante de Tarod? Sintió que despertaba el instinto

que le anunciaba problemas y se pasó reflexivamente la lengua por los labios. Era una idea ridícula..., pero sólo necesitaría un momento para estar segura.

Mirando a su alrededor para cerciorarse de que no la observaban, se recogió la falda y corrió por el pasillo.

La puerta por la que debieron de haber salido la Hermana Erminet y la figura misteriosa estaba cerrada. Sashka agarró el tirador, lo hizo girar, empujó... y la puerta se abrió.

La habitación estaba iluminada, pero vacía. La mirada de Sashka captó una cama deshecha, un plato de comida a medio consumir... y un vestido rojo tirado sobre un sillón. Recordando la vez que había visto a Cyllan, cuando Keridil había tratado inútilmente de infundirle un poco de sentido común, reconoció inmediatamente el vestido y su corazón empezó a palpitar con fuerza. La zorra había escapado... ¡y la Hermana Erminet estaba complicada en el asunto!

Una sensación peculiar de regocijo invadió a Sashka. Podía dar ahora la alarma y, en pocos minutos, Cyllan sería aprehendida; pero sería mejor esperar un poco. Estaba segura de que la fuga de Cyllan no era el resultado de un simple error por parte de Erminet; la anciana estaba de algún modo comprometida en un complot, y Sashka tenía la seguridad de que ello se debía a un deseo de perjudicarla personalmente. Sin embargo, sin una prueba directa, nada podría demostrar. Por tanto, sería mejor tomarse un poco de tiempo, hasta que pudiera inducir a Erminet a decir algo que la condenara cuando se enfrentase con la verdad. El banquete sería una oportunidad perfecta para ello; le proporcionaría más testigos de los que podía desear, y entonces podría asegurarse el doble triunfo del prendimiento de Cyllan y el descubrimiento de una traidora en medio de ellos. Ser cómplice de un servidor del Caos era un delito grave... Seguramente, Keridil ya no podría argüir en favor de la vaquera, y la idea de que la Hermana Erminet podría sufrir mucho junto a Cyllan producía a Sashka gran satisfacción.

En cuanto a Tarod..., sus esperanzas de escapar se verían frustradas y moriría tal como pretendía Keridil. Bien mirado, Sashka pensó que era una solución más que satisfactoria...

Salió rápidamente de la habitación vacía, cerró la puerta a su espalda y se encaminó pausadamente a la escalera principal.

Gyneth Linto, el mayordomo de Keridil se inclinó para escanciar vino en las dos adornadas copas de plata que se hallaban juntas en la mesa principal. Hacía más de treinta años que se habían utilizado por última vez estos antiguos cálices para brindar por el noviazgo o el matrimonio de un Sumo Iniciado del Círculo, y Gyneth había insistido en encargarse personalmente de esto, a pesar de que algunos pudiesen considerarlo un acto servil. Los reunidos guardaron silencio mientras él terminaba su tarea con un ostentoso ademán y daba un paso atrás. Keridil miró a Sashka y ambos levantaron las copas al unísono, haciendo chocar los bordes mientras todos los demás se ponían de pie. Todas las miradas del salón estaban fijas en ellos y Sashka sintió un escalofrío de excitación cuando, pausada y claramente, pronunció Keridil las palabras rituales de los desposorios.

-Pongo a Aeoris por testigo de que yo, Keridil Toln, Sumo Iniciado del Círculo de la Península de la Estrella, prometo y juro, Sashka Veyyil de la provincia de Han, ser tu protector y cuidar de ti desde el día de nuestra boda hasta el final de mi vida.

Sashka bajó los ojos y su voz mesurada de contralto resonó en todo el salón.

-Y yo, Sashka Veyyil, prometo y juro, Keridil Toln, ser tu compañera y tu consuelo desde el día de nuestra boda hasta el final de mi vida.

Durante un momento, reinó el silencio, mientras Keridil y Sashka levantaban sus copas y bebía cada uno de la copa del otro. Era una señal para que los invitados les imitasen, y todos, hombres y mujeres, levantaron sus vasos.

¡Keridil y Sashka!, brindaron todos, y sus voces atronaron el salón, junto con algunas aclamaciones de los Iniciados más jóvenes y atrevidos. La bella cara de Sashka sonrió benévola a la multitud, y los músicos situados en la alta galería empezaron a tocar de nuevo ahora que había terminado la pequeña ceremonia, mientras los criados se apresuraban a servir la comida a los invitados.

La fiesta sería informal. Desde la muerte de su padre, Keridil había empezado, lenta y gradualmente, a introducir cambios en muchas de las más esotéricas prácticas del Círculo. Recordando desde sus propia infancia y adolescencia el aburrimiento de los banquetes ceremoniales -discursos interminables, horas pasadas rígida e incómodamente sentado en un banco duro, exigencias protocolarias que le permitían hablar solamente a sus vecinos más próximos-, creía innecesaria tanta etiqueta y estaba resuelto a persuadir lo más delicadamente posible, incluso a los Adeptos más viejos, de que aceptasen su manera de pensar. La celebración de esta noche era la oportunidad ideal: era sobre todo una fiesta personal, no tenía relación directa con el ritual del Círculo, y no ofendería a nadie prescindiendo de las tradiciones formales más familiares. Y así, mientras los invitados empezaban a comer, también empezaron a moverse y a mezclarse entre ellos en el salón, y el ruido de las conversaciones y las risas casi ahogó la sutil música de fondo. Eran muchos los que se acercaban en hilera a la mesa principal para felicitar a Keridil y a Sashka, y entre ellos se hallaba la Hermana Erminet, con un pequeño grupo de Hermanas que habían llegado por la mañana de la Tierra Alta del Oeste. El experimento del halconero Faramor había tenido éxito y, como resultado de ello, Kael Amion, la anciana Superiora de la Residencia de la Tierra Alta del Oeste, había enviado una delegación de mujeres al Castillo para transmitir sus buenos deseos personales a la pareja.

Sashka disimuló su diversión con un bostezo artificial al acercarse las Hermanas. Erminet sonreía, pero sus ojos la traicionaban y Sashka creyó que advertía envidia en su desdeñosa frialdad. Reprimió las ganas de reír. Si todo marchaba bien, la Hermana Erminet tendría pronto motivos para lamentar su actitud...

-Sumo Iniciado -dijo Erminet, estrechando la mano de Keridil-, ésta es una ocasión muy satisfactoria. En nombre de la Señora Kael Amion y de las Hermanas de la Tierra Alta del Oeste, nos permitimos ofrecerte la más sincera felicitación.

Sashka dirigió a Keridil una mirada ligeramente compasiva al darse cuenta de que se contagiaba de los untuosos modales de Erminet. Él dio las gracias a la vieja con gran cortesía, y entonces se volvió Erminet a la joven sentada a su lado.

-Mi querida Sashka, éste es un día maravilloso para todas las de la Residencia. La Superiora está orgullosa de ti.

Sashka sonrió dulcemente.

-Gracias, Hermana; me complace mucho esta alabanza. -Su voz rezumaba modestia y Erminet inclinó la cabeza e hizo ademán de alejarse. Pero antes de que pudiese dar un paso, Sashka añadió, como si acabase de ocurrírsele la idea-. Oh Hermana Erminet..., no quisiera suscitar un tema desagradable, pero... -Parpadeó, aunque su mirada era firme -. Tengo entendido que estás ahora encargada de los dos presos que hay en el Castillo.

Keridil frunció el entrecejo, sorprendido; pero si Erminet estaba desconcertada, no dio muestras de ello.

-Sí -dijo serenamente-, es cierto.

Sashka sonrió de nuevo.

-Lo digo porque... apreciaría mucho que me dieses seguridades de que todo marcha bien y no hay peligro de que se produzcan contratiempos. -Alargó una mano y asió la de Keridil -. Estoy segura de que el Sumo Iniciado pensará que soy una tonta, pero esta noche disfrutaría mucho más si no tuviese miedo de que algo vaya mal.

Erminet vaciló. Sabía muy bien que Sashka no temía a Tarod, ni a Cyllan ni a cualquier otra criatura viviente, pero no podía imaginarse el motivo de una pregunta tan impropia de ella. Sin embargo, Keridil acudió inconscientemente en su ayuda.

-No tienes por qué dudarlo, amor mío -dijo, sonriendo cariñosamente a Sashka-. Comprendo tus sentimientos, dadas las circunstancias, pero puedo asegurarte que no hay la menor posibilidad de que nuestra felicidad se vea amenazada. –Miró a la anciana-. ¿No es verdad, Hermana Erminet?

Erminet inclinó la cabeza.

-Ciertamente, Sumo Iniciado. -Miró a la joven de cabellos castaños -. Vi a la joven Cyllan hace menos de media hora, y al Adepto, al ex Adepto, diría mejor, un poco antes. Ambos están a buen recaudo; en realidad, la muchacha estaba durmiendo cuando la dejé. Te lo aseguro.

Sashka sonrió.

-Gracias, Hermana; tu confirmación es cuanto podemos pedir.

Cuando Erminet y las otras Hermanas se hubieron alejado, Keridil dijo al oído de Sashka:

-No es propio de ti que estés nerviosa, amor mío. ¿A qué viene tanta preocupación?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

-Oh..., tal vez soy supersticiosa, Keridil. Perdóname; ahora me siento ya mejor.

-La Hermana Erminet es muy competente.

-Lo sé. -Sashka le sonrió dulcemente, sabiendo que de este modo podía desarmarle sin decir una palabra -. ¡Oh, lo sé!

Cyllan oyó los acordes de una música de baile mientras corría sin ruido por el laberinto de pasadizos que eran como una conejera en el Castillo. Al tratar de evitar el vestíbulo principal se había desorientado y había equivocado dos veces su camino, de manera que llegó muy cerca de la puerta de doble hoja de la sala en que se celebraba el banquete.

Deslizándose en un hueco de la pared que la protegía con su sombra, se detuvo para recobrar aliento y orientarse. Hasta ahora, la suerte la había acompañado: no había encontrado a nadie en el patio, y la única sirvienta que la había adelantado al cruzar el vestíbulo de la entrada sólo se había detenido para hacer una reverencia a la figura encapuchada que sin duda tomó por una invitada que llegaba tarde. Pero Cyllan sabía por amarga experiencia que la mala suerte solía hacer acto de presencia cuando menos se esperaba. Si tenía que cumplir su tarea, debía tener mucho cuidado.

Había resuelto hurtar la piedra de las habitaciones del Sumo Iniciado antes de bajar a las mazmorras donde Tarod estaba preso. Si había de ser sincera, tenía que confesar que sólo se sentiría tranquila cuando la joya estuviese en manos de éste; pues, si ella podía no ser más que una persona anónima para cualquiera que con ella se cruzase, él era conocido en todo el Castillo y sería inmediatamente reconocido si alguien le veía.

La música, amortiguada por la maciza puerta del salón, era una ligera y melodiosa tonada, acompañada del murmullo de muchas voces. La fiesta estaba en su apogeo y Cyllan no se atrevió a perder más tiempo. Mirando cautelosamente en ambas direcciones y comprobando que el corredor estaba desierto, salió de su escondite y caminó apresuradamente en la dirección que esperaba que fuese la de las habitaciones del Sumo Iniciado.

Esta vez no le engañó su instinto, y la puerta exterior no estaba cerrada con llave. Sufrió un momento de angustia al empujar la puerta, casi esperando ser interpelada desde el interior; pero el lugar estaba a oscuras y vacío.

Un estuche encerrado en el armario, le había dicho la Hermana Erminet... Cyllan cruzó cuidadosamente la estancia, evitando la mesa maciza colocada en su centro, y encontró el adornado armario de madera tallada a un lado de la chimenea. El tirador no cedió cuando ella trató de abrirlo, por lo que, maldiciendo en voz baja, empezó a buscar algo con lo que pudiese forzar la cerradura. La oscuridad dificultaba su búsqueda, pero no tenía nada con lo que alumbrarse, aunque tampoco se hubiese atrevido a hacerlo. Buscando a tientas sobre la mesa, tropezó con un tintero que se volcó con un chasquido, derramando su contenido sobre la mesa y el suelo. Cyllan se quedó paralizada y empezó a sudar copiosamente, pero nadie acudió a investigar la causa del ruido y, al cabo de un minuto, siguió buscando.

No encontró nada útil encima de la mesa y sólo cuando reparó en el cajón dio con un cuchillo. La hoja era fina y brilló como pizarra mojada en la oscuridad cuando ella la sacó de su funda; pero pensó que le serviría. No había tiempo para andarse con contemplaciones y forzó la cerradura con tres fuertes movimientos; abrió la puerta y palpó en el interior en busca de su objetivo.

Una botella de cristal, un fajo de papeles... y el estuche. Cyllan lo sacó y lo depositó en el suelo, agachándose para apalancar la tapa con el cuchillo. Al igual que el armario, el estuche estaba cerrado, pero era de estaño forrado de plomo y cedió al segundo intento. Levantó la tapa... y miró, fascinada, el contenido.

La piedra del Caos estaba sola en el estuche y resplandecía con luz propia: una radiación fría y pálida y que hizo que las manos de Cyllan pareciesen las de un fantasma. Por un momento, se resistió a la idea de tocarla; pero después hizo acopio de valor, introdujo la mano en el estuche y sus dedos se cerraron sobre la gema. La invadió una desconcertante sensación de júbilo al notar sus duros contornos en la palma de la mano; sintió un cosquilleo en el brazo y, por un breve instante, experimentó un fuerte sentimiento de poder, como si una fuerza inexplicable hubiese pasado a su mente desde el corazón de la piedra. Se esforzó por dominar su euforia, pues todavía no había triunfado y el alborozo podía esperar, y cerró apresuradamente el estuche, lo dejó de nuevo en el armario y cerró lo mejor que pudo la estropeada puerta. Llevando la piedra en la mano, tomó el cuchillo una vez más. Lo guardaría, al menos hasta que Tarod y ella estuviesen a salvo...

Al dirigirse a la puerta, tropezó ruidosamente con una silla, pero también ahora el ruido fue insuficiente para provocar alarma. Esperó a que se calmase su corazón y entonces abrió la puerta...

El pasillo parecía brillantemente iluminado en contraste con la oscuridad del estudio. Cyllan salió...

Y una figura se cruzó en su camino.

Los ojos de Cyllan se desorbitaron de espanto. Trató de volver a las habitaciones del Sumo Iniciado, pero era demasiado tarde: él la había visto, se había detenido y la había reconocido cuando la capucha había caído atrás y había descubierto los pálidos e inconfundibles cabellos..., y Cyllan se quedó paralizada ante la mirada pasmada de Drachea Rannak.

-¡No...! -gritó, con una voz que ni ella misma reconocía-. No..., por Yandros, ¡No!

También Drachea había blasfemado en voz alta, llevándose inmediatamente la mano a la espada corta que recientemente se había acostumbrado a portar. Se había escabullido del banquete, aburrido y, tenía que confesárselo, bastante celoso del Sumo Iniciado, y estaba paseando malhumorado por el corredor cuando, por pura casualidad, había salido Cyllan con el producto de su robo. Ahora estaban cara a cara y, superada la impresión inicial que les había paralizado a los dos, Cyllan vio en los ojos alarmados de Drachea que éste se daba perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo.

-¡Dioses! -Drachea desenvainó la espada-. Perra, ¿cómo has podido...? ¡Oh, no!

Levantó la hoja en un furioso movimiento cuando Cyllan tomaba desesperadamente impulso para huir, y entonces ella retrocedió contra la pared para librarse de la estocada mortal.

-¡Oh, no! -dijo de nuevo Drachea, con voz ronca-. Esta vez no, demonio, ¡esta vez no! –Y gritó por encima del hombro-: ¡Auxilio! Criados, venid... ¡Deprisa!

La piedra del Caos vibró súbitamente cálida en la mano de Cyllan y un arrebato de ferocidad cruel cobró vida dentro de ella. Drachea la había hecho fracasar una vez; había sido la causa de la ruina de Tarod..., ¡pero no volvería a suceder! ¡Nunca, nunca más! Como una visión percibida a la luz instantánea de un relámpago, su mente evocó la cara orgullosa y sarcástica de Yandros, y los ojos de éste parecieron reflejar la radiación incolora de la gema...

Drachea dio un salto cuando ella levantó la mano y de entre sus dedos surgió súbitamente un rayo de luz. Iba a gritar de nuevo para pedir auxilio, pero las palabras se extinguieron en su garganta, y, cuando trató de cobrar aliento, sus pulmones parecieron llenarse de hielo. Se tambaleó... y Cyllan dio un paso adelante, blandiendo la piedra como un arma, y su cara iluminada por la gema era la de una loca, la de una insensata. Drachea trató una vez más de gritar; su voz se quebró en un ronco alarido, y al resonar éste en el pasillo, Cyllan saltó sobre él y descargó un golpe mortal con el cuchillo que llevaba en la mano derecha, clavándolo en el estómago de Drachea y rasgando la carne hasta el esternón. El grito de Drachea se convirtió

en un ahogado aullido de dolor y el joven se dobló, giró en redondo y a punto estuvo de caer sobre su propia espada. Al verle en el suelo, sintió Cyllan una explosión de ira y se lanzó por segunda vez sobre él, hundiendo la hoja del cuchillo en su hombro.

Había perdido la razón, impulsada por algo que no podía comprender ni dominar; algo que despertaba un afán inhumano de matar, de destruir, de vengarse...

Un chillido que no había sido lanzado por ella ni por Drachea resonó en su cabeza enloquecida, y Cyllan saltó atrás, como si hubiesen tirado de ella con una cuerda. Dos criados, un hombre y una mujer, habían llegado corriendo en respuesta al grito de auxilio de Drachea y, al doblar la esquina del pasillo, habían visto lo que parecía un demonio de rostro pálido, manchadas de sangre la cara y las manos, golpeando con un cuchillo ensangrentado el cuerpo caído de Drachea. La mujer se desmayó y el hombre miró fijamente a Cyllan, boquiabierto, y después respiró hondo para pedir auxilio a voz en grito.

La cordura volvió a Cyllan con una violenta sacudida. Drachea yacía entre sus pies, muerto o moribundo. La piedra del Caos era ahora fría como el hielo en su mano izquierda; el cuchillo estaba pegajoso y resbaladizo en su derecha; su vestido era una confusión de manchas carmesíes... Cyllan sintió náuseas y, galvanizada por un instinto animal, se volvió y echó a correr. El pasillo daba locamente vueltas delante de ella y, a su espalda, menguando pero resonando como redobles de tambor en su cabeza, podía oír la voz estridente y frenética del criado lanzando desesperados gritos de alarma.

CAPITULO 15

La música de la galería era lo bastante fuerte para ahogar cualquier ruido de más allá de las macizas puertas del comedor, y los intérpretes habían trocado las piezas lentas y formales por música de baile más ligera pero también más vigorosa. Unas pocas parejas habían salido ya a la pista y el baile iría en auge en el transcurso de la noche, continuando hasta la madrugada, cuando se serviría vino caliente con especias antes de terminar el jolgorio.

De momento, Keridil no advirtió que dos hombres habían entrado en el salón y se abrían apremiantemente paso entre la multitud. Estaba conversando con el padre de Sashka, mientras reflexionaba en privado sobre el éxito de la velada, y sólo cuando Sashka le tocó el brazo y dijo, con voz extraña, Keridil..., levantó la mirada y vio a los que se acercaban.

Las expresiones de su semblante eran suficientemente expresivas para decirle que algo andaba mal, y cuando los hombres llegaron hasta él, se puso en pie. Algunos curiosos trataron de escuchar la breve conversación, mantenida en voz baja, pero ni siquiera Sashka se había enterado de ella cuando Keridil se disculpó apresuradamente y salió del comedor con los dos hombres pisándole los talones.

El criado que había dado la voz de alarma estaba sentado en el suelo y apoyado la espalda en la pared del corredor, tapándose la cara con las manos y temblando a sacudidas, como afectado de parálisis. Un mayordomo estaba agachado junto a él, hablándole en voz baja y apremiante, mientras otro hombre, de rostro pálido, intentaba cubrir un cuerpo con su capa. Había sangre en el suelo y en la pared, y una fea y oscura mancha se estaba extendiendo en la capa.

-Espera -dijo Keridil al hombre que se disponía a cubrir la cara del cadáver.

El criado se echó atrás y el Sumo Iniciado contempló a la víctima.

No necesitó que Grevard le dijese que Drachea estaba muerto. Los ojos del joven estaban entreabiertos y ciegos y todavía brotaba sangre de su boca, aunque a juzgar por lo que veía, pensó amargamente Keridil, poca debía quedar en su cuerpo. El que le había matado tenía que haberle atacado con la furia de un endemoniado...

Sintió náuseas e hizo una seña al criado para que cubriese de nuevo el cadáver; después se volvió al mayordomo.

-¿Sabe alguien quién lo hizo? -dijo con voz grave y amenazadora.

El mayordomo se puso de pie.

-Pirasyn lo ha visto todo, señor, y creo que reconoció al asesino. Pero es difícil sonsacarle algo que tenga sentido.

Keridil asintió con la cabeza y se puso en cuclillas delante del hombre atónito.

-Pirasyn. Soy Keridil Toln. Escúchame. Tienes que ayudarnos, si es que puedes. Trata de recordar a quién viste atacar al heredero del Margrave.

El hombre le miró y tragó saliva, y Keridil trató de sonreír para tranquilizarle.

-Será aprehendido, no temas. Pero le agarraremos antes si puedes decirme ahora quién es él.

Pirasyn tragó de nuevo saliva y después sacudió la cabeza.

-No es él...

-¿No es quién?

Keridil estaba desconcertado.

-Él -repitió el hombre-. No es él. Es ella. La muchacha... la que ayudó al demonio. Cabellos blancos. Ojos amarillos... Y aquella cara...

Se tapó de nuevo los ojos y empezó a sollozar.

Keridil tuvo la sensación de que algo se licuaba en su estómago, y se levantó despacio. ¿Cyllan? No era posible..., ¡estaba encerrada bajo llave! La propia Hermana Erminet se lo había asegurado hacía menos de media hora... Pero, imposible o no, tenía también el testimonio de Pirasyn... y una terrible intuición para dar más peso a sus palabras.

Se volvió a los dos hombres que habían ido a buscarle.

-Subid a la habitación donde está esa muchacha; comprobad que sigue allí. ¡De prisa!

Salieron corriendo y, cuando se extinguieron sus pisadas, apareció Sashka, viniendo de la dirección del vestíbulo principal.

-¡Keridil! ¿ Qué tengo que hacer?

Él fue a su encuentro y la detuvo, sujetándola por los hombros, para que no viese la carnicería.

-Amor mío, no tenías que haberme seguido.

Ella miró serenamente atrás.

-Si has sido arrancado de mi lado por un problema urgente, ¿esperas que siga sentada aguardando dócilmente tu regreso? Quiero ayudarte. Por favor, dime qué ha pasado.

Keridil suspiró.

-No quería que te enterases de esto, pero... Drachea Rannak ha sido asesinado.

Abrió más los adorables ojos, impresionada.

-¿Asesinado? ¿Aquí, delante de tus propias habitaciones?

Estas palabras le sobresaltaron; no se le había ocurrido pensar que el lugar del crimen podía ser algo más que una coincidencia, pero ahora empezó a preguntarse si era así. Si Pirasyn había dicho la verdad, había un motivo evidente...

Tomó una antorcha de su soporte en la pared y abrió la puerta de sus habitaciones... Entonces oyó a Sashka brotar de sus labios una maldición ahogada. Corrió tras él y le encontró mirando los estropicios que había hecho Cyllan. Tinta derramada, papeles revueltos...

-¡Mira, Keridil! -dijo roncamente ella-. La puerta del armario... ¡La cerradura ha sido forzada!

Keridil lo vio y cruzó corriendo la habitación. Agarró el estuche de estaño y, antes de abrirlo, la tapa rota le dijo lo que encontraría dentro.

-Ha desaparecido -dijo.

-¿La piedra?

Keridil asintió con la cabeza. El misterio empezaba a aclararse horriblemente, y al mirar Sashka el estuche vacío, dijo con voz suave y cargada de veneno:

-Cyllan...

-¿Qué?

Él le contó en breves palabras lo que Pirasyn decía haber visto. Jamás le había visto ella tan encolerizado, aunque hacía todo lo posible para dominar su furor, y Sashka no hizo nada para calmarle. Para sus fines sería mejor, pensó, canalizar su cólera...

-Keridil, -dijo, al ver que él estaba a punto de volver al pasillo-, Keridil, estaba pensando...

-¿Qué?

Lo dijo con más sequedad de lo que había pretendido, pero ella no pareció advertirlo.

-En la Hermana Erminet... Nos dijo que la muchacha estaba encerrada en su habitación. Nos dio su palabra. Creo que nos mintió.

Él frunció el ceño.

-No te comprendo. ¿Por qué habría de mentir la Hermana Erminet?

-No lo sé. Bueno..., pensé que podía haberme equivocado, pero ahora ya no estoy segura.

Y le habló de la figura encapuchada que había visto salir de la habitación de Cyllan poco después de que lo hiciera Erminet. Mientras contaba su historia, aunque sin decir que ella misma había registrado la habitación, Keridil contrajo los músculos de la mandíbula y apretó los puños.

-Si está confabulada con ellos... -dijo al fin.

Librodot

-Es posible, ¿no crees?

Keridil se esforzaba en ser justo, en no dejar que la cólera nublase su juicio, pero la prueba era demasiado sólida para pasarla por alto. Sashka no era una embustera... y Cyllan no había podido escapar sin ayuda.

Oyó pisadas presurosas al otro lado de la puerta y una voz que le llamaba por su nombre. Tomó rápidamente a Sashka de la mano y la hizo salir, en el momento en que llegaban los dos hombres que había enviado en busca de la joven. Jadeaban y sudaban, pero su mensaje no podía ser más claro.

-¡No está, señor! ¡La puerta de su habitación estaba abierta!

Keridil apretó los labios.

-Bien. Reunid a todos los hombres que sean necesarios y cuidad de que estén todos bien armados. Decidles que acudan al comedor lo antes posible. Registraremos el Castillo de un extremo a otro, hasta que la encontremos. Quiero que se monte una guardia en la puerta principal..., ¡ah...!, y que vayan dos hombres a vigilar a su diabólico amante. Apuesto diez contra uno a que él está detrás de todo esto y a que ella tratará de alcanzarle. Suceda lo que suceda, ¡no debe conseguirlo! ¿Entendido?

-Sí, señor.

-Entonces, poned manos a la obra. ¡Rápido! -Y mientras ellos se alejaban apresuradamente, se volvió a Sashka, grave el semblante-. Lamento que esto estropee nuestra fiesta, amor mío.

Ella sacudió la cabeza.

-No importa. La cuestión es encontrar a la muchacha; esto es lo más importante. Pero... ¿y la Hermana Erminet?

-Ah... sí. Quisiera estar seguro...

Sashka se mordió el labio inferior.

-Hasta ahora, ninguno de los que están en el comedor, incluida la Hermana Erminet, sabe que ha ocurrido una desgracia. ¿Qué te parece si, antes de que se enteren, invitamos a Erminet a que repita lo que nos ha asegurado? -Bajó la mirada-. Sé que es una idea retorcida, Keridil; pero, si tenemos una víbora entre nosotros, ¿no estaría justificada una pequeña superchería?

Tenía razón, y Keridil dio gracias a los dioses por poder contar con su sentido práctico.

-Muy bien. Es un consejo astuto, y lo seguiré. Aunque saben los dioses que me cuesta mucho creer que pueda ser una traidora.

Sashka se encogió de hombros.

-Erminet fue siempre imprevisible. En la Residencia, todas temíamos sus malos humores y sus antojos... Y además, debemos recordar que, aparte de vigilar a Cyllan, ha estado atendiendo a Tarod durante los últimos días.

-¿Quieres decir que puede haber estado bajo su influencia? Me cuesta creerlo... ÉI ha estado drogado continuamente; dudo de que pueda controlar su propia mente, y menos influir en las de los demás.

-Tal vez le hemos menospreciado.

-Bueno, sólo hay una manera de saberlo –dijo Keridil-. Volvamos junto a nuestros invitados.

Su entrada fue recibida con alivio y con muchas preguntas fruto de la curiosidad. Keridil calmó sus ansias con la promesa de una explicación completa y fue en busca de la Hermana Erminet, que estaba sentada sola a una mesa, cosa que ahora le pareció sospechosa, y parecía desinteresarse de todo.

-Hermana Erminet. -Sonrió al acercarse a ella-. Lamento tener que molestarte para un asunto médico, pero...

Ella le miró rápidamente y Keridil creyó que detectaba alivio en su semblante.

-¿Un asunto médico? -dijo Erminet-. ¿Se ha puesto alguien enfermo?

-Por decirlo de algún modo. Se refiere a una de las personas que están a tu cargo y quisiera poner en claro una cosa.

-¡Ah...! -dijo cautelosamente Erminet.

-La muchacha, Cyllan... Creo que dijiste que estaba durmiendo cuando la dejaste, ¿no es cierto?

Se estaba agrupando gente a su alrededor. Erminet vaciló un momento y se vio claramente que estaba desconcertada.

-¿Lo dije? Tal vez sí... Sí, creo que estaba durmiendo.

-¿Y cerraste bien la puerta cuando saliste?

Ahora la cara de la vieja tenía una palidez enfermiza; pero se dominó y sonrió.

-Naturalmente, Sumo Iniciado. Aquí tengo la llave, como siempre. -La mostró, pero su mano no estaba firme-. Nunca me separo de ella.

Fue todo lo que Keridil necesitaba. Inclinándose hacia adelante dijo a media voz, pero con furia:

-Entonces podrás explicarme, Hermana, cómo pudo Cyllan salir de su habitación cerrada y cometer un asesinato a sangre fría en este Castillo, hace menos de quince minutos.

El poco color que le quedaba se desvaneció de la cara de Erminet, que tenía ahora un tono de cemento seco. Trató de levantarse, pero las piernas no la sostuvieron, y su expresión la habría condenado sin tener que decir una palabra.

-¡Oh, dioses..., ella no..., no es posible...!

Se tapó la boca con una mano.

Keridil llamó a dos Iniciados.

-Por favor, conducid a la Hermana Erminet Rowald a su habitación e impedid que salga de ella hasta que yo envíe a buscarla. -Y añadió, dirigiéndose a Erminet-: Creo, Hermana, que eres culpable de un acto que habría creído inverosímil en una persona de tu vocación. Espero que puedas demostrar que estoy equivocado, pero lo dudo mucho. Tendrás oportunidad de hablar cuando Cyllan Anassan haya sido aprehendida.

Saludó con una breve inclinación de cabeza a la vieja e hizo una seña a los Iniciados para que se la llevasen. Un silencio de pasmo se cernió en el comedor mientras los Iniciados conducían a la prisionera entre los invitados en dirección a la puerta; después, Keridil tomó una jarra de vino vacía y golpeó con ella la mesa para llamar la atención. Todos los rostros de los que estaban en la vasta estancia se volvieron hacia él.

-Amigos míos -dijo Keridil, con la cólera vibrando todavía en su voz-, lamento tener que poner prematuramente fin a esta velada, pero tengo que anunciaros un grave suceso y agradeceré la colaboración de todos los hombres y mujeres que sean capaces de prestármela esta noche.

A su lado, Sashka se acomodó en el sillón que tenía más cerca, bajando los ojos y sonriendo débilmente.

Se había perdido. Su aterrorizada huida a ciegas de la escena del trágico encuentro con Drachea le había llevado a una parte remota y oscura del Castillo, donde sólo había paredes negras y silencio. Su instinto la había conducido a lo largo de estrechos pasadizos y tramos descendentes de escalera, hasta que al fin estuvo segura de que sus perseguidores, si es que existía tal persecución, habían quedado muy atrás. Entonces se detuvo, se tambaleó y cayó agotada sobre el frío suelo de piedra.

Poco a poco, al ser sustituido el puro miedo por una calma peculiar, los fragmentos de lo que había sucedido empezaron a formar un recuerdo coherente. Había matado a Drachea. En los sombríos momentos que había pasado a solas en su habitación cerrada, había ansiado a menudo tener oportunidad de vengarse de él, y su imaginación se había desbocado. Ahora la fantasía se había convertido en realidad, y la realidad era sangrienta y fea y horrible. Sin embargo, no podía sentir remordimiento; su odio era demasiado fuerte, y el deseo de un justo castigo, demasiado grande.

Con un estremecimiento interior, recordó cómo la piedra del Caos había cobrado vida en su mano, el resplandor de aquella luz fría que había paralizado a Drachea. La piedra le había

dado la oportunidad que necesitaba para atacar... y también había alimentado su odio, concentrándolo en un afán de destrucción y mutilación que había nublado su razón y la había convertido en una salvaje asesina. La piedra estaba ahora inactiva, reposando en su mano izquierda. Le dolían los dedos de tanto apretarla y tuvo que forzarlos a abrirse para poder mirar la gema en su palma. Parecía una joya sencilla; sin embargo el recuerdo de las sensaciones que había despertado en ella le producía un hormigueo en la carne. Empezaba a comprender los sentimientos ambiguos de Tarod, que la aborrecía y la necesitaba a un tiempo... Tenía razón; era una gema mortal. Y ahora comprendió por qué se había avenido Yandros a ayudarla.

Rápidamente, casi temiendo que la piedra pudiese afectarla más si continuaba llevándola en la mano, la introdujo debajo del corpiño de su vestido. Retiró la mano manchada de rojo y entonces se dio cuenta de que la sangre de Drachea la había teñido de los pies a la cabeza. La visión le produjo un ataque de repugnancia física, y por un instante, pensó que vomitaría; pero el espasmo pasó, al imponerse una vez más la fría lógica.

Lo hecho, hecho estaba, y fuese justo o injusto, no se arrepentía de ello. Drachea estaba muerto, nadie habría podido sobrevivir a tan furioso ataque, y ella había conservado su libertad, al menos de momento.

Pero la caza habría ya empezado, y lo más probable era que conociesen su identidad. No podía esperar salvarse de ser capturada mientras permaneciese en los confines del Castillo y, si la aprehendían, no tendría una segunda oportunidad, ni podría esperar clemencia. Moriría, ahorcada o más probablemente decapitada, y Tarod moriría también.

Tenía que llegar hasta él. Tenía que darle la piedra del Caos y suplicarle que la emplease en caso necesario, para salvarse los dos. Sin su fuerza y su poder, la red se cerraría y estarían perdidos; necesitaban la piedra, por muy mortífera que pudiese ser.

Vacilando, se puso de pie y se alisó el vestido, sin prestar atención a las manchas. Guardó el cuchillo en la manga, reacia a desprenderse de él, por si podía necesitarlo de nuevo. La suerte, y Yandros, habían estado con ella en una ocasión, pero no se atrevía a confiar en ellos por segunda vez. Si podía mantenerse en los corredores desiertos del Castillo hasta encontrar el camino del sótano donde estaba encarcelado Tarod, tanto mejor; pero mataría de nuevo, si tenía que hacerlo para alcanzar su meta.

Se cubrió los cabellos con la capucha de la capa corta y echó a andar por el pasillo.

Cyllan no habría sabido decir el tiempo que había pasado cuando, al fin, llegó a un lugar donde una empinada escalera descendía a los sótanos del Castillo, pero supo que estaba cerca de su meta. Recordando las instrucciones de la Hermana Erminet, reconoció el camino que conducía a los almacenes subterráneos y bajó apresuradamente la escalera hasta que una súbita e inquietante intuición la hizo detenerse. Tal vez había sido imaginación o un eco engañoso venido de alguna parte, pero creyó haber oído un ruido allá abajo, como de unos pies arrastrándose sobre un suelo de piedra. Conteniendo el aliento y dando gracias a los dioses por las prendas oscuras que la ayudaban a confundirse con las sombras, dio un paso cauteloso, y otro, y otro, hasta que llegó al pie de la escalera. Aquí, un estrecho túnel se cruzaba en su camino y Cyllan, adosándose a la húmeda pared, se asomó a la esquina, cubriéndose la mejilla con la capucha.

Tarod estaba en la tercera cámara, según le había dicho la Hermana Erminet. Y allí, delante de la puerta, había dos hombres. Uno de ellos estaba apoyado en la pared, silbando débilmente entre dientes, mientras tallaba un trocito de madera con la hoja de un cuchillo de terrible aspecto; el otro estaba sentado, contemplando el techo del túnel y sumido al parecer en sus pensamientos. Pero su aparente descuido era compensado por la espada de larga hoja que cada uno de ellos llevaba colgada del cinto. Habían sido enviados para custodiar la celda y Cyllan comprendió que no tenía manera de evitarles si trataba de alcanzar a Tarod.

Lentamente, sin ruido, retrocedió en la oscuridad, con la boca seca de miedo y de cólera. Era demasiado tarde: le estaban dando caza, y hubiese debido pensar que la primera acción de Keridil sería poner una guardia ante la celda de Tarod. Ahora habrían descubierto ya la

desaparición de la piedra del Caos y redoblarían sus esfuerzos por encontrarla. Se maldijo en silencio; al extraviarse había perdido un tiempo precioso, y el Sumo Iniciado se le había adelantado. Sintió un nudo de furia y frustración en el estómago: tenia que hacer saber de alguna manera a Tarod que estaba libre, pues, mientras no estuviera seguro de ello, no haría nada que pudiese ponerla en peligro. Pero no había forma de hacerlo. Ni siquiera podía llegar a uno de los almacenes y esconderse en él con la esperanza de que cambiase la guardia y descuidasen a Tarod unos minutos; en el momento en que saliera de la escalera, la verían y la prenderían. Y no podía permanecer aquí, indecisa: era demasiado expuesto; bastaría con que un hombre bajase por la escalera y estaría atrapada. Y después de lo que le había ocurrido a Drachea, probablemente la mataría sin pensarlo dos veces...

Como un espectro, se volvió y subió la escalera para volver por donde había venido. Su mente trabajaba frenéticamente, pero no podía ver ninguna solución; sin embargo, tenía que encontrar una manera, tenia que encontrarla...

Una pequeña sombra se cruzó en su camino y Cyllan se estremeció violentamente, mordiéndose la lengua y a punto de perder el equilibrio y rodar por la escalera. La forma se detuvo también y después levantó la cabeza y lanzó un suave y curioso maullido. El agitado pulso de Cyllan se calmó al reconocer uno de los gatos telepáticos que moraban en el Castillo. Había encontrado ya a dos de ellos en su camino y había sentido que escudriñaban en su mente. Su telepatía se parecía un poco a la de los fanaani acuáticos, aunque no era tan aguda, y a punto estaba de seguir su camino cuando sintió que los delicados hilos de los pensamientos del animal penetraban en su mente y se mezclaban con los suyos. Vaciló y, de pronto, su visión interior le mostró una imagen confusa de la cara de la Hermana Erminet. El gato maulló, esta vez con tono apremiante...

-¿Qué quieres, pequeño? -murmuró Cyllan, temerosa de que el eco de su voz pudiese llegar al túnel-. ¿Qué estás tratando de decirme?

Se había agachado, y el gato se levantó sobre las patas de atrás y maulló de nuevo. Cyllan sintió que su corazón empezaba a palpitar con fuerza y trató de calmar sus pensamientos para dejar la mente abierta a los intentos de comunicación de aquella criatura.

-Dime, pequeño -dijo en voz baja-. Te escucho...

Diablillo, el gato adoptado por la Hermana Erminet, supo que había encontrado a la persona que buscaba. Había salido de la habitación de la anciana por el camino acostumbrado, a través de la ventana y a lo largo de un vertiginoso laberinto de cornisas increíblemente estrechas, hasta llegar al suelo, y entonces, siguiendo instrucciones que a duras penas podía comprender, se había dirigido al sótano.

El hecho de que las cámaras subterráneas del Castillo gustaran al gato, con su plétora de rincones inexplorados y de fascinantes olores, le había persuadido a realizar la misión que le había sido confiada; esto, y la inconfundible urgencia de su amiga humana en sus intentos de comunicación. Estaba durmiendo en su cama cuando ella había vuelto, y no le había gustado que le molestasen. Pero había percibido una mezcla de autoridad y de lisonja, y esto había despertado su curiosidad. La anciana quería que encontrase a alguien, y la mente de la criatura concibió una imagen de otro ser humano, de color gris y amarillo pálido y de ojos ambarinos que se parecían un poco a los suyos. Y las cámaras del sótano..., le gustaban las cámaras del sótano. Y así, cuando por fin su dueña se negó a darle de comer y a hablarle, cruzó de mala gana la habitación, saltó al antepecho de la ventana y salió a la noche.

Ahora había encontrado el objeto de su búsqueda e inmediatamente percibió una mente con la que podía comunicar mucho más fácilmente que con la de la Hermana Erminet. Y esta mente necesitaba una ayuda que comprendió que sólo él podía ser capaz de darle. Una mano se alargó en su dirección y le acarició la dura cabecita, y el ser humano empezó a proyectar la imagen de alguien a quien el gato conocía...

Cyllan no sabía la relación que tenía el gato con la Hermana Erminet, pero comprendió lo bastante de su naturaleza para agarrarse a esta débil esperanza como se agarra un náufrago a un madero. Ella no podía llegar hasta Tarod, pero podía hacerlo el animal. Nadie pensaría en

detener a un gato en una de sus exploraciones secretas. Y si podía hacerle comprender el mensaje que quería que transmitiese y persuadirle de que encontrase el camino hasta Tarod, había una posibilidad –rezó fervientemente para que fuese más que una posibilidad- de que Tarod captase suficientemente el mensaje de la mente extraña y caprichosa de aquella criatura para darse cuenta de lo que se estaba tramando.

Se puso de rodillas y miró al gato a los ojos, abriendo sus pensamientos a su escrutinio mental. El animal sentía curiosidad, y esto era un buen comienzo. Proyectó una imagen de la cara de Tarod y vio que los bigotes del gato temblaban con interés; después, aunque no sabía si el felino podía comprender conceptos humanos, trató de inculcarle la idea de que estaba libre.

-Dile... -y repitió en silencio las palabras para reforzar lo que pensaba-. Dile, pequeño, que estoy en libertad. ¡Estoy en libertad!

Diablillo cerró y abrió los brillantes ojos en un largo y lento pestañeo. Si este gesto significaba algo, Cyllan no pudo interpretarlo. Después lanzó su peculiar y débil maullido, agitó la cola y, antes de que Cyllan pudiese detenerle o hablarle de nuevo, dio media vuelta, se alejó rápidamente, mezclándose con la oscuridad, y desapareció.

Ella se sentó contra la pared, sin saber qué pensar. No podía juzgar si el gato había comprendido el mensaje que había tratado de instilar en su mente, o si, en caso afirmativo, querría transmitirlo o, con la perversidad de los de su especie, se interesaría en otra cosa y olvidaría su misión. Pero dio gracias en silencio a la Hermana Erminet por su ingenio y su bondad al enviarle aquella criatura. Era una posibilidad remota, pero podía tener éxito, y por esto era más imperativo que encontrase un escondrijo donde pudiera estar a salvo hasta que supiese si el gato había dado su mensaje a Tarod. Si lo había hecho, la encontraría. La encontraría de alguna manera...

La escalera estaba en silencio; las profundas sombras, inmóviles. Cyllan se puso de pie y empezó a subir de nuevo, alerta a cualquier ruido o señal de movimiento. Si podía encontrar un refugio antes del amanecer podría esperar segura, al menos durante un tiempo, y pronto sabría el resultado. La espera sería un tormento... pero, al menos, volvía a brillar un destello de esperanza.

Tarod se despertó inquieto con el eco de un sueño en su mente y, durante un momento, sus sentidos estuvieron confusos. Después, cuando su visión se aclaró, recordó dónde estaba.

Había intentado no dejarse vencer por el sueño... Esta noche era la del banquete y la Hermana Erminet le había dicho que sería su única oportunidad de liberar a Cyllan. Sin embargo, no había recibido ninguna noticia y presumió que la noche debía estar ya muy avanzada. Había tantos posibles escollos en el plan de Erminet que temió que hubiese fallado algo, y el miedo le produjo una fuerte sensación de angustia en la boca del estómago. Se levantó, nervioso, estirando los rígidos miembros, y empezó a pasear de un lado a otro de la celda, maldiciendo que no hubiera una ventana que le permitiese ver el cielo y calcular la hora.

Había una copa vacía en el suelo -Erminet había hecho la comedia de traerle la dosis normal de la droga prescrita por Grevard, para no despertar sospechas- y tropezó con ella en la oscuridad, haciéndola rodar ruidosamente sobre las losas. Cuando cesó el ruido oyó un maullido apagado que procedía de las sombras a las que había ido a parar la taza, y Tarod giró en redondo, frunciendo los ojos verdes. Algo se movía allí, y un gatito gris plata salió de detrás de un montón de sacos viejos. Tenía la pelambre cubierta de polvo y telarañas en el bigote. Se detuvo, le miró y maulló en tono de resentimiento y de protesta.

-Diablillo... -dijo Tarod en voz baja, reconociendo a la criatura.

Se agachó y alargó una mano, el gato se acercó cautelosamente y le olió los dedos; después dejó que Tarod le quitase las molestas telarañas de la cara, sacudiendo la cabeza y estornudando. Entonces se sentó y empezó a lamerse enérgicamente.

Tarod le observó reflexivamente. Por muchos agujeros y grietas que hubiese en las viejas paredes, no era fácil que, incluso un animal tan pequeño y tan ágil, encontrase el camino desde la celda contigua, y sospechó que el gato debía tener algún motivo para hacerle una visita. En el pasado, había conocido una manera de influir en la mayoría de los animales; los caballos más resabiados se habían doblegado a su voluntad, y los gatos telepáticos, aunque menos fáciles de gobernar, eran muy receptivos a sus pensamientos. No sabía si conservaba todavía esta facultad..., pero había percibido ya un efluvio apremiante e imperativo en la mente del gato, que éste pretendía perversamente ignorar, y no podía perder tiempo esperando.

-Diablillo.

Esta vez su voz fue menos zalamera y el gato le miró rápidamente, sacando la punta de la sonrosada lengua. Tarod concentró su mente, aliviado al descubrir que gran parte de la antigua agudeza acerada continuaba allí, esperando la oportunidad de entrar en acción, y retuvo la mirada del animal. Las pupilas de éste se dilataron en dos círculos negros, y el gato escudriñó su peculiar conciencia, buscando la motivación que le había traído aquí.

Una imagen: deformada pero reconocible..., una cara vieja y arrugada que, bruscamente, cambió volviéndose más joven, sorprendentemente familiar. Un nimbo pálido que era el concepto gatuno de los cabellos humanos; unos ojos con destellos ambarinos y una sensación; no una palabra, ni siquiera una idea, sino una noción fundamental, primordial. Libertad, libertad...

El gato estaba tratando de decirle que Cyllan había escapado.

Tarod sintió que su pulso se aceleraba hasta que pudo oír el ritmo de su propia sangre en los oídos. Si había interpretado acertadamente la conciencia de aquella criatura y si el mensaje que le traía era cierto, ¿por qué había enviado Erminet el gato a decírselo? No había guardias en la celda, o al menos así lo creía, y la vieja Hermana había dicho que Cyllan tendría la llave e iría a buscarle.

Se irguió, inquieto, Algo había fallado. Aunque Erminet hubiese logrado liberar a Cyllan, y Tarod no confiaba enteramente en las confusas imágenes de la mente del gato, algo impedía que llegase hasta él, y hasta que estuviese seguro de que se hallaba a salvo, no se atrevería a intentar ninguna acción. Además, sin la piedra-alma, era todavía vulnerable. Liberado de la influencia del narcótico, había recobrado toda su inteligencia y buena parte de su antigua energía, pero no sabía hasta dónde llegarían sus poderes. No era el hechicero que había sido antes...

Miró de nuevo al gato. Este no había reanudado la tarea de lavarse, sino que seguía mirándole fijamente, captando sin duda la emoción que le invadía. Al encontrarse sus miradas, maulló, ahora con fuerza, y Tarod se agachó de nuevo.

-Tranquilo, Diablillo. -Alargó una mano y le acarició la cabeza, mientras le calmaba mentalmente-. Te comprendo. Pero esto no es bastante. No me atrevo...

Se interrumpió al oír chirriar una llave en la cerradura de la puerta de la celda.

Diablillo gruñó y se escondió en un rincón. Tarod se volvió, todavía medio agachado, pillado por sorpresa mientras la esperanza y el recelo se disputaban la prioridad. Entonces se abrió la puerta y se encontró cara a cara con un hombre corpulento que llevaba la insignia de Iniciado sobre el hombro.

-¡Aeoris! -exclamó el Iniciado apretando los dientes-. ¡Ven aquí, Brahen! Ese diablo tenía que estar inconsciente, pero...

No pudo continuar. Tarod no tenía tiempo de tomar una decisión consciente, y el instinto, junto con un súbito y violento resurgimiento de la cólera que había tratado de dominar durante tantos días, se apoderaron de él. En un rápido y ágil movimiento, se puso en pie y levantó la mano izquierda en un ademán que le era tan familiar como el acto de respirar, llamando y concentrando un poder que brotaba de lo más profundo de su conciencia como un terrible Warp. Resplandeció una luz roja en la celda, iluminando de modo impresionante las paredes y el techo y los montones de escombros, y, cuando el rayo alcanzó al Iniciado, éste

lanzó un grito, y su cuerpo se convirtió en una loca silueta de miembros desmadejados en el sangriento instante en que aquel relámpago estalló. La oscuridad cayó como una losa al extinguirse la luz, y Tarod tuvo tiempo de ver fugazmente una forma inmóvil en el suelo antes de que otra luz, más débil y natural, bailase en el umbral: era el segundo guardia, que había agarrado una antorcha y llegaba corriendo por el pasillo.

A la luz vacilante de la tea que sostenía, el guardia superviviente vio algo que le hizo estremecerse de terror. Su compañero yacía como un muñeco roto junto a la pared de la celda, mientras Tarod, que hubiese debido yacer sin sentido en su jergón, se erguía como un negro ángel de la muerte, con los ojos brillantes y una expresión asesina en su rostro.

Pasmado e incapaz de pensar con claridad o prudencia, el guardia desenvainó ruidosamente la espada. Tarod se puso tenso como un felino predador; estaba desarmado y el rayo de energía que había conjurado le había agotado; no tenía tiempo de hacer el acopio de fuerza necesario para lanzar otro. Por lo tanto, saltó.

El Iniciado no había esperado este ataque y levantó torpemente la espada, estorbado por la antorcha que llevaba en la otra mano. Todo fue tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar; la mano derecha de Tarod le arrebató la antorcha y después, con un furioso movimiento del brazo, aplastó el extremo encendido en la cara del hombre. El guardia aulló de dolor y giró en redondo, dejando caer la espada y llevándose ambas manos a los ojos. Tarod sabía que el golpe había sido suficiente para dejarle fuera de combate, pero la furia se había apoderado de él y no pudo detenerse. Agarró la espada, que era un arma pesada y mortal si estaba en manos vigorosas, y mientras el guardia se tambaleaba de un lado a otro en un loco zigzag, Tarod descargó como hubiese descargado su hacha un leñador. Sintió una fuerte sacudida en los brazos y los hombros al cortar la hoja carne y huesos, y el cuerpo del Iniciado se estrelló, decapitado, contra el suelo.

Tarod respiró con fuerza en el silencio roto solamente por el desagradable sonido de la sangre del cadáver vertiéndose sobre las losas. Soltó la espada, que cayó ruidosamente al suelo, y se dirigió a la puerta, impertérrito ante la visión de los dos muertos. A sus pies la antorcha chisporroteaba; la pisó y de nuevo le envolvió la oscuridad.

Había faltado a la promesa que había hecho a Erminet. Pensó en esto de pronto, y lo lamentó. No la muerte de los dos Iniciados, pues sabía que estaban dispuestos a matarle, si él no hubiese golpeado al primero. Pero había dado su palabra de que no haría daño a nadie, y le repugnaba haber tenido que faltar a ella.

Sin embargo, era cosa hecha... y nada ganaría con sentir remordimientos ahora. Salió sin ruido al pasillo, cerrando la puerta de la celda a su espalda. Era un lugar tan recóndito en las profundidades del Castillo que nadie habría podido oír los gritos de los guardias, y de momento parecía improbable que se tropezase con alguien más. Bueno, esto le daba el tiempo que necesitaba. El hecho de que Keridil hubiese enviado hombres para vigilarle, cuando antes no lo había hecho, demostraba que algo había fallado en el plan de Erminet, y sospechó que la ausencia de Cyllan había sido descubierta y se había dado la alarma. ¿Estaría buscándola todavía el Círculo, o la habría capturado de nuevo? No estaba familiarizado con el laberinto de habitaciones y corredores del Castillo y él sabía que no podría burlar durante mucho tiempo una búsqueda en gran escala. Tenía que encontrar a Cyllan y, con o sin la piedra, salir con ella del Castillo.

Pensó que Erminet era su mayor esperanza. Si había empezado la caza, Cyllan estaría demasiado asustada y preocupada para que él pudiese establecer contacto con ella y guiarla. Pero Erminet podía saber su paradero.

Tarod conocía todas las vueltas y revueltas del Castillo y podía cruzarlo sin tropezarse con las patrullas de Keridil. De momento, tenía también la ventaja de que el Círculo ignoraba todavía su fuga.

Si podía llegar hasta Erminet antes de que fuesen descubiertos los dos guardias muertos, las probabilidades a su favor se verían aumentadas...

Echó a andar silenciosamente por el pasillo, pero entonces vaciló y, cediendo a un impulso, volvió atrás y entró en la celda. El olor a sangre hizo que se ensanchasen las venas de su nariz al cruzar la puerta; evitó tropezar con el cuerpo sin cabeza y se plantó junto al Iniciado al que había fulminado. El hombre estaba muerto, pero el cuerpo había sufrido relativamente pocos daños, y Tarod se inclinó para desabrochar la capa de cuero que había llevado el guardia como protección contra el frío húmedo del sótano. Debajo de ella, resplandeció la insignia de oro de Iniciado; la desprendió y la sujetó sobre su propio hombro, sonriendo débilmente al pensar en el tiempo transcurrido desde que había llevado un emblema parecido. Entonces se envolvió en la capa; difícilmente podía considerarse un disfraz, pero hacía menos ostensibles su camisa y sus pantalones negros, y salió de la celda silenciosa, que olía a muerte.

Librodot

CAPITULO 16

Tarod emergió del laberinto de pasadizos del subterráneo del Castillo por un camino solamente conocido por los más aventureros de los que se habían criado dentro de sus confines. El patio estaba a oscuras, pero las lunas se habían puesto y las estrellas empezaban a desvanecerse en el Este, anunciando que tardaría menos de una hora en amanecer el día. De momento permaneció oculto entre las hojas de la parra que trepaba por las antiguas y negras paredes, saboreando la dulzura del aire puro después de su confinamiento. Entonces avanzó con cautela al amparo de la parra, y se echó apresuradamente atrás cuando se abrió una puerta cercana y de ella salieron tres hombres armados. Pasaron a poca distancia del lugar donde permanecía inmóvil, y esperó oír algo que le diese una idea de la situación en que podía hallarse Cyllan; pero no hablaron. En cuanto se hubieron ido, se alejó deslizándose en las espesas sombras. No sabía dónde estaba la habitación de Erminet, ni siquiera si ella estaría allí, pero presumió que le habrían destinado una de las normalmente reservadas a las Hermanas de más categoría en el Ala Este.

Al cruzar el patio ahora desierto en dirección a una pequeña puerta que conducía a un pasillo poco usado, se dio cuenta de que reinaba ciertamente una actividad desacostumbrada en el Castillo. Aunque estaban encendidas las luces del salón principal, no se oía nada que revelase que se estaba celebrando una fiesta, y el esporádico destello de antorchas en diversas ventanas de los diferentes pisos del edificio sugería que muchas personas andaban por allí de un lado a otro. Sonrió, ligeramente divertido por la idea de que Cyllan hubiese armado tanto alboroto y estropeado la fiesta de Keridil. Después, al llegar a la puerta, se deslizó en el interior y se dirigió a una escalera de caracol que le llevaría a los aposentos de los invitados.

Parecía que la búsqueda no se concentraba en esa parte del Castillo, lo cual era bastante lógico, pues Keridil no querría alarmar innecesariamente a sus invitados, y Tarod llegó al pasillo que le interesaba sin tropezarse con nadie. Las habitaciones de las Hermanas estaban al fondo y la única manera de llegar a ellas era por un largo corredor iluminado, a la vista de cualquier observador casual que pudiese salir de uno de los otros aposentos. Tarod se echó atrás la capa de cuero, lo bastante para descubrir la insignia de Iniciado que había hurtado, y entonces, tratando de no pensar en lo que podía verse obligado a hacer si alguien le sorprendía, echó a andar por el pasillo.

Estaba en la mitad de su camino cuando un delator destello de luz que brotó de un pasadizo lateral delante de él hizo que se detuviese en seco. No había posibilidad de volver atrás ni lugar donde esconderse, y un instante después, una niña que tendría unos dieciséis años salió corriendo del pasadizo y al verle, chilló y casi dejó caer la linterna que llevaba.

-¡Oh!

Abrió mucho los ojos al verle y su sorpresa se convirtió en alarma al reconocer la insignia de Iniciado. Trató de hacer una reverencia, a la manera de las Hermanas, pero fue un intento torpe, fruto de la inexperiencia.

-¡Oh, señor, te pido perdón! Volvía junto a la Hermana Erminet; no abandoné mi puesto, señor, pero la Hermana quería otra luz y no podía enviar a nadie más a buscarla, porque están todos ocupados en la búsqueda... -Su confusa disculpa se interrumpió bajo la mirada fija de Tarod, y la niña se sonrojó y balbuceó-: Lo siento, señor...

Tarod vio el velo blanco de gasa que cubría los cabellos de la niña y se dio cuenta de que era una Novicia de la Hermandad. Nunca la había visto antes de ahora... y ella no le había reconocido. Consciente de que podía sacar provecho de la circunstancia, asintió brevemente con la cabeza.

-Nadie va a castigarte, Hermana-Novicia, por obedecer órdenes de una superiora... Supongo que estás bajo la tutela de la Hermana Erminet en la Tierra Alta del Oeste, ¿verdad?

-Bueno..., tenía que haberlo estado, señor. Pero desde luego, dudo de que llegue a ser así, después de lo que ha ocurrido. Yo vine con el grupo que traía la felicitación de la Señora al Sumo Iniciado. -Más confiada, le sonrió tímidamente-. Sólo llevo dos meses como Novicia, señor, y estoy muy agradecida por este privilegio.

Después de lo que ha ocurrido... Sin proponérselo, la muchacha le había revelado la verdad, al menos en líneas generales. Tarod dijo:

-Me alegro de que lo aprecies, Hermana-Novicia. Pero espero que sepas también cuál es tu deber. Pareces muy joven e inexperta para una tarea de tanta responsabilidad.

La niña enrojeció de nuevo.

-No había nadie más, señor. Como están todos buscando a la prisionera que ha escapado..., pero yo sé lo que debo hacer. -Le miró, esperando su aprobación-. No debo dejar que nadie vea a la Hermana sin autorización. Así me lo ordenaron.

-Claro. ¿Y qué más te dijeron?

Afortunadamente para él, la muchacha era lo bastante ingenua para creer que la estaba poniendo a prueba. Como repitiendo una lección del catecismo, dijo :

-Que no debía conversar con la Hermana, señor, sobre cualquier cosa que no fuesen sus necesidades inmediatas. Yo... -Vaciló-. Me dijeron que había traicionado a la Hermandad y al Círculo, señor. Y que tiene que ser interrogada y posiblemente... juzgada.

¡Dioses! Por lo visto habían descubierto lo que había hecho Erminet... Alarmado, pero manteniendo inexpresivo el semblante, dijo Tarod:

-Esto no debes comentarlo con nadie, Hermana-Novicia. No quiero chismorreos con las otras muchachas, ¿me entiendes?

-Sí, señor. -La niña se pasó nerviosamente la lengua por los labios-. ¿Puedo volver ahora a mi puesto?

Era fácil engañar a la muchacha; encontraría la manera de librarse de ella cuando se reuniese con Erminet.

-Deberías hacerlo -dijo-; pero quiero asegurarme de que la Hermana está donde debe estar.

Si no hay novedad, considérate afortunada... ¡y otra vez no abandones tus deberes, sea cual fuere la razón!

-No, señor. Lo siento, señor...

Avergonzada y aterrorizada, la muchacha hizo otra torpe reverencia y echó a andar por el pasillo, con la linterna oscilando en su mano. Se detuvo ante la última puerta, hurgó torpemente con la llave en la cerradura y por fin consiguió abrirla. Una luz débil salió del interior y Tarod hizo un breve ademán a la Novicia para que se quedase donde estaba y entró en la habitación.

Erminet yacía en la cama; estaba durmiendo. Mirando por encima del hombro, para asegurarse de que la niña había comprendido su orden y no le había seguido, Tarod cruzó la habitación y se inclinó sobre la anciana, asiéndole una mano.

-Hermana Erminet...

No hubo respuesta, y encontró que aquella mano estaba flácida. La intuición le dijo la verdad, antes de que le mirase a la cara. Sonreía, con una sonrisa débil y reservada, y parecía extrañamente más joven: se habían suavizado las arrugas de sus mejillas y su piel estaba más tersa. Y sobre la mesilla de noche había varios frascos de su colección de pócimas, una botella de vino y una copa vacía.

Tarod se volvió y, olvidando toda precaución, gritó :

-¡Hermana Novicia!

La niña entró corriendo, alarmada por el tono de su voz.

-¿ Se... señor?

Tarod señaló el pequeño tocador del rincón.

-¡Trae aquel espejo! ¡De prisa!

El espejo estuvo a punto de caerse de las manos de la chica, debido a su precipitación. Se acercó tambaleándose a Tarod, y éste le arrancó el espejo de las manos y lo puso delante de la cara de la Hermana Erminet. Nada empañó la superficie mientras él contaba los latidos de su propio corazón: siete, ocho, nueve... Después tiró el espejo y oyó cómo se estrellaba en el suelo, y el grito de espanto de la muchacha le llenó de ira y de desprecio. Se volvió a ella y, con voz grave y furiosa, le dijo:

-¿Ves ahora lo que has hecho?

La niña temblaba como una hoja, tapándose la boca con la mano.

-No está..., no puede ser, señor... ¡Sólo he estado ausente unos minutos!

-¡Y estos minutos han sido suficientes! Es... era una herbolaria muy experta. ¡Y tú la has dejado sola el tiempo suficiente para que se quitase la vida!

Avanzó hacia ella, casi sin saber lo que hacía, y la muchacha, al verle acercarse, lanzó un grito de espanto, se arremangó la falda y salió corriendo de la habitación como un animal asustado. Tarod se detuvo, escuchando su carrera, con los puños cerrados con tal fuerza que las uñas se hundían en las palmas. Después volvió temblando junto a la cama.

-Erminet...

Se sentó sobre la colcha y asió las dos manos de la anciana, como si su voz y su contacto pudiesen devolverle la vida. Pero sus ojos permanecieron cerrados y la sonrisa siguió fija en su semblante.

Sin duda había sabido lo que hacía... y había elegido una droga que actuase con tanta rapidez que nadie pudiese salvarla. Le consoló un poco pensar que no debió sentir dolor, sino que había muerto plácidamente y por su propia voluntad. Pero esto no cambiaba el hecho cruel de que había muerto por su causa.

Las lágrimas le escocían en los ojos, y estrechó los dedos exangües de la anciana hasta estar a punto de romperlos. Erminet había sido una verdadera amiga, había faltado a su deber en aras de una lealtad más personal. Y ésta era su recompensa... Descubierto su engaño, había sabido cuál sería su destino si la declaraban culpable de protegerle, y había preferido ahorrar trabajo al Círculo, morir dignamente, ya que había que morir, de la manera y en la hora que quisiese. Y su muerte, cruelmente inútil, aumentó el odio de Tarod contra Keridil y el Círculo, y contra su falso concepto de la justicia. Si podía vengarla..., pero ella no lo querría. Le había hecho prometer que no dañaría a nadie del Castillo, y él había faltado ya a esa promesa matando a dos hombres. No volvería a hacerlo. Al menos le debía esto.

Tarod se dio ahora cuenta de que había pasado algún tiempo desde que la Novicia había salido corriendo de la habitación, y comprendió que debía marcharse, si no quería que le encontrasen cuando la chica volviera con ayuda. El Círculo sabría a qué atenerse cuando ella describiese al Adepto de cabellos negros que había encontrado en el pasillo, y la caza se redoblaría para buscarle también a él. No temía mucho que volviesen a capturarle, pero sería una triste ironía que descubriesen a Cyllan antes de que él pudiese alcanzarla: Erminet habría muerto en vano.

Cruzó las manos de la vieja Hermana sobre el pecho y se inclinó para besarle la frente delicadamente. Su mano izquierda asía todavía la de ella; la levantó e hizo una breve señal sobre el corazón. Era una bendición, pero no una bendición que hubiese dado un siervo de Aeoris. Después se puso en pie y salió rápida y silenciosamente de la habitación.

El Sumo Iniciado recibió la noticia del suicidio de la Hermana Erminet con pena y con angustia, y reconociendo también, de mala gana, que esta acción era una sólida prueba de su culpa. Pero cuando se enteró, de labios de la llorosa Hermana-Novicia, de lo referente al misterioso Adepto con quien se había tropezado y al que no habían podido encontrar, empezaron a encajar demasiado bien las piezas de un feo rompecabezas.

De los cuatro hombres que había enviado para comprobar que Tarod estaba en su celda, el más joven vomitó violentamente cuando vio la carnicería del sótano y los otros tres tuvieron dificultades en dominar sus estómagos. Keridil había escuchado sus declaraciones

reservadamente en su estudio, alegrándose de haber podido persuadir a Sashka de que se retirase a los aposentos de sus padres hasta la mañana. Él no podría dormir, especialmente ahora que Cyllan no era el único enemigo con quien tenía que enfrentarse; al menos había podido ahorrarle esto...

-Quiero que se intensifique la búsqueda –dijo a Taunan Cel Ennas, que era el más experto espadachín del Círculo, cuando salieron por la puerta principal del Castillo y se detuvieron en lo alto de la escalera de caracol bajo la primera y pálida luz de la aurora-. Dobla la guardia en las puertas y asegúrate de que no sean abiertas sin mi autorización. -Encogió los hombros y miró a su alrededor, contemplando las altas paredes negras que de pronto parecían opresivas-. Saben los dioses que hay demasiados escondrijos en este maldito palacio. Pero les encontraremos, Taunan. Les encontraremos, ¡aunque para ello tengamos que derribar el Castillo piedra a piedra!

Taunan suspiró, pellizcándose el puente de la nariz en un intento de aclarar su visión. A pesar de su cansancio, comprendía que Keridil tenía razón; no podrían descansar hasta que hubiesen capturado a su presa. Sólo lamentaba no poder compartir la certidumbre del Sumo Iniciado sobre el éxito de su empresa.

-Es fácil olvidar que no tenemos que habérnoslas con un hombre corriente, Keridil -replicó cansadamente-. Tarod tiene la astucia del Caos y muchos de sus poderes.

-No sin la piedra-alma -le recordó Keridil-. Y sabemos que está en posesión de la muchacha.

Taunan hizo una mueca.

-¿Y si se encuentran los dos, antes de que les encontremos nosotros?

-No podemos permitir que esto suceda. Debemos aprehender a uno de ellos, no me importa cuál, antes de que puedan encontrarse. Si fracasamos en esto, sólo los dioses saben cuáles pueden ser las consecuencias. -Keridil observó el cielo que empezaba a iluminarse-. He convocado una reunión de los Adeptos superiores para dentro de una hora. Discutiremos los métodos ocultos que hemos de emplear, pero antes...

Se interrumpió, frunciendo los párpados.

-¿Keridil?

El Sumo Iniciado agarró un brazo de Taunan y dijo, con voz seca e inquieta:

-Taunan..., mira...

El viejo siguió la dirección de su mirada.

-¿Qué es? Yo no...

-Mira hacia el Norte. Y escucha.

Taunan respiró con fuerza al comprender, y se quedó mirando más allá de la imponente mole de la Torre del Norte. Parecía que amanecía otra aurora a lo lejos, desafiando a la del Este; el arco gris del cielo estaba teñido de un pálido y enfermizo espectro de colores que parecía desviarse, moverse, como un gran rayo de luz que girase lentamente. Soplaba un viento fresco desde el mar, pero además de su débil susurro, se oía otro sonido, muy lejano: un agudo y misterioso aullido, como si a cientos de millas de la costa se hubiese desencadenado un huracán que se acercaba rápidamente.

Las franjas de color se intensificaron lenta pero continuamente en el cielo, y mientras los dos hombres observaban, una viva raya anaranjada cruzó el cielo como una cicatriz, seguida de otra más pequeña y de un azul intenso.

-Va a ser muy malo... -dijo Keridil a media voz.

Taunan asintió con la cabeza; tenía seca la garganta. Incluso protegidos como estaban por el Laberinto que mantenía al Castillo en una dimensión en parte diferente a la del resto del mundo, un Warp era una experiencia terrible, y Keridil tenía razón: los oscilantes colores del cielo presagiaban que éste sería extraordinariamente fuerte. Taunan dominó el pánico turbador que estos fantásticos y mortíferos fenómenos producían en todos los hombres mujeres y niños, y trató de sonreír.

-Desafiaría incluso a Tarod a tratar de huir del Castillo durante un Warp.

Keridil le miró sorprendido; después su semblante se relajó y sonrió también.

-Tienes razón... y tal vez es la primera vez en la historia que los Warps van a soplar en nuestro favor. -Miró de nuevo hacia arriba y se estremeció-. Volvamos al interior. Por muy ventajoso que éste pueda ser, eso no significa que quiera observar su llegada.

Desde su escondrijo en un almacén contiguo a las caballerizas del Castillo, Cyllan vio los primeros cambios amenazadores en el cielo y sintió bajo sus pies la débil vibración que presagiaba el comienzo de la tormenta. Los gruesos muros apagaban los sonidos del Warp que se acercaba, pero no podían protegerla del miedo primordial que se apoderó de ella cuando observó, a través de una estrecha ventana, las franjas de color procedentes del Norte que se hacían cada vez más intensas. Presa de espanto, se acurrucó en un oscuro rincón y se cubrió la cabeza con la capucha, pero no podía librarse del miedo; aunque ahora no veía el horror que se acercaba, la vibración del suelo aumentó hasta que pareció transmitirse a sus huesos y a su alma.

Lamentó no haber elegido otro escondrijo. Había tratado de llegar a la Torre del Norte, pensando que, si Tarod estaba también libre, la buscaría allí; pero entonces casi se había dado de manos a boca con una de las patrullas que la buscaban, y sólo su buena suerte y su rápida intuición la habían salvado. Se había metido en las caballerizas como refugio más próximo, y ya no se había atrevido a salir de ellas.

Ahora, incluso sin el Warp que la tenía encerrada allí, la luz de la aurora habría hecho demasiado peligroso cualquier intento de moverse. En todo caso, la búsqueda parecía haberse intensificado y, aunque esperó que esto fuese señal de que Tarod había escapado también, no aliviaba su apurada situación inmediata. ÉI no pensaría nunca en buscarla aquí, y cuando había tratado, hacía unos minutos, de enfocar la mente y alcanzar el subconsciente de Tarod, sus propios pensamientos estaban demasiado confusos por el miedo al Warp y no había podido concentrarlos.

Una puerta situada en el fondo del almacén conducía directamente a las caballerizas, y había oído detrás de ella pataleos y resoplidos al percibir los caballos del Castillo la horrible tormenta que se acercaba. Salió de su rincón y se deslizó hacia aquella puerta, diciéndose que, precisamente ahora, nadie que estuviese en su sano juicio iría en busca de un caballo, y que la compañía de unos animales sería mejor que los terrores de la soledad cuando estallase el temporal. Trató de no mirar a la ventana al pasar, pero no pudo dejar de ver el extraño juego de la misteriosa luz sobre sus manos y su ropa. Tragándose la bilis que subió a su garganta, amenazando con ahogarla, entreabrió la puerta y miró por la rendija.

Altas y vagas formas se movían en la penumbra; caballos castaños y grises y alazanes, y uno negro, de ojos salvajes y blancos. El más próximo, un bayo muy grande, la vio y se echó atrás en su compartimiento, con las orejas gachas. Cyllan entró y se acercó a él, hablándole en voz baja para tranquilizarle. Estos animales del Sur eran más dóciles que los peludos ponis del Norte que había montado cuando hacía de vaquera, y el bayo se calmó rápidamente a su contacto y se arrimó a ella como agradeciendo la compañía humana. Cyllan recorrió la hilera, hablando sucesivamente a cada animal y alegrándose de poder desviar la mente de lo que ocurría en el exterior. Al fin los caballos se tranquilizaron un poco y llegó al final de la hilera.

Allí habían amontonado balas de paja en un rincón y se sentó encima de ellas, arrebujándose en su capa. Nada podía hacer, salvo esperar a que pasara el Warp... Temblando, se hundió más en la paja y trató de no pensar en la tormenta.

Las franjas espectrales de azul y naranja y verde que avanzaban en el cielo estaban tomando rápidamente matices oscuros y amenazadores de púrpura y lívido castaño, cuando un hombre salió como un torbellino de la torre de vigilancia de las puertas del Castillo y cruzó corriendo el patio. Subió de tres en tres los anchos peldaños de la escalinata, y cruzó la puerta principal en el momento en que un criado sorprendido iba a atrancarla. Después se detuvo, para cobrar aliento.

-¿Dónde está el Sumo Iniciado?

El criado, perplejo, señaló hacia el comedor, y el hombre se alejó corriendo.

Keridil estaba comiendo a toda prisa el desayuno que su mayordomo, Gyneth, le había persuadido de que tomase, cuando entró el portero.

-¡Señor! -jadeó el hombre, hinchando los pulmones-. ¡Jinetes! Están llegando por el puente...

-¿ Qué? -Keridil se puso en pie, apartando el plato a un lado-. ¿Precisamente ahora? ¡Maldita sea! ¡El Warp está a punto de caer sobre nosotros! ¿Quiénes son?

El portero sacudió la cabeza.

-No lo sé, señor. Pero hay un heraldo con ellos, y todo un séquito...

Keridil lanzó un juramento. Ya tenía bastantes preocupaciones para que unos desconocidos viniesen a buscar refugio del Warp en el último momento, pero no podía dejarles fuera, expuestos al horror que se acercaba. Giró sobre sus talones y gritó a un criado que estaba levantando las contraventanas del salón:

-¡Deja eso! Busca a Fin Tyvan Brualláy dile que vaya a las caballerizas para recibir nuevos caballos. -Y al portero- : ¿Crees que llegarás a tiempo de hacerles pasar?

El hombre miró el cielo amenazador.

-Creo que sí, señor, si no tropiezan en el Laberinto.

-Esperemos que conozcan el lugar. ¡Date prisa!

El hombre salió corriendo y Keridil le siguió, dominando su miedo de salir al exterior y ver el Warp en toda su furia. Al acercarse a la entrada, pudo oír la nota aguda y estridente que acompañaba a la tormenta, como de almas condenadas aullando en su agonía, y se estremeció y respiró hondo, antes de aventurarse en la escalinata.

Las puertas del Castillo se estaban ya abriendo, girando sobre sus goznes con lo que a Keridil le pareció una angustiosa lentitud. En lo alto, el cielo estaba turbulento y proyectaba sus rabiosos colores sobre las paredes y las losas, manchando la piel de Keridil de manera que él y los que le habían seguido parecían fantásticas apariciones. El Warp caería sobre ellos dentro de dos o tres minutos, y aunque estaban en el Castillo bastante seguros ningún razonamiento humano podía vencer el puro terror animal de tener que soportar una de aquellas tormentas sobrenaturales.

Las puertas se habían abierto ahora de par en par y Keridil pudo ver el grupo que se acercaba.

Este había cruzado el puente que unía la Península al Continente, pero era difícil dominar los caballos, que se encabritaban y corcoveaban al tratar sus jinetes de guiarles a través de la mancha de césped más oscuro que señalaba el Laberinto. Pero al fin el primer caballo lo cruzó y los otros le siguieron, espoleados en un galope desesperado, repicando sus cascos bajo el gran arco en el patio

Siete hombres... y tres mujeres. A Keridil se le encogió el corazón al reconocer al alto y ligeramente encorvado personaje que desmontó del sudoroso caballo castrado gris, mientras dos Iniciados se apresuraban a ayudarle. Era Gant Ambaril Rannak, Margrave de la provincia de Shu..., el padre de Drachea.

Keridil bajó la escalinata, olvidando momentáneamente el Warp en vista de esta inesperada e inoportuna llegada. Pero antes de que hubiera bajado la mitad de los peldaños, un revuelo en las caballerizas le obligó a volverse. Alguien gritaba, sus bramidos eran audibles sobre el insensato aullido de la tormenta... y el estridente chillido de protesta de una mujer.

-¡Sumo Iniciado! -La voz estentórea de Fin Tyvan Bruall, caballerizo mayor, sonaba triunfal mientras arrastraba hacia la escalinata, con la ayuda de uno de los mozos, una figura encapuchada que se debatía. -¡Hemos pillado a la pequeña asesina! ¡La hemos pillado!

Un rugido del cielo, como si el Warp respondiese al anuncio de Fin con una furiosa protesta propia, sofocó todos los demás ruidos, y Keridil agitó los brazos en un ademán apremiante hacia la puerta principal.

-¡Haced que entre toda esa gente! ¡La tormenta está a punto de estallar!

La Margravina y sus dos doncellas chillaban aterrorizadas y sus compañeros varones no mostraban un talante mucho más sereno. Subieron los peldaños tropezando, mientras varios Iniciados dominaban su miedo para encargarse de los caballos enloquecidos, y Fin y el mozo arrastraban a su cautiva hacia Keridil. El Sumo Iniciado miró la ropa manchada de sangre de Cyllan y su cara blanca como el almidón, grotescamente deformada por el arremolinado espectro que se reflejaba desde el cielo; vio que su boca se torcía en un gruñido, aunque no pudo oír la maldición que le lanzaba. Un instante después, el cielo se volvió azul-negro, como una monstruosa moradura, y un relámpago rojo cruzó el cielo mientras los aullidos de la tormenta iban en terrible crescendo.

-¡Refugiaos!

El grito de Keridil se perdió en la cacofonía de los aullidos del feroz viento del Norte y de los truenos del Warp sobre su cabeza. Fin conservó la serenidad suficiente para aferrarse a Cyllan y arrastrarla sobre la escalera, dándole un fuerte puñetazo cuando ella empezó de nuevo a debatirse. Keridil se volvió, echó a andar delante de ellos... y se detuvo en seco.

La voz del Warp retumbaba en sus oídos, el cielo enloquecido ocultaba el sol naciente y sumía el patio en una oscuridad caótica. Pero las rabiosas franjas de color que precedían a la tormenta proyectaban luz suficiente para que pudiese ver la alta y misteriosa figura que le cerraba el camino hacia la puerta. Una maraña de cabellos negros se agitaba bajo el vendaval, y la cara, iluminada por una violenta explosión de verde y carmesí, era demoníaca. El espantoso recuerdo de Yandros, Señor del Caos, acudió súbitamente al cerebro de Keridil; esta aparición era el moreno hermano gemelo del Señor del Caos, y una terrible premonición de su propio destino le inmovilizó.

Pero si él estaba paralizado, no así Cyllan, que redobló sus esfuerzos para librarse de las garras de Fin, y su voz fue más fuerte que la del Warp al gritar:

-¡Tarod!

Su grito rompió el hechizo que mantenía inmóvil a Keridil. Este saltó atrás, bajó corriendo la escalinata donde se debatía Cyllan y desenvainó su espada. Tarod corrió tras él, pero frenó su impulso cuando Keridil se detuvo a un paso de Cyllan, cuyos brazos habían sido atenazados por el caballerizo mayor, y apuntó a su corazón con la punta de la espada. El Sumo Iniciado estaba loco de miedo a la tormenta y de furia por este enfrentamiento; Tarod comprendió que, si hacía un solo movimiento imprudente, Keridil atravesaría a Cyllan.

Los otros Iniciados que estaban en el patio se habían dado cuenta de lo que pasaba y, dejando que uno de ellos cuidase de los espantados caballos del Margrave lo mejor que pudiese, fueron corriendo en ayuda de Keridil. Iban todos armados y Cyllan temió que, sin la piedra, Tarod no pudiese vencerles. Tenía que llegar hasta él; tenía que hacerlo, costara lo que costase...

Keridil fue pillado completamente por sorpresa cuando Cyllan, con una violencia fruto de la desesperación, le lanzó una furiosa patada que le alcanzó en mitad del abdomen. Cayó al suelo y soltó la espada, y Cyllan se retorció para morder la mano de Fin Tyvan Bruall con toda su fuerza. El caballerizo mayor gritó y ella dio otra patada, esta vez hacia atrás, y se soltó. Su impulso hizo que bajase los peldaños tambaleándose, pero se volvió con la misma agilidad que un gato cuando vio que Tarod iba a su encuentro...

Tres Iniciados le cerraron el camino, mientras otros dos corrían hacia ella desde atrás. Cyllan gruñó como un animal, vio que Tarod luchaba con el primero de los tres atacantes y se dio cuenta de que la trampa se estaba cerrando a su alrededor. Por encima de los aullidos del Warp, oyó su voz que le decía:

-Cyllan, ¡corre! ¡Corre, aléjate de ellos!

El Sumo Iniciado se había puesto en pie y avanzaba... Cyllan se volvió y echó a correr, estorbada por la falda y casi cayendo al llegar al pie de la escalinata. Y, de pronto, se encontró en medio de un grupo de caballos aterrorizados, la mitad de los cuales corrían en libertad mientras el joven Iniciado se esforzaba en mantener a los otros bajo control. Una alta forma

gris se interpuso en su camino; Cyllan chocó contra el caballo del Margrave y, en un movimiento reflejo, se agarró a un estribo para no caer.

-¡Detenedla! -oyó que gritaba Keridil detrás de ella, y el caballo relinchó con fuerza.

Cyllan no se detuvo a pensar; alargó una mano, se agarró a la crin y saltó. Cayó a medias sobre el cuello del animal y se agarró frenéticamente al pomo de la silla, sosteniéndose peligrosamente al encabritarse la bestia en aterrorizada protesta.

-¡Tarod! - Su grito se perdió en la cacofonía del cielo -. ¡Tarod!

Él la vio, pero no podía alcanzarla; dos hombres le estaban atacando y, en aquella confusión, apenas si podía defenderse, y mucho menos perder tiempo en otras consideraciones. La cabeza le daba vueltas; sentía que surgía energía en su interior, alimentada por la locura del Warp, pero era una energía salvaje, incontrolable; no podía dominarla. Esquivó una furiosa estocada y, con la mano izquierda, agarró la muñeca de su atacante, retorciéndola, aplastándola... Sintió que se rompía un hueso, pero el segundo Iniciado venía de nuevo contra él.

¡Tarod!

Esta vez, el grito de Cyllan fue un toque de alarma, al ver que Keridil, que había recobrado su propia espada, corría hacia ella con Fin y otro hombre pisándole los talones. El caballo se encabritó de nuevo, casi desazonándola, y ella, agarrando las riendas, le hizo brincar de lado en el momento en que el Sumo Iniciado le lanzaba una estocada. La hoja no le dio por un pelo, pero produjo una herida superficial aunque extensa en el flanco de la montura.

El caballo relinchó. Arqueó el cuerpo, pataleó y, presa de pánico, emprendió el galope. Brotaron chispas de debajo de sus cascos al cruzar el patio, impulsado por su instinto a escapar del Castillo donde veía la fuente de su terror. Cyllan se inclinó peligrosamente sobre la silla, tirando de las riendas; pero era inútil: el caballo se dirigía a la puerta de salida y el portero había abandonado su puesto para ayudar a sus compañeros. La verja todavía estaba abierta en parte, y el corcel galopó bajo el arco, dirigiéndose en línea recta al prado de césped y a la libertad.

Cyllan vio lo que había delante de ella, vio el arremolinado caos de luz negra y colores imposibles que asolaba el mundo más allá del Laberinto. Vio los torturados riscos de las montañas retorciéndose sobre ellos mismos, moldeados por los horribles caprichos del Warp, y, aterrorizada, azotó a su montura, tratando de detener su carrera antes de que fuese demasiado tarde.

El caballo cruzó al galope el Laberinto, y el relincho que lanzó al salir al otro lado fue ahogado por el rugido del Warp al caer sobre ellos con la fuerza de una ola gigantesca. Cyllan tuvo la impresión de que su cuerpo estaba siendo hecho pedazos, vio una oscuridad salpicada de chispas de plata y tuvo una sensación de agonía en todos sus nervios antes de que el mundo estallase en el olvido.

Keridil se tambaleó al ponerse de pie, aturdido por la fuerza con que había golpeado el suelo al librarse de los furiosos cascos del caballo. Al correr Fin Tivan Bruall para ayudarle, miró hacia las puertas y el torbellino de más allá, con el semblante pálido por la impresión recibida.

-Aeoris... -Hizo una señal sobre su corazón-. Fin, ella... ella...

Fin no le respondió. Estaba mirando por encima del hombro hacia la escalinata, y lo que veía le llenaba de espanto. Tarod permanecía inmóvil, y su rígida actitud indicaba claramente que también él había visto el horrible final de Cyllan. Uno de los atacantes yacía a sus pies, encorvado y moviéndose débilmente. El otro retrocedía, bajando lentamente de espaldas la escalera, con la espada levantada como para protegerse de algo que nadie más podía ver; estaba aterrorizado.

Fin agarró de un hombro a Keridil.

-Sumo Iniciado...

Keridil se volvió, azotado por el viento aullador, y su rostro se contrajo. Entonces echó a correr, tambaleándose, en dirección a la figura inmóvil sobre la escalinata. Siguiendo su ejemplo, los otros espadachines hicieron acopio de valor y se dispusieron a atacar... Entonces Tarod volvió la cabeza.

Si había sido humano, pensó Keridil, ahora su expresión lo desmentía. La cara de Tarod estaba enloquecida y sus ojos verdes ardían con una luz infernal. Movió los labios y pronunció una palabra, aunque Keridil no pudo oírla en el fragor de la tormenta. Después levantó la mano izquierda y el Sumo Iniciado sintió terror en lo más hondo de su alma.

Ella se había ido. Tarod luchó contra esta certidumbre, pero no podía negarlo; había ocurrido, y él no había podido evitarlo. Se había ido; el Warp se la había llevado y la había arrojado en la inconcebible vorágine de pesadilla, fuera cual fuese, que había detrás de él. Podía estar muerta... o viva y atrapada en algún monstruoso limbo... ¡él había estado cerca de ella y la había perdido una vez más. Y el dolor que le devoraba, mucho más cruento que el que había sentido cuando la muerte de Themila Gan Lin, o la de Erminet, fue el catalizador que en definitiva despertó toda la fuerza que tenía en su interior. Cyllan se había ido y él sólo podía pensar en vengarla. Por ello quería matar, destrozar, destruir todo lo que se pusiera en su camino. Y el foco de su odio ardiente era un hombre, su amigo de antaño. El traidor. Su enemigo. . .

Mientras miraba como un animal acosado a Tarod, Keridil sintió la presencia de Fin Tivan Bruall a su lado. No era un gran alivio.

-Traté de detenerla -dijo, reconociendo apenas su propia voz.

Tarod torció los labios con una mueca despectiva, pero frenó su mano.

-Trataste de matarla.

-No... -Y Keridil no protestó más, dándose cuenta de que Tarod no le creería.

Tenía una oportunidad, pensó; sólo una oportunidad: distraerle el tiempo suficiente para que interviniesen los otros Iniciados y le pillasen por sorpresa. Era una esperanza débil, y la idea de lo que podía hacerle Tarod si fallaba su maniobra le estremecía en lo más hondo.

-Los dos hemos perdido, Tarod -gritó en medio del vendaval-. Ya lo ves: ella se ha llevado la piedra del Caos. Por tanto, tu alma se ha ido para siempre... -Se pasó nerviosamente la lengua por los labios-. No creo que sin ella puedas vencernos.

Los ojos de Tarod se entrecerraron en dos terribles rendijas, y Keridil vio que, tal como había esperado, los otros hombres habían aprovechado el breve respiro para acercarse. Uno de ellos hizo un súbito y torpe movimiento; la cabeza de Tarod se volvió en redondo...

-¡Prendedle! -gritó el Sumo Iniciado, aguijoneado en el mismo instante por la súbita y desesperada premonición de que era demasiado tarde-. Prendedle, antes de que...

La frase fue violentamente cortada por un enorme destello de luz roja como la sangre que estalló en el lugar donde estaba Tarod. Tomó la forma de una espada gigantesca, de dos veces la altura de un hombre y que resplandecía con luz propia, y Tarod la enarboló con ambas manos, como si no pesara nada. Uno de los Iniciados lanzó un grito inarticulado y retrocedió tambaleándose.

Iluminada por el resplandor de aquella espada sobrenatural, la cara de Tarod era una máscara maléfica. Entonces giró sobre los talones y la hoja describió un arco sibilante que derribó a los dos espadachines más próximos antes de que pudiesen escapar. La sangre salpicó la cara y los brazos de Tarod cuando cayeron al suelo los dos cuerpos mutilados. Al enfrentarse Tarod nuevamente con Keridil con la espada incandescente resplandeciendo ferozmente en sus manos, el Sumo Iniciado retrocedió horrorizado. Había enviado a dos Adeptos a la muerte, los otros se retiraban ahora con la mirada fija en la hoja monstruosa, y a la luz proyectada por la espada, vio su propio castigo en los ojos inhumanos de Tarod.

Momentáneamente pareció amainar el estruendo del Warp y, en el relativo silencio, Keridil oyó deslizarse sobre las losas los pies de Tarod, que iniciaba su lento avance. La hoja latía, centelleaba, cegándole, y entonces, sin previo aviso, una onda de pura y desatada energía cayó

sobre él como un puño invisible, haciéndole caer violentamente al suelo. Con una rapidez ante la que no tuvo tiempo para reaccionar, Tarod saltó los peldaños en su dirección, y al aclararse su aturdida mente Keridil se encontró con que la monstruosa y resplandeciente espada estaba a sólo unas pulgadas de su rostro.

Se mordió la cara interna de las mejillas, para dominar el pánico que amenazaba con apoderarse de él. Los filósofos decían que, cuando un hombre se hallaba a las puertas de la muerte, recordaba los sucesos de su vida en una rápida sucesión de imágenes como de sueño. Keridil no tuvo esta experiencia; fue como si hubiese perdido la memoria y sólo pudo contemplar, impotente, la espada y la silueta del personaje que la blandía.

Por el rabillo del ojo vio que uno de los Iniciados supervivientes hacía un brusco movimiento en su dirección, y Keridil levantó un brazo para contenerle.

-¡No te muevas!

El hombre vaciló y después obedeció y Keridil dejó escapar lentamente el aliento entre los dientes apretados. Cuando habló, se sorprendió al descubrir que su voz era firme.

-¡Acaba de una vez! -La tormenta arreciaba de nuevo, pero él sabía que su adversario le oía bien-. No me espanta morir. ¡Acaba de una vez, Tarod!

Tarod le miró fijamente. La espada que tenía en la mano no temblaba, pero la locura que se había apoderado de su mente empezaba a dar paso a una razón más clara y más fría. Podía destruir a Keridil. Y si la espada le tocaba una vez, el Sumo Iniciado no moriría simplemente; pues la espada era una manifestación letal de la esencia misma del Caos, un objeto en el que se enfocaba todo el poder que fluía a través de él. Keridil no moriría. Simplemente: sería aniquilado. Y esto sería una justa venganza; una expiación adecuada del destino de Cyllan... Sin embargo, Tarod se contuvo.

Ella podía estar viva. Un Warp la había traído al Castillo; él mismo había sobrevivido a los estragos de un Warp cuando no era más que un chiquillo. Y si ella estaba viva, podría encontrarla...

Destruir a Keridil no le serviría de nada. Demasiada gente había muerto ya en este desgraciado asunto; añadir un nombre más a la lista de bajas sería una acción amarga y fútil, y con ello quebrantaría una vez más el juramento que había hecho a la Hermana Erminet. No quería vengarse. La razón le decía que el Sumo Iniciado no era del todo responsable de lo que había sucedido y ahora que había pasado su ataque de locura, el deseo de venganza se había extinguido con él. Lo único que importaba era encontrar a Cyllan.

Keridil abrió mucho los ojos, sorprendido y confuso, cuando Tarod apartó la resplandeciente y amenazadora espada. Miró a su enemigo, con recelo e incertidumbre, no atreviéndose a concebir un rayo de esperanza. Tarod le miró a su vez, y el desprecio de sus ojos verdes se mezcló de pronto con una expresión compasiva.

-No -dijo suavemente-. No te quitaré la vida, Sumo Iniciado. Ya se ha vertido aquí demasiada sangre.

Apretó más el puño de la espada y su brillante aureola resplandeció, envolviendo a Tarod con su luz roja de sangre. En lo alto, el cielo aulló y proyectó una red de relámpagos de plata sobre las torres del Castillo, y Keridil sintió una descarga de energía fluir a través de él al renovar el Warp su furia.

-Si Cyllan vive -dijo Tarod, y Keridil, a pesar del estruendo de la tormenta, oyó cada palabra con la misma claridad que si fuese pronunciada dentro de su cráneo-, la encontraré. Y si la encuentro, te prometo que no volverás a saber de mí. –Sonrió débilmente-. Una vez te negaste a aceptar mi palabra y me traicionaste. Espero que aquel error te haya servido ahora de lección.

Keridil empezó a incorporarse con lentos movimientos, observando la espada en manos de Tarod. No habló; tenía demasiado seca la garganta; pero había veneno en sus ojos. Entonces Tarod levantó la cara al cielo tremebundo, como comunicando con el poder diabólico de la tormenta. El Warp respondió con un aullido en crescendo y la figura de Tarod pareció inflamarse de pronto, y un brillo negro salpicado de plata reluciente cobró vida a su alrededor.

Un trueno fortísimo retumbó en el cielo y una explosión de luz blanca iluminó el patio, haciendo que Keridil chillase de dolor y de terror al herirle en los ojos el colosal resplandor. Cayó hacia atrás, llevándose un brazo a la cara para protegerla, y cayó sobre las losas...

Se hizo un silencio. Keridil, deslumbrado, bajó el brazo y pestañeó ante las imágenes oscilantes que nublaban su visión. Después, al aclararse su vista recibió otra fuerte impresión al darse cuenta de que el Warp había cesado. La pálida luz gris de una aurora natural llenaba el patio; el cielo del Este aparecía teñido por los primeros y suaves rayos del sol mañanero, mientraS en algún lugar, más allá del promontorio, un ave marina lanzaba un graznido gemebundo, como el maullido de un gato. Y Tarod se había desvanecido, como si no hubiese existido jamás.

Trabajosamente, el Sumo Iniciado se puso de pie. Le dolían todos los huesos, todos los músculos, todas las fibras de su cuerpo; le temblaban los miembros y, cuando una mano le asió de un brazo, aceptó agradecido el apoyo que le prestaba Fin Tivan Bruall. El caballerizo mayor tenía el rostro pálido, apretados los labios; Keridil miró detrás de él el círculo desordenado de Iniciados que se acercaban vacilantes.

-¿Keridil?

Taunan Cel Ennas fue el primero en hablar. Miró los cuerpos de los dos hombres muertos por Tarod y desvió rápidamente la mirada.

Keridil no pudo mirar los cadáveres. Dijo con voz forzada:

-Haz que los cubran y los lleven dentro, Taunan.

-¿Qué...? -empezó a decir el otro hombre, pero cambió de idea y sacudió desmayadamente la cabeza.

La interrumpida pregunta, ¿qué ha ocurrido?, era demasiado evidente y, sin embargo, no tenía respuesta. Se volvió y se dirigió tambaleándose a la escalinata.

Ahora salían otros del Castillo y, entre ellos, vio Keridil la ansiosa cara del padre de Drachea. Después de todo esto, tendría ahora que explicar al Margrave la muerte de su hijo y heredero... Sacudió furiosamente la cabeza para despejarla, pero siguió sintiendo una fría y colérica amargura. Oyó detrás de él el ruido de los cascos de los caballos que eran recobrados y conducidos a los establos, y la normalidad de la escena (aparte de los dos hombres muertos en el suelo), hizo que se sintiese mareado. Hubiese debido prescindir de las exigencias del protocolo y de la tradición; hubiese debido rechazar las opiniones de los que insistían en que hiciera una ceremonia de la muerte de Tarod, y matarle simplemente, sin contemplaciones ni formalidades, cuando había tenido ocasión de hacerlo. Ahora, otras muertes pesaban sobre su conciencia. Drachea Rannak, la Hermana Erminet, los dos guardias en el sótano, los otros dos en el patio... Recordó la promesa hecha por Tarod antes de desaparecer, y sintió una repugnancia fría y cínica. Confiaba menos en la palabra de aquella criatura del Caos que en una serpiente venenosa. Mientras Tarod viviese, el Círculo y todo lo que éste defendía estaban en peligro: tenía que ser destruido. Pero ¿cuántas vidas más se perderían antes de que terminase definitivamente este conflicto?

Y la sangre de Keridil se heló en sus venas al pensar:... si terminaba alguna vez. Si el Círculo podía triunfar sobre el Caos...

Había echado a andar en dirección a la puerta principal, pero se detuvo de pronto. Ahora se sentía más firme y su mente estaba afilada como la hoja de un cuchillo. Tarod le había superado, pero el corazón y el alma de Keridil exigían su castigo merecido. Y por mor del Círculo, de todo el mundo, se lo infligiría o moriría en el empeño.

Contempló el cielo, que se estaba iluminando por momentos y se dejó llevar por la fuerte corriente de su amargura y de su cólera. Palpó la insignia de oro que llevaba en el hombro, el doble círculo cortado por un rayo en diagonal, y habló en voz tan baja que Fin no pudo captar sus palabras.

-Te destruiré, Tarod -murmuró Keridil con furiosa intensidad-. Por Aeoris y sus seis hermanos, juro que te encontraré y te destruiré. Dondequiera que estés, por mucho tiempo que

tenga que emplear en ello ¡no descansaré hasta que te haya borrado de la faz de nuestro mundo!

Como en respuesta al juramento del Sumo Iniciado, el primer rayo vívido de sol acarició la cima de la muralla del Castillo, vertiendo una cascada de luz sobre el patio. Keridil sintió que le invadía una extraña sensación de paz, la paz de saber que había hablado con el corazón y se había empeñado en una causa noble y justa que, pasara lo que pasase, acabaría triunfando. Tenía en su mano los recursos de todo un mundo: el poder del Círculo y de los antiguos dioses que éste adoraba. El Caos no podía vencer contra estas fuerzas, y el deber de Keridil, asumido bajo juramento, era verle aplastado y destruido.

El pequeño grupo reunido en la puerta le estaba observando. Keridil encogió los hombros, dándose cuenta de que tenía frío. Entonces empezó a subir resueltamente la ancha escalinata para reunirse con los demás.

Librodot